LOS FANTASMAS DEL HIGHLANDER



MARTINA LEIVA

LOS FANTASMAS DEL HIGHLANDER

MARTINA LEIVA

Primera edición.

Los fantasmas del Highlander

©Martina Leiva

©abril, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Epílogo

Capítulo 1



Atenea

Llevaba sin trabajo desde que empezó el verano, y ya comenzaba a desesperarme. Afortunadamente, no tenía grandes gastos, y con lo que tenía ahorrado podría tirar durante un *tiempecito* más, ya que los básicos los tenía asegurados, puesto que, a pesar de tener ya casi veintisiete años, seguía viviendo con mis padres.

Ellos vivían en una acogedora casa de dos plantas, muy cerquita de la playa, en el sur de España. En la parte superior de la casa, donde se encontraba la buhardilla, habían habilitado un pequeño apartamento independiente que antes alquilaban, pero que me cedieron en cuanto hablé de independizarme, aunque ellos seguían asumiendo con todos los gastos.

Esa noche decidimos salir de fiesta, puesto que el techo ya se me estaba cayendo encima, y sentía un terrible dolor de cabeza, al llevar todo el día pegada al ordenador, enviando currículos a todas las empresas en las que había algún tipo de vacante.

—Levanta tus lindas posaderas de esa silla y vete a la ducha. Tienes diez minutos para hacerlo, o te sacaré en pijama a la calle, y no lo dudaré —me amenazó mi amiga Ana, esa que conocía desde pequeña, y era más una hermana que otra cosa.

—Tengo que encontrar trabajo, Ana, o me quedaré obsoleta y tendré que reciclarme, con lo cual me costará más incorporarme al mundo laboral de nuevo. —Fue mi respuesta, un poco dramática, sí, pero era como me sentía.

—No digas más sandeces, Atenea, por favor. ¿Qué tiempo llevas en paro, dos meses? Si en dos meses te has quedado obsoleta, yo mañana me meto a monja —me contestó riendo.

—Ya, eso lo dices tú que en septiembre te marchas a Suiza con un pedazo de contrato, mientras que yo me quedo aquí comiéndome los mocos.

—Eso tiene fácil solución, vente conmigo. Te alojas junto a mí en mi apartamento, y buscas allí un empleo —me contestó, como la que dice: «acompáñame al centro comercial y así miras si encuentras los pantalones que te gustan».

—Sí, claro, en eso estaba yo pensando, en irme a la aventura de Dios y cargándote a ti con la responsabilidad de mantenerme.

—Piénsalo, por mí no hay ningún problema, ya lo sabes. Pero, de momento, vamos a irnos de juerga, te ligas a un buen maromo, y le das una

alegría al cuerpo, que eso es lo que necesitas ahora mismo.

—A eso no te voy a decir que no, que desde que Álvaro me dejó, no he vuelto a estar con nadie, ni siquiera una noche, y ya tengo mi Satisfyer *agotadito* perdido, el pobre —le respondí riendo.

—¿En serio? ¿Cuánto tiempo hace de eso? Por lo menos seis meses, si no calculo mal —dijo Ana, totalmente asombrada.

—Pues has calculado mal, ocho meses hace de eso, y ni un mísero piquito me he dado con nadie. Esta noche, al primero que vea que me guste, le lanzo la caña, no quiero saber ni cómo se llama, pero necesito calor humano, a la de ya —contesté con ironía, puesto que no lo había hecho en mi vida, aunque no descartaba esa opción tal y como me encontraba, puesto que mi nivel de estrés estaba elevado a la enésima potencia.

Me metí en la ducha y me arreglé para salir. Siguiendo el consejo de Ana, mi objetivo en ese momento era dejar atrás todo y disfrutar de la noche. Me había puesto un vestidito blanco de algodón, con un escote cuadrado que se ataba al cuello, que llegaba justo por encima de la rodilla y realzaba mis curvas. Gracias a la herencia genética de mi madre, María, tenía un cuerpo espectacular, al igual que ella, que a sus cuarenta y nueve años podía ponerse cualquier trapito y lucirlo. Mi padre, Pablo, no se quedaba atrás; era un cincuentón de esos que partían cuellos, moreno, con un cuerpo atlético y unos ojos azules que dejaban a todos sin aliento. Ambos trabajaban como ingenieros en una empresa estatal y les iba de maravilla. Cuando salíamos los tres juntos a cenar o a algún evento, siempre se dirigían a mi madre

como si fuera mi hermana, porque la verdad es que éramos prácticamente idénticas.

Bueno, a lo que iba, que me salgo por la tangente. Combiné mi vestido con unas cuñas en color tierra, a juego con el bolso, y recogí mi melena rubia en una coleta alta, puesto que hacía muchísimo calor y no quería tener el pelo pegado a la cara cuando bailáramos.

—¡Toma ya! Esta noche, ligas fijo, y yo me quedaré con el que a ti no te guste. Llevas tanto tiempo sin darle al mambo, que hoy te voy a dejar hasta elegir, te lo prometo —me dijo Ana cuando me vio arreglada, y eso provocó que me saliera una carcajada desde lo más profundo.

—No seas tan exagerada, como si tú no fueras increíble con esos *shorts* y ese top, que parecen sacados de una revista de moda —le respondí, y es que mi amiga era preciosa. Su cabello rizado, de un color caoba, era simplemente espectacular; no era un tinte, sino que ese tono era completamente natural, extraño, pero realmente precioso. Sus ojos, de un verde asombroso, brillaban aún más cuando se enmarcaban con su melena.

—Vamos a romperlo, chica, lo tengo claro. Esta noche no nos volvemos sin darle una alegría a estos dos cuerpos serranos —dijo, y salimos riendo, mientras que cerraba la puerta de mi apartamento, ya que yo lo consideraba así, aun estando dentro de la propiedad de mis padres.

Decidimos llamar a un taxi, puesto que nos pensábamos beber hasta el agua de los floreros, y no íbamos a conducir tras haber consumido alcohol,

que no queríamos poner en juego ni nuestras vidas ni la de los demás. Mi amiga se quedaba esa noche a dormir en mi casa, y así volveríamos juntas. Teníamos claro que, aunque ligáramos, la vuelta la hacíamos las dos a la vez, ya que nuestro lema era «salimos juntas, volvemos juntas».

Pusimos rumbo a los locales de la playa, donde primero cenaríamos y luego nos iríamos de fiesta, puesto que aquella zona lo tenía todo a la mano. Nos decantamos por un chiringuito que había a pie de playa, donde también podríamos tomarnos la primera copa, disfrutando de la buena noche que hacía, así como del buen ambiente que reinaba allí.

Nos decantamos por un salpicón de marisco para cada una, y un surtido de pescado frito para compartir, además de una botella de vino blanco. Dos mesas más allá de la nuestra había dos hombres que no dejaban de mirarnos, y uno de ellos llamó mi atención, porque su mirada insistente me estaba poniendo un poco nerviosa, especialmente porque estaba justo enfrente de mí.

—¿Qué coño te pasa, Atenea? Llevo un rato hablándote, y estás en las nubes, chica. No me digas que otra vez estás pensando en las solicitudes que has enviado a las empresas, porque me levanto y me voy —me dijo Ana enfadada, pero me apresuré a decirle lo que pasaba, antes de que sacase conclusiones precipitadas.

—No es eso, pero cámbiame el sitio, por favor, y así lo podrás entender mejor, fíjate en los dos hombres que hay justo frente a mí —le dije mientras me levantaba, dispuesta a sentarme en el lugar de Ana.

—No quiero que te dejes ni una coma, o te juro que te haré la noche imposible —me contestó riendo, sentándose en mi lugar, cuando miró hacia el frente —¡Dios mío de mi alma! Vaya dos especímenes que son esos hombres.

—Pues ese es el motivo, uno de ellos, el moreno, no me quitaba el ojo de encima, al igual que el otro a ti. Nuestras miradas se han cruzado varias veces, y estaba empezando a ponerme nerviosa, no hay más —le expliqué, mientras que mi amiga soltaba una carcajada.

—Chica, cómo se nota que llevas tiempo fuera del mercado. Cuando dos hombres así no te quitan el ojo de encima, una no se pone nerviosa, se pone cachonda, y eso no me has aclarado si te ha ocurrido o no —soltó Ana, sin pelos en la lengua, y casi me atraganto con el sorbo de vino que acababa de dar.

—No me seas bruta, por favor, que casi me ahogo. Si no lo conozco, ¿cómo pretendes que me afecte de esa manera?

—Vamos a ver, tú estás en tu casa viendo una película tranquilamente, y sale un personaje nuevo, de estos que quita el hipo. ¿Lo conoces? Pues no, pero te pone como una olla exprés después de preparar el puchero. —Y volvió a hacerme reír como solo ella sabía, mientras que levantaba la copa hacia la mesa donde se encontraban los dos hombres, a modo de brindis, con una sonrisa.

—Eres única, te lo prometo. Te voy a echar mucho de menos cuando te vayas a Suiza, no será lo mismo sin ti.

Terminamos de cenar, entre risas y bromas, con alguna que otra indirecta de Ana, en varios sentidos, pero sobre todo en el de marcharme con ella y que buscara un trabajo allí.

Capítulo 2



Cameron

Estábamos disfrutando de unas vacaciones en el sur de España, Theo, mi mejor amigo, y yo. Lamentablemente, mi hermano Elijah no había podido venir con nosotros en esta ocasión, puesto que tenía pendiente de firmar un contrato millonario con una de las firmas de moda con las que trabajaba. No podía ausentarse de Inverness hasta que todo estuviera completamente cerrado.

Solo íbamos a quedarnos un fin de semana en este lugar, ya que la situación había surgido de manera inesperada y decidimos aprovechar la oportunidad. Viajamos a España con el propósito de evaluar la compra de uno de los hoteles más renombrados del país, que estaba en manos de un propietario que se encontraba en bancarrota y necesitaba venderlo lo más pronto posible. Sus problemas con el juego habían arruinado su matrimonio y su vida, y ahora también amenazaban con destruir su legado familiar, ya que ese hotel lo habían construido sus bisabuelos, y había pasado de generación en generación, hasta que llegó a sus manos.

Para nosotros era un sueño poderlo incorporar a McLeod Inc., que es la empresa que gestiona toda nuestra cadena hotelera, y de la que yo era el principal accionista y CEO, siendo toda mi vida. Mi trabajo era mi total prioridad, por mucho que mi madre me dijera que tenía que buscar a una buena mujer que me acompañara en el camino de la vida, pero eso estaba totalmente descartado para mí, por lo menos a corto plazo.

Tuve una relación en la universidad que prefiero no recordar, porque me dejó totalmente destrozado. Ella resultó ser una persona pérfida y materialista, y quedó claro que estaba a mi lado solo por lo que podía ofrecerle económicamente. Cuando se dio cuenta de que mis recursos eran limitados y que todo lo que tenía provenía de mis abuelos, no dudó en darme una patada por el típico ricachón que la pasearía por todo el mundo, exhibiéndola como si fuera un trofeo.

—Vamos a cenar a la playa, señor Theodore, que me muero de hambre —le dije a mi amigo en la *suite* del hotel en el que nos habíamos alojado, que era uno de los nuestros.

—Me vuelves a llamar así, y vas a tener que comer puré durante una buena temporada, porque te vas a quedar sin dientes —me respondió muy serio, mientras que yo solté una buena carcajada.

—Bueno, ¿cómo nos vamos a llamar hoy? Tiene que ser un nombre elegante, pero sin ser demasiado pijo, y que tenga carácter —me preguntó.

La verdad es que tenía una regla: nunca revelarle nuestro nombre a ninguna mujer con la que quisiéramos pasar la noche. Así evitábamos que pudieran buscar información en Internet y descubrir nuestra situación económica. Esta norma se había convertido en una especie de sombra en mi vida, era uno de mis fantasmas, al que no pensaba hacerle frente en la vida.

—¿Qué te parece Noah y Mark? —le pregunté cuando esos dos nombres me vinieron a la cabeza. Era necesario que actualizáramos la lista, ya que estábamos acercándonos al final de ella.

—Vale, pero yo soy Noah y tú Mark, que me gusta más. —Fue su respuesta, y es que él siempre tenía que poner la puntilla a todo.

—Perfecto, Noah. Ahora, vamos a cenar, que ya llevamos tres horas de retraso de nuestro horario habitual, y noto mis tripas protestando.

Nos habíamos vestido de manera informal, con un pantalón chino y una camiseta, el mío en un tono tierra y la parte de arriba blanca, mientras que mi amigo optó por la parte de abajo en verde caqui y la de arriba en marfil. Parecíamos dos modelos en la pasarela, y aunque suene un poco presumido, notamos que las mujeres nos lanzaban miradas llenas de interés a nuestro paso, y nosotros lo utilizábamos en nuestro beneficio, dejando las cosas claras, por supuesto.

Acabamos sentados en uno de esos espacios que aquí llamaban chiringuitos, cuyas mesas estaban en la misma arena, sobre una especie de tarima. Pedimos una botella de vino blanco, y como entrante, una buena

mariscada. Para cenar, nos decantamos por un surtido de pescado frito que habíamos visto en otra mesa al llegar, y que nos llamó la atención por su buena pinta.

En una de nuestras charlas, mi amigo me hizo un gesto con la cabeza para que notara a las dos mujeres que acababan de entrar, y la verdad es que eran impresionantes. No tenía dudas de que Theo se sentiría atraído por la de cabello color caoba, ya que siempre había mostrado una debilidad por ese tipo de mujeres. Por mi parte, la que realmente captó mi atención fue la rubia, cuyo vestido resaltaba sus curvas de manera bastante evidente, así que decidí hacer todo lo posible para que se fijara en mí. La miraba insistentemente, hasta el punto de que parecía incomodarla, tanto que terminó por cambiarse de sitio con su amiga.

—Sabes que la de los ojos verdes es para mí, ¿verdad? —me preguntó Theo, y eso sacó una sonrisa en mi cara.

—Toda tuya, si ella se deja, yo prefiero a la rubia. Pedazo de trasero que tiene la muchacha, me ha dejado con la baba caída —le respondí, fijando mi mirada de nuevo en ella, cuando la amiga levantó la copa, haciendo un brindis, pero dirigiéndolo hacia nosotros.

—Levanta la copa, hermano, que esta noche ya hemos triunfado —dijo Theo, haciendo el mismo gesto que ella, y correspondiéndole con una sonrisa.

Continuamos cenando de lo más tranquilos, hasta que vimos que esas dos mujeres habían terminado de cenar, y nos dispusimos a levantarnos para acercarnos a ellas y empezar a entablar conversación.

—Buenas noches, señoritas, ¿os importa que tomemos una copa con vosotras? —Me dirigí a ellas en un perfecto español, puesto que lo dominaba desde hacía mucho tiempo, justo desde antes de hacerme cargo del emporio familiar.

—Por supuesto, estaríamos encantadas —contestó la amiga, pero yo tenía mi mirada fija en la rubia, de la que todavía no sabía ni el nombre, pero que con solo mirar su cuello, ya me estaban entrando ganas de morderlo.

Tomamos asiento, cada uno a un lado de la que nos gustaba, y pasamos a las presentaciones, esas que llevó a cabo Theo.

—Yo soy Noah, y él es mi mejor amigo, Mark, y somos *Highlanders*, concretamente de Inverness, aunque no lo aparentemos —dijo Theo, metido en su papel, y guiñándole el ojo a la chica.

—Pues nosotras somos Ana y Atenea —dijo señalándose a cada una, y con una sonrisa en el rostro.

Estuvimos en ese lugar cerca de dos horas más, hasta que finalmente optamos por trasladarnos a otro sitio donde pudiéramos disfrutar de un buen baile. Tenía muy claro que no iba a dejar pasar la oportunidad de acercarme

a ella, así que estaba decidido a aprovechar el momento para tener un encuentro más íntimo.

Llegamos a una de las discotecas más populares de la zona, que curiosamente era parte de uno de mis hoteles, aunque ellas no tenían ni idea de eso. Así que decidimos hacer un pequeño juego y les dijimos que éramos amigos de los dueños. Entramos por una entrada alternativa, evitando la larga fila que se formaba afuera, ya que solo nosotros dos teníamos la llave de esa puerta, además de los encargados que la custodiaban.

—Joder, vaya chollo, sin colas y sin tener que pagar entrada. Creo que deberíamos quedar más a menudo —dijo Ana a mi amigo, quien comenzó a mostrar una expresión incómoda.

—No le hagas caso, es una bromista. No tenemos intención de volver a veros ni de que nos paguéis nada, que somos completamente autosuficientes —respondió Atenea, notando también la reacción de Theo, con mucho orgullo.

—No es eso, de verdad, es que nosotros nos marchamos mañana por la tarde, solo estamos de paso —le expliqué a la chica, que rápidamente pasó de estar tranquila a visiblemente molesta.

Reconozco que tanto a Theo como a mí nos molestaba bastante la actitud de ciertas personas que se acercaban a nosotros solo por interés, buscando nuestro dinero o influencia. Esa fue la razón detrás de la reacción de mi amigo.

—Exactamente, y además mi amiga también se va a trabajar al extranjero, así que todos estamos en la misma situación —me respondió, un poco a la defensiva. Necesitaba que bajara la intensidad de sus comentarios, o mi plan de pasar la noche con ella se iría a la mierda.

—¿Qué tal si pedimos una copa para todos? —sugirió Theo, pero nos dimos cuenta de que Atenea ya se había dirigido a la barra sin contar con nosotros dos.

—Aquí tienes, amiga, que no se diga que nos tienen que invitar a todo —exclamó mientras le pasaba a Ana una copa de *gin-tonic*. Luego, levantó su vaso para hacer un brindis—. ¡Por las mujeres fuertes e independientes, que no necesitan que ningún hombre se gaste el dinero en ellas!

—Lo tenemos crudo, amigo —me susurró Theo, y lo miré reprochándole que había sido su culpa.

—¿Por qué será? Si aprendieras a controlar los gestos de tu cara, nos iría muchísimo mejor, pero como eres un libro abierto en esos temas…

—Sabes que no puedo con esas cosas, es superior a mis fuerzas —me respondió riendo, mientras las chicas se dirigían a la pista de baile, y varios hombres se las quedaron mirando.

Capítulo 3



Atenea

Jalé a mi amiga del brazo y la arrastré hacia la pista de baile, ya que la actitud de esos dos me estaba sacando de quicio. ¿De veras creían que éramos de esas mujeres que quieren que las agasajen durante toda la noche? Pues lo llevaban claro, al menos conmigo, porque no aguanto a las personas tan interesadas.

—¿Dónde me llevas tan rápido? Chiquilla, que me vas a matar con tantas prisas —me decía Ana a gritos, mientras que yo hacía caso omiso a sus palabras.

—A la pista, para alejarnos de esos dos, que se han pensado que todas las mujeres somos iguales, los muy estúpidos —contesté, mientras le daba un sorbo a mi bebida, y localizando una mesa alta al fondo, donde nos pondríamos si llegábamos a ella antes de que la ocuparan.

—Tampoco han dicho nada, los pobres. Además, yo no le he pedido amor eterno, tan solo un polvo eterno, de esos que al día siguiente te duelen hasta las pestañas —me respondió Ana, y ambas nos echamos a reír. —Mira, ahí vienen, vamos a ver qué nos dicen, porque sería una pena no aprovecharlos, tienen una pinta de empotradores que no veas.

—Me parece perfecto, pero ya sabes, llegamos juntas, nos vamos juntas, que no quiero estar toda la noche pensando en si estarás bien o no —le dije, y ella asintió con la cabeza.

—Venimos en son de paz, y a pediros disculpas por el malentendido de antes, no pretendíamos ofenderos —dijo Mark mientras me pasaba la mano por la cintura, para susurrarme al oído un lo siento.

—No sé con qué clase de mujeres estáis acostumbrados a ir, pero no todas somos iguales, te lo puedo asegurar. Eso es como decir que todos los hombres son unos machistas, cuando me queda claro que la gran mayoría de ellos no pertenecen a ese grupo —le respondí orgullosa.

—Si nosotros os contáramos, entenderíais por qué reaccionamos así antes. Una de ellas incluso se atrevió a cargar a mi cuenta un anillo de la joyería del hotel donde nos quedamos, porque decía que no se iba a ir con las manos vacías después de haber estado con un hombre —fue Noah quien lo comentó.

—Pues lo siento, chico, pero ni mi amiga ni yo estamos dispuestas a dar una imagen que no es la nuestra. El comentario que hice al entrar era solo

una broma, no había ningún interés, al menos no de tipo económico; lo único que realmente quiero es que me dejes las piernas temblando como un flan durante un buen rato —respondió ella con mucho descaro, lo que provocó que todos estalláramos en risas.

—Por eso no te preocupes, preciosa, que te dejaré como tú quieras —le respondió el chico a la vez que se acercaba a ella, para bailar tan pegados que parecían un solo cuerpo.

—¿Tú también tienes ese tipo de interés? Porque yo me ofrezco voluntario, y no sería ningún sacrificio —me susurró Mark al oído, a la vez que me apretaba a su cuerpo, en un baile de lo más insinuante, y di la callada por respuesta, aunque tampoco me separé de él ni le dije que se apartara.

Estuvimos un buen rato así, bailando de esa manera, en la que, cuando pegaba mi espalda a su pecho, podía notar cómo su miembro iba adquiriendo unas dimensiones alucinantes, ya que se lo estaba clavando en la parte baja de mi espalda.

No es que yo fuera excesivamente alta ni él bajito, lo que pasaba es que yo llevaba unas cuñas cuyo tacón me hacían ganar unos ocho o diez centímetros, y por eso quedaba a esa altura.

—Ahora vuelvo, voy al baño —le dije mientras me alejaba de él, ya que las dos copas que había tomado allí, sumadas al vino de la cena y a la copa

que compartimos después, estaban haciendo que mi vejiga no pudiera aguantar más.

Me dirigía hacia el baño, cuando, de repente, vi que mi amiga salía a la parte del jardín del hotel donde se encontraba la discoteca. Esa zona era conocida por ser el refugio de las parejas que buscaban un poco de privacidad, ya que contaba con varios rincones perfectos para ese tipo de encuentros. La vi acompañada de Noah, quien no dejaba de abrazarla mientras le daba mordiscos y besos en el cuello.

Entré en el servicio, y me extrañó que no hubiera casi nadie, pero lo que realmente me dejó boquiabierta fue lo que encontré al salir del cubículo.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado si he cerrado la puerta con el pestillo? —le pregunté, pero tal y como me estaba mirando, sabía que no me iba a contestar, no por lo menos en ese momento.

Me tomó de la mano y, con un movimiento decidido, me pegó a la pared. Sentí el frío de los azulejos en mi espalda, pero en ese momento no me importó en absoluto, ya que estaba tan ardiendo que me vino hasta bien. Luego, se lanzó a mis labios con una intensidad que me dejó sin aliento; un beso así sería difícil de borrar de mi memoria. Si eso era lo que un simple beso podía hacerme sentir, no podía ni imaginar cómo sería tenerlo dentro.

Mientras sus labios se movían con pasión, sus manos comenzaron a explorar la parte superior de mis piernas, avanzando lentamente hasta el borde de mi vestido, que fue subiendo poco a poco hasta quedar enredado

en mi cintura. Afortunadamente, una vez que lo volviera a colocar en su sitio, no tendría problema en que estuviera arrugado y la gente notara lo que había pasado ahí, porque al ser de algodón, se vería perfectamente bien.

Lo hizo con una mezcla de destreza y picardía, apartando el tanga con sus dedos y recorriendo mis pliegues de una manera que me hizo soltar un gemido que no había dejado escapar en mucho tiempo. Esa reacción suya, una sonrisa de suficiencia, me fastidió bastante, pero la verdad es que no estaba dispuesta a dejar que un pequeño detalle como ese arruinara lo que estaba sucediendo.

Cuando comprobó que estaba lista, retiró sus dedos, llevándolos a su boca y disfrutando de su sabor, antes de levantarme en brazos, apoyándose en la pared para sostenerme, mientras mis piernas se enroscaban en su cintura. No tengo idea de cómo logró desabrochar su pantalón o bajar la parte superior de mi vestido, pero en un instante, me penetró con fuerza, mientras sus labios recorrían mis pechos, que eran bastante generosos en tamaño, llenando el ambiente de una mezcla de deseo y pasión.

En ese momento, todo me daba igual; no me importaba que la gente quisiera entrar o si alguien podía abrir la puerta y encontrarnos de ese modo. Lo único que quería era que no parara, que me dejara con las piernas temblando.

En un momento, después de que ya había alcanzado un primer orgasmo, me giró y me puso de cara a la pared, sujetando mis brazos con una mano, mientras con la otra comenzaba a acariciar mis glúteos con una necesidad

palpable, penetrándome de manera insistente. A medida que entraba y salía de mí, llevó la mano que sostenía mis brazos hacia mi clítoris, masajeándolo en círculos, lo que me volvió completamente loca. Así, entre gritos y gemidos, ambos alcanzamos el clímax. Nunca había estado con un hombre así.

—Te espero fuera, preciosa —dijo en cuanto terminamos y se recompuso la ropa. Después me dio un breve beso en los labios y salió hacia la discoteca.

No me podía creer lo que había hecho, ya que nunca había actuado de esa manera en mi vida, y mucho menos con alguien que acababa de conocer. Pero no me arrepentía en absoluto. Necesitaba relajarme, y él lo había logrado, y de sobra. Así que me ajusté el vestido, me peiné un poco la coleta y me volví a pintar los labios, aunque en realidad estaban igual que cuando entré, ya que llevaba puesto un labial permanente. Una vez que logré serenarme un poco, abrí la puerta del baño y salí. Me volvió a sorprender que no hubiera nadie haciendo cola, cuando el de la otra parte estaba a reventar de gente.

—Un refresco de cola, por favor, y con mucho hielo —le dije al chico de la barra que me había atendido anteriormente.

—Invita la casa, guapa —me dijo cuando me lo trajo, y me guiñó un ojo, marchándose para seguir atendiendo al personal, que se arremolinaba sediento en torno a la barra.

Localicé a los tres en el mismo sitio en el que habíamos estado antes, así que dirigí mis pasos hacia allí. Tenía claro que mi noche había llegado a su fin, puesto que eran más de las cinco de la mañana, y necesitaba acostarme a descansar. Si no lo hacía, al día siguiente no sería persona, y tenía una comida familiar.

Capítulo 4



Cameron

En mi vida, ni siquiera durante mis años en la universidad, había tenido sexo con una mujer en el baño de una discoteca. Pero con ella, todo fue diferente; no pude resistirme. La vi contoneándose con ese vestidito ajustado y supe exactamente a dónde se dirigía. Normalmente, el baño que ella tenía en mente era el de los empleados, un lugar que siempre estaba cerrado con llave para que el personal no tuviera que hacer cola, pero ella no tenía idea de eso.

—David, ¿serías tan amable de dejar el baño del personal abierto? Una amiga va hacia allá — le comenté a uno de los camareros, mientras otro me pasaba la llave por encima de los demás.

—Ahora mismo es imposible salir de aquí, que nos lincharían, pero sírvase usted mismo —me dijo el chico, que seguía tratándome de usted, a pesar de que le hubiera dicho en infinidad de ocasiones que, cuando no estuviera ejerciendo mi trabajo, me tuteara.

—Gracias —le contesté, y me dirigí hacia allí, pero cortando camino por dentro de la barra, para llegar antes que ella. Dejé abierta la puerta, y me escondí en un lateral del pasillo, donde había una columna, hasta que la vi entrar, y fue entonces cuando pasé dentro, sin hacer ruido, y volví a cerrar la puerta por dentro, dejando la llave puesta para que no pudieran abrir desde fuera.

Su cara, cuando salió del cubículo y me vio, fue todo un poema, puesto que lo que menos esperaba era encontrarme allí. De hecho, fue lo primero que dijo, una vez superada la sorpresa inicial, pero no le contesté. No era capaz de articular palabra, mi cabeza solo tenía una cosa en mente, y no pensaba marcharme de allí sin conseguirla, siempre y cuando ella estuviera de acuerdo, por supuesto.

Tuvimos un encuentro de lo más tórrido, como en mi vida había tenido, pero al final solo era una mujer más en mi vida, no tenía intención de quedarme pillado. Primero, porque al día siguiente, o mejor dicho, en unas pocas horas, nos íbamos, ya que eran casi las cinco de la mañana. Y segundo, porque enfrentarme a uno de mis mayores fantasmas no era algo que estuviera dispuesto a hacer.

En su día, me prometí no volver a confiar en ninguna mujer, solo en mi madre, y eso lo llevaba a rajatabla. No estaba dispuesto a arriesgar mi corazón de nuevo, no, cuando en el pasado me habían hecho tanto daño. Por eso trazamos el plan de los nombres falsos, por si nos volvíamos a encontrar con alguna de esas chicas, decirles que se habían confundido.

—Te espero afuera, preciosa. —Eso fue lo único que logré decir al finalizar. Después de arreglarme la ropa y deshacerme del preservativo en una de las papeleras, abrí la puerta y salí a la discoteca, dejándola sola dentro.

No me dejé llevar por la tentación de quedarme a su lado, tenía que aceptar que solo había sido un lío de una noche, y que no íbamos a salir de allí de la mano para ir a ninguna parte. La química entre nosotros había crecido durante toda la noche, y al final, ambos quedamos saciados; me aseguré de que ella se corriera dos veces antes de hacerlo yo, porque esa era mi forma de actuar. Así que, después de todo, eso fue lo que ocurrió y no había más que añadir.

—Ana, me tomo el refresco y me voy, estoy agotada, y hoy tengo un almuerzo familiar —le comentó a su amiga, que la miraba con una carita de pena, como si deseara que se quedara un poco más.

—Si te quieres quedar, yo puedo acompañarte, luego —ofreció Noah, pero Ana simplemente movió la cabeza en señal de que no.

—Salimos juntas, volvemos juntas, ese es nuestro lema, y así nos evitamos estar preocupadas por la otra durante toda la noche —respondió Ana, mientras le sonreía.

—Nosotros también nos vamos, amigo, necesitamos descansar un poco antes de emprender el viaje, que son muchas horas de avión para volver a

casa —le dije a Theo, quien me miraba con una ceja arqueada, pero le hice un gesto que él conocía perfectamente, y era que mantuviera la boquita cerrada.

Era cierto que a nosotros las horas de viaje nos daban exactamente igual, puesto que viajábamos en un avión privado que contaba con un amplio dormitorio y un baño. En más de una ocasión no solo nos había servido para descansar, sino que también se había convertido en el escenario de algunos encuentros íntimos con las azafatas, todo mientras surcábamos los cielos.

—Bueno, chicos, ha sido un verdadero placer conoceros, y nunca mejor dicho. Si el destino lo permite, nos volveremos a encontrar —nos dijo Ana, mientras me daba un beso en la mejilla y un morreo en toda regla a Noah, asegurando que era para que no olvidara cómo besan las españolas.

—El gusto ha sido todo nuestro, no hay duda de eso. Espero que disfrutéis lo que os queda de vacaciones y, Ana, que tengas un excelente viaje y que todo te salga de maravilla en tu nuevo trabajo —les dije, dándoles un par de besos a cada una, ya que lo que ocurrió entre nosotros en el baño quedó ahí, en ese mismo instante.

Observamos cómo las chicas salían de la discoteca, mientras mi amigo ya había puesto su atención en una morena que no dejaba de insinuarse. Tenía claro que no iba a dejar pasar la oportunidad, y que ella sería la elegida para pasar un buen rato hasta que nos fuéramos a casa. Incluso me atrevería a decir que podría invitarme a esa fiesta privada entre ellos, ya que no sería la primera vez que lo hacía. Sin embargo, no me sentía con ganas de muchas

locuras esa noche, así que decidí dejarlo ahí y subí a la *suite* a descansar, antes de que me tentara con alguna propuesta.

Entré en mi habitación y, sin dudarlo, me dirigí a la ducha. El perfume de Atenea aún estaba impregnado en mi piel, y sabía que no podría dormir tranquilo hasta que lo eliminara por completo. Así que, decidí usar una buena cantidad de gel de ducha, asegurándome de que su aroma se desvaneciera por completo antes de tumbarme en la cama.

No pasó mucho tiempo antes de que escuchara a mi amigo llamando a la puerta, recordándome que era hora de bajar a comer. Teníamos un par de horas antes de que nuestro vuelo partiera hacia el aeropuerto, donde nos esperaba el avión que nos llevaría de regreso a casa.

—¿Todavía estabas durmiendo? —me preguntó al notar que solo llevaba el bóxer, ya que yo dormía sin nada, incapaz de soportar la incomodidad de un pijama en la cama.

—Es bastante obvio, ¿no? Entonces, ¿para qué preguntas? —le respondí mientras cerraba la puerta y me dirigía a la habitación para ponerme algo de ropa.

—No he pegado ojo en toda la noche, ha sido una experiencia épica, algo que no vivía desde hacía tiempo. Cuando se fue, me pidió dinero para un taxi y le di doscientos euros para que se comprara un *caprichito* de mi parte —me contestó, y yo negaba con la cabeza, solo a él se le podía ocurrir hacer algo así.

—¿Y no te ha mandado a la mierda? Porque yo sé de dos que lo hubieran hecho sin pensar siquiera. —Me vino la imagen de las dos amigas, y su manera de reaccionar ante eso, y soltó una carcajada.

—Para nada, todo lo contrario, me ha regalado una felación antes de irse, de propina, me ha dicho que era.

Es que hay de todo en la viña del señor, como se suele decir, pero me daba a mí que esa muchacha se dedicaba a lo que se dedicaba, y en las discotecas de mis hoteles no lo iba a permitir. Hablaría con el gerente para que estuviera pendiente de esas cosas, porque una mujer que quisiera ligar no aceptaría ese dinero sin ofenderse. Quizás ella pensara que mi amigo lo sabía, y le había parecido generosa la propina que le había dado, todo quedaba en el aire.

Decidí vestirme de manera cómoda porque, después de aterrizar, iríamos directamente a nuestras casas, cada uno a la suya. No era necesario que me pusiera chaqueta y corbata, aunque si hubiera tenido alguna reunión programada, seguramente me habría cambiado en el avión justo antes de aterrizar. Después de eso, nos fuimos a comer.

—Me rugen las tripas, amigo, y eso que anoche me harté de comer, y no de lo que estás imaginando, que me refiero a la cena —me dijo Theo, mientras yo levantaba las manos, en señal de que era inocente—. Y tú, ¿qué tal con Atenea?

—Una más. Es verdad que hice algo que no hubiera pasado ni por mi imaginación hacer, y es que lo hicimos en el baño de la discoteca, y fue un *polvazo* espectacular, pero hasta ahí, ella por su lado y yo por el mío, total no la voy a volver a ver más en la vida…

Capítulo 5



Atenea

Habían pasado ya dos semanas desde aquella noche en la que conocimos a aquellos dos escoceses, y la despedida de mi amiga se acercaba rápidamente, ya que en pocos días se marcharía a Suiza, para ejercer su trabajo soñado, ese que la tenía tan emocionada y por el que estaba más que dispuesta a dejar todo atrás.

—No lo pienses más y ven conmigo, por favor. Prueba al menos unos meses, lo mismo te sale allí, un buen trabajo — me insistía Ana, tratando de convencerme de que me uniera a su aventura.

—Joder, es que es dejar todo atrás, e irme a la aventura de Dios, cargando sobre tus espaldas mi escapada, no me parece justo — le respondí, sintiendo una mezcla de apuro y gratitud, porque aunque somos grandes amigas, no quería que su vida se viera afectada por mis problemas.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Vamos a esperar un par de meses. Si en ese tiempo no encuentras nada aquí, yo me encargaré de buscarte un trabajo en Suiza y te vienes conmigo. Sabes que el alojamiento no es un problema, ya que mi empresa pone un piso a mi disposición, y podemos vivir las dos en él, que no me van a decir nada.

—Eso me parece justo. De todos modos, me dejaré la piel para encontrar algo antes, ya me da igual si aquí o en Sebastopol, así que voy a ampliar mis miras. Empezaré a buscar ofertas de empleo en el extranjero, de ese modo pienso que tendré muchas más posibilidades. —Fue mi respuesta, y es que, aunque en casa no me decían absolutamente nada, no era capaz de estar mano sobre mano, necesitaba trabajar. Empezaba a plantearme hacerlo incluso de camarera, pero sabía que mis padres no lo iban a consentir, por eso no lo había intentado ya.

Pasamos toda la tarde juntas organizando su maleta, que era la única que llevaría consigo. Todo lo demás lo había dejado empaquetado para que una empresa de transporte se lo enviara una vez que ella estuviera acomodada en Suiza, así que solo llevaba lo esencial en su equipaje.

Mientras ella hablaba de sus planes en ese país, en el que decía que estaba segura de que encontraría al amor de su vida, yo me dediqué a mirar ofertas de empleo en todas las páginas web de empresas. Aprovechaba para enviar mi currículum a aquellas que tenían vacantes que me interesaban.

—¡Mira qué oferta tan interesante! Es de una empresa escocesa con sede en Inverness, piden que se tenga total disponibilidad para viajar, y la verdad

es que cumplo con todos los requisitos —le comenté a Ana, mientras le mostraba una alerta que me había llegado. Tenía todo configurado para que me avisara cuando aparecieran ofertas de trabajo relacionadas con mi campo, y hacía un rato decidí ampliar la búsqueda, incluyendo también opciones fuera de España.

—¿Qué haces que no estás enviando ya tu currículo? Cuanto antes, mejor, que luego hay un montón de solicitudes y no las leen todas, te lo aseguro —me contestó, apremiándome para que lo hiciera.

—Porque ya lo he enviado, lo he hecho justo antes de enseñártela, en cuanto la he leído. Ojalá tenga suerte, porque es el trabajo ideal para mí. Asistente de dirección, viajando por todo el mundo, con un buen sueldo y alojamiento. Si eres de fuera de la ciudad, un chollo, vamos.

—A lo mejor es porque el jefe es un ogro, así todo feo con una verruga en la nariz, y de esos que pegan gritos cada dos por tres —me dijo riendo, y provocó una carcajada en mí que no era capaz de parar.

—No me importa, puede ser hasta un tipo raro que hable con un látigo en la mano, como si todos fuéramos leones, que con las condiciones que ofrecen, le haría una reverencia si fuera necesario —le respondí riendo, y así nos entreteníamos un buen rato, bromeando sobre cómo podría ser el CEO de esa empresa, al que incluso llegamos a describir como si fuera una alcayata.

—Vamos a darnos una vuelta por la playa, anda, y nos tomamos una cervecita con unas tapitas allí, para despedirnos en condiciones, que ya estoy hasta el moño de empaquetar cosas. Al final lo dejo todo aquí y me lo compro allí nuevo, total no voy a tener con quién gastar el dinero del sueldo, puesto que no conozco a nadie —me dijo con un tono de tristeza que dejaba claro que, a pesar de sus bromas, le estaba costando dejar todo atrás.

—No me hables de despedidas todavía, por favor, que me da mucha pena. Aún tenemos dos días más para disfrutar de nuestra amistad. Prométeme que, aunque conozcas allí a gente nueva, no te vas a olvidar de mí y que, por lo menos una vez a la semana, nos haremos una videollamada —le pedí. Habíamos pasado de la risa al llanto, pero es que éramos como hermanas, y el estar lejos la una de la otra iba a ser complicado para las dos, si no éramos capaces de dejar de vernos más de dos días.

—Sabes que nunca lo haré, y lo de la videollamada, mejor cada tres días, y así nos contamos cómo nos está yendo todo. Y ahora es tu turno de las promesas. Necesito que me prometas que irás a verme cada cierto tiempo, al igual que haré yo, y que las vacaciones las pasaremos juntas. Además de que, si en dos meses no has conseguido trabajo, te vendrás conmigo a Suiza y empezarás allí de cero. —me dijo de carrerilla.

—Juntemos nuestros meñiques, como cuando éramos pequeñas, y así será inquebrantable. —Los juntamos y volvieron las risas, esas que queríamos que fueran la banda sonora de nuestra despedida. Nada de lágrimas, puesto que ambas estábamos buscando la estabilidad económica, así como un buen

futuro que nos asegurase que no tendríamos ninguna carencia el día de mañana.

Decidí darme una ducha en su casa, ya que no tenía sentido regresar a la mía solo por eso. Después, me vestí con ropa de mi amiga, esa que me dijo que me quedara, así no me olvidaría de ella cuando se fuera. Por suerte, ambas teníamos la misma talla tanto en ropa como en calzado, aunque yo tuviera un poco más de volumen en el pecho. Sin embargo, el suéter que elegí era de punto, así que no hubo problemas en cómo me quedaba.

Decidimos caminar hasta la playa, aprovechando la agradable tarde-noche que se presentaba, ya que queríamos disfrutar del buen clima. Mi amiga había recibido recomendaciones para llevar ropa abrigada, dado que el frío comenzaba a hacer su aparición, aunque no era tan intenso como en pleno invierno.

—Nos sentamos en el mismo chiringuito de la otra vez, ¿te parece bien? —me preguntó Ana, con una sonrisa en los labios, esa que yo sabía a qué se debía.

—Dónde tú quieras, pero no te pienses que por sentarnos allí van a aparecer esos dos escoceses, que ya sabes que se fueron ese mismo día. A esos dos no los volvemos a ver, que te quede claro —le contesté, puesto que eso era lo que ella pensaba que iba a ocurrir.

—¿Y si no se marcharon? ¿Y si han vuelto y nos están buscando por aquí? Todo es posible, amiga —me dijo, totalmente convencida, pero seguí

rebatiendo con ella.

—Claro que sí. Tienes las mismas posibilidades de que veas aparecer a estos dos por aquí, de que a mí me toque la primitiva, o sea, ninguna, porque no juego nunca.

— Eres una aguafiestas, que lo sepas. Yo que pretendía irme de aquí con un buen meneo, y la verdad es que Noah me lo dio, y de los que hacen época. Tanto, que no me importaría repetir, fíjate —me dijo soñando despierta, pero ese sueño se le iba a volver pesadilla, porque ese ni estaba ni se le esperaba.

—Pues tengo la pequeña intuición de que te vas a tener que buscar a otro, pero para ti nada más, por lo que tú más quieras, que yo con una vez, como experiencia, ya he tenido bastante —le respondí, y me miró con una ceja arqueada.

—Tú te lo pierdes, porque la última vez que elegí para las dos, no lo hice nada mal, te lo recuerdo.

—¿De qué estás hablando, chica? Fui yo quien te señaló a los dos chicos de la mesa de al lado, incluso me moví de lugar para que pudieras verlos mejor.

—Sí, sí, pero ¿a quién se le ocurrió levantar la copa para hacer el brindis, eh? A mí, a tu persona favorita, la que, indirectamente, te regaló el mejor polvo de tu vida. No te atrevas a negarlo, porque no me lo voy a creer.

Continuamos bromeando sobre quién había ayudado más en la conquista, riéndonos sin parar, hasta que el camarero se acercó con una copa que nos ofrecían unos clientes. En ese momento, ambas soltamos una carcajada, ya que Ana, al darse la vuelta rápidamente, se dio cuenta de que ninguno de los dos le atraía. Agradeció el gesto y se dirigió hacia la zona de la playa, evitando así cualquier intento de acercamiento por parte de ellos.

Capítulo 6



Cameron

—No me lo puedo creer, de verdad. ¿Cómo puede ser tan poco profesional? Y encima, con todo el trabajo que tenemos pendiente, espero que Martha sea capaz de llevarlo todo adelante hasta que encontremos a alguien que pueda sustituir a la otra —le dije a Theo y al jefe de recursos humanos, bastante enfadado.

Mi asistente personal había presentado su dimisión. Me dijo que lo haría en cuanto que tuviéramos cerrado uno de los acuerdos más importantes para la empresa, porque a su pareja no le gustaba que estuviera todo el día viajando, y menos con dos hombres. Esas fueron sus palabras, pero se había largado antes.

—Ya hemos puesto el anuncio en la página web, y tenemos varias candidatas que cumplen con todos los requisitos. Aunque hay una que sobresale, ya que tiene experiencia en un cargo similar al que ofrecemos —me dijo el jefe de Recursos Humanos.

—Pues llámala y que venga esta misma tarde para hacerle la entrevista —esta vez era Theo el que hablaba, puesto que yo, en el momento en el que me agobiaba o me trastocaban los planes, ya no era capaz de razonar.

—Que venga esta tarde va a ser difícil, puesto que es de otro país, pero la entrevista, si quieres, la podemos hacer, aunque sea por videollamada —me contestó Brandon, el jefe de Recursos Humanos.

—Esta tarde no podré estar disponible, y tampoco Theo, ya que tenemos una reunión para cerrar el acuerdo que mi asistente iba a esperar que estuviera listo. Te dejo a ti la responsabilidad de elegir a alguien que, dentro de tres días, no me vaya a dejar en la estacada. Confío plenamente en ti para que tomes la mejor decisión —le respondí.

—¿Cuál ha sido su excusa? Si es que ha llegado a poner alguna —preguntó Theo.

—Resulta que tuvo una pelea con su novio, quien le soltó que si no renunciaba al trabajo era porque seguramente estaba liada con alguno de los dos, y le lanzó un ultimátum: o la empresa o él. Ella, por supuesto, decidió quedarse con su chico —comentó Brandon, mientras Theo no podía contener la risa y yo me quedé boquiabierto ante la sorpresa.

—Ese tipo no tiene idea de quiénes somos, amigo. No estoy diciendo que la chica no tenga un repaso, porque todas lo tienen, de una manera u otra, pero nosotros no nos involucramos con nadie que tenga pareja. Una vez me

pasó a mí, sin saber lo que estaba ocurriendo, porque ella no me había comentado nada, y de repente apareció el marido justo cuando estábamos en plena acción.

»¿Y a quién echó a puñetazos de aquella cama? Exacto, a mí, que era el soltero en la historia. Vamos, que debería enfadarse con su novia, esposa o lo que sea que tengan, porque es ella la que tiene el compromiso y la que debería respetarlo, no conmigo, que al final soy un damnificado como tú.

»Desde ese momento, siempre pido el libro de familia antes de meterme en líos —soltó Theo, y rompimos a reír. No era que lo que decía fuera una mentira, porque no lo era, y de hecho, tuve que dejarle entrar en mi habitación, que era la más próxima, ya que estaba en pelotas por el pasillo del hotel, huyendo de ese tipo. Lo curioso era la forma en que lo narraba, con una seriedad absoluta y sin esbozar una sola sonrisa, mientras que todos los demás nos moríamos de risa.

—Eres único, Theo, te juro que no he conocido a otra persona con el arte que tú tienes —le dije sin poder parar de reír, mientras preparaba toda la documentación necesaria para la reunión que tendríamos en unas horas.

—Os dejo, chicos. Voy a intentar ponerme en contacto con la chica para ver si podemos dejar todo el contrato y los detalles listos durante esta videollamada. Estoy convencido de que es la candidata perfecta para el puesto, ya que habla varios idiomas, algunos de los cuales son esenciales para vuestras reuniones.

»De esta manera, evitaremos tener que buscar intérpretes de última hora para las traducciones —comentó Brandon. Eso me pareció genial, porque la anterior candidata, aunque era bastante competente, solo dominaba el

inglés, español y francés. Si necesitábamos negociar con una empresa alemana o italiana, siempre teníamos que depender de otras personas para la traducción.

—Si tú lo crees así, no la dejes escapar. Ofrécele lo que sea, pero que esté aquí lo antes posible. Si consigues que lo haga a primeros de la semana que viene, te saco a hombros de la empresa —le dije a mi compañero, que ya salía por la puerta para intentar localizar a esa chica, de la que no nos había dicho ni el nombre.

—Voy a llamar a Martha, a ver si ella está dispuesta a acompañarnos a esta reunión, aunque se le pague aparte. La verdad es que, si tú y yo nos encargamos de explicar las condiciones y ellos hacen alguna modificación en el contrato, no podremos estar al tanto de todo.

»Sería genial que ella se encargara de tomar notas, así podremos revisar todo con calma en la oficina —me comentó Theo, quien también se había puesto de pie para avisar a la secretaria y ponerla al tanto de la situación.

No entendía a la gente que era tan poco profesional, por no decir la postura de la pareja, tan insegura. Era increíble pensar que alguien pudiera renunciar a un empleo tan bueno, donde el salario era realmente atractivo, incluso el mejor en comparación con otras empresas del sector. Además, el trabajo incluía dietas para los viajes, a pesar de que todos los gastos estaban cubiertos.

Me centré en la documentación que tenía delante, dejando a un lado mis pensamientos sobre mi antigua asistente, ya que teníamos que conseguir ese

contrato, sí o sí. McLeod Inc. no solo era una cadena hotelera, aunque al principio lo fuera, sino que yo me había encargado de ampliar la empresa, tocando todos y cada uno de los sectores de ocio que se me ponían por delante. Por ello, además de los hoteles, como ya he dicho, también teníamos discotecas y restaurantes repartidos por todo el mundo.

En ese momento, estábamos enfocados en la posibilidad de adquirir un resort en la República Dominicana, ya que no teníamos presencia en esa área y se trataba de un establecimiento de lujo, repleto de comodidades para los huéspedes que decidieran disfrutar de su estancia. Habíamos recibido información sobre la situación del actual propietario, quien también ejercía como gerente del lugar y se encontraba en serios problemas financieros. Su vida personal había tomado un giro dramático tras un escándalo amoroso con una jovencita, lo que le había costado un divorcio que fue catalogado como el más costoso de la historia, convirtiéndose en tema de conversación en todos los programas del corazón.

El señor en cuestión, de sesenta y cuatro años, había estado casado durante cuarenta años y tenía dos hijos mellizos de treinta y dos, quienes decidieron apoyar a su madre en este complicado asunto. La situación se desató en una fiesta en alta mar, donde el alcohol corría como el agua y las señoritas de compañía se dejaban ver ligeritas de ropa. Fue allí donde lo sorprendieron in fraganti, con su lengua en la boca de una mujer y las manos de ella en donde la espalda pierde su nombre. Se pensó que ese amorío le iba a durar toda la vida, pero ella rápidamente lo reemplazó por un hombre más joven y adinerado, al darse cuenta de que su esposa se quedaría con la mayor parte de su fortuna, excepto el resort, que era una herencia familiar.

Teníamos una propuesta bastante atractiva para él, una que pensábamos que no podría rechazar. La idea era adquirir la propiedad al precio que estaba tasado y registrado, aunque era un secreto a voces que había declarado un importe inferior en los documentos para rebajar el pago de impuestos. Sin embargo, a cambio de aceptar nuestra oferta, le ofreceríamos mantener su puesto como gerente, lo que significaría que seguiría recibiendo un salario mensual bastante generoso.

—Ya he hablado con Martha, y está dispuesta a hacerse cargo del trabajo de asistente hasta que la nueva chica se incorpore, pero he tenido que decirle que recibirá un plus en su nómina. Este extra será un porcentaje del sueldo correspondiente a ese puesto, calculado en función de los días que ella ejerza. No ha sido sencillo, no creas que lo aceptó sin más —me informó Theo nada más entrar en mi despacho.

—¿No has sacado a relucir tus dotes de seductor? —le pregunté, sabiendo que Martha llevaba loquita por sus huesos desde que había entrado a trabajar en la empresa, pero eso era algo que no nos permitíamos, el mezclar el trabajo y el placer, eso nunca.

—Sabes lo que digo siempre: donde tengas la olla, no metas la polla —me contestó, y ambos reímos a carcajadas.

—Anda, vamos a comer antes de marcharnos para la reunión. Dile a Martha que la esperaremos abajo a las cinco en punto. Que ya sabes que me gusta llegar un poco antes a los sitios, así pongo nervioso al oponente.

Capítulo 7



Atenea

Acaba de recibir un correo de la oferta internacional a la que había enviado mi currículo, estaba ahí, delante, en la pantalla de mi ordenador, pero tenía tanto miedo como ilusión, así que, respiré hondo y me decidí a leer qué era lo que decía.

De: Recursos Humanos

Para: Atenea Álvarez

Asunto: Respuesta a la solicitud de empleo

Estimada señorita Álvarez.

Nos dirigimos a usted con la intención de mantener una entrevista por videollamada para evaluar su idoneidad para la posición que ha solicitado.

Tras estudiar minuciosamente su currículo, y comprobar que cumple usted con todos los requisitos solicitados, hemos llegado a la conclusión de que sería la candidata perfecta, pero eso no implica que no debamos hacer dicha entrevista.

La reunión está programada para hoy a las siete de la tarde, hora de Escocia, así que le agradecería que me confirmara su disponibilidad lo antes posible. Si no recibo respuesta en el transcurso de una hora después de este mensaje, asumiré que ya no está interesada en el puesto.

Quedo a la espera de sus noticias.

Brandon Scotch

Responsable de Recursos Humanos

No me lo podía creer, era el trabajo de mis sueños, y me habían contestado transcurridas tres o cuatro horas desde que lo envié. Me dispuse a contestar, ya que haría esa entrevista, fuese a la hora que fuese, eso era lo de menos.

De: Atenea Álvarez

Para: Recursos Humanos

Asunto: Respuesta vacante solicitada

Muy Sr. mío.

Acabo de recibir su correo electrónico, y me siento tan halagada como ilusionada por poder acceder a su oferta de trabajo.

Tal y como usted mismo ha dicho, cumplo con todos los requisitos exigidos por su empresa, y en mi currículo quedan reflejadas mis capacidades y experiencia laboral.

Será para mí un placer poder llevar a cabo esa entrevista que usted ha mencionado por videollamada, así que, a las siete, hora de Escocia, estaré esperando delante de la pantalla.

Sin otro particular, y en espera de su llamada, reciba un cordial saludo.

Atenea Álvarez

Los nervios me comían por dentro, y lo primero que hice fue bajar a contárselo a mis padres, puesto que sabía que ellos me apoyarían al cien por cien. Aunque eso supusiera tenerme que marchar a miles de kilómetros de donde estaba, pero era para una oportunidad única para mí.

—¿Qué te pasa que bajas con esa carita tan sonriente? —me preguntó mi padre en cuanto me vio.

—Ay, papi, que estoy muy feliz. Me ha salido una oferta de trabajo que casi es mía, y es una oportunidad única —le contesté, para, a continuación, contarle todo, lo del aviso, el correo, para terminar, diciéndole lo de la videollamada.

—Esto es fantástico, mi niña —me contestó mi madre, mientras me abrazaba, pues ella también estaba allí mientras yo hablaba con mi padre, por lo que se había enterado de todo.

—Lo único que tiene de malo, es que te vas a donde Cristo perdió la alpargata, pero no te preocupes, estaremos en contacto por videollamada y otras cosas. Ya no es como antes, cuando te mudabas lejos de casa, pasabas mucho tiempo alejado de la familia sin poder verlos. Ahora, gracias a la tecnología, estamos más conectados que nunca —dijo mi padre, como si se estuviera convenciendo a sí mismo más que a mí, lo que hizo que mi madre y yo sonriéramos.

Subí de nuevo a mi apartamento, quedando en que bajaría a contarles el resultado de esa entrevista en cuanto la hubiera terminado, por lo que me dediqué ese tiempo que faltaba para ducharme y arreglarme, aunque fuera de cintura para arriba, ya que la parte de abajo no me la iban a ver. No quería hacerla sin arreglar, puesto que podían pensar que no estaba realmente interesada.

Para hacer tiempo, llamé a mi amiga y se lo conté. Empezó a dar saltos de alegría, diciendo que iba a tener mucha suerte, y que no renunciara a esa oportunidad por miedo, que, si me iba mal, siempre podría volver a mi casa, que mis padres me recibirían con los brazos abiertos.

Llevaba razón, y me conocía mejor que nadie, puesto que por mi cabeza había llegado a pasar esa opción. Aunque, enseguida, la descarté, no podía ser tan cobarde en ese aspecto, era mi futuro, y dependía de esa entrevista.

—Buenas tardes, señorita Álvarez, o buenas noches, ya que en España deben ser alrededor de las ocho, si no me equivoco —comentó el hombre que aparecía en la pantalla, y que, por cierto, era bastante atractivo. Si mi amiga Ana estuviera aquí, seguro que me diría que no lo dejara escapar, que me diera un homenaje con él, lo que me hizo sonreír de manera involuntaria. —Soy Brandon Scotch, el encargado del departamento de Recursos Humanos de McLeod Inc.

—Buenas tardes, señor Scotch, yo no me presento, puesto que ya sabe usted quién soy —respondí, y le salió una sonrisa como la mía. Por favor, qué hombre más guapo. No pude evitar que me viniera a la cabeza ese otro

escocés que me dejó con las piernas temblando. No os voy a decir que me había enamorado, porque no era cierto, o eso creía, pero sí que me había dejado una huella difícil de olvidar, y que su persona me venía a la mente cada dos por tres.

—Voy a ser rápido y sincero con usted. Su perfil académico y profesional encaja a la perfección con la vacante que tenemos, pero necesitamos que se incorpore de inmediato. La asistente de dirección anterior se fue de forma inesperada, y una de las secretarias está asumiendo sus tareas, pero no puede con todo.

»Dígame, ¿cuánto tiempo necesitaría para poder incorporarse? —Fue directo al grano, ya que anteriormente nos habíamos llevado un buen rato hablando de las condiciones del contrato, tanto a nivel económico como de disponibilidad para viajar cuando fuese necesario que, según me había dicho, era bastante a menudo.

—Pues el tiempo de preparar una maleta con mi ropa, porque las demás pertenencias me las pondrían enviar mis padres una vez que estuviera allí instalada, y buscar un vuelo —respondí, y es que era verdad, me podía ir en cuanto quisiera.

—Por el vuelo no se preocupe, que de eso se encarga la empresa, así como de recogerla en el aeropuerto y llevarla al alojamiento. Y vamos a tutearnos, por favor, que ese tratamiento me hace sentir demasiado mayor, llámame, Brandon.

—Perfecto, Brandon, entonces yo no seré la señorita Álvarez, seré Atenea a secas, ¿le parece? —respondí, mientras que veía cómo Brandon asentía con la cabeza.

—Muy bien, Atenea, eso es lo que me parece. Ahora, volvamos al motivo de nuestra reunión. Hoy es martes, ¿crees que para el viernes podría estar aquí? Así podrías empezar a trabajar el lunes —me preguntaba, y yo consideré que intentaría hacerlo antes, a ver si era posible. Ana se marchaba mañana, así que podría hacer mi maleta esta misma noche y podríamos ir juntas al aeropuerto, ya que su vuelo no salía hasta las siete de la tarde.

—Si logras encontrarme un vuelo para mañana, podré estar allí el jueves por la mañana y así tendré todo el viernes para que me expliquen en qué consistirá mi trabajo. De ese modo, el lunes podré empezar a desempeñar mi trabajo. Así no perderemos el tiempo, ni vosotros, ni yo. Total, aquí estaré aburrida en mi casa, por lo que prefiero estar allí aprendiendo —le contesté, y él me miró sorprendido.

—Dame unos minutos, que te mando los datos del billete por correo electrónico, y lo dejo todo cuadrado para tu llegada. Me haces un enorme favor, no te imaginas cuánto. El miércoles de la semana que viene está programado un viaje importante, e irás con mayor seguridad. Muchas gracias por tu premura, Atenea —me iba informando Brandon, que estaba realmente emocionado.

—Las gracias os la tengo que dar yo, sobre todo a ti, Brandon, que has pensado en mí para cubrir esa vacante, que no puede hacerme más ilusión,

por otro lado. Espero tu correo con los datos del vuelo, y enseguida me pongo con el equipaje. Nos vemos pronto. Un saludo. —Cortamos la comunicación, y todavía no me lo podía creer. Era el trabajo de mis sueños, y en la empresa parecía que el ambiente era bueno, por lo menos era mi percepción después de hablar con Brandon.

Capítulo 8



Cameron

Salimos de esa reunión infernal, en la que parecía que éramos nosotros los que necesitábamos la venta del hotel en lugar de su compra. Ese hombre era insufrible, ya que solo sabía tener una exigencia tras de otra, así que le hice un gesto a Theo y tomé la palabra, en este caso, para darle un ultimátum.

—Vamos a ver, señor García, como su hotel hay tres mil más, y no sería inconveniente para nosotros hacernos con uno de ellos. Nuestra intención es hacer más favorable para usted la venta, pero tampoco somos tontos, y no vamos a acceder a todas sus exigencias, ni nosotros ni nadie que esté dispuesto a comprarlo —le dije, intentando que se bajara un poco de la nube en la que se había subido.

—Pero la compra se va a realizar muy por debajo de su valor de mercado, y eso debe tenerlo en cuenta —contestó con mucha chulería.

—La compra se va a llevar a cabo, siempre que lleguemos a un acuerdo, bajo las condiciones en las que usted ha registrado el complejo, ni un céntimo más ni uno menos. Asimismo, como entendemos que lleva usted al frente del mismo toda la vida, le extendemos la opción de que permanezca en su puesto hasta su jubilación, con un sueldo más que respetable —contrarresté su alegato, que era muy pobre, puesto que sabía a ciencia cierta que, por ahí, no llegaría a ningún lado.

—No lo tengo muy claro todavía, la verdad. Tendría que estudiar varias ofertas que he recibido y determinar cuál se ajusta mejor a mis intereses —respondió, haciendo alarde de una situación que no era cierta, ya que teníamos la certeza de que nadie le había presentado oferta alguna. Esto se debía a que el proceso requeriría una considerable cantidad de trámites para regularizar todo, comenzando por establecer su valor de mercado, y no estaban dispuestos a llevarlo a cabo.

—Me parece perfecto. El miércoles viajaremos a la República Dominicana, con un contrato que incluye nuestras condiciones. Si está de acuerdo, allí mismo se firmará la compraventa; de lo contrario, nos marcharemos y visitaremos otro que hay en la zona que también nos interesa.

»Mi asistente le entregará una copia del contrato que llevaremos la próxima semana, para que usted tenga tiempo de revisarlo con sus abogados y tomar una decisión.

»Buenas tardes, señor García, un placer haberle conocido. —Le extendí la mano para estrecharla con la suya, y me levanté, saliendo de allí con la cabeza muy alta, convencido de que firmaría el contrato en cuanto llegáramos.

—El placer ha sido mío, señor McLeod, le espero en mi país la semana que viene, a ver si somos capaces de llegar a un acuerdo —dijo mientras me estrechaba la mano.

—Está todo en sus manos, yo ya no puedo ofrecer más. Considero que es un trato justo para los dos —le dije ya en el pasillo, mientras Martha le entregaba una carpeta con el contrato sin firmar.

Me monté en el coche con un dolor de cabeza épico. En cuanto llegara a las oficinas, me iba a tomar una pastilla, antes de que apretara más, y me marcharía para casa lo más pronto posible, que sería en el mismo momento en el que hablara con Brandon y guardara en mi despacho toda la documentación.

—Buenas tardes, jefe supremo —me dijo Brandon en cuanto que me vio aparecer por las oficinas de la empresa.

—Joder, parece que me estabas esperando —le contesté sin pararme, haciéndole gestos con la mano para que me siguiera.

—Eso hacía, esperarte para hablar contigo antes de marcharme a casa —me contestó mi amigo y empleado, ya que ambos habíamos sido compañeros de colegio desde pequeños, y no dudé en llevarlo conmigo a la empresa en cuanto que me hice cargo de ella, al igual que hice con Theo.

—Pues habla ahora, o calla para siempre, que estoy deseando llegar a mi casa, darme una ducha y sentarme a ver la televisión con una buena copa y algo de cenar.

—Todo está preparado, la chica llega mañana por la tarde, así que el viernes por la mañana empezará en la empresa. Según ella, quiere familiarizarse con su trabajo y que le expliquen todo, para que el lunes pueda manejarse sin tener que preguntar nada. Así, no perderá tiempo y nosotros tampoco —me comentó Brandon, dejándome completamente asombrado.

—Eres un crac, amigo. Lo que no consigas tú, poca gente lo conseguirá. Te debo una muy grande, que lo sepas. Solo espero que no me hayas puesto como asistente a un ogro, y que, por lo menos, no sea difícil de mirar —le contesté riendo.

—¿Un ogro? Para nada, jefe. Es un verdadero bombón. Siempre pensé que las españolas eran morenas, pero ella es rubia y tiene unos ojos negros que te dejan sin aliento. Estoy considerando la idea de acercarme a ella cuando tengamos un poco más de confianza —me comentó entre risas, y yo no pude evitar reír también. De repente, me vino a la mente Atenea, esa mujer que me cautivó y con la que cometí la imprudencia más grande de mi vida.

—Déjate de romances en la oficina, y sigue el lema de Theo. Si las cosas no salen bien, ver a esa persona a diario será un verdadero tormento y el ambiente se volvería irrespirable.

—¿Y qué pasa si sale bien? Porque, desde ya te digo, que la muchacha es digna de ver, y eso que solo lo he hecho de cintura para arriba, pero estoy seguro de que, en cuanto que podamos verle las posaderas, nos dejará hipnotizados a todos —me contestó, sabiendo de antemano, que esa era la parte de una mujer en la que más me fijaba, junto con los pechos. Me gustaban que fueran naturales, nada de operados, y otra vez, sin pretenderlo, volvió a mi mente la española del verano.

—Vámonos, anda, que está Theo esperándome abajo. Pensándolo bien, ¿qué tal si nos vamos los tres a cenar? Y así celebramos la nueva incorporación de mi asistente.

Eso hicimos, salimos de la oficina y nos fuimos a uno de los restaurantes que más nos gustaba a los tres, y en el que sabíamos que no nos pondrían impedimentos para cenar, a pesar de la hora que era, y de no haber reservado mesa.

—¿Una española en la plantilla? —preguntó Theo —Pues que se prepare el personal masculino, porque las que conozco son de armas tomar, en todo el amplio sentido de la palabra.

—Es preciosa, Theo, ya la verás —contestó Brandon, a quien parecía que le había calado muy hondo la chica, a ver si no cometía una locura.

—Joder, Brandon, la estás pintando demasiado bien. A ver si cuando la tengamos delante, la vamos a ver fea y todo, de las expectativas que nos

estás creando.

—Si la veis fea, mejor para mí, que siempre me quitáis a todas las mujeres, cabrones, que hacen cola para estar con vosotros, y yo siempre soy el amigo que las consuela cuando les dais la patada —contestó Brandon, y tanto Theo como yo, rompimos en una sonora carcajada—. Sí, sí, vosotros reíros, pero ya me diréis si no estoy en lo cierto…

Eran las diez de la noche cuando entraba por la puerta de mi casa, totalmente agotado y deseando darme esa ducha y acostarme, puesto que no podía con mi alma. Esa reunión había resultado ser agotadora, tanto psíquica como físicamente, ya que no había manera de contentar a ese hombre, que pedía más y más cada vez. Por todo ello, ni siquiera me molesté en mirar el mensaje que me había llegado al móvil, puesto que vi que su remitente era Faith, una de las muchas mujeres con las que me acostaba, pero ella pretendía ir un paso más allá, y lo intentaba por todos los medios, no consiguiendo nada de lo que pretendía.

Una vez que dejé todo listo para el día siguiente, y me recosté en la cama, la imagen de esa mujer volvió a mi cabeza, recreando todos sus gestos mientras nos dábamos placer el uno al otro, sus gemidos y sus jadeos, y me puse duro como una piedra.

—Joder, esto no me ha pasado en la vida. Parece que tengo quince años y estoy totalmente desesperado por la jefa de animadoras —me dije a mí mismo en voz alta, puesto que no entendía qué me estaba pasando.

Me metí de nuevo en la ducha, pero no logré encontrar alivio. Así que, finalmente, tomé mi miembro erecto y comencé a masajearlo de arriba abajo, mientras la imagen de esa mujer se repetía en mi mente, llevándome al clímax al recrear la imagen de ella mientras que se corría. Enfadado conmigo mismo, regresé a la cama, cuestionándome qué estaba haciendo, especialmente con alguien a quien nunca volvería a ver. Todo resultaba completamente ridículo.

Capítulo 9



Atenea

—¡El puesto es mío! —exclamé mientras bajaba por las escaleras, esas que conectaban mi casa con la de mis padres—. Acabo de tener la entrevista, y me marcho mañana por la tarde.

—Eso es fantástico, hija mía —me decía mi padre mientras me abrazaba al pie de las escaleras.

—¿Tan pronto te tienes que ir? —preguntó mi madre, que salía secándose las manos de la cocina, donde seguramente estaría fregando. A pesar de tener lavavajillas, no lo utilizaba, ni tampoco consentía que nadie hiciera el fregado, ya que decía que era su momento de relax.

—Sí, mamá, resulta que su asistente anterior se tuvo que marchar prematuramente, y el miércoles tienen que hacer un viaje bastante importante. He sido yo la que me he ofrecido, así puedo familiarizarme con

los programas y estar lista para el viaje. Al final, si tengo que empezar, no importa si es un viernes o un lunes —le contesté, mientras mi padre asentía.

—Pues también es verdad, Atenea. Solo espero que seas muy feliz allí, y que, realmente, este sea el trabajo de tus sueños, pero si por cualquier razón, no terminas de encajar o tienes algún problema, aquí te estaremos esperando con los brazos abiertos —me contestó mi padre, a la vez que a mi madre se le escapaba alguna que otra lagrimilla.

—Subo para terminar de preparar la maleta. Mamá, solo me voy a llevar lo imprescindible; cuando esté instalada, me podéis enviar el resto de mis cosas, —expliqué, y regresé a mi apartamento, donde había dejado la maleta abierta encima de la cama, y solo me faltaba guardar unas pocas cosas, ya que desde que recibí el primer correo electrónico, había empezado a prepararla, pensando en positivo por primera vez desde que había perdido mi anterior empleo.

No le había comentado nada a Ana porque quería sorprenderla cuando nos llevaran al aeropuerto, pero ya no pude aguantar más. Estaba tan emocionada y era una noticia tan buena que no fui capaz de quedarme callada, así que le hice una videollamada para contárselo. La vi saltando de alegría. Aunque nos separarían muchos kilómetros, estábamos convencidas de que seguiríamos en contacto. Al final, colgamos y quedamos en vernos al día siguiente para ir al aeropuerto, ya que sus padres habían alquilado una furgoneta para que todos pudiéramos ir juntos.

La noche la pasé entre nervios e ilusión, aunque también con miedo, puesto que era la primera vez que iba a abandonar mi casa, mi ciudad y mi familia. No digo a mis amigos porque, en realidad, mi amiga también se iba a trabajar a otro país. No dormí demasiado, la verdad, y el poco tiempo que lo hice soñé con Mark, con la posibilidad de encontrármelo de nuevo, aunque eso sería como encontrar una aguja en un pajar, por eso no le di más vueltas.

✣ ✣ ✣

—Ya está aquí lo más bonito de la casa —dije al entrar en la cocina de mis padres, puesto que ese día iba a desayunar con ellos.

—No lo podrías haber dicho mejor, hija. Por eso, el que engendró a la joya de la casa, es decir, yo, tu padre, ha salido a comprar esos churritos que tanto te gustan, para que te quedes con un buen sabor de boca, porque quién sabe qué te darán de desayunar allá —respondió mi padre con su estilo único, y ambos nos reímos a carcajadas, mientras mi madre estaba en su cuarto buscando algo que no sabíamos qué era.

—Papá, a veces dices cada cosa. ¿Qué me van a preparar para desayunar? Pues un café y tostadas, o lo que yo elija. Te recuerdo que me voy a las Tierras Altas, no a Tailandia ni nada por el estilo, donde tal vez te ofrezcan algún insecto frito de vez en cuando.

—No me digas esas cosas, Atenea, de verdad, que me revuelve el estómago. Yo veo muy bien que haya quien quiera y le guste probar esas cosas, pero para mí, donde se ponga un buen filete, que se quiten todos esos bichos —me dijo mientras que servía dos tazas de chocolate recién hecho, que también había comprado en la churrería, y dejaba otra en el microondas para cuando bajara mi madre.

—Buenos días, cariño mío —me dijo mi madre al entrar en la cocina, con una cajita en la mano, y tras darme un beso en la cabeza.

—¿Qué es eso que llevas, mamá? —le pregunté, puesto que al fijarme me di cuenta de que la caja era bastante antigua.

—Esto es para ti, tu abuela me pidió que te lo diera cuando te fueras de casa. Así que aquí está, tal como ella me lo dio. No tengo idea de lo que hay dentro —me dijo mi madre mientras me pasaba la caja, la que me dispuse a abrir.

Dentro, encontramos una carta de mi abuela dirigida a mí, donde me animaba a vivir plenamente, a atreverme a ser feliz sin temor y a seguir mi propio camino. Me decía que si para ello tenía que abandonar el nido familiar, que lo hiciera, puesto que todos nacemos libres y necesitamos volar alto. Esperaba que lo que me dejaba me ayudara a alcanzar mis sueños.

Después de leer la carta, inspeccionamos todo lo que había allí dentro, descubriendo algunas joyas. La gran sorpresa fue encontrar una libreta del

banco a mi nombre, con un dinero depositado hacía muchos años. No teníamos ni idea de cuánto había en la actualidad, así que decidimos ir a la sucursal bancaria para averiguarlo, ya que teníamos tiempo suficiente antes de nuestro vuelo, que no era hasta las cuatro de la tarde.

—Buenos días, veníamos a comprobar el estado de una cuenta, así como a solicitar las claves de acceso por Internet —le dije a la chica que me atendió en el banco.

—¿Tiene su DNI, por favor? Así podemos hacer todo al mismo tiempo: verificamos el saldo, le proporciono las claves y activó la tarjeta nueva —me comentó la misma chica, con mucha amabilidad, mientras le entregaba la documentación.

Me entregó un formulario para que lo firmara y, tras eso, me dio la tarjeta junto con las claves para la web y el cajero, además de un recibo impreso con el saldo de la tarjeta.

—No puede ser. ¿Cuánto tiempo lleva esta cuenta abierta? —pregunté en voz alta, más para mí que para alguien más, y me sorprendí cuando la chica me respondió que llevaba veinticinco años activa, y que hasta hacía unos tres años había recibido ingresos mensuales. Eso, sumado a que nunca había retirado ni un céntimo, explicaba el saldo que tenía, que superaba los doscientos mil euros.

Salimos de allí agradeciendo a la chica su trato tan cordial y nos dirigimos a casa para recoger las cosas antes de ir al aeropuerto, donde planeábamos

comer antes de que tuviera que embarcar.

—Mamá, quiero que os quedéis vosotros con la tarjeta, por si necesitáis algo. Eso es mucho dinero para mí sola, de verdad —le dije a mi madre, todavía asombrada por el descubrimiento.

—No, hija, ni tu padre, ni yo vamos a coger nada de ahí. Tu abuela lo dejó para ti, y eres tú quien debe disfrutarlo como quieras. Esa fue su última voluntad; por lo visto la abrió al poco tiempo de tu nacimiento y quiso dejarte las espaldas cubiertas de cara a un futuro —me respondió mi madre.

—Ahora mismo no sé ni qué decir, ni cómo actuar. Pero tengo claro una cosa, que no lo voy a malgastar. Lo dejaré ahí para un futuro, por si cuando vuelva quiero comprarme una casa o algo, puesto que con mi sueldo y lo que tengo ahorrado, tengo más que suficiente para vivir en Escocia. Y pensar que llevaba todo este tiempo, agobiada porque se me terminaban mis ahorros y no encontraba trabajo, teniendo esa cantidad en el banco, es de risa —contesté, negando con la cabeza.

—Si prefieres quedarte aquí, ahora que lo sabes y puedes buscar con más tranquilidad, hazlo —me decía mi madre, que estaba cada vez más triste con mi marcha.

—No, mamá, esta es una oportunidad que no se presenta todos los días. Tal vez en el futuro pueda conseguir un trabajo similar en España. Así que no pienso renunciar a esto. Te tocará lidiar con mi marcha y con mi

ausencia —intentaba bromear para quitarle un poco de pena a su rostro, y lo conseguí, puesto que lucía una bonita sonrisa con mi comentario.

Cogimos mi maleta, y nos montamos en el coche de los padres de Ana, que ya habían venido a recogernos, puesto que los dos aviones despegaban de la misma terminal, y con solo unos minutos de diferencia, y partimos rumbo al aeropuerto. Una nueva vida nos esperaba a las dos, aunque cada una en una punta, pero nos marchábamos con una sonrisa, ya que ambas conseguimos un puesto de trabajo que nos gustaba.

Capítulo 10



Atenea

Acababa de aterrizar en el aeropuerto de Inverness y me dirigí a la cinta de equipajes para recoger mi maleta, ya que el resto, tal y como habíamos quedado, me lo enviarían mis padres cuando tuviera una dirección a la que hacerlo, así como cuando tuvieran constancia de que me encontraría allí, y no de viaje. Habíamos hablado, también, de que alquilarían mi apartamento, puesto que yo, de momento, no pensaba volver y, si lo tuviera que hacer por algún motivo, me buscaría uno cerquita, ya que era una pena tener esa propiedad allí cerrada, cuando le podían sacar provecho.

Recogí mi maleta y me encaminé hacia la salida en busca de un taxi que me llevara a la empresa. No tenía idea de la dirección de mi alojamiento, pero al salir, me topé con el señor Scotch, o Brandon, como prefería que le llamara. Él sostenía un cartelito con mi nombre, tal vez sería por si no lo veía o no me encontraba él a mí.

—Buenas noches, señor Scotch —le dije cuando me acerqué, puesto que allí era bien entrada la madrugada, ya casi estaba amaneciendo.

—Mejor, buenos días, señorita Álvarez —me contestó con ironía, puesto que ambos habíamos acordado tutearnos—. Supongo que vendrás muerta de cansancio del vuelo, ¿no?

—Pues la verdad es que no, he estado casi todo el tiempo durmiendo, así que estoy fresca como una lechuga. Pero tengo muchas ganas de darme una ducha caliente y desayunar algo, porque mi estómago no ha tenido bastante con la cena que nos han dado en el avión. Al parecer, piensan que, como vamos volando, tenemos que comer como un pajarito —le dije, provocando que soltara una carcajada.

—Me encanta tu manera de ser. Otra en tu lugar, sabiendo que tu contrato depende de mi firma, se mostraría nerviosa y tímida. Tú, sin embargo, me estás hablando como si me conocieras de toda la vida, sin cortarte ni un pelo. Me parece que vas a encajar de maravilla con uno de los socios, que tiene el mismo carácter que tú, el otro es un poco más serio, pero para nada antipático, si es lo que estás pensando.

—No, si a mí me da igual como sea, voy a trabajar, no a irme de vacaciones con él. Mientras que su trato sea cordial y respetuoso, como si quiere dormir en una mazmorra, para sentirse más en su ambiente, digo.

—Lo que yo te diga, vas a encajar en la empresa muy bien, no me he equivocado contigo, estoy completamente seguro. Ahora, vamos, que te

llevaré hasta el apartamento que te hemos asignado, como hacemos con todos los empleados que se mudan de país.

»Estáis todos en el mismo edificio, y por supuesto, el alojamiento corre a cargo de la empresa, así como los suministros de wifi, gas, luz y agua. Lo único que tendrás que hacer es pagar el Netflix y llenar la nevera —me fue explicando por el camino.

—Joder, y yo que pensaba que podría comer y cenar allí, con los directivos, y así ahorrarme el dinero también, y has matado mis ilusiones —le dije, fingiendo una pena que no sentía, mientras que los dos nos reíamos de nuevo. Cada vez me sentía más cómoda con ese hombre.

»Ahora, en serio, es una oportunidad única que pienso aprovechar, y me da muchísima tranquilidad saber que mis vecinos serán compañeros de trabajo, por lo que pueda pasar. Si me esperas media hora, que será el tiempo que tarde en darme una ducha y vestirme, me voy contigo a la empresa, que todavía no sé dónde está y me gustaría tener una primera toma de contacto hoy.

—Por supuesto, pero primero déjame mostrarte tu nuevo hogar. Aquí tienes las llaves, presiona el botón del último piso —me comentó mientras entrábamos al ascensor. Hice lo que me indicó y apreté ese botón.

Al entrar en aquella casa, sentí como si estuviera en un sueño. Lástima que con tanto viaje no iba a poder disfrutarla en condiciones, pero tenía claro que, el tiempo que permaneciéramos en la ciudad y no de viaje, no me iba a mover de allí absolutamente nadie.

Nada más entrar, teníamos un amplio recibidor, con un armario para dejar los abrigos y las botas, ya que allí era muy común el frío y la nieve. Afortunadamente, el verano, a excepción del mes de julio, no era excesivamente caluroso. Desde el recibidor, se podía ver la zona de concepto abierto donde estaban la cocina y la sala de estar, separadas por una isla perfecta para desayunar. Desde el recibidor, se podía ver la zona de concepto abierto, donde estaban la cocina y la sala de estar, separadas por una isla perfecta para desayunar. A un lado, había un pequeño banco de mampostería con una mesa de comedor y cuatro sillas. En la sala de estar, un hermoso sofá en forma de L y una mesita de café se ubicaban frente a una chimenea de gas, ideal para hacer los inviernos más llevaderos, flanqueada por estanterías donde planeaba colocar mis libros y fotos.

Junto a la cocina, había una despensa, un aseo y un cuarto de colada con lavadora, secadora y una gran encimera para doblar la ropa, además de una tabla de planchar que se plegaba. A la izquierda de la sala, unas puertas de cristal llevaban a una encantadora terraza con una mesita, dos sillones y una barbacoa eléctrica, perfecta para disfrutar de las noches en verano.

Desde la terraza, también se podía acceder al dormitorio principal, que era casi más grande que mi propio apartamento. Contaba con un baño privado y un vestidor tan amplio que me sobraría al menos la mitad, así que tendría que hacer algunas compras de ropa para llenarlo. Al salir del dormitorio, me encontré con una habitación de invitados y un despacho, que sin duda me será útil cuando tuviera que llevarme el trabajo a casa.

—La casa es increíble, me parece que os habéis pasado. Yo con un apartamentito de un dormitorio iba servida —le dije, admirando cada rincón

del ático, ya que todo tenía algo que llamaba la atención.

—Antes vivía aquí la mano derecha del jefe, pero se compró una casita con jardín y piscina, por eso se quedó disponible, y he querido que te sientas cómoda en todo momento. Y hablando de comodidad, date esa ducha que te espero en el salón, o al final llegaremos tarde el primer día —me dijo con mucha guasa, y yo sonreí, mientras entraba en mi habitación con la maleta.

—Ya podemos irnos —dije cuando salí al salón, y me encontré a Brandon hablando por teléfono, pero no se cortó en mirarme de arriba abajo, dándome su aprobación con un gesto de afirmación que hizo con la cabeza.

—Enseguida estamos allí, jefe. El tiempo de cruzar la calle —le respondió sonriendo—. Estás realmente preciosa, Atenea, vas a sacar más de un suspiro cuando entres por la empresa.

—Anda, anda, no seas exagerado, como si nunca hubieran visto a una mujer vestida así —le contesté, haciendo un gesto con la mano para que lo dejara pasar. Llevaba una falda lápiz gris oscuro, combinada con una camisa de rayas diplomáticas blanca, donde las rayas eran de un tono más claro que la falda, y unos zapatos de tacón alto. Me puse una chaqueta ligera del mismo color y recogí mi cabello en una coleta alta, ya que no me gusta trabajar con el pelo suelto, me resulta incómodo.

—La empresa está justo ahí enfrente, detrás de ese edificio, así que no tendrás que madrugar mucho. Los jefes nos están esperando allí, y como ya

firmaste tu contrato, solo me falta entregarte las copias y tus nuevos datos bancarios. Como no tenías cuenta en Escocia, hemos tenido que abrirte una nueva para que puedas recibir tu salario y las dietas.

»Te recomiendo que cambies las contraseñas que te dé, ya que no puedo asegurar que nadie más haya tenido acceso a ellas. Para que estés tranquila, lo mejor es que hagas ese cambio —me fue explicando Brandon mientras cruzábamos la calle en dirección al edificio donde se encontraba situada la empresa.

Capítulo 11



Cameron

Estaba en mi despacho junto a Theo, revisando toda la documentación que necesitábamos llevar el miércoles a la República Dominicana, cuando recibí un mensaje de Brandon. Me informaba que ya había recogido a la chica del aeropuerto, así que opté por llamarlo.

—Voy a llamar a Brandon, que me acaba de enviar un mensaje para contarme que ya ha recogido a mi nueva asistente —le dije a Theo, que asentía con la cabeza.

—Pon el manos libres, que me quiero reír un poquito con él —me pidió mi amigo, con una sonrisa muy pícara, que no hacía más que indicarme que le iba a gastar una broma.

—Dime, jefe, ¿en qué puedo ayudarle? —me respondió Brandon riendo.

—No, dime tú. ¿Qué tal es? Y no me refiero al físico, que eso me da igual, sino a su personalidad. ¿Es arrogante o difícil de tratar? —le indiqué, esperando ansioso su respuesta, puesto de que de ella dependía el bienestar emocional de los empleados, especialmente el mío, ya que pasaríamos muchas horas juntos, y no quisiera que fuera desagradable para ninguno de los dos.

—Tal y como pensaba, creo que he acertado de lleno contratando a esta mujer. Es simpática, inteligente, y con un sentido del humor muy peculiar. Al contrario de lo que cabía esperar, no se ha mostrado nerviosa en ningún momento, sino que me hablaba y gastaba bromas como si nos conociéramos de toda la vida. Es como Theo, pero en versión asistente femenina —me respondió, y me alegraba por ello, puesto que así sería más fácil la convivencia.

—Amigo, si ya me dices que tiene un buen culo y una buena delantera, me la pido para mí para siempre —bromeaba Theo, y provocó que se nos escapara una carcajada.

—Un monumento de mujer, te lo prometo. Ahora mismo está en la ducha, para quitarse la pesadez del viaje, pero en cuanto esté lista, iremos para la oficina y lo comprobarás in situ. Eso sí, lamento decirte que es rubia, así que no es tu tipo —le respondió Brandon, siguiendo con la broma.

—Pero para eso existen los tintes capilares, hombre. Todo es cuestión de convencerla —seguían bromeando los dos, cuando yo los interrumpí.

—¿Cómo que viene para acá? ¿Esa mujer no piensa descansar del viaje? —pregunté extrañado, puesto que lo lógico sería que se tomara el día de descanso y acudiera mañana, pero por lo visto no era lo que tenía pensado.

—Pues porque dice que se ha hecho todo el vuelo durmiendo, y que prefiere hacerse con su puesto lo antes posible. Me parece que va a ser la horma de tu zapato, Cameron, otra adicta al trabajo como tú.

—Yo no soy adicto al trabajo, solo que prefiero hacer las cosas bien y adelantarme a los acontecimientos —le respondí, y los dos se echaron a reír, en mi cara, dándome a entender que eso no me lo creía ni yo.

—Bueno, jefe, estamos allí en cinco minutos, el tiempo de cruzar la calle —me respondió, terminando la llamada. Suponía que la chica había llegado a su lado, y no quería que se enterara de nuestra conversación.

—¿Qué opinas, Theo? —le pregunté a mi amigo, puesto que él me conocía mejor que nadie, y con solo esa descripción, sabría si era la persona idónea o no.

—Pues opino que has venido a dar con una de las pocas personas que va a ser capaz de seguir tu ritmo de trabajo, y si encima es bonita, entonces ya tienes a la mejor asistente —me contestó guiñándome un ojo.

—Lo de bonita o fea me da igual, lo único que me interesa es que sea eficiente, y si viene hasta aquí, prácticamente directa del aeropuerto, entonces es mejor de lo que me esperaba —le dije, cuando escuchamos la

voz de Brandon saliendo del ascensor, así que nos dispusimos a levantarnos para ir a conocerla.

Nos disponíamos a salir del despacho cuando golpearon la puerta, apareciendo la cabeza de Brandon por una rendija que había abierto, así que me quedé en el sitio en el que estaba parado. Era preferible que entraran, así tendríamos más intimidad.

—¿Se puede, jefe? —preguntó Brandon con una sonrisa, tapando a la chica, que estaba detrás de él, y de la que solo pude ver parte de un brazo.

—Por supuesto, pasad. Os estábamos esperando —contesté, dándoles paso, cuando me fijé en la cara de sorpresa de Theo, esa que intentaba disimular, pero que yo conocía muy bien.

—Os presento a tu nueva asistente, Atenea Álvarez —dijo Brandon, señalando a la chica, y mi asombro fue captado por los dos, no me lo podía creer.

—¿Noah? ¿Mark? ¿Sois vosotros? —preguntó ella, igual de sorprendida que nosotros dos, pero rápidamente me recompuse, e intenté darle la vuelta a la tortilla.

—Se equivoca de persona, señorita Álvarez, mi nombre es Cameron McLeod, y él es mi socio Theodore Anderson —contesté muy serio, tanto que parecía que estuviera enfadado, aunque en cierto modo lo estaba, conmigo, con la situación, con haber dejado todo en manos de Brandon, sin

preguntar ni siquiera el nombre de la que sería mi asistente. Si lo hubiera hecho, no nos encontraríamos ahora mismo así, ya que no la hubiera contratado, por mucho que encajara con el perfil de la persona que estábamos buscando.

—Discúlpeme, señor McLeod, pero lo confundí con una persona que conocí en España este verano, y que no me caía demasiado bien —me contestó, y de esa manera me hizo saber que no era tonta, y, por consiguiente, que no la tratara como tal, poniéndome en mi sitio en la primera ocasión.

—Pues entonces, mejor para usted, ya que tener que tratar con alguien que no le cae bien tantas horas al día y con una relación tan estrecha como vamos a tener nosotros, no sería demasiado agradable —respondí con toda la ironía del mundo, mientras que Brandon y Theo, alternaban su mirada de un al otro, pero en completo silencio.

—No, para nada. Sé separar lo personal de lo profesional. Estoy aquí para trabajar, no para hacer amigos o buscar pareja, eso lo puedo hacer en la calle. Puedo garantizar que si Mark fuera el que estuviera detrás de ese escritorio, no afectaría mi desempeño laboral en absoluto.

»Con el tiempo, se dará cuenta de eso —seguía lanzándome indirectas. Esperaba de todo corazón que fuera así, puesto que, si no, lo íbamos a pasar realmente mal, ya que no pensaba amilanarme a la hora de juzgar su trabajo.

—Espero que sí, por nuestro bien, más que nada —respondí, dejando zanjado este tema.

—Bueno, hechas las presentaciones, voy a llevarla al despacho de Martha, para que la ponga al día de las aplicaciones y del trabajo que hay pendiente, y voy a presentarle al resto de los compañeros, ahora vuelvo —dijo Brandon mirándome, dándome a entender que le tendría que explicar todo, ya que no se había tragado nada de lo que yo había dicho, saliendo de mi despacho y cerrando la puerta tras él.

—Pedazo de marrón que nos hemos encontrado. ¿Qué piensas hacer? —me preguntó Theo en cuanto nos quedamos a solas.

—Trabajar, eso es lo que pienso hacer, ni más ni menos. Brandon dice que es la persona idónea para el puesto y, a ella ya la has escuchado, viene a trabajar y no a socializar, así que, de momento, se queda. Voy a darle una oportunidad —contesté, mientras rodeaba la mesa para sentarme en mi sillón.

—Una mierda. A otro perro con ese hueso, Cameron, que nos conocemos desde hace mucho tiempo. Esta mujer tiene algo que te atrae, no me lo niegues, porque si hubiera sido otra de tus múltiples conquistas, ya estaría de patitas en la calle, con la excusa más tonta que pudieras imaginar —me contestó, bastante enfadado por mi intento de evasión.

—¿Y qué si tiene algo que me atrae? A partir de ahora es mi asistente, y, como tú siempre dices, donde tengas la olla no metas la polla. Voy a probar

qué tal trabaja, me siento en la obligación de hacerlo, ya que ha dejado todo atrás por este puesto.

»Otra cosa es que, después del periodo de prueba, no se adapte a mi forma de trabajar, entonces sí tendré que decirle que se vaya, pero no antes —le respondí, dejando claro que, a pesar de que mi amigo tenía razón, no antepondría nada al trabajo.

—Tú mismo, pero te vaticino que lo vas a pasar muy mal, porque no creo que ella sea de las que se dejan seducir por el jefe, y te vas a tener que dar más de una ducha fría, que te lo digo yo —contestó Theo, que me conocía demasiado bien.

—Sabes de buena tinta que no confío en ninguna mujer, y ella no va a ser la excepción, te lo garantizo. Si no fuera porque la he visto igual de sorprendida que nosotros, me hubiera puesto a investigar cómo ha llegado hasta aquí.

—A lo mejor es que es muy buena actriz, y lo tenía todo planeado para cazarte —contestó mi amigo, y ya me dejó con la mosca detrás de la oreja. Esperaría un tiempo, y actuaría en consecuencia de sus actos.

Capítulo 12



Atenea

Mi jefe, un gran gilipollas, había asumido que yo era ingenua, pero ni lo era ni permitiría que me tratara de esa manera. Después del *shock* inicial al ver a ambos en la oficina y la negativa a aceptar lo evidente en lugar de decirme la verdad, opté por no esperar explicaciones que no necesitaba ni deseaba. En ese momento, decidí que demostraría mi verdadero potencial.

Cuando se lo contara después a mi querida amiga Ana, iba a flipar en colores, y estaba segura de que me iba a decir que lo ignorara, que era precisamente lo que tenía en mente. Me enfocaría en mi trabajo, y con él, la única conversación que tendría sería sobre asuntos laborales, al igual que con su amigo, que creo, que se llama Theodore. Con Brandon, tal vez me permitiría ser un poco más flexible, aunque aún no estaba segura de ello.

—Debe ser un poco violento confundir a tu jefe con alguien que te cae mal, ¿no es así? —me decía Brandon mientras íbamos camino a mi despacho, donde se encontraba momentáneamente esa chica, Martha.

—No lo he confundido con nadie, y lo sabemos todos. Lo que ocurre es que él ha subestimado mi inteligencia y yo he seguido su juego. Pero, tal y como le he dicho, lo que pasó en España se queda en allí; aquí he venido a trabajar y a ser la mejor en lo mío. No tengo intención de ceder ante eso, así que puedes contarle esta conversación si quieres —le dije a la defensiva, pero yo era de la opinión de que las cosas claras y el chocolate espeso, que no se fuera a pensar que me tenía en la palma de su mano, porque no era así.

—Quieta, fiera, que yo no estoy insinuando nada —me dijo levantando las manos, para continuar hablando—. En mí no veas al enemigo, porque no lo soy. Lo que hayáis tenido los dos, eso es cosa vuestra, y mientras no afecte al buen rollo en el trabajo, a mí ni me va ni me viene.

—Puedes estar tranquilo por eso, que no lo hará. El trabajo es sagrado, y lo que pasó entre nosotros fue solo un error de una noche que no se repetirá. No porque él no repita conquista, que no me extrañaría, sino porque es mi jefe, y no voy a caer en típico cliché de película española antigua, así de claro te lo digo.

—Cameron es un mujeriego, y en ese aspecto, no sentará cabeza en la vida. No quiero que lo pases mal y tengas que marcharte por eso.

—Eso se nota a leguas, no hace falta que me lo digas, y no pasará, puedes estar tranquilo —le contesté, entrando en el despacho, donde nos recibió una Martha sonriente y simpática.

—¿No me digas que ella es la nueva asistente? —preguntó la chica, que se levantó enseguida para presentarse— Yo soy Martha, y no sabes el alivio que me ha entrado en cuanto te he visto aparecer, me estoy volviendo loca con tanto trabajo.

—Yo soy Atenea y, si me explicas cómo funciona el programa y lo que hay pendiente, en un momento me pongo a ello —le contesté sonriendo. Esa chica me caía muy bien, y tenía el presentimiento de que íbamos a ser grandes amigas.

—Como veo que ya no me necesitáis ninguna de las dos, vuelvo a mi despacho. Atenea, antes de marcharte a casa, pasa por él para darte la documentación que tengo pendiente de entregarte. Que tengáis un buen día, chicas —dijo Brandon, saliendo del despacho en ese mismo momento.

—Este hombre, cada día está más guapo, pero ya verás, en esta empresa no hay nadie feo, hija, ni por dentro, ni por fuera —me contestó y yo le sonreí.

Me dijo el tipo de programa que ellos utilizaban, y resultó ser el mismo que yo tenía en la otra empresa, por lo que no me tuvo que explicar nada de su funcionamiento. Lo conocía al dedillo, tan solo me dijo lo que había pendiente, dejándomelo encima de la mesa para su organización, y se marchó de nuevo a su mesa, para seguir con su trabajo, ese que se había retrasado a causa de la ausencia de la asistente anterior.

Gran parte de la mañana estuve organizando todo, hasta que llamaron a mi puerta, y era Martha para decirme que era la hora del almuerzo, así que bajé con ella a la cafetería.

—Allí están Megan y Peyton, en aquella mesa, vamos a sentarnos y te las presento, verás que te vas a llevar muy bien con ellas —me explicaba Martha.

—Menos mal que llegas, hija mía, pensaba que nos iríamos sin verte —dijo una de ellas, con una sonrisa muy bonita.

—Chicas, ella es Atenea, la nueva asistente de dirección, ellas son Megan, que es la secretaría de Brandon; y Peyton, que no trabaja en esta empresa, pero sí en la sucursal bancaria que hay a la vuelta de la esquina, por eso come todos los días con nosotras —habló Martha, cuando las dos se levantaron para darme dos besos, esos que correspondí.

—Yo soy la secretaría del bombón de Brandon, que no se te olvide nunca poner antes el adjetivo, que si no, no va a saber a quién te refieres —le advirtió a su amiga, entre risas.

—Pero si ella ya sabe quién es, idiota. Además de que no hay otro Brandon en la oficina —le respondió Peyton, dándole una colleja.

Durante la comida, me explicaron que se conocían de toda la vida, puesto que eran vecinas y fueron al mismo colegio. Incluso estudiaron lo mismo,

pero Peyton se decidió por la oferta de la sucursal, sin esperar a que le dijeran si habían entrado las tres a trabajar en la empresa.

—¿Qué planes tenemos para mañana? —preguntó Megan, que era la versión escocesa de mi amiga Ana, no por su físico, porque en ese aspecto eran como la noche y el día, sino en la forma de ser.

—Tenemos las invitaciones que nos dio el jefe para la inauguración de la nueva discoteca, y sería una pena desperdiciarlas, que ya sabes lo bueno que está el champán en esos eventos —respondió Martha elevando las cejas repetidamente, y es que me daba a mí la sensación de que no solo se estaba refiriendo a la bebida espumosa.

—Tú, te vienes con nosotras, que tenemos que enseñarte la vida nocturna en Inverness, tenlo claro —dijo Peyton, quien no preguntó, sino que, directamente, afirmó.

—Si la discoteca es del grupo empresarial, no sé si tendré que acompañarlo, pero si estoy libre, ten por seguro que me voy de fiesta. Tengo que hacerme con un teléfono móvil de aquí, ¿dónde puedo adquirirlo? —pregunté, ya que, si mi estancia era larga, tendría que estar comunicada con todos.

—Por eso no te preocupes, que, seguro que cuando subas, ya tienes en la mesa el móvil, el portátil nuevo y la Tablet, que el jefe no escatima en tecnología para el personal —me contestó Martha, y efectivamente, en cuanto que subí, ya lo tenía todo en mi despacho.

Subimos después de terminar de comer, y me dediqué a terminar lo que me quedaba pendiente, así que fui a buscar a mi jefe para que me pusiera un poco al día del viaje y la reunión de la semana siguiente.

—¿Puedo pasar? —pregunté tras dar varios golpes en la puerta de su despacho, que se encontraba abierta.

—Cuando la puerta esté abierta, no hace falta que preguntes, otra cosa es si estuviera cerrada, en ese caso, llama y espera a que te dé paso. ¿Algún problema con el programa? —me dijo con cierto aire de suficiencia.

—Para nada, y gracias por la aclaración. El trabajo ya está al día, y venía a ver si me puedes explicar algo sobre la reunión en la República Dominicana. No me gusta ir a ciegas a estas cosas —le comenté.

—En primer lugar, no me gusta que la gente que no conozco me tutee, así que, si no le importa, yo seré el señor McLeod y tú la señorita Álvarez —me dijo, y me dejó con la boca abierta, pero no lo iba a consentir.

—Me parece muy hipócrita por su parte que me pida ese tratamiento, puesto que los dos sabemos que nos conocemos, digamos que muy íntimamente, pero por mi parte no hay problema, señor McLeod.

»Ahora, si es tan amable de explicarme o darme la documentación para que me vaya informando, se lo agradecería. —Este tipo era imbécil desde antes de que su padre conociera a su madre, pero conmigo no iba a poder.

Capítulo 13



Atenea

—Señorita Álvarez, a mí me parece muy descarado por su parte, la forma en la que insinúa que estoy mintiendo, pero tampoco lo tendré en cuenta. En cuanto a la documentación e información sobre el proyecto y el contrato, podrá encontrarlo en la carpeta sobre su escritorio que tiene como nombre «Resort». Seguramente se le habrá pasado a Martha mencionarlo, si tiene algún problema o algo que no entienda, no dude en preguntármelo —me respondió, invitándome a salir de su despacho con mucha sutileza.

Estaba que me llevaban los demonios, ¿cómo podía ser tan estúpido? Conmigo la llevaba clara, a partir de este momento sería el señor McLeod, aunque más adelante me dijera lo contrario. No lo iba a tutear, por supuesto que no, pero tampoco permitiría que me menospreciara; eso no lo toleraría. Me había dejado claro que el uso de apellidos sería exclusivo para mí, mientras que a mi compañera la había nombrado de manera más cercana, evidenciando su intención de establecer un distanciamiento, y así lo haría.

Entré en mi despacho, y me fui directa a la carpeta a la que se había referido anteriormente, pasando una copia de esta a todos mis dispositivos, por si tenía que llevarme el trabajo a casa, así sería más fácil. Del mismo modo, sincronicé la Tablet con la agenda del señor CEO, para que no se me escapara nada.

Revisando el contrato, me di cuenta de que había varios errores de forma, que podrían complicarle la vida más adelante, así que los anoté y seguí confirmando que el resto estaba bien.

Cuando lo tuve todo revisado y anotado, me dirigí a su despacho, y llamé a la puerta, puesto que me la encontré cerrada. Siguiendo sus indicaciones, esperé a que me diera paso, esperando un rato. Desde adentro se oían voces, así que estaba claro que él estaba allí. Después de un rato de espera, escuchando risas, especialmente la de una mujer, y sintiendo que la frustración me subía, volví a llamar, pero obtuve la misma respuesta.

Me largué de allí, y me dirigí al despacho de Theo, porque al parecer el señor director no tenía muchas ganas de trabajar aquella tarde. Me la encontré abierta, pero, aun así, di varios golpes en la puerta antes de entrar.

—Disculpe la molestia, señor Anderson, pero necesito comentarle una cosa, ya que el señor McLeod no puede atenderme en este momento —le dije, con toda la ironía del mundo.

—Atenea, por favor, no seas tan formal, somos Theo y Cameron —me contestó, dando por hecho que lo haría así, pero se encontró con algo que no

esperaba.

—Este tratamiento ha sido solicitado específicamente por el señor McLeod, que me lo ha dejado muy claro esta mañana en su despacho, nada de tutearlos ni de utilizar su nombre de pila, así que yo solo cumplo órdenes.

—¿Perdona? ¿Me estás diciendo en serio que te ha pedido que te dirijas a nosotros de esa forma? —me preguntó, y yo asentí con la cabeza— Pues déjame decirte algo, Cameron podrá decir lo que quiera, pero yo prefiero la cercanía, y más cuando tendremos que estar tantas horas juntos, así que a mí me dices Theo o no te contestaré.

—Está bien, Theo, pero solo porque me lo estás pidiendo tú —le respondí atendiendo a su petición—. Bueno, a lo que venía, he ido al despacho del señor McLeod y no ha tenido a bien atenderme. Me ha dejado en la puerta más de cinco minutos sin darme paso, cuando claramente estaba dentro, acompañado de una mujer, y lo sé por sus risas. No me estoy quejando, ni mucho menos, es su empresa y él decide cómo gestionarla, pero esto es bastante importante, así que he venido a comentarlo contigo.

—Pues tú dirás, que es eso tan importante.

—He identificado varios errores de forma en el contrato de adquisición del resort de la República Dominicana, algunos de los cuales podrían generar problemas significativos en el futuro. Uno de estos errores es la

omisión del costo de la actualización de datos empresariales, que podría representar un aumento de varios cientos de miles de dólares.

»Además, el salario del actual propietario, que solo actuará como gerente, no menciona que se incluyan las cargas sociales, lo que también representaría un gasto adicional. Si no se corrigen estos puntos, temo que la operación no será viable y podría dar como resultado pérdidas.

—Me dejas completamente anonadado, Atenea. Son errores garrafales e imperdonables, y que no nos hayamos dado cuenta nos podría haber costado mucho dinero. Creo que tendríamos que ir los dos a contarle esto al jefe, sobre todo tú, que eres la que lo has descubierto —me dijo, levantándose para salir de su despacho junto a mí.

Cuando llegamos a su despacho, nos encontramos con una escena que, desde luego, no era propia de una oficina, más bien de la puerta de tu casa o de un local de copas. Nos encontramos al señor director dándole un beso de tornillo a una rubia recauchutada, que no debía tener naturales ni las pestañas.

—Cameron, tenemos que hablar contigo —le dijo Theo a su amigo.

—Creo que, cuando no le he dado paso, es porque estoy ocupado, no tiene usted que ir a buscar refuerzos, señorita Álvarez —contestó de manera hiriente, y a punto estuve de darme la vuelta, pero Theo me retuvo por el brazo.

—De aquí no te mueves, Atenea —me dijo mientras que me retenía.

—Otro fallo, señorita Álvarez. Creo que fui muy claro y conciso cuando le dije que, tanto para dirigirse a mí o a él, tendría que ser de usted, y mi compañero la está tuteando, y eso solo puede ser por una razón, que usted también lo hace. —Me hervía la sangre, no podía con él, como siguiera así, iba a explotar y el resultado no sería bueno.

—El fallo ha sido tuyo, no de ella, a la que le he pedido expresamente que, conmigo, se deje de formalidades. Hasta donde yo sé, cada uno tiene derecho a elegir la forma en la que quieren que se dirijan hacia su persona —le contestó Theo, bastante enfadado, por cierto—. Además, ella no ha ido a buscar refuerzos, como has sugerido, sino a explicarme varias cosas del contrato de compra del resort, que son importantes.

—Por muy relevantes que sean, creo que podrán esperar hasta mañana. Me marcho ya, tengo una cita para cenar con Amanda —dijo, mirándome directamente a mí. Yo me di media vuelta y salí de allí. Si a él no le importaba, que era su dinero, menos me iba a importar a mí, así que cogí mi chaqueta y mi bolso, y me dispuse a abandonar la oficina.

—Vamos a hablar a solas, por favor. —Oí que le decía Theo a su queridísimo amigo. Sin embargo, yo me limité a tomar el ascensor para irme a mi casa, tomar una ducha y tumbarme en el sofá a ver la televisión. Aunque, antes le haría una videollamada a mis padres, que sabía que estarían despiertos.

Dicho y hecho, tal y como entré en mi casa, me quité los zapatos y cogí el móvil, dispuesta a llamarlos antes de meterme en la ducha y ponerme cómoda.

—¿Qué tal todo, hija? ¿Cómo te ha ido en tu primer día de trabajo? —me preguntó mi padre nada más descolgar la videollamada. Estaba en pijama, en el salón de su casa, con mi madre al lado y una copa en la mano. Al día siguiente era festivo en mi localidad, por eso sabía que estarían disfrutando de una noche tranquila en casa.

—Hola, papá; hola, mamá. Muy cansado, ha sido agotador. Mi jefe es un imbécil de mucho cuidado, al que además conocía de antes, puesto que coincidimos a principios de verano en España, pero me ha hecho creer que es mentira. Me hierve la sangre, os lo juro —les dije, mientras que los dos me miraban sorprendidos.

—Hija, si no estás a gusto, ya sabes que aquí tienes tu casa, y tu buen dinerito en el banco para tomarte las cosas con mayor tranquilidad —me dijo mi madre, que estaba deseando que me volviera para casa, y de cualquier cosa hacía una oportunidad.

—¿Qué renuncie al trabajo de mis sueños por un gilipollas? Ni loca, vamos. Solo me dirijo a él por temas de trabajo, el resto de mis compañeros son ideales, hasta su socio y amigo, así que, por mí, no será que abandone, te lo aseguro.

—¡Esa es mi chica! Si señora, que nada ni nadie te haga perder tu sonrisa ni renunciar a tus sueños. Si tienes claro que te quieres quedar ahí, lucha por ello. Quiere indiferencia, pues dale indiferencia, págale con la misma moneda —contestó mi padre, que tenía la misma forma de ser que yo.

Estuvimos un rato más charlando, y se despidieron con un beso, ya los volvería a llamar el lunes, a la hora de mi comida, que allí serían las tres de la tarde aproximadamente. Me di una ducha, como tenía planeado, y me preparé algo para cenar. Lo hice en el salón, en la mesita baja que tenía, mientras veía en la televisión un programa de cotilleo, cuando de repente llamaron a la puerta.

Capítulo 14



Cameron

—¿Me puedes explicar qué coño estás haciendo? —me increpó Theo nada más atravesar la puerta de su despacho, ya que en el mío se encontraba Amanda, a la que le dije que me esperara allí, que no tardaba mucho.

—No sé a qué te refieres, especifica, por favor —le contesté con mucha chulería.

—No entiendo qué es lo que te pasa con Atenea, o bueno, en realidad sí lo sé, pero me importa un comino. Estamos hablando de trabajo, y ha ido a buscarte en horario laboral —me dijo remarcando ese dato—. Un horario en el que, salvo que estuvieras reunido, que no era el caso, tendrías que haberla atendido.

—Esa niñata no va a dictar lo que puedo o no puedo hacer en mi propia empresa, ni tú tampoco. Si había quedado con Amanda y ha llegado antes, es mi problema. Con lo que estábamos haciendo, créeme que era imposible

que le diera paso, o se hubiera escandalizado un poco —le respondí aún con más chulería que antes.

—Esa niñata, como tú la has llamado, ha identificado varios errores garrafales en el contrato del resort, errores inaceptables para personas de nuestra experiencia, y que, si no se corrigen, podrían acarrearnos pérdidas de cientos de miles de euros —me comunicó Theo, visiblemente molesto y enfadado, casi gritando.

—Eso no puede ser, será una estrategia para acercarse a mí, y como no lo ha conseguido, pues lo ha intentado llamando tu atención.

—Baja de la nube en la que te encuentras, tío, porque lo he comprobado con mis propios ojos. Si prefieres el polvo de esa recauchutada a desempeñar tu trabajo correctamente, yo no lo haré, y tengo la intención de solucionarlo de inmediato —me contestó, mientras cogía su chaqueta y su maletín, dejándome allí con una sensación de desconcierto—. Nunca te había visto priorizar lo personal sobre lo profesional, pero como se dice, siempre hay algo nuevo por descubrir en las personas.

—¿Me estás llamando poco profesional? Porque te recuerdo que, hasta ayer, y según tú, era un adicto al trabajo —le respondí, y ahora el enfadado era yo.

—Por lo que se ve, no eres capaz de encontrar un término medio. No voy a arriesgar mi dinero, y ese contrato tiene que estar corregido y enviado antes de viajar, puesto que el anterior no es válido. Afortunadamente, no se

ha firmado todavía, y Atenea me ha dicho que se puede alegar defecto de forma para que el cambio sea factible, puesto que, si no fuera así, podríamos incurrir en un delito —me explicó, y me quedé con la cara blanca.

—Ese contrato lo redactó la anterior asistente, y yo mismo lo revisé antes de enviárselo a Martha para que lo lleváramos impreso, así que no puede haber los errores que me dices. —Seguía sin creerme que fuera así, pensaba que era que pretendía llamar mi atención.

—Te repito que yo mismo lo he visto, y lo he comparado con el que tengo impreso en mi carpeta, por si acaso ella había cambiado algo en el ordenador, pero son completamente iguales. Puedes hacerte el desentendido y poner lo que quieras por delante, pero yo no voy a actuar como tú.

»Ni siquiera debería haber consentido que Atenea se marchara sin explicar los fallos, pero eso es asunto tuyo. Te advierto que, si ese contrato da como resultado pérdidas, tú serás el único que las asuma, ni los socios, ni la empresa, y me aseguraré de que así sea.

—Vuelves a cuestionar mi trabajo, y eso no me gusta nada. Dame un minuto que me despida de Amanda, y ahora mismo vuelvo. Como no sea cierto eso que me estás contando, vamos a tener un problema muy gordo tú y yo —le dije sin estar convencido de lo que me contaba.

De camino a mi despacho, me puse a pensar, nunca me había atraído Amanda, no me gustaban las mujeres operadas, pero es verdad que, con la diferencia de que Atenea era toda natural, se parecían bastante. Mismo color

de pelo, de ojos, misma forma de su trasero, inconscientemente, había buscado una sustituta, y no estaba dispuesto a que me volviera a ocurrir. Me despedí de la chica, a la que le dije que había surgido un problema de trabajo que, en cuanto lo tuviéramos solucionado, la volvería a llamar. Si no era esa noche, sería al día siguiente, y volví al despacho de Theo.

—Ya estoy aquí, así que cuéntame qué pasa, a ver si podemos resolverlo rapidito, y me da tiempo de ir a buscar a Amanda —le dije, con una incredulidad total, seguía convencido de que se habían aliado para joderme, y no lo iban a lograr.

—Creo que sería mejor que fuéramos a casa de Atenea, y que fuera ella quien te lo explicara y te mostrara la solución, como hizo conmigo esta tarde —me respondió Theo, pero por ahí no iba a pasar.

—Si ella te lo ha explicado a ti, no creo que tengas ninguna dificultad en exponerme el problema, así como la solución que te ha dado, sin tener que ir a casa de nadie —respondí enfadado. En todos los años que llevábamos juntos, tanto de socios como de amigos, jamás nos habíamos enfadado ni discutido, por lo que esta situación me cogía de nuevas y no sabía cómo gestionarla.

—Tú mismo, pero al final, terminaremos allí. Si no quieres ir, yo no tengo ningún problema en acercarme, y que nos dé el borrador para estudiarlo esta noche, y mañana que esté redactado y enviado.

Me estuvo explicando y mostrando en los documentos todo lo que ella le había señalado, así como los costes de la operación y las pérdidas que enfrentaríamos. En mi vida me había pasado esto, y menos con un contrato de tal envergadura. Ahora agradecía que no se hubiera firmado el día que tuvimos la reunión, puesto que la demanda nos hubiera costado la ruina. Me desesperaba pensar en lo inconsciente que había sido al no haberla atendido antes. Afortunadamente, ella había tenido la genial idea de ir al despacho de Theo para comentárselo, porque de no haber sido así, si ella hubiera tomado la misma actitud que yo, pasando del tema, no sé lo que hubiera pasado en el futuro.

—Tienes razón, deberíamos ir a su casa, a pesar de que está fuera de su horario laboral, pero le pagaremos las horas extras —le dije, agachando la cabeza, puesto que me había dado un zasca en toda la boca, y ahora no podía decir ni una palabra al respecto.

—Pues mueve el culo, antes de que sea más tarde, y nos mande a la mierda, en especial a ti. Yo no dudaría en hacerlo, pero ella es demasiado profesional como para hacer tal cosa —me contestó Theo, dejándome callado, puesto que, de nuevo, tenía más razón que un santo.

Cogimos nuestras cosas y salimos del edificio, en el que ya tan solo quedaba el personal de seguridad, y nos dirigimos andando al edificio donde vivía Atenea, que estaba a la vuelta de la esquina. Luego volveríamos a por nuestros coches, ya que era una tontería cogerlos y que luego no tuviéramos dónde aparcar.

Al llegar a su portal, nos encontramos con una de las chicas de recepción de uno de los hoteles, que también residía allí. Era mexicana y no tenía a nadie en la ciudad, así que nos permitió entrar, saludándonos con mucha amabilidad. Solo tendríamos que enfrentarnos a que no quisiera abrirnos la puerta de su casa, que se tomara la revancha de ese modo.

—Joder con la mexicana, cada día está más buena. Tengo que pasar un día por la recepción del hotel, a ver si consigo que me dé una cita —me dijo Theo en cuanto la chica se alejó un poco.

—¿Y qué hay de tu lema? ¿Con ella no tiene valor? —pregunté riendo, puesto que parecía que volvíamos a la normalidad.

—Ella no es empleada directa, quiero decir que no trabaja en las oficinas, así que no puede ensombrecer la cordialidad de esta, por lo tanto, con ella no tiene validez —me respondió muy serio, creyéndose sus propios argumentos.

—Es bueno saberlo. Así que, si no trabaja en las oficinas, no pasa nada, pueden pasar por tu cama cuando quieran, ¿no?

—Por mi cama, no, que ya sabes que yo a mi casa no llevo a nadie nunca. Pero por la de algún hotelito, sí, y quien dice la cama, dice la ducha, el sofá…

Habíamos llegado al ático, y nos disponíamos a llamar a la puerta, esperando que ella tuviera la amabilidad de abrirnos, o nos esperaban unas

horas bastante amargas, la verdad.

Capítulo 15



Atenea

De piedra me quedé cuando, al abrir la puerta, me encontré a Theo y a mi jefe detrás. El primero me miraba con una sonrisa, mientras que el segundo lo hacía con una cara de cabreo impresionante.

—¿Siempre le abre la puerta a todo el mundo de esa guisa, señorita Álvarez? ¿No piensa en quién puede haber al otro lado? —me preguntó enfadado, señalándome directamente con el dedo. En ese momento, me di cuenta de que estaba en pijama, uno corto y muy cómodo, y sin sujetador, lo que hacía que mis pezones se notaran. Sin embargo, no me dejé intimidar.

—Estoy en «mi casa», fuera del horario laboral, así que me visto como me da la real gana, señor McLeod. ¿Acaso usted duerme con el traje de chaqueta puesto? Juraría que no, porque si no, se levantaría con la ropa como la bota de un cojo, toda llena de arrugas.

»Aunque, tampoco lo daría por hecho, con la cantidad de manías que tiene usted —le respondí, fijándome en que su cara se había puesto roja

como un tomate, y la vena del cuello le iba a reventar, del cabreo que tenía. Theo, por el contrario, soltó una sonora carcajada.

—¿Podemos pasar, Atenea? Venimos en son de paz, buscando la manera de encontrar una solución a ese dichoso contrato —me explicó Theo.

—Adelante, dadme un minuto para ir a por mi portátil, tengo una copia descargada en él —dije mientras me dirigía hasta mi despacho. En un primer momento, pensé en pasar por mi cuarto para cambiarme de ropa, pero eso sería dar mi brazo a torcer. Estaba en mi casa, así que lo único que hice fue ponerme un sujetador, pero para nada me quité el pijama.

—En primer lugar, me gustaría darte las gracias, Atenea, por todo lo que has hecho por nosotros, por la empresa —me dijo Cameron, pero no iba a consentir que me manejara a su antojo, así que lo corté raudo y veloz.

—Señor McLeod, le agradecería que siguiéramos sin tutearnos, ya que, como usted mismo dijo en su despacho, no nos conocemos de nada para hacerlo. a su agradecimiento, no es necesario, puesto que simplemente estoy cumpliendo con mi deber, y como le comenté, sé separar lo profesional de lo personal.

»Lo que sí le agradecería es que me atienda cuando vaya a su despacho, puesto que lo haré solo por temas laborales, y nos ahorraremos estar aquí hasta las tantas para solucionar un problema que podríamos haber tratado en horario laboral —le solté, y Theo se quedó tan asombrado como divertido.

Al parecer su queridísimo amigo no estaba acostumbrado a que las mujeres le plantaran cara, pero yo no era como las demás. Me gustaba; recordaba, noche, sí, y noche, también nuestro encuentro en los baños de la discoteca. No voy a negarlo, pero no iba a permitir que me tratara como un objeto, porque tengo una buena autoestima y no lo voy a permitir.

—Estas horas se le pagarán aparte, no se preocupe.

—No es cuestión de dinero, señor McLeod, es de descanso, pero no perdamos más el tiempo y vayamos a ello. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos. ¿Les apetece algo de beber? Solo tengo refresco y cerveza, pues no me ha dado tiempo de pasar por el súper.

—Una cerveza estará bien, Atenea, y para él también, que prefiere morirse de sed antes que dejar su orgullo de lado —me contestó Theo, con una sonrisa y guiñándome el ojo.

Llevé las dos cervezas y una lata de refresco de cola para mí, puesto que mientras estaba trabajando no me gustaba beber alcohol, ya que me desconcentraba. Al final, mi cena se había enfriado en el plato, así que Theo optó por llamar a una pizzería muy conocida, y decidimos disfrutar de la *pizza* mientras terminábamos nuestras tareas.

Eran cerca de las doce de la noche cuando ambos se marcharon, con una copia del borrador en sus correos, puesto que querían echarle un último vistazo antes de redactar el definitivo, ese que se enviaría al dueño actual y que llevaríamos de manera presencial cuando nos desplazáramos hasta allí.

—Señor McLeod, quisiera preguntarle algo —le dije antes de que se marcharan.

—Usted dirá, ¿qué le ocurre? —me contestó, destacando el usted, para que me diera cuenta, mientras que su amigo me miraba y sonreía.

—Mañana es la inauguración de una de sus nuevas discotecas, usted me dijo que tendría que acompañarlo a alguno de los eventos, y me preguntaba si este era uno de ellos —le dije, esperando su contestación, mientras Theo lo miraba con una ceja arqueada.

—En este caso, no será necesario. Podrá quedarse descansando, no hay problema —me contestó muy serio, dudando de su respuesta.

—Ah, no, no lo decía por eso. Las chicas me han invitado a ir con ellas, pero están pendientes de mi contestación, ya que no he querido decir que sí sin saber antes su respuesta —le respondí muy chula, mientras que él se iba cabreando por minutos.

—Pensé que había dicho que no estaba en la empresa para hacer amigos, y lo primero que me suelta, es que va a ir con sus compañeras de trabajo. Se desdice usted constantemente, señorita Álvarez, sería conveniente que fuera consecuente con sus palabras —me soltó, y se quedó tan ancho. Ahora que, si pensaba que yo me iba a quedar callada, se equivocó de pleno.

—¿Tiene usted algún problema con que salga a divertirme con mis compañeras? Tal vez me equivoque, pero creo recordar que alguien me dijo que en la empresa el trato cordial y la buena sintonía entre sus trabajadores era primordial, y creo que no hay nada mejor para eso que una buena fiesta con los compañeros del trabajo.

»Así que, en cuanto a contradicciones, estamos en la misma página, señor McLeod. Aunque, claro, ¿qué se puede esperar de un tipo que se presenta con un nombre falso para ligar y no tener que preocuparse si alguna mujer lo llama por un posible embarazo? Y si a eso le sumas que luego se desdice de lo que hizo, la verdad es que no inspira mucha confianza. —Theo no podía contener la risa, estaba doblado de la risa, con lágrimas en los ojos.

—Vámonos, amigo, que te está dando fuerte y flojo, y tiene toda la razón del mundo —le dijo su socio, gestionando el poco aire que le entraba en los pulmones a causa de la risa, esa que no podía parar, y recibiendo a cambio una mirada incendiaria de mi jefe, que no sabía si darle una colleja o cogerlo del brazo y marcharse, para que no hablara más, optó por esa segunda opción.

—Buenas noches, señorita Álvarez, que descanse —dijo antes de salir por la puerta, mientras Theo me guiñaba un ojo, puesto que no podía articular palabra.

Después de recoger el salón y preparar la ropa que usaría al día siguiente para el trabajo, me dirigí a mi dormitorio, ya que el cansancio me superaba y mis ojos comenzaban a cerrarse. Me acosté pensando en él, en lo increíble

que se veía con ese traje de chaqueta, con ese pelo alborotado de pasarse la mano por los nervios, como si hubiera salido de una portada de revista de moda masculina. Solté un suspiro y me giré de lado, recordando lo agotador que había sido el día, tal como se lo había contado a mis padres. Necesitaba descansar, porque mañana sería un nuevo día lleno de oportunidades.

Me desperté con una energía renovada, ya que esta noche teníamos planes de fiesta. Necesitaba hablar con las chicas para saber qué tipo de atuendo iban a elegir, porque no tenía ni la más mínima idea de su estilo aquí. No sabía si se ponían algo muy elaborado o si preferían algo más casual, como unos vaqueros y una blusa. No quería ser la que se viera fuera de lugar, ya fuera por ir demasiado arreglada o sencilla.

—Hola, amor —me dijo Martha apareciendo por mi despacho—. El jefe me manda a buscarte, dice que vayas lo antes posible, que necesita hablar contigo.

—¿Qué pasa que no puede utilizar el teléfono para avisarme? ¿Tiene tendinitis en los dedos o algo? —le respondí, y Martha soltó una carcajada.

—No lo sé, chica, yo solo cumplo con mi trabajo, y ya sabes, sus órdenes hay que cumplirlas.

—Dile que ahora mismo voy, que me dé cinco minutos para quitarme la chaqueta e ir encendiendo el ordenador —le contesté, mientras hacía todo lo que le estaba diciendo y ella asentía con la cabeza, saliendo por la puerta.

Este hombre iba a terminar conmigo, qué complicadas hacía las cosas, con lo sencillo que era todo.

Antes de entrar en su despacho, me hice un café en la cafetera de cápsulas que había en la sala de juntas, puesto que no había pasado por el supermercado y no había desayunado nada.

Capítulo 16



Cameron

Al ver cómo nos abrió la puerta, me quedé completamente atónito. La rabia de que Theo pudiera disfrutar de esa vista me devoraba por dentro, así que no pude evitar hacer un comentario. Mi amigo estaba disfrutando al máximo, mientras yo solo tenía ganas de subirla en mi hombro y correr con ella hasta su dormitorio, y hacer que gritara de placer. Pero sabía que eso no iba a pasar, ni ahora ni en un futuro.

En el momento en el que la vi ir hacia dentro, pensé que se cambiaría de ropa, iluso de mí, puesto que lo único que hizo fue ponerse un sujetador. Que lo agradecí, no voy a decir lo contrario, porque sería faltar a la verdad. Mi miembro ya estaba completamente duro dentro de mis pantalones, y la sonrisilla de Theo, que se había dado cuenta, no me ayudaba para nada. Así que decidí centrarme en el contrato y en buscar soluciones a sus fallos, para que aquello volviera a su tamaño original.

—Lo has pasado mal ahí dentro, ¿eh? —me dijo Theo en cuanto que salimos del ático en el que se alojaba Atenea.

—La verdad es que sí, pensaba que nos cogeríamos los dedos con el contrato, pero afortunadamente, la señorita Álvarez ha demostrado ser una gran profesional —le contesté, aunque sabía que no iban por ahí los tiros.

—A otro perro con ese hueso, «señor McLeod» —me contestó, haciendo hincapié en mi apellido, tal y como yo le había pedido a mi asistente que hiciera, y ella me había devuelto la jugada esa misma noche, en cuanto empecé a tutearla—. Me juego todo lo que tengo a que, si yo no te llego a acompañar, antes de mirar siquiera el contrato, te la hubieras llevado al dormitorio, como el cromañón que eres.

—¿Yo? Estás loco si piensas eso. Me la tiré una vez, en aquel baño de la discoteca, en España, pero nada más. Si no hubiera sido por este puto contrato, ahora mismo estaría entre las piernas de Amanda, dándome un festín. Tendré que compensarla de algún modo, me lo pensaré esta noche.

—Yo estaré todo lo loco que tú quieras, pero que esta chica te ha dejado tocado, es un hecho. Propongo un juego: si realmente no te importa, deja que Brandon intente algo con ella. Al final, será su decisión si le interesa o no —me contestó, y en ese instante sentí un calor intenso recorriendo mi cuerpo. Solo de pensar en que ella pudiera estar con mi amigo, me revolvía el estómago y mi enfado crecía cada vez más. Necesitaba ponerle fin a esto, y solo yo podía hacerlo, así que iba a idear un plan para distanciarla de mí, al menos en el aspecto emocional.

—Que haga lo que quiera, me da exactamente igual. Ahora, si no te importa, voy a subir a mi coche para llegar a casa cuanto antes, que estoy loco por darme una ducha y tumbarme en mi cama a descansar. Nos vemos mañana en la oficina —le respondí, abriendo el coche con el mando a distancia, dejando claro que ese tema estaba zanjado.

Al entrar por la puerta de mi casa, su imagen se instaló de nuevo en mi cabeza. Llevaba un pijama que no dejaba mucho a la imaginación, aunque no era de lencería fina, sino de algodón. Los pantalones apenas cubrían sus nalgas, revelando un poco de su forma al moverse, y la camiseta blanca de tirantes se ajustaba a su figura como si fuera parte de ella, dejando al descubierto su abdomen tonificado cada vez que levantaba los brazos.

De nuevo volvía a estar empalmado, así que me metí en la ducha, pero ni el agua fría lograba calmarme. En un impulso, como si hubiera vuelto a mi adolescencia, empecé a tocarme, recorriendo mi miembro con la mano y pasando el pulgar por el glande, imaginando que era ella quien lo hacía. Pasó un buen rato hasta que, sin poder contenerme más, me corrí gritando su nombre, algo que nunca me había pasado antes. No iba a dejar que esto se repitiera; ya no tenía quince años y sabía controlar mis emociones. Así que salí de la ducha incluso más cabreado de lo que había entrado.

Me metí en la cama trazando un plan para alejarla, ese que empezaría a llevar a cabo al día siguiente, en cuanto entrara en mi oficina, y que sería infalible para ella. Lo que no tenía claro era si lo sería para mí.

✣ ✣ ✣

—Martha, por favor, dile a la señorita Álvarez que venga a mi despacho en cuanto pueda, que es urgente —le dije a mi secretaria, que también lo era de Theo. Sabía que podía usar el teléfono interno, o incluso enviarle un correo electrónico, pero quería que se diera cuenta de que no me agradaba buscarla, que prefería delegar esa tarea en otros.

—Ahora mismo, Cameron, dame un minuto que termino de enviar el correo electrónico que estoy redactando, si no, luego pierdo el hilo y ya no sé por dónde seguir —me contestó ella, tan amable y simpática como siempre, y recordé lo que me había dicho el día anterior Atenea sobre su salida conjunta.

—Creo que necesitáis una invitación más para la inauguración de la discoteca, ¿me equivoco? —le pregunté, esperando ansioso su respuesta.

—¿Te refieres a la de esta noche? Porque si es así, tenemos bastantes, ya que en las invitaciones viene reflejado que es para una persona y acompañante, así que yo iré con Peyton, y Megan con Atenea, pero gracias de todos modos, jefe —me contestó y se levantó para llevar a cabo el recado que yo le había mandado, no sin antes guiñarme un ojo, como era su costumbre, y al que yo siempre correspondía con una sonrisa.

Me metí otra vez en mi oficina y empecé a repasar el borrador del contrato. Era el mismo que le pasaría a Martha en cuanto llegara, para que lo redactara de nuevo y le enviara una copia con acuse de recibo al señor García. Así, tendría algo que hacer mientras esperaba a Atenea.

—¿Me ha mandado llamar, señor McLeod? —Escuché su voz desde la puerta, donde apareció con un café en las manos.

—Siéntese, señorita Álvarez —le dije, señalando las sillas que se encontraban frente a mi escritorio. No pude evitar fijarme en sus piernas, torneadas y bronceadas, ya que la abertura delantera de la falda que llevaba hoy las mostraba hasta medio muslo. Empecé a ponerme nervioso y enfadado conmigo mismo.

—Usted dirá. —Me retaba con la mirada. Era un peligro para mi salud mental, lo estaba viendo venir, pero no iba a claudicar, no rompería esa promesa que un día me hice. No volvería a caer en las fauces de una mujer.

—Dos cositas, la primera quería darle la enhorabuena por el borrador del nuevo contrato, no ha dejado usted nada al azar.

—Ya le dije ayer que no tenía que reconocerme nada, es mi trabajo, y en él, soy toda una profesional. Muchos años de experiencia en el mismo puesto y parecido sector me avalan.

—Como director de esta empresa, es mi deber reconocérselo. En cuanto al segundo punto, como ya sabe, ayer tuve que cancelar mi cita y quiero

compensar a Amanda. Necesito que le envíe un ramo con dos docenas de rosas; el número de la floristería que usamos está en la agenda de la empresa.

»También quiero que le envíe una bonita caja de bombones, de los que solemos comprar, y una joya, que puede elegir a su criterio. Revise el catálogo de nuestra joyería de confianza y no escatime en gastos, por favor. Tengo que enmendar mi mala educación de anoche —al decir esto, noté cómo su rostro se encendía de ira, lo que me hizo pensar que mi plan podría funcionar.

—¿Eso es parte de mis responsabilidades, señor McLeod? Lo pregunto para saber a qué debo aceptar y a qué no —me respondió la muy descarada, pero yo no me quedé atrás.

—Por supuesto, señorita Álvarez, su deber es asistirme a mí en todo lo que necesite, siempre que esté dentro del horario laboral. Así que, le rogaría que se diera un poco de prisa. En mi agenda está anotada la dirección a la que debe enviarlo todo.

»Y por favor, incluya una nota de disculpa, mencionando que esta noche la compensaré por todo y que espere mi llamada —le solté, sabiendo que iba a herirla, pero era una estrategia efectiva para que no se sintiera atraída por mí. Sin embargo, ahora el problema lo tenía yo, que al ver las caras que iba poniendo, cada vez me gustaba más.

—Ahora mismo, en cuanto lo tenga todo comprado y enviado, le mandaré el reporte por correo electrónico, para que compruebe que todo es de su agrado —me contestó, a la vez que yo mostraba una sonrisa en la cara.

Capítulo 17



Atenea

—¡No me lo puedo creer! —exclamé para mí, entrando en mi despacho, y es que ese hombre me sacaba de quicio cada vez más, sin darme cuenta de que dentro me estaba esperando Theo.

—¿Qué es lo que no te puedes creer? —me preguntó, sobresaltándome, ya que no lo había visto ni me había percatado de su presencia.

—Tu amigo, que no puede ser más gilipollas —le contesté, no pudiendo reprimir mi comentario, que no se paró ahí, sino que seguí hablando—. ¡Pues no me manda a mí a comprarle a su amiguita de turno flores, bombones y una joya! Ni que yo fuera su *personal shopper*, vamos.

—¿Qué ha hecho qué?

—Lo que oyes, chico. Se ha debido pensar que yo trabajo en Glovo o algo.

—¿Con qué motivo? Porque, hasta donde yo sé, Cameron no es de enviar nada de eso, y menos a una mujer con la que no tenga que cerrar un negocio.

—Según él, para resarcirse de su mala educación de anoche, que se vio obligado a dejarla plantada y anular su cita. Pero ¿sabes qué es lo peor?

—¿Todavía hay algo peor? —me preguntó sin salir de su asombro.

—Pues sí. Quiere que le adjunte una nota de disculpa, en la que le deje bien clarito que esta noche se lo compensará de todas las maneras posibles y que espere su llamada —le expliqué, y Theo rompió en una carcajada que lo dobló en dos, sin poder parar de reír—. Pero pienso vengarme, ¿no quiere que le quede claro? Pues, más claro el agua, te lo prometo.

—No me pienso mover de aquí hasta que no lea esa nota. Me estoy riendo más desde que tú has entrado en la empresa, que en toda mi vida. Te estás ganando todos mis respetos —me decía sin poder parar de reír.

—Pues nada, en cuanto termine, bajaré a contabilidad, para que me pongan en la nómina de este mes dos pluses: el de reparto a domicilio y el de payaso a tiempo parcial —le contesté, mientras él estaba hasta llorando de la risa.

Llamé a la floristería y encargué un ramo de dos docenas de flores, pero en lugar de rosas, ordené crisantemos, que son las flores típicas para los

funerales. En cuanto a los bombones, poco podía hacer, puesto que todos los que tenían estaban exquisitos. Sin embargo, en la joyería, volví a hacer de las mías y elegí la pulsera más fea y cara que había, adornada con unas flores raras que parecían tan pesadas que al día siguiente necesitarías una escayola en el brazo. Pero lo mejor fue la nota que incluí, que decía lo siguiente:

«*Amanda, mi preciosa muñeca, te pido perdón por el plantón de ayer. Pero no dudes de que esta noche, en cuanto tenga el placer de estar a solas contigo, te haré gritar y sudar como una cerda. No veo el momento de meterme entre tus piernas. Atentamente, Cameron McLeod*»

—¿Qué opinas? ¿Le quedará clarinete o le tendremos que enviar también un esquema para que lo entienda? Porque déjame decirte algo, muchas luces no es que parezca que tenga la muchacha. —Le di la vuelta al portátil, para que lo pudiera leer bien. Si antes se reía, ahora ya se tiraba al suelo.

—Soy tu fan número uno, que lo sepas. Esta nota es grandiosa, te lo prometo. Recuérdame que nunca te dé un motivo para que te enfades conmigo, porque eres perversa —me decía entre risas. Estaba deseando que lo recibiera, y que llamara a mi jefe, porque estaba claro que no iba a esperar a que él la llamara.

Salimos del despacho rumbo a la cafetería porque Theo me había invitado a desayunar, y acepté esa invitación, ya que escuchaba mi estómago rugir de hambre. Por el camino nos encontramos con Brandon, que se sumó a nosotros, otro al que tampoco le había dado tiempo de comer nada.

—Esta mujer es única, ha sido todo un acierto por tu parte contratarla, te lo aseguro —le dijo Theo a Brandon, mientras íbamos de camino a la cafetería.

—Contadme ahora mismo lo que habéis hecho —nos exigió Brandon.

—¿Yo? Solo he cumplido órdenes, aunque me parece que en una o dos cositas me he equivocado —contesté, poniendo la cara del gato de *Shrek*, como si fuera totalmente inocente, mientras Theo le contaba, con pelos y señales, absolutamente todo.

—Me parece que los gritos se van a escuchar desde la otra punta de la ciudad, ese hombre ha dado con un hueso duro de roer —me decía Brandon, doblado en dos por la risa.

Nos terminamos el desayuno con total tranquilidad, puesto que yo no tenía nada pendiente de trabajo, y ya solo nos quedaba concretar el tema del viaje, para lo que sería necesario que estuviera redactado el dichoso contrato, y eso lo estaba haciendo Martha.

Salimos del ascensor y nos dimos de frente con el jefe, y no tenía cara de muy buenos amigos, la verdad.

—¡Tú, a mi despacho! —me gritó en cuanto me vio. Si pretendía asustarme o acobardarme con ese gesto, lo llevaba claro.

—Le recuerdo, señor McLeod, que fue idea suya el que no nos tuteáramos, así que, no haga lo que no quiere que le hagan a usted —le respondí con total tranquilidad, mientras él cerraba la puerta con un portazo, detrás de mí.

—¿Se puede saber en qué coño estabas pensando cuando has enviado esa nota? Eso sin hablar de la puñetera pulsera, que no la lleva ya ni mi abuela, y encima me ha costado lo mismo que un apartamento en la playa —me dijo, bastante enfadado, por cierto.

—He hecho todo lo que usted me ha indicado. Si no está de acuerdo con mis gustos, para la próxima vez, lo hace usted mismo, y así se asegura de que todo sea de su agrado —le contesté, dejándolo con la cara a cuadros.

—Le recuerdo, señorita Álvarez, que todavía está usted en su periodo de prueba, y que la puedo poner de patitas en la calle en cualquier momento —me dijo. Volvíamos otra vez a tratarnos de usted, bueno él, que yo siempre lo había hecho.

—Y yo le aclaro, señor McLeod, que mi trabajo lo llevo a cabo a la perfección, no hay más que ver los disgustos que le he ahorrado con el contrato del resort. Eso que usted me ha mandado hacer, no entra dentro de mis atribuciones laborales.

»Así que, en el caso de que decidiera hacer uso de ese periodo de prueba para despedirme, cualquier tribunal lo consideraría despido improcedente. Ahora, si me disculpa, tengo mucho trabajo por hacer. Buenos días. —Me

levanté y me largué de allí, dejándolo con dos palmos de narices. Si él pretendía ir de chulo conmigo, más chula podía ser yo.

Volví a mi despacho, donde me estaba esperando Martha, para darme la copia impresa del contrato, y que así se la pudiera enviar al señor García, para que tuviera claras cuáles serían las condiciones de la compraventa de su propiedad.

Del mismo modo, y como no teníamos claro que fuera a aceptarlas, decidí explorar otras propiedades similares en la zona, cuyos propietarios estaban en una situación similar. Preparé un informe para presentárselo a Theo y Cameron, por si estaban interesados en alguna más. Cuando quise darme cuenta, era la hora de comer, y ya estaba Martha llamando a la puerta, dispuesta a recogerme para ir hasta el restaurante de la esquina, donde seguramente estarían ya Megan y Peyton esperándonos.

—Chicas, tengo una duda —les dije en cuanto nos saludamos y tomamos asiento—. ¿Cómo os vais a vestir para la inauguración de esta noche? Es que no tengo ni idea de qué ponerme, si demasiado arreglada o algo más informal.

—Como diría mi madre, nunca se va demasiado arreglada. La gente aquí, especialmente la que vendrá esta noche a la inauguración, se viste de gala para la ocasión. Así que, un vestido sexi, unos buenos tacones y unos labios en un rojo intenso, y seguro que irás divina de la muerte —me contestó Megan.

—Teníamos pensado ir esta tarde, a la salida del trabajo, a comprarnos algo. Apúntate y vente con nosotras —comentó Peyton.

—Te lo iba a decir luego, cuando termináramos con todo el tema del resort, pero mi querida amiga ya se me ha adelantado —me informaba Martha, a la que ya veía como una buena amiga.

—Pues nada, tarde de chicas y de compras. A ver si me da tiempo y paso por la peluquería también, que me hace falta un saneado de puntas —les dije, y todas aplaudieron la idea.

—A las cinco en punto, nos encontramos en la entrada. Ahora voy a llamar a Monique, para que nos dé cita; ella nos peinará y maquillará a las tres. Dependiendo de la hora que nos dé, compraremos el *outfit* antes o después.

Nos despedimos y nos fuimos cada una a realizar nuestras tareas, esas que estábamos deseando terminar, puesto que era viernes y el cuerpo lo sabía.

Capítulo 18



Cameron

—Casi me da un infarto cuando me ha llamado Amanda para darme las gracias por los regalos, diciéndome que la nota había sido muy explícita, pero que estaba deseando hacerla realidad, y que la pulsera, si no me importaba, iba a cambiarla por algo más sencillo, que entendía que quisiera sorprenderla, pero que no hacía falta tanto —le contaba a Theo y a Brandon, que estaban en mi despacho.

—Yo no he tenido nada que ver, que conste —dijo Brandon levantando los brazos en señal de inocencia.

—¿Acaso tú sí? —le pregunté a Theo, que disimulaba mirando para otro lado, mientras que mi cabreo iba en aumento.

—Digamos que yo estaba presente cuando lo ha llevado a cabo, pero en ningún momento he intervenido, he sido un mero espectador —me respondió como el que dice que pasaba por el lado cuando lo ha visto.

—¿En serio? ¿No has podido o no has querido pararle los pies? Porque hubiera sido muy sencillo que le dijeras: «no, Atenea, eso es demasiado, y la nota, con un poco más de sutileza, cariño» —le contesté, cuando me miró y empezó a reírse.

—Si yo le digo a Atenea «cariño», mañana tengo que ir de visita al dentista. ¿De veras crees que no me doy cuenta de que intentas alejarla de ti? Vamos, hombre, no insultes mi inteligencia. Si fuera otra persona, no te importaría que te tuteara, puesto que todas en las oficinas lo hacen.

»Y eso de mandarle regalos a una mujer, con la que encima no tienes que hacer negocios, ya ha sido el colmo. Solo espero que lo estés haciendo bien, y no tengas que arrepentirte luego, porque llevas todo el camino de hacerlo, y yo no dudaré en recordarte «te lo dije» —me soltó, pero yo seguía «erre que erre», y no me pensaba echar atrás.

—Sé perfectamente lo que hago, y no me voy a arrepentir, tenlo claro. Me hice una promesa a mí mismo, y no la pienso romper —le contesté, apretando la mandíbula luego, tanto que se me iban a partir las muelas como siguiera así.

—No todas las mujeres son iguales, socio, al igual que los hombres, tampoco lo somos.

—Te recuerdo que, hasta que llegó ella, pensabas de la misma manera que yo. ¿Acaso esa mini bronca que tuvimos en España con ella y la amiga no fue por un comentario interesado? Haz memoria, y no te desdigas luego.

—Pues he cambiado de opinión, después de conocerla, me he dado cuenta de que, si algo no es esa chica, es interesada. Y que tiene carácter, eso también, solo hay que ver cómo te contestó anoche cuando fuimos a su casa, y encima es muy profesional. Solo te digo que te lo pienses bien —me dijo, cuando Brandon le preguntó qué había pasado en su casa.

Estuvimos un rato contándole a nuestro compañero todo lo que había pasado la noche anterior, bueno, en realidad el único que hablaba era Theo, mientras que ambos se partían de risa con los comentarios de mi amigo. Cuando le leí la nota en alto, esa que acompañaba a la joya y cuyo reporte me había llegado a mi correo horas antes, Brandon ya no podía parar, hasta llorando de la risa.

—Una joya es ella, pero de las buenas. Jamás en mi vida me he encontrado con una mujer tan mordaz y con tanto ingenio, te lo prometo —me decía Brandon sin poder parar de reír.

—Sí, claro, un diamante en bruto, precisamente. —Leyendo la nota detenidamente, yo también tuve que reír, puesto que eso mismo era lo que me apetecía hacer con ella, no con Amanda. Parecía que me había leído el pensamiento.

Llamaron a la puerta, y cuando di paso, era ella, que venía con una carpeta en la mano, quería enseñarnos algo.

—Perdón, si está reunido, vuelvo luego —dijo al entrar, mirando a Brandon y a Theo.

—No, no, pase, no estábamos tratando nada importante. Usted dirá —le dije, mientras Brandon me miraba sorprendido, puesto que nadie en la empresa se trataba de usted, solo nosotros dos, y Theo negaba con la cabeza.

—Dado que no tenemos la seguridad de que el señor García acepte el nuevo contrato, me he tomado la libertad de hacer un estudio de las propiedades de la zona que tienen unas características similares, tanto económicas como en instalaciones —me dijo, tendiéndome una carpeta a mí y otra a Theo.

—Está bien, yo me voy a mi oficina y os dejo trabajar. Si necesitáis algo, no dudéis en avisarme —comentó Brandon al levantarse y señalar la silla vacía que había dejado para que Atenea se sentara.

—¿Le he dicho yo, en algún momento, que lo hiciera? Al estudio, me refiero, porque no creo que fuera así, o lo recordaría. —Otra vez sacaba mi vena altiva y de jefe con ella, en vez de agradecerle que nos hubiera adelantado el trabajo.

—No, pero pensé que se podría ir adelantando el trabajo, por si acaso —me contestó, con un tono que indicaba que su enfado iba en aumento por momentos.

—Eso pensaba. Señorita Álvarez, no se tome atribuciones que no le corresponden. Si hubiésemos querido que lo hiciera, se lo hubiera hecho saber. Que sea la última vez que usted hace un trabajo por su cuenta, porque no ha hecho más que perder el tiempo, puesto que no estamos interesados en ninguna propiedad que no sea con la que estamos negociando.

»Ahora, si nos disculpa, tenemos que seguir trabajando —le dije, invitándola a salir del despacho, mientras Theo me miraba con la misma ira que ella mostraba en su mirada.

—Entendido, a partir de ahora, cuando no tenga trabajo pendiente, me pintaré las uñas. —Se levantó y se marchó, sin ni siquiera decir adiós.

—Eres un cabrón engreído, y no soporto a ese Cameron que sale cuando ella está cerca. Sabes perfectamente que anoche, al salir de su casa, estuvimos conversando sobre la posibilidad de investigar otra propiedad en esa área que podría llamarnos la atención —me dijo mi amigo, elevando el tono de voz.

—Para empezar, no me grites. No soy ningún engreído, simplemente le estoy dejando claro quién manda aquí, y soy yo, que para eso soy el que da las órdenes. Ella no tiene ningún derecho a tomarse atribuciones por su cuenta, por mucho que pensáramos hacerlo. Yo no mando, ella no hace, así de sencillo —contesté bastante enfadado—. No pienso pasarle ni una más, a la próxima que haga, la pongo de patitas en la calle.

—Estás mezclando lo personal con lo laboral, por lo que, el único que no está siendo profesional aquí, eres tú, no lo olvides. Cuando encuentre otra

empresa en la que la valoren lo que tú no estás haciendo, y te dé la patada, vendrán todas las lamentaciones, y yo, no estaré de tu parte, por mucho que te conozca y me duela —me dijo, y se marchó, dejándome allí parado, frente a la ventana del despacho sin saber qué decir, por lo que me eché una copa con hielo, y me senté a seguir trabajando. No iba a abrir esa carpeta que, estaba seguro de que Theo estudiaría al milímetro.

Era hora de irse, y hoy no iba a quedarme ni un minuto más en la oficina, porque esa noche era la inauguración de la discoteca y necesitaba llegar temprano para asegurarme de que todo estuviera en orden antes de abrir las puertas.

Aunque solo se permitiría la entrada con invitación, esperábamos a un buen número de personas de la alta sociedad, el público al que estaba destinado el lugar, ya que no había muchos dispuestos a pagar cuarenta dólares por una copa, que era la más barata. No queríamos que el lugar se convirtiera en un imán para borrachos cada fin de semana; nuestra intención era que se transformara en un espacio para *influencers* y celebridades, donde pudieran relajarse sin preocuparse por ser fotografiados o grabados.

Salí del despacho y me encontré con ella y Martha que iban a tomar el ascensor, así que me paré a su lado.

—Buenas tardes, Martha, señorita Álvarez…

—Menos mal que ya ha terminado la semana, ahora nos toca ponernos guapas para la inauguración de esta noche, Cameron. Espero poder

saludarte luego —me dijo Martha, con la que tenía bastante confianza. Ella no abrió la boca, como si yo no estuviera.

—Por supuesto, y si necesitas algo, solo díselo a alguien de seguridad y vendrán a buscarme de inmediato, no te preocupes —le respondí sonriendo. También sabía cómo hacer caso omiso a quienes me ignoraban.

Capítulo 19



Atenea

—*Si nicisitis ilgi si li dicis il siguiridid*. Arggggg, no puedo con él, es superior a mis fuerzas, no sé quién coño se habrá creído que es —le dije a Martha nada más que pusimos un pie en la calle, mientras ella me miraba y se reía.

—Creo que necesitáis resolver esa tensión sexual no resuelta que hay entre vosotros —me contestó ella, parada a mi lado, esperando que llegaran Peyton y Megan, que todavía no habían aparecido.

—Eso no va a volver a pasar, te lo digo yo. —Y cuando me di cuenta de lo que había dicho, ya era demasiado tarde.

—¿Te has acostado con el jefe? ¿Cuándo? ¿Por qué no me has dicho nada? Quiero todos los detalles inmediatamente. —Escuché la voz de Megan, que estaba detrás de mí, y no me había dado cuenta. Martha me miraba boquiabierta, no daba crédito a lo que había salido por mi boca.

—Ay, Dios, ¿qué he hecho? —reflexioné en voz alta, pero ya no había forma de echarme atrás, y eso me lo dejó bien clarito, Megan.

—Callarte, eso es lo que has hecho. Así que ya puedes ir largando, mientras vamos a la peluquería, que está a dos calles de aquí y tenemos cita en una hora, así que nos da tiempo de tomar un café y que nos pongas al día —dijo, justo cuando llegaba Peyton.

—¿De qué nos tiene que poner al día? Que acabo de llegar y no me he enterado, desembuchad —preguntó, y mi cara cada vez estaba más roja.

—Está bien, vamos a marcharnos de aquí y ahora os lo cuento tranquilamente.

—Estoy deseando saber cómo te ha empotrado contra su escritorio, ¿o ha sido contra la fotocopiadora? —dijo Megan, para buscarme la lengua.

—No diré nada hasta que no lleguemos a la cafetería. —Y me cogió de la mano y salió corriendo, tirando de mí, hasta que llegamos y tomamos asiento, riendo a carcajadas por lo que había hecho.

—Vamos, chicas, he visto mujeres más rápidas —gritaba a nuestras amigas, que venían más lentas que nosotras.

—A ver, por dónde empiezo…

—Por el principio, y así, seguro que nos enteramos —soltó Megan, pero Martha la mandó a callar.

—Hace unas semanas, en España, mi amiga Ana y yo estábamos en un restaurante en la playa disfrutando de la cena, y él y su amigo del alma, Theo, estaban cenando unas mesas más allá… —les conté todo tal y como había sucedido, desde el momento en que se presentaron con nombres falsos hasta el día en que entré a trabajar en las oficinas como su asistente, momento en el que me dejó por mentirosa y decidió marcar las distancias conmigo, pasando por la jugarreta de la rubia recauchutada.

—¡Qué cabrón! —exclamó Martha— Así que así es como actúa, para que nadie pueda encontrarlo después ni exigirle nada.

—Pues déjame decirte algo, cuando te está tratando de esa manera, es porque al jefe le gustas, y más de lo que quisiera admitir. Me parece que vas a tener que cambiar de estrategia… ¿No creéis, chicas? —dijo Megan, que no paraba de darle vueltas a la cabeza.

—Pienso lo mismo que tú. Ponemos en marcha la operación «que ten por culo, jefe» —dijo Martha, y a mí me salió una profunda carcajada.

—¿Y en qué consiste esa operación, concretamente? Digo yo que tendré que estar al tanto, más que nada, porque seré yo la que la lleve a cabo —les pregunté, y todas se miraron entre ellas.

—Para empezar —empezó a explicar Megan—, te vamos a dejar como una modelo de esas que salen en las revistas, para que cuando te vea esta noche en la discoteca, no te pueda quitar el ojo de encima. Buscaremos un vestido sexi a rabiar, pero a la vez elegante, que no te haga parecer una cualquiera, pero que se vuelva loco por quitártelo.

—A continuación, bailarás con todo el que se te acerque de manera insinuante, pero sin dar lugar a malentendidos. el asunto. Esto hará que el jefe se ponga celoso, ya que verá que todo el mundo te desea y que te puede perder —continuó Martha.

—Y, para terminar, bailarás con Theo o con Brandon, que también estarán allí, un poquito más, como decirlo … Con mayor interés, lo que hará que la tal Amanda pase a un segundo plano. —Terminó Peyton, que también los conocía a todos.

—No pienso hacer eso y que piensen que soy una fresca, que demasiado tengo ya encima como para esto —les respondí, refiriéndome a la última parte.

—Yo pienso que con Theo será mejor, ya que todos sabemos lo mujeriego que es. Además, de Brandon me ocupo yo esta noche, que me tiene loca y lo debo tenerlo en mi cama, sí o sí —dijo Megan, ignorando mi comentario anterior.

—No te preocupes por eso, Atenea, que yo me encargo de avisar a Theo del plan. No será la primera vez que se pone de nuestra parte en algo, para

eso es muy enrollado el chico —habló Martha, que ya se disponía a coger su móvil para llamarlo—. Ahora vuelvo y os cuento.

Nos tomamos lo que quedaba del café en completo silencio, a la espera de que Martha terminara su conversación con Theo y viniera a contarnos. Se veía que había una gran conexión entre ellos y no dudaba de que entraría al trapo, lo que no estaba segura era de querer hacerlo, puesto que la cosa se me podría ir de madre.

—Listo, todo arreglado. —Listo, todo arreglado. Además de que hemos añadido algunos detalles más al plan, como que él, en cuanto te vea, te dará dos besos muy cerquita de la comisura de los labios. Le dirá a su amigo cosas sobre ti, dándole a entender que le gustaría pasar la noche contigo y demás, para que le dé un ataque de celos en toda regla —nos contaba Martha, y a mí me parecía todo una locura, cada vez más.

—No sé si me va a compensar, de verdad. Lo mejor será dejar las cosas tal como están, puesto que no quiero ser una mueca más en su cama, no me interesa eso —les dije a las chicas.

—Vamos a ver, alma de cántaro. El jefe es un soltero empedernido, jamás se le ha conocido una pareja fija, en todos los años que llevamos trabajando juntos. No pretendas que, de buenas a primeras, te ponga un anillo en el dedo. Tiene que procesarlo todo poco a poco, hasta que se dé cuenta de que no puede vivir sin ti —soltó Megan, y hasta tenía lógica, todo menos eso último que había dicho, que yo tenía claro que no ocurriría nunca.

—Sobre todo eso, un anillo no, me va a poner una pulsera mejor, y la más hortera de toda la joyería —solté, como quien no quiere la cosa, acordándome de lo fea que era la que le envié a esa mujer en su nombre, y nos salió a todas una carcajada.

Llegamos al salón de belleza, donde una chica muy amable nos atendió a todas. A ellas ya las conocía, puesto que iban asiduamente. Yo era nueva, así que no sabía que era lo que quería, pero no me dio tiempo ni de abrir la boca. Ahí estaba Peyton, que se había convertido en mi estilista particular, por lo que se veía.

—Córtale un poco las puntas, para sanear. Como su color es natural, aplícale algo que le dé brillo a su pelo y hazle un recogido informal, porque esta noche nos vamos a la inauguración de una discoteca para pijos y famosos, y ella tiene que destacar —le dijo a la chica, que me miraba asintiendo.

—A nosotras nos haces lo de siempre, pero también con un recogido, que no queremos desentonar. Luego, pasamos al maquillaje, uno de noche que no sea demasiado recargado —esta vez fue Megan la que habló, mientras que la chica nos guiaba hasta donde tendríamos que sentarnos.

—A ti, que parece que eres la que tienes que conquistar a un hombre esta noche, por lo que me han dicho las chicas, te voy a poner de espaldas al espejo, para que solo veas el resultado final —me dijo la chica de la peluquería, girando mi silla, para quedar en la posición que me había dicho.

Estuvimos un buen rato allí. Como Peyton terminó primero y vimos que no nos daría tiempo de llegar al centro comercial, salió corriendo a una tienda de vestidos de fiesta que estaba al lado de la peluquería. Se encargó de elegir uno para cada una, combinando los zapatos y el bolso, y luego cada una le haríamos un Bizum por el importe. Como realmente iba a ponerme lo que ellas decidieran, ya que sabían cómo lucirían las mujeres esa noche, me dejé llevar y le permití comprar lo que quisiera, ni siquiera le mencioné la talla.

Capítulo 20



Atenea

—Os habéis pasado, parece que he salido de una revista de moda, me queda genial, aunque no debería decirlo yo —les comenté a las chicas en mi casa, ya que decidimos quedarnos allí para prepararnos, porque las demás vivían lejos y no llegarían a tiempo si volvían a sus casas.

—Joder, el jefe se nos muere hoy de un infarto, te lo prometo —me dijo Megan en cuanto me vio arreglada.

—Peyton, tienes un gusto exquisito, amiga. Jamás me hubiera decidido por algo así, pero tengo que reconocer que has dado en el clavo, y si no es el jefe, da igual, porque hoy ligo, seguro. Venid aquí, vamos a hacernos una foto las cuatro, para enviársela a mis padres y a mi amiga Ana, que está en Suiza trabajando —le dije, poniendo el temporizador y el trípode en el móvil, para que saliéramos perfectas, y de cuerpo entero.

Peyton me había elegido un vestido en color champán, con un escote en V que acentuaba mi figura, sin sujetador, ya que la espalda era completamente descubierta, sostenido solo por dos finos tirantes. El vestido caía justo por debajo de la rodilla, pero tenía una abertura en el lado derecho que dejaba ver mi pierna hasta casi la mitad del muslo al caminar. Lo combiné con unas sandalias negras adornadas con pequeñas piedras que parecían diamantes, y un bolso que podía llevar de mano o, al sacar su cordón del mismo color que el vestido, colgado del hombro o como bandolera.

La peluquera me había hecho unas ondas en mi melena, recogiéndola en un lateral, con un pasador que parecía una joya, puesto que solo llevaba eso y unos pendientes a juego, gracias a que mi amiga se había encargado de todo. En cuanto al maquillaje, me ahumó los ojos con un tono tierra que resaltaba aún más el negro de mi mirada, y en los labios tan solo había aplicado un lápiz labial para perfilar el contorno y un brillo que, según ella, me duraría toda la noche, dándole a mi boca un aspecto más que apetecible. La manicura era sencilla, una francesa con un par de brillantes en una uña de cada mano.

—Nos vamos en taxi, que no me gusta conducir después de tomar una copa, es de inconscientes —dijo Megan, cuyo vehículo había quedado aparcado en mi garaje, ya que yo no tenía y había una plaza reservada para mí.

—Si queréis, luego podemos venirnos todas a dormir aquí, y así mañana os hago un desayuno típico español: churros —les dije, y todas aplaudieron. Entre los dos dormitorios nos podíamos repartir, porque las dos camas eran dobles.

—Eso sí, si no me ligo a Brandon, porque como tenga la oportunidad, os prometo que no me veis el pelo hasta el lunes por la mañana —dijo Megan, convencida y muy segura de sí misma.

—La que ligue, que se busque la vida; las que no, dormimos aquí esta noche, todas juntas, y así comentamos la noche —dijo Martha, y todas asentimos.

Ya nos estaba esperando abajo el taxi, puesto que Megan lo había pedido hacía tiempo por la aplicación, justo para la hora en la que tendríamos que salir. Theo había quedado con Martha, que nos esperaría en la puerta, a ser posible con el señor director a su lado, aunque no lo podía asegurar, puesto que iba a ir con Amanda, y eso empezó a caldearme la sangre.

—Ahí están, con la Barbie Retoquitos a su lado —dijo Megan, muy seria, y me salió una carcajada por cómo se había referido a Amanda, lo cual hizo que se volviera, y pude ver su cara y su gesto en el momento en el que me vio.

—No te achantes ni un poquito, Atenea. Demuéstrale lo que se está perdiendo —me decía Peyton, con una sonrisa, para que no pudiera leer sus labios.

—¿De dónde habéis salido vosotras, de la portada de Vogue? Jesús con las niñas, todo lo que tenían escondido —dijo Theo, acercándose a nosotras, y dejándome para la última, haciendo lo que había dicho.

—Tú también estás muy guapo, jefe —le dije a Theo, cuando noté una mirada furiosa en Cameron.

—Técnicamente, su jefe soy yo, señorita Álvarez, así que, gracias por el piropo —me respondió muy irónicamente, pero no sabía que yo tenía una bala guardada en la recámara.

—Bueno, digamos que usted y su chica son como la Barbie y el Ken de los noventa, con los que jugaba yo cuando era pequeña. Espero que le gustaran los obsequios que le envió el señor McLeod, tiene un gusto exquisito —les solté, y vi cómo, tanto Theo como las chicas, aguantaban la carcajada.

—Es mejor ser una Barbie de los noventa que una muñeca repollo, que es lo que tú pareces con esos michelines y ese peinado —me contestó ella. Esa no sabía con quién había ido a dar.

—¿Michelines? Será en tus sueños, bonita, porque este cuerpo lo que tiene son muchas curvas, como buena española y andaluza. A diferencia de ti, que pareces un insecto palo disfrazado para fin de año. Ten cuidado, no vaya a ser que te pinchen y se te caiga la silicona. Ahora, si nos disculpas, tenemos una fiesta a la que ir. —Me di media vuelta y me marché, mientras Theo me miraba con orgullo y Cameron y ella con enfado.

—Será gilipollas la tía, que todo lo que tiene es operado y se permite el lujo de insultar a las demás. Ahora, que al jefe se le salían los ojos de las

órbitas en cuanto que te ha visto bajar del taxi —me decía Megan, que me llevaba agarrada del brazo.

—Si pretendía minar mi autoestima, lo lleva claro. Nada ni nadie me va a hacer sentirme inferior, eso por supuestísimo. Y ahora, vamos a pasarlo de lujo —le contesté, entrando en la discoteca.

Estábamos en la barra, pidiendo unas copas, cuando noté que alguien se ponía detrás de mí. Era él, que parecía que no había más sitio para pedir que justo a mi lado.

—Le pido disculpas por el comportamiento de mi acompañante ahí fuera, ha estado fuera de lugar —me dijo mientras ponía su mano en mi cintura.

—Nunca pida unas disculpas que no le pertenecen, señor McLeod, no es usted quien debe pedirlas, pero retire su mano de mi cintura. Me ha costado mucho dinero la peluquería para que venga Barbie Retoquitos a tirarme de los pelos. —Utilicé el apodo con el que se había referido anteriormente mi amiga a Amanda, y escuché una sonora carcajada al otro lado.

—¿Cómo te has referido a ella? Me parto de la risa, de verdad. Además de guapa y con cuerpazo, divertida y con ingenio. ¡Yo quiero una mujer así para mí! —exclamó Theo, que era el propietario de la risa que había escuchado.

—Pues todavía estás a tiempo, que sigo soltera. —Le guiñé un ojo y me dirigí donde estaban mis amigas. Habían conseguido una mesa en la que

poder apoyar las copas mientras que bailábamos.

—El jefe está discutiendo con Theo, eso tampoco lo había visto en mi vida. Están pasando muchas cosas raras desde que tú has llegado a las oficinas, pero también bastante interesantes —dijo Martha, que no dejaba de mirar hacia allá.

Cuando me giré, me encontré con que Amanda ya estaba a su lado, acariciándole el pecho de manera insinuante, mientras él la tenía tomada por la cintura, y le susurraba algo al oído. Lo que provocó en ella una risa más falsa que sus tetas, así que, me volví a dar la vuelta y seguí bailando con mis amigas.

—Momento de volver loco al jefe, Atenea —me dijo Theo en el oído, cuando se acercó con Brandon hasta donde estábamos nosotras.

—Pues vamos a bailar —le dije, pasando las manos por su pecho, de la misma manera en la que Amanda lo había hecho con él.

—No te vayas a pasar, que tampoco soy de piedra, mujer —me contestó Theo, y ambos nos reímos—. Antes, cuando te he dicho eso, la vena del cuello se le ha puesto como una manguera a presión, y ha empezado a soltarme aquello de que si me iba a saltar mi lema, que si pito, que si flauta. Entonces le he preguntado: «¿Qué pasaría si me enamoro de alguna mujer de la oficina? ¿Debería dejar pasar a la mujer de mi vida por un estúpido lema? Si no la conozco a fondo, no sé si seremos compatibles, así que no voy a perder la oportunidad». Pensé que le daba un infarto.

—Eres peor que yo. Pero no creo que le haya afectado mucho, míralo. Como le reviente un labio con esos mordiscos que le está dando, vamos a tener silicona para sellar los lavabos de seis baños y el fregadero de tres cocinas.

—No puedo contigo, en serio, me estoy riendo más en estos días que en toda mi vida. Déjame darte un consejo: en nuestro viaje a la República Dominicana, tendremos mucho tiempo libre, así que llévate ropa de baño que sea atrevida pero sin caer en lo vulgar, más o menos como este vestido. ¡Vas a volverlo loco! —me dijo entre risas, y me tomé su consejo muy en serio. Al día siguiente, haría una visita al centro comercial, a ver qué encontraba que me sirviera.

Capítulo 21



Cameron

Estábamos esperando abajo en casa de Amanda porque íbamos a recogerla antes de la inauguración de la discoteca. Theo y Brandon venían conmigo, ya que optamos por ir en mi coche con mi chófer en lugar de ir cada uno en uno. Así podríamos beber sin preocupaciones, y Matt podría dar vueltas cuando cada uno quisiera marcharse.

—No entiendo cómo puedes cambiar a Atenea por esta mujer, mírala, si es que no tiene nada natural. Con lo que Amanda se ha gastado en operaciones de estética, se puede dar de comer a un país del tercer mundo —me dijo Theo, en el momento en que la vio salir por el portal.

—Precisamente por eso, porque es totalmente opuesta a la señorita Álvarez, que ya de natural, se pasa —le contesté, bajando del coche para abrirle la puerta y que pudiera subir. En la parte de detrás, iríamos Theo, ella y yo, mientras que Brandon iría en el asiento del copiloto.

—Espero que hoy venga deslumbrante, porque pienso tirarle la caña —me dijo, pero no me dio tiempo a contestarle, ya que Amanda había llegado a nuestra altura.

—Buenas noches, amor —me dijo ella, dejando un beso en mis labios, ese que quiso profundizar, pero que yo dejé en un simple piquito. No tenía ganas de aguantar más indirectas por parte de mi amigo.

—Buenas noches, Amanda. Sube, por favor —le contesté, muy correctamente, pero en un tono muy frío, que ella no esperaba. Para contrarrestar eso, en cuanto estuvimos sentados, le cogí la mano, esa que lucía con una manicura perfecta—. Estás preciosa esta noche.

—Sí, muy natural, tanto tu atuendo como tu maquillaje —ironizó Theo, al que lancé una mirada incendiaria.

Nos bajamos del coche nada más llegar, pero Theo insistió en esperar un poco antes de entrar, aludiendo que los anfitriones no deberían aparecer los primeros, puesto que todavía estaban entrando los invitados.

Cuando me di cuenta de que un taxi había parado justo delante de nosotros, escuché la voz de mi amigo piropeando a alguien, y no daba crédito a lo que veían mis ojos. Sin ninguna duda, sería la atracción de la noche, puesto que no se podía venir más sexi y elegante a la vez. Sí, era ella, así que cuando escuché que le devolvía el piropo a Theo, una oleada de celos me consumió, y no pude evitar contestarle.

—Técnicamente, su jefe soy yo, señorita Álvarez, así que gracias por el piropo —le contesté de manera muy irónica, para que se diera cuenta de que ni siquiera me había dicho «hola». Lo que no esperaba fue su contestación, así como la disputa que empezó con Amanda, la cual fue a por lana, y salió trasquilada, ya que Atenea le respondió de una manera fina y elegante, dejándola a la altura del betún.

—Digo yo que tú podrías haber intervenido, y defenderme un poco de la «empleaducha» esa que tienes por asistente —me increpó Amanda.

—Lo siento, pero desde hace mucho, no entro en pelea de gatas, y menos públicamente, que nadie sabe quién puede estar grabando la escena —le respondí, dando media vuelta para entrar en la discoteca, los demás me siguieron.

Al entrar, la vi en la barra pidiendo una copa, puesto que sus amigas ya estaban en una de las mesas altas, bailando, y solo faltaba ella. No pude reprimir el impulso de ir hasta allí, poniéndome detrás de ella, y sujetando su cintura con una mano, y le pedí disculpas en nombre de Amanda.

De nuevo me sorprendió, tanto con su respuesta como con su reacción, dejándome a cuadros cuando decidió ir hasta donde estaban sus amigas.

—Joder con Atenea, ¿está más atractiva desde que la conocimos en España o es solo una impresión mía? —me preguntó Theo, que no podía apartar la mirada de ella, y otra vez, los celos hicieron acto de presencia.

—¿Ya te has olvidado de tu lema? Porque manda cojones que, con todas las mujeres bellas que hay en la sala, justamente vengas a fijarte en mi asistente. Sobre todo, teniendo en cuenta que vendrá de viaje con nosotros en unos días, y que el ambiente podría volverse irrespirable —le dije, intentando aludir a su sentido común, pero no me esperaba la respuesta que me dio mi amigo.

—No me he olvidado de nada, pero te voy a hacer una pregunta. ¿Qué pasaría si me enamoro de alguna mujer de la oficina? ¿Debería dejar pasar a la mujer de mi vida por un estúpido lema? ¿Debería pasar de conquistarla por si no sale bien y el ambiente se enrarece en el trabajo? Mira, los tiempos cambian, y nosotros cambiamos con él.

»Ese lema o esa promesa que te hiciste estaban muy bien en el pasado, pero ya vamos teniendo una edad, y no pienso dejar escapar mi estabilidad emocional por una tontería, piénsatelo —me dijo, y se largó hasta donde estaban las chicas de la oficina, donde pude divisar también a Brandon, que bailaba muy pegadito a Megan, otra de mis empleadas.

—¿No me has echado de menos ni un poquito? —me preguntó Amanda, acariciando mi pecho de forma sugerente. Sin embargo, mi mirada estaba fija en Atenea, que esa noche brillaba con luz propia. Cuando me di cuenta de que estaba haciendo lo mismo con Theo, que lo que Amanda acababa de hacer conmigo, decidí centrarme en mi acompañante, y prestarle un poco más de atención.

—Por supuesto que sí, preciosa. Solo que he pensado que estarías saludando a la gente, ya que no te gusta pasar desapercibida en los sitios —

le contesté, y es que era verdad, no podía pasar sin que todos supieran de su presencia.

—Hay que ser muy buena anfitriona, puesto que la discoteca es de mi chico, tengo que venderla bien —dijo, y me quedé mirando, arqueando una ceja, se estaba equivocando al ciento por ciento.

—Yo no soy el chico de nadie, bonita. No tengo pensado, ni a corto ni a largo plazo, tener una relación con nadie, así que más vale que pongas los pies en el suelo, o te acabarás pegando el batacazo de tu vida.

—O sea, que nada de exclusividad, ¿no? Pues es bueno saberlo, puesto que aquí hay más de uno que estaría encantado de ser mi pareja, y si es así, no pienso perder el tiempo —me dijo, cabreada, y salió andando a pedir una copa, mientras yo me sentaba en uno de los taburetes que había alrededor de la barra, para tomarme mi *whisky* tranquilamente. Ya regresaría si quería, y si no, pues ya buscaría a otra que me calentara la cama esa noche.

No podía apartar mi vista de Atenea, era superior a mis fuerzas, pero tampoco de Theo, que parecía totalmente dispuesto a salir esta noche con ella de la mano. No lo iba a permitir; encontraría cualquier pretexto para que eso no sucediera. Que eligiera a otra, ya sea de la oficina, de la discoteca o de donde quiera, pero a ella no. Sé que pensaréis que soy egoísta, y lo admito, pero si no iba a ser para mí, tampoco lo sería para nadie de mi entorno cercano, ni siquiera para un empleado, porque lo dejaría en la calle con el paro en la mano, eso lo tenía claro.

—Perdona, amorcito, he sido una caprichosa y entiendo que tienes tus tiempos. no me tomes en cuenta lo de antes, puesto que me he puesto celosa. Olvida lo que dije antes, solo me puse celosa. No quiero perderme una noche como la que me prometiste en esa nota, que, para ser honesta, me puso un poco nerviosa —me dijo Amanda cuando llegó de nuevo hasta mí. Al parecer, había estado contándole a todos que estábamos juntos, y no era buena idea que la vieran salir con otro, ya que eso podría hacer que la gente no la tomara en serio nunca más.

—No hay nada que perdonar, como tampoco hay nada serio entre nosotros. Mientras tengas eso claro, intentaré cumplir todas tus expectativas esta noche, pero solo esta, que se te quede grabado.

»No volveré a llamarte nunca más. Luego no vayas diciendo que he jugado contigo o con tus sentimientos —le dije, mientras ella asentía con la cabeza, y se lanzó a mis labios, a comerme la boca, directamente.

Llevábamos un buen rato de besos y caricias cuando, de repente, vi que Atenea se dirigía al baño. Pensé que era el momento perfecto, así que le pedí disculpas a Amanda y le dije que enseguida volvía, ya que necesitaba hablar con ella, sin falta.

Capítulo 22



Atenea

—Chicos, ahora mismo vuelvo, mi vejiga se ha puesto en huelga y dice que, o voy al baño rápido, o ella deja de retener el líquido en mi interior. No estaría elegante que me hiciera pis aquí en medio —les dije a todos, cuando se escuchó una risa general.

—Si quieres, te acompaño, y así te ayudo con la ropa —me contestó Theo, con mucho arte.

—Tú estate quieto ahí, que te estás metiendo demasiado en el papel, y me temo que te quieres meter también en otro sitio. Con un jefe ya tengo bastante.

—Pero yo te trataría mejor, y te llevaría a todas partes de la mano, presumiendo de chica —me respondió riendo.

—Claro que sí, porque ahora, en vez de ser una mujer, soy un trofeo. ¡Anda y que te den, *Theosito*, que yo me basto y me sobro sola! —dije, dándome la vuelta para ir al baño.

Eran independientes unos de otros. La verdad es que estaba muy bien diseñado. Había cinco en total, y cada uno de ellos contaba con un espejo, un lavabo, un perchero para dejar tus cosas y, separado por una pequeña puerta, un inodoro. Entré en uno que estaba libre, pero cuando fui a salir, alguien me empujó de nuevo hacia adentro. Bueno, alguien no, fue Cameron quien lo hizo, me di cuenta enseguida, puesto que su perfume lo delataba.

—¿Se puede saber qué estás haciendo ahí fuera? —me increpó, como si él tuviera el derecho a hacerlo y, en ese momento, me llevaron los demonios.

—Hago lo que me da la reverenda gana, señor McLeod. Lo que no entiendo es que hace usted aquí, dentro de un baño de señoras, pidiéndome unas explicaciones que no tengo por qué darle, ya que no tiene ningún derecho…

No me dejó seguir, me pegó contra la pared y se lanzó a mi boca, como aquella vez en España. Reconozco que fui débil, porque cedí ante ese beso, y a esas manos con las que amasaba mi trasero, sintiendo la humedad entre mis piernas.

De un giro inesperado, me llevó al lavabo, de cara al espejo, levantó mi vestido hasta la cintura y, mientras abría su pantalón, me acariciaba el sexo

con sus dedos, comprobando que estaba lista para lo que iba a suceder, que no fue otra cosa que penetrarme de un fuerte empellón.

—No serás de nadie más, Atenea, te lo prometo —me decía mientras me iba penetrando.

—Seré de quien a mí me dé la gana, señor McLeod —le contesté, y es que, a pesar de la situación en la que nos encontrábamos, seguíamos con esa guerra.

—Como sigas llamándome de esa forma, no respondo, Atenea, te lo prometo.

—Ha sido usted quien dejó muy claro el tratamiento que habría entre nosotros.

—¿Crees que puedes llamar de usted a la persona que te va a proporcionar el mejor orgasmo de tu vida? —soltó entre jadeos, tanto suyos como míos, cuando llevó la mano de nuevo a mi clítoris, haciendo que el clímax nos alcanzara los dos a la vez, corriéndonos a gritos.

Una vez que terminamos, salió de mí, se lavó las manos, y se marchó, dejándome allí, con dos palmos de narices. No sé por qué, pero una tristeza enorme me consumió y me entraron ganas de llorar, así que volví a cerrar la puerta con el pestillo y me desahogué. Era tonta, había vuelto a caer en sus brazos. Me había utilizado de nuevo, para marcarme como si fuera una vaca. Eso tenía que cambiar, sí o sí, necesitaba buscar otro empleo, aunque

de momento seguiría en el mío hasta que el marcharme a otra empresa fuera un hecho.

Cuando salí de allí, lo vi en la barra con su amiga, dándose un beso apasionado y acercándola tanto que casi no había espacio entre ellos, mientras él le acariciaba el trasero. No pude soportarlo más y decidí marcharme.

—Chicos, me voy ya —informé, sin querer dar ningún tipo de explicación a nadie, pero Theo se dio cuenta de que me había ido con un semblante y había vuelto con otro.

—Vamos fuera y me cuentas qué ha pasado. Si es por eso —dijo señalando a Cameron y a Amanda, y el numerito que estaban dando—, terminará arrepentido, te lo digo yo que lo conozco.

—Eso podría soportarlo, siempre y cuando no viniera de follar conmigo en el baño. Me ha tratado como a un juguete, como a una cualquiera, y eso no lo voy a consentir, por muy enamorada que esté de él —le dije, mientras las lágrimas corrían por mi rostro sin control.

—¿Qué me estás contando? ¿En serio ha estado contigo en el baño hace unos minutos? —me decía y yo asentí con la cabeza— Se va a enterar…

—Déjalo, Theo, no merece la pena. Él trata a las mujeres como si fuésemos objetos, siempre a su entera disposición para satisfacer sus deseos. Nos usa a todas, y yo no soy así ni quiero a alguien así a mi lado.

Iré con vosotros a la República Dominicana, pero en cuanto regresemos, me marcharé de la empresa. Mañana mismo acudiré a la inmobiliaria que hay frente a las oficinas para alquilarme un piso y mudarme del ático —le dije, y su expresión cambió de tristeza a ira, pasando por la sorpresa.

—No lo voy a consentir, Atenea, no dejarás la empresa, por lo menos hasta que tengas otro trabajo. ¿Cómo te vas a mantener hasta entonces?

—Por eso no hay problema, tengo un buen colchón económico. Voy a buscar durante un par de meses y, si no encuentro nada, me iré con Ana a Suiza; allí seguro que estaré bien —le contesté, cuando lo vi irse hacia dentro de nuevo.

Theo cogió a Cameron por la solapa, para separarlo de Amanda, y le indicó que saliera. Yo ya no podía más, así que tomé un taxi que pasaba por la zona y me fui a casa. Megan estaba claro que pasaría la noche con Brandon, y tanto Martha como Peyton, estaban muy acarameladas con dos chicos que habían conocido, así que preocupación cero por mis amigas.

No sé de qué manera lo hizo, pero cuando me bajé del taxi, ya estaba Theo allí, el cual pagó la carrera al conductor y me abrazó, sin decir ni una sola palabra.

—No pienso dejarte sola esta noche, necesitas sacar todo eso que llevas dentro, créeme cuando te digo que yo lo he pasado, y sé el dolor que tienes ahora mismo en tu corazón —me dijo, mientras me lanzaba a sus brazos, y

no paré de llorar en un buen rato, ese que él esperó pacientemente a que me recuperara.

—No solo es dolor, es impotencia por no poder responder a lo que me ha hecho, el sentirme utilizada, como si fuera una muñeca hinchable, y ya no puedo más. Si no me quiere, pues que siga con su vida tal y como le dé la gana, pero que me deje a mí seguir con la mía. ¿Sabes que me dijo mientras lo estábamos haciendo? —le explicaba a Theo.

—Me puedo imaginar cualquier cosa, sorpréndeme —me respondió anhelante.

—Que yo no sería de nadie más. Como si tuviera el derecho a decirme eso, a organizar mi vida, cuando él está con unas y con otras, cuando le venga en gana, sin ni siquiera esperar a que me hubiera marchado —le conté, con rabia y mientras mis lágrimas seguían cayendo.

—Es un cabrón insensible, pero no te preocupes, al final va a recibir su merecido. Todos llevamos una historia a cuestas, pero la suya lo ha dejado más marcado. Vive atrapado en una promesa continua, pero eso no me corresponde a mí contarlo, ya lo hará él cuando quiera.

—No quiero escuchar nada de lo que diga que no esté relacionado con el trabajo, y prefiero que se mantenga alejado de mí. Cumpliré con mis responsabilidades, como me indicó, sin extralimitarme, aunque sé que soy de esas personas que no pueden estar mano sobre mano. Sin embargo, aprenderé y, al regresar del viaje, me iré, lo tengo más que decidido.

Ambos nos quedamos en silencio durante un buen rato, cada uno sumido en sus pensamientos, hasta que me levanté para darme una ducha.

—Ahora que ya estás más tranquila, me marcho. Te dejo que te des esa ducha, o mejor, date un baño de espuma relajante, y piensa bien lo del trabajo, por favor. No me gustaría que te fueras así, porque sí —me dijo Theo, dándome un beso en la frente antes de salir de mi casa, y entonces me dirigí al baño. La que iba a ser una buena noche, se convirtió en una pesadilla.

Capítulo 23



Cameron

Cuando noté las manos de Theo sobre mi solapa, separándome de Amanda, supe de inmediato que algo no iba bien, así que accedí a salir a la calle con él, en el mismo momento en el que vimos como Atenea se montaba en un taxi, llorando.

—¿Qué coño haces, Cameron? ¿A qué estás jugando? —me increpó Theo, pero decidí hacerme el tonto, para ver por dónde salía.

—No tengo ni idea de a qué te refieres, sé un poco más específico, por favor, o no sabré que responderte —le contesté con toda la tranquilidad del mundo.

—Di mejor que no te interesa saber a lo que me refiero, pero me da igual, yo te lo voy a recordar. Acabas de follar con Atenea en el baño, sales de ahí sin decir nada y luego te lanzas a besar a Amanda como si no hubiera un

mañana. ¿Qué intentas, Cameron? ¿Dejarle claro que la vas a usar cuando te dé la gana? —me gritaba Theo, en la vida lo había visto tan alterado.

—Primero, en ese baño estuvimos los dos, y ella no se quejó ni me dijo que no en ningún momento. Segundo, ¿me lo reprochas tú, que te acostaste con su amiga en el jardín y luego pasaste la noche con otra? Eso es ser muy hipócrita de tu parte.

—Entre nosotros no había sentimientos, y ambos sabíamos lo que buscábamos. Además, esperé a que se marchara antes de acercarme a otra chica, y si se hubiera quedado, habría pasado la noche con ella, sin ninguna duda.

—¿Quién te ha dicho a ti que entre Atenea y yo hay sentimientos? Porque yo no he dicho eso en la vida. Lo dije una vez, y lo pagué bien caro, y desde ese momento no lo he vuelto a pronunciar, ni lo haré, que se te meta en la cabeza.

—Sabes de sobra que los hay, y si no quieres reconocer los tuyos, por lo menos ten la decencia de reconocer los de ella y no jugar con sus sentimientos. Te juro que no te reconozco.

—¿A ver si va a ser que tienes un ataque de celos? ¿Qué pasa, que pretendías que pasara hoy por tu cama y te he chafado los planes? Pues lo siento, amigo, yo no desperdicio a ninguna mujer que se me ponga a tiro, y ella lo hizo —le respondí con mucha rabia, y eso hizo que mi amigo me mirara con odio, uno que jamás había experimentado en su mirada.

—Con mucho gusto te partiría la cara, pero no merece la pena. Las personas como tú se destruyen solas, ojalá me equivoque, pero pagarás con tus lágrimas todo el daño que le estás provocando a una persona tan noble y con tan buen corazón como ella, que te quede claro —me dijo Theo, largándose de allí, dejándome parado en la puerta, sin saber qué hacer ni cómo reaccionar.

Volví dentro de la discoteca, pero alegué un problema familiar para largarme de allí, ya no me apetecía pasar la noche ni con Amanda ni con nadie, así que llamé a mi chófer y le dije que me llevara a casa.

La noche la pasé dando vueltas en la cama, sin poder pegar un ojo, puesto que las palabras que me había dirigido Theo eran muy amargas, y seguían dando vueltas en mi cabeza. Cuando me levanté, recibí una llamada de mi madre.

—Dime, mamá, ¿ocurre algo? —le respondí, preocupado porque ella no solía llamar tan temprano.

—¿Tiene que ocurrirle algo a una madre para llamar a su hijo? —me respondió con toda la ironía que acumulaba en su pequeño cuerpo.

—Sé que hace mucho tiempo que no hablamos, ni que tampoco paso a verte, pero es que he estado muy ocupado, mamá —le respondí, disculpándome.

—Siempre tiene que haber un minuto para una madre, porque llegará el momento en el que no la tengas, y entonces querrás recuperar el tiempo perdido.

—Está bien, mamá, cuéntame para qué me has llamado, que no tengo hoy el día para pensar mucho —le respondí, bastante irritado, por cierto.

—Déjalo, hijo, si tú me dices que no tienes el día para mucho pensamiento, yo no tengo la edad para ir mendigándole el cariño a mi hijo, que pases una buena jornada. —Y me colgó la llamada.

Mi madre vivía en un pequeño castillo a las afueras de Fort Williams, que había pertenecido a su familia desde siempre. Por más que mi hermano Elijah y yo le decíamos de buscar un lugar más pequeño para vivir, siempre nos decía que, para ella, la familia era lo primero, y el marcharse sería como faltarle el respeto a la suya.

Estábamos a poco más de una hora y media de distancia en coche, por lo que entendía que todavía estuviera más cabreada conmigo. Así que me vestí, cogí las llaves de mi coche y me dispuse a ir a visitarla, antes de partir el miércoles hasta la República Dominicana. Con suerte pillaba allí a mi hermano, porque él sí iba todas las semanas a comer con ella.

—¡Pero si ha vuelto el hijo pródigo, Bonnie! —gritó Alastair cuando se dio cuenta de que era yo quien estaba estacionando el coche en el patio delantero.

—¿Tengo que colgarte el teléfono para que vengas a verme? —Ahí estaba otra vez la ironía de mi madre. En muchas ocasiones, Atenea me recordaba a ella, puesto que las dos eran igual de mordaces en sus comentarios.

—Sabes que estoy muy liado, por eso no vengo más a menudo —le contesté, dándole un beso en la mejilla.

—Pero sí tienes tiempo para andar de una cama a otra, ¿verdad?

—Mamá, no vayas a empezar con eso una vez más, por favor, te lo pido, no hagas que me arrepienta de mi visita —contesté bastante enfadado, porque siempre era lo mismo, «A ver cuándo me presentas a una mujer en condiciones», «Te vas a morir rodeado de gatos como sigas con esta actitud»…

—Eso tiene fácil solución, te montas en el coche y te vas. Buenas tardes —me contestó y se dio la vuelta, entrando de nuevo en el castillo.

—Mamá, mamá, espera, por favor… —Por más que la llamaba, ella hacía caso omiso a mi llamada—. No sé cómo la aguantas, Alastair, de verdad, ni como lo pudo hacer mi padre durante tanto tiempo. A mí, me saca de quicio, te lo juro.

—Es cuestión de amor y comprensión, no hay más. Cuando encuentres a esa mujer que haga tambalear tu mundo, entonces lo entenderás —me respondió con una sonrisa.

—Créeme que eso no va a pasar nunca, por mucho que os empeñéis todos. La vida en pareja no está hecha para mí —contesté, ya estaba empezando a cansarme de todos esos comentarios. Era mi vida, y la viviría como me diera la gana, y había decidido vivirla de esta manera, sin confiar en ninguna mujer.

—Pues entonces, hay dos posibilidades. La primera es que seas gay, aunque no lo creo después de ver la larga lista de conquistas que tienes sobre tus hombros. La segunda opción es que te hayan hecho demasiado daño en el pasado, y eso te impide abrir tu corazón de nuevo, que es la más probable.

»Si es así, déjame que te cuente mi historia. Estuve con una mujer durante más de veinte años, disfrutando de una vida llena de lujos, hasta que una mala racha me obligó a desprenderme de muchas cosas materiales. No estaba en la ruina, teníamos lo básico para vivir, pero los lujos se acabaron. Una vez que eso terminó, también se esfumó su amor, dejándome atrás para irse con alguien que, según ella, podía ofrecerle lo que merecía.

»Curiosamente, cuando la conocí, venía de una familia muy humilde, que a veces no tenía ni para comer al final del mes, y ella se olvidó de ellos en cuanto se casó conmigo. Por suerte, no tuvimos hijos, porque habrían sufrido con la actitud de su madre —me contaba mientras recogía un ramito de flores del jardín, ese que estaba seguro de que era para mi madre, ya que Alastair era tremendamente detallista.

—¿Cómo le diste una oportunidad a mi madre? Quiero decir, después de sufrir de esa manera, ¿por qué confiaste de nuevo en una mujer? —le pregunté, en cierto modo enfadado, ya que, a pesar de que era mi madre, no

entendía como podía haber confiado en ella después de lo que le hizo esa otra. ¿Acaso no le importaba sufrir?

—Ay, Cameron, porque no todas las mujeres son iguales, lo mismo que ocurre con los hombres. Y ella me demostró que, aunque tenía posibles y podría haber elegido a quien hubiera querido, supo llegar a mi corazón como ninguna. No te cierres en banda, que el amor es muy bonito cuando es correspondido —me soltó, y se dio media vuelta para llevarle las flores a mi madre.

Capítulo 24



Cameron

Entré en la parte del castillo en la que se hacía vida, que era el ala derecha. El resto, aunque se conservaba en buen estado, solo se usaba cuando se hacía alguna fiesta y los invitados se quedaban a pasar la noche, o cuando algunos de nuestros parientes decidían pasar una temporada en Fort Williams, que no era muy a menudo.

—Dame un beso, gruñona —le dije, abrazando a mi madre por detrás, mientras ella ponía las flores que le había traído Alastair en un jarrón con agua.

—No soy gruñona, ni mucho menos, pero me preocupo por ti. Ya tienes una edad, Cameron, y no me gustaría morirme sin conocer, por lo menos, a un nieto —me contestó, después de darme ese beso que le había pedido.

—Pues pídeselo a Elijah, él estará encantado de concederte ese deseo —le dije para picarla un poco, porque en el fondo me encantaba buscarle la

lengua.

—No es con tu hermano con quien estoy hablando, sino contigo. A él también se lo diré cuando le toque, aunque Elijah me ha dicho que a la fiesta vendrá acompañado.

—¿De qué fiesta estás hablando, mamá? —pregunté muy intrigado, puesto que a mí nadie me había hablado de ninguna.

—Tienes razón, esta mañana se me pasó contártelo. Pues verás, el próximo sábado celebramos el setenta y cinco aniversario de la fundación de la empresa que ahora diriges, y hemos organizado una fiesta en el castillo. Por supuesto, quiero que asistan todos los empleados de las oficinas, así como los gerentes de los distintos hoteles, ya que es un evento en su honor, puesto que sin ellos, no estaríamos en la posición que estamos.

—¿Y me lo dices a una semana vista? No sé si estaré aquí, mamá. El miércoles salgo de viaje para llevar a cabo la compra de una nueva propiedad.

—Solo te voy a decir una cosa, Cameron, procura estar aquí para esa fiesta, porque, de lo contrario, no volverás a pisar más este castillo. ¿Me he explicado con suficiente claridad?

—Está bien, mamá, me marcharé entonces, a ver si podemos irnos mañana mismo, y el dueño del hotel nos puede recibir antes, haré todo lo posible por llegar a tiempo —le dije rebufando, puesto que no había nada

que me molestara más que el que alguien trastocara mis planes, y mi madre lo había hecho a lo grande.

Tal y como me monté en el coche, hice una llamada a Theo, que aunque estaba enfadado, en los negocios se comportaba muy profesionalmente.

—¿Qué tripa se te ha roto tan temprano? ¿O ha sido a la Barbie Retoquitos que se le ha escapado la silicona del pecho y te la has tragado? —Otro con la ironía, al final mandaba a todos a tomar por culo y me iba yo solo.

—Ni a mí se me ha roto nada, ni a Amanda tampoco. Es de trabajo, de lo que quiero hablarte —le contesté serio, porque ya empezaban a tocarme cierta parte de mi anatomía y todavía era muy temprano.

—Y tiene que ser un sábado a las once de la mañana, perfecto. ¿Qué es lo que ocurre? —me contestó en el mismo tono.

—Tenemos que adelantar el viaje a la República Dominicana para mañana, puesto que a mi madre se le ha ocurrido avisarme justo ahora de que dará una fiesta en honor a mi padre, por el setenta y cinco aniversario de la empresa, este sábado.

—¿Estás loco? No tenemos tiempo material para prepararlo todo, además de que quedamos en visitarlo el miércoles, antes no nos esperan.

—Pues quizás sea mejor eso, así no tendrán la oportunidad de falsear nada. Y por la preparación, quédate tranquilo, tu querida Atenea lo tiene todo listo desde ayer, que ya lo he comprobado. Así que, llámala y dile que coja su maleta, que nos vamos. Voy a llamar a la tripulación para que lo coordine todo para mañana. —Le colgué la llamada sin darle opción a réplica. No eran los dos tan amiguitos, pues, que se comiera él ese marrón, al igual que yo lo haría con los demás.

Todo el día estuve colgado al teléfono, organizando las cosas para poder salir al día siguiente muy temprano, ya que nos esperaban muchas horas de vuelo, y quería amanecer en el resort el lunes. También envié un correo electrónico al señor García, indicándole el cambio de planes por un imprevisto, y se mostró de lo más solícito, no poniendo ningún impedimento al respecto, lo que me dejó mucho más tranquilo.

Agotado por toda la situación, decidí irme a la cama después de darme una ducha y comer algo, ya que no había probado bocado desde el desayuno. Puse el despertador a las tres, porque teníamos que estar en el aeropuerto a las cinco, y antes tendríamos que pasar a recoger tanto a Theo como a Atenea. Me resultaba extraño no llamarla señorita Álvarez, y cómo me ponía cuando se dirigía a mí como señor McLeod, a pesar de que siempre había rechazado que me llamaran así, ya que era el modo en que los empleados se referían a mi padre.

—Buenos días, Matt. ¿Qué tal todo? ¿Las niñas y tu esposa, bien? —le dije a mi chófer en cuanto que me senté en el asiento trasero, después de guardar mi maleta.

—Buenos días, Cameron. Todas perfectas, aunque la mayor todavía está indecisa sobre a qué universidad irá. La que ella quiere, se encuentra fuera del alcance de nuestro bolsillo —me contó, porque a pesar de que era mi empleado, lo consideraba uno más de la familia, y le tenía gran aprecio, a él y a su familia.

—Eso no puede ser. ¿Por qué yo no me había enterado de eso? —le respondí enfadado, puesto que esa niña tenía una mente privilegiada, y no iba a consentir que, por culpa del vil metal, no cumpliera sus sueños.

—Porque sabía que me ibas a contestar eso. Mi hija es consciente de lo que podemos o no podemos, tiene los pies en la tierra, y tendrá que ser consecuente con eso.

—¿No sabes que tenemos una beca para hijos de empleados? —me inventé, puesto que sabía a ciencia cierta que no aceptaría mi dinero así porque sí— Dile que se pase el lunes de la próxima semana por mi despacho, y así hablaremos de todo. Mañana no, eh, que no voy a estar, sino el siguiente.

—Te he entendido, Cameron —me dijo entre risas—. No sabes lo feliz que la vas a hacer, aunque una parte la tengamos que pagar nosotros.

—No, Matt, vosotros no vais a pagar nada, a no ser que no apruebe que, en ese caso, se le retirará la beca, pero como estoy seguro de que eso no pasará, no habrá ningún problema.

Continuamos en silencio hasta que llegamos a casa de Atenea, porque Theo me había mandado un mensaje pidiéndome que los recogiera allí, ya que había llegado en taxi.

—Buenos días —dijo Theo muy seco, en cuanto metió las dos maletas en el coche.

—Theo, señorita Álvarez —les dije a los dos, cuando recibí una mirada de mi amigo que hacía cierto eso de sí las miradas matasen…

—¿Vas a seguir con esa pantomima, de dirigirte a ella de esa forma, cuando ya te la has follado dos veces? —me preguntó Theo, mientras yo lo miraba asombrado. Estaba claro que entre estos dos había demasiada confianza.

—Déjalo, Theo, no merece la pena. Además, en cuanto tenga todo solucionado, ya no nos volveremos a ver, te lo aseguro —le respondió ella en un tono que estaba a medio camino entre la rabia y la tristeza.

—¿A qué te refieres con eso? —La tuteé a propósito, para ver cómo me respondía ella.

—A que tengo pensado dejar la empresa. No me compensa tanto sufrimiento para nada. En cuanto este contrato esté formalizado, presentaré mi dimisión. Y en cuanto al ático, no se preocupe, que ya he encontrado otra casa en la que poder vivir. Haré la mudanza en mis ratos libres, y lo

dejaré disponible para la siguiente persona antes de marcharme de las oficinas —me soltó, como la que dice que se va a ir a comprar un paquete de pipas, pero que no me preocupara que habría para los dos.

—Me parece muy poco profesional su postura, señorita Álvarez. —Volví a hablarle de usted, puesto que ella no me había tuteado, y fui a atacarle donde más le dolía—. Pensé que había dicho que era capaz de separar lo personal de lo laboral.

—Y lo soy, pero no voy a dejar que me maneje como a una marioneta. Parece que está acostumbrado a manipular a las mujeres a su manera, y no voy a permitir que eso suceda conmigo.

—Le recuerdo que, en ningún momento, usted puso resistencia, que lo disfrutó al igual que yo. ¿Acaso el señor Anderson le da más confianza como pareja? Porque, hasta donde yo sé, somos los dos iguales. —Y ahí estaban otra vez los puñeteros celos. Estaba claro que, en cuanto llegara allí, un amplio abanico de mujeres tendría que pasar por mi cama, a ver si dejaba ya de pensar en esa españolita que me tenía loco.

—Deja ya los putos celos, Cameron, que entre Atenea y yo no hay nada más que una bonita amistad. Ten los santos cojones de reconocer lo que sientes por ella y evita que se marche de la empresa —me dijo Theo en cuanto ella no pudo escucharnos, puesto que ya había subido al avión.

Capítulo 25



Atenea

¡Dios, qué ganas tenía de perder a este hombre de vista! Me estaba volviendo loca con sus idas y venidas. Primero me dijo que solo quiere sexo con las mujeres, para después decirme en medio de un orgasmo que no seré de nadie más. Luego, muestra una indiferencia y una chulería que me hacen mucho daño, y de repente, sufre un ataque de celos. Yo era una persona muy centrada, que tenía muy claro lo que quería y lo que no, y lo último que necesitaba a mi lado era a alguien que me hiciera dudar hasta de mis propios pensamientos.

Durante gran parte del vuelo estuve leyendo y el resto del tiempo dormí en mi asiento reclinado. Aunque ambos me comentaron que en el avión había una cama, no confiaba ni en ellos ni en mí, así que preferí quedarme así hasta que finalmente aterrizamos.

—¡Joder, qué calor! —exclamé, y es que yo iba vestida tal y como salimos de Inverness, en donde el fresquito ya estaba haciendo acto de

presencia.

—Tendría que haberse cambiado en el avión, señorita —me dijo el capullo del *Highlander*, y cuando me fijé, ellos habían sustituido el traje de chaqueta que llevaban al salir, por otro mucho más fino, para paliar dentro de lo que cabía, ese calor infernal.

—No pasa nada, ahora cuando llegue a mi habitación del resort, me cambiaré y me pondré algún vestidito o algo más acorde —le dije en el mismo tono ácido que él había mostrado conmigo.

Durante el trayecto del aeropuerto al resort, nos mantuvimos en silencio, solo roto por el sonido del coche por la carretera, y algún que otro resoplido de Theo, debido al calor que hacía, a pesar de que llevábamos el aire acondicionado a tope.

—No sé cómo la gente puede vivir aquí, con tanto calor y humedad —dijo Theo en cuanto nos bajamos del coche.

—Yo, en cierto modo, estoy acostumbrada, ya que en mi tierra también hace bastante, sobre todo humedad, aunque es verdad que el calor es menos —le contesté, dirigiendo nuestros pasos hacia la recepción del complejo.

—Buenos días, ¿podría avisar al señor García de que el señor McLeod está aquí, por favor? —le dijo Cameron a la recepcionista, que se lo estaba comiendo con la mirada.

—Buenos días, señor McLeod, tengo instrucciones específicas para usted y sus acompañantes, ya que el señor García me ha indicado que les informe de que está ahora mismo reunido con sus abogados, estudiando la viabilidad del nuevo contrato, así que yo misma me ocuparé de llevarlos hasta allí. Mi nombre es Anabel, y estaré aquí para todo lo que necesitéis —le dijo la chica, mirando solamente a Cameron en esta última parte de la frase, mientras yo resoplaba y Theo alternaba su mirada de uno a otro.

—En este caso, Anabel, dirígete a mí como Cameron, y ellos son Theo y la señorita Álvarez —le dijo muy sonriente.

—Anabel, soy Atenea. El estirado de mi jefe no tiene idea de cómo tratar a una mujer, se queda atontado al ver a una chica bonita, como si se le calcinara la única neurona que tiene —le dije a la chica. Al fin y al cabo, ya tenía los días contados en la empresa, así que, como quien dice, me importaba un comino.

Theo no pudo reprimir una carcajada, mientras mi jefe me fulminaba con la mirada, pero yo solo le sonreí y me encogí de hombros. Este no sabía lo que le esperaba conmigo durante el viaje, iba a desear no haberme traído.

—Es que mi asistente, en sus ratos libres, está haciendo un curso de payaso, para amenizar las reuniones de la empresa —me contestó, y ahí fue cuando se desató mi ingenio.

—Lo que no cuenta es que ese curso lo imparte él, que lo terminó con un máster, el primero de su clase era. —No iba a quedar por encima de mí ni

muerta, así me tuviera que volver a Escocia en una barquita hinchable.

—No le hagas caso a ninguno de los dos, Anabel, como puedes ver, se llevan de maravilla —le dijo Theo a la chica, que no podía parar de reír.

—Ojalá el ambiente aquí fuera de esta manera, en lugar de estar todos aterrorizados por lo que pueda pasar más adelante. El dueño del complejo no hace más que tomar malas decisiones, y cada vez hay menos huéspedes —dijo la chica, mordiéndose la lengua, puesto que se había dado cuenta de que estaba hablando de más.

—¿A qué te refieres, Anabel? —le dije en español, que era su idioma natal, dándole la confianza para que hablara conmigo sin sentirse juzgada, y le hice un gesto a Theo para que se llevara a Cameron dentro de la villa que nos habían asignado, luego la vería yo tranquilamente.

—¿Eres española? Mi madre lo era, de Andalucía, de un pequeño pueblo de la provincia de Jaén, llamado Sabiote —me explicaba la chica, bastante más relajada, así que le seguí el rollo, con la intención de que se explicara bien en relación con lo que había dicho anteriormente.

—Pues sí, de la misma región que tu madre, solo que yo un poquito más occidental. Pero háblame de lo que has dicho de tu jefe, por favor, y con total confianza, que esto no va a salir de aquí —le dije a la chica, mientras le cogía la mano para darle la seguridad que necesitaba.

—Verás, de un tiempo a esta parte, y desde que la chica con la que le puso los cuernos a su mujer lo dejó, como que no le presta la misma atención al complejo. Antes teníamos casi el cien por cien de ocupación durante todo el año, pero ahora ni siquiera alcanzamos el setenta por ciento en temporada alta.

»Ha eliminado la mayoría de los espectáculos, cerrado las barras de la piscina y reducido drásticamente la calidad de la comida, lo que ha llevado a despedir a varios empleados. Su único afán es recortar gastos, para así tener mayor liquidez para sus, digamos, vicios…

—Y no se da cuenta de que es todo lo contrario, ¿me equivoco? —le dije a Anabel, que negaba con la cabeza. Esa chica sería la ideal para llevar el complejo adelante, y así se lo haría saber a mis jefes—. Gracias por todo, no te preocupes que, si la venta se lleva a cabo, todo eso cambiará y le daremos un giro de tuerca a todo, para que vuelva a estar tan repleto de huéspedes como antaño.

Tras despedirme de ella, entré a ver la villa que nos habían asignado, y que era una verdadera preciosidad. En la que sería mi habitación, ya se encontraba mi maleta, así que me dispuse a cambiarme de ropa, puesto que me estaba muriendo de calor.

Me di una ducha y me puse un vestido muy sencillo, pero que a la vez me daba esa imagen profesional que quería transmitir. Lo combiné con unas sandalias de tacón cuadrado, perfectas para estar cómoda durante todo el día. Recogí mi pelo en una coleta alta, me puse un poco de máscara de pestañas y brillo labial, y ya estaba lista para salir.

—Menos mal, pensé que estaba usted vistiéndose de fallera para salir a ver al propietario —me soltó sin pensarlo Cameron, y eso que solo había tardado media hora.

—No se deje llevar por los clichés, señor McLeod. No todas las españolas nos vestimos de falleras o de faralaes, eso ya está muy visto. Lo que tiene que hacer usted es prestarme un poquito de atención a lo que le voy a contar, que le prometo que es muy interesante —le dije, sentándome en uno de los sillones, y haciendo que se sentara en el que estaba frente a mí, puesto que Theo lo hizo en el que estaba a mi lado.

Les conté todo lo que me había dicho Anabel, pidiéndole que no la descubriera, y le di mi impresión sobre ella de la manera más profesional posible, a pesar de que le había tirado la caña al hombre del que estaba enamorada. No se lo tuve en cuenta, puesto que Cameron no era nada mío, y me daba a mí que no lo sería nunca.

Capítulo 26



Cameron

Atónito me había quedado con lo que me contó Atenea. Tengo que reconocer que la chica era un genio; tenía una habilidad increíble para conseguir información que, por lo general, pasaría desapercibida al principio para la mayoría de las personas. pero apareciendo en nuestras narices una vez que ya hubiéramos firmado el contrato.

—Después de eso que me ha contado, señorita Álvarez, me parece que vamos a tener que cambiar los términos de ese contrato, nuevamente. Hay que omitir la parte en la que se le ofrece la gerencia al señor García, sustituyéndolo por la señorita Hernández. ¿Sería capaz de modificarlo antes de que entremos a esa reunión? —le dije a mi asistente.

—Por supuesto que sí, señor McLeod. Si me permite, me gustaría hacerle otra apreciación al respecto —me contestó ella dubitativa.

—Dígame, ¿qué es lo que le preocupa?

—El sueldo anual que se le había ofrecido al señor García, es demasiado elevado, sugiero que se reduzca a la mitad para la señorita Hernández. De ese modo, con la cantidad que resulta de la disminución, se podría hacer frente a los sueldos de los camareros de las barras de dentro de la piscina —me habló, y otra vez me había dejado a la altura del betún con su comentario, puesto que se suponía que tendría que ser yo quien lo hubiera propuesto. Una mezcla de rabia y orgullo me invadieron, orgullo porque era una profesional como la copa de un pino, y rabia porque me había dado otro tirón de orejas.

—Tenía la intención de discutir eso con la señorita Hernández durante una cena privada esta noche, y planeaba invitarla tan pronto como el contrato estuviera firmado. Así que, no creo que sea conveniente reflejarlo en el contrato de compraventa, sino en el de actualización o en un anexo —le dije, sabiendo que eso la enfurecería. Sin embargo, ella se contuvo y asintió con la cabeza, volviendo a entrar para hacer las modificaciones.

—Te estás pasando con ella, y te vas a arrepentir —me dijo Theo, que apareció por detrás de mí, con el gesto bastante serio.

—Se ha vuelto a atribuir responsabilidades que no le corresponden, que se dé con un canto en los dientes, que le he dicho eso y no otra cosa —le respondí, sin darme cuenta de que ella estaba justo detrás, saliendo de la cocina, donde había puesto el portátil y una pequeña impresora.

—No se preocupe, señor McLeod, que ya, vea lo que vea, mantendré mi boquita cerrada, así no tendrá que morderse más la lengua. Al parecer, le gusta derrochar en cosas innecesarias, y es su dinero, no el mío. Si fuera el mío, le aseguro que no se harían las cosas tan a la ligera —me respondió de una manera fría y calculadora, como nunca la había oído dirigirse a mí.

Nos marchamos hasta el despacho del señor García, que nos esperaba allí con su abogado, demasiado contento para lo que se le venía encima.

—Señor García, un placer volverlo a ver —le dije, extendiendo mi mano para que pudiera estrecharla.

—Veo, señor McLeod, que tiene un talento especial para estar rodeado de mujeres atractivas. Si es usted es la mitad de eficiente de lo que es de guapa, este hombre tiene mucha suerte —habló, dirigiéndose a Atenea, que lo escuchaba como la que escuchaba llover, igual.

—Ella es Atenea Álvarez, y no es la mitad de eficiente que de guapa, es el doble —le contestó Theo, estrechando también su mano, mientras ella saludaba al propietario del resort con un leve movimiento de cabeza.

—Bueno, vamos a dejar la galantería para cuando hayamos terminado, que tenemos muchas cosas de las que hablar antes de llegar a un acuerdo —le contesté, ya que no me estaba gustando un pelo cómo se estaban tornando las cosas.

—¡No puede usted hacer eso, no corresponde con lo que habíamos hablado anteriormente! —exclamaba el señor García después de que se enterara de los cambios que habíamos realizado.

—Por supuesto que sí puedo, otra cosa es que usted no lo acepte, pero ese no es un problema para nosotros. Afortunadamente, mi asistente se adelantó a nuestra idea, y ya hemos llevado a cabo un estudio de mercado, y tenemos varias propiedades que podríamos adquirir en la zona. Con unas condiciones mucho más ventajosas —le respondí, mientras Theo me miraba con una ceja arqueada, puesto que él no sabía nada de lo que me había contado Atenea antes en la villa.

—Eso no es cierto, no hay otra propiedad tan buena como la mía —respondió él, con mucha altanería.

—Voy a demostrarle, con hechos, todo lo que usted ha pretendido ocultarnos, y que, por suerte, hemos descubierto. Para empezar, el volumen de ocupación ha bajado a menos de la mitad, y eso es dinero que no entra en caja, y que están ganando los demás. Ha cerrado usted los bares de dentro de las piscinas, así que, el huésped que quiere tomarse algo, tiene que salir, mientras que en los demás resorts solo tiene que levantar la mano.

»Los espectáculos que se ofrecían han sido todos cancelados, así que, si alguien quiere ver uno, tiene que marcharse de aquí, con lo cual, ya no dejaría ni el dinero de la cena y el de las copas de después. ¿Sigo o ya tiene usted suficiente? —le dije, orgulloso del trabajo que habíamos llevado a cabo, bueno, en realidad había sido Atenea la que lo había hecho todo, pero yo no me iba a quitar méritos tampoco.

—Lo que usted me ofrece está muy por debajo del precio real. Podría aceptar si tuviera opción a una jubilación anticipada, y usted me dejara vivir en una de las cabañas, no necesito tampoco una villa tan grande como la que ocupo ahora, puesto que estoy yo solo —respondió, intentando convencerme con cara de pena.

—Por la jubilación, no hay problema, tienes ya bastantes años cotizados como para que te quede una buena pensión —le dijo su abogado.

—Está bien, si está de acuerdo con todo lo demás, lo dejaremos reflejado en el contrato. Mi asistente se encargará de hacer las oportunas modificaciones en un momento, y podremos dejarlo firmado ahora mismo. Eso sí, le ruego que el traslado se efectúe esta misma semana.

»Tengo intención de ofrecer la villa que usted ocupa en alguna promoción de la empresa o algo por el estilo —le dije, antes de dirigirme a mi asistente para que modificara el documento. Se podría imprimir desde el correo electrónico del, hasta ahora, gerente y propietario, quien finalmente había accedido a todo—. Señorita Álvarez, si es usted tan amable de hacer las modificaciones, por favor.

—Las he estado haciendo sobre la marcha, y ya está enviado al correo electrónico del señor García, para su impresión en papel —me contestó, con una sonrisa ladeada que no me indicaba un buen presagio.

Una vez que el contrato estuvo revisado por su abogado, por Theo y por mí, procedimos a su firma y a realizar la transferencia del dinero. Salimos

del despacho, ese que también le pedí que dejara libre de todos sus efectos personales, puesto que quería que Anabel se incorporara lo más pronto posible.

—Señorita Álvarez, ¿es usted tan amable de explicarme a qué se debía esa sonrisilla irónica de ahí dentro? —le pregunté nada más salir y quedarnos los tres solos.

—La verdad, no sé cómo ha tenido usted tanta suerte en los negocios, porque está claro que deja demasiados cabos sueltos en el tema de los contratos de adquisición —me respondió, y no sabía a qué se refería, puesto que en mi trabajo era muy concienzudo.

—Deje los acertijos para otro momento, y hable claro de una vez. —Le espeté furioso, puesto que intuía que se me venía encima otra situación que me provocaría un sonrojo en mi cara, pero esta vez de vergüenza por no haberme dado cuenta.

—Está claro que usted no piensa. ¿Sabe la cantidad de gastos que puede ocasionarle el señor García? Se le ha cedido la cabaña en la que vivirá, hasta ahí de acuerdo, pero no se ha establecido un límite en los gastos mensuales que se cargarán a ese alojamiento.

»Por lo tanto, si decide pedir una mariscada todos los días, puede hacerlo sin problema. Si quiere organizar una fiesta allí con todo tipo de lujos, tampoco habrá inconveniente, ya que no lo va a pagar él, sino usted, bueno más concretamente su empresa —me soltó, y me enfurecí de tal manera por

su silencio, que si hubiera sido un dibujo animado, ahora mismo me saldría humo por las orejas.

—¿Se puede saber por qué no ha dicho todo eso ahí dentro, antes de que firmáramos? Porque era tan sencillo como llamarnos un momento aparte y comentarlo —le dije, pero lo que no esperaba era su respuesta.

—Le recuerdo, señor McLeod, que fue usted quien, hace apenas unas horas en la villa donde estamos hospedados, me pidió que no asumiera responsabilidades que no me pertenecen. Yo le he prometido que cerraría la boca, y eso es exactamente lo que he hecho —me contestó, y se quedó tan ancha, avanzando hasta la zona del bar, donde dijo que se tomaría una cerveza fresquita, ahora que ya había terminado su trabajo.

Capítulo 27



Atenea

La primera en la frente, no sabía que una persona podía ser tan arrogante y prepotente como Cameron, y su chulería le costaría varios cientos de miles de euros al año, eso suponiendo que el señor García se portara bien y no fuera mensual.

—¡Atenea! —Escuché que me llamaba Theo, así que me paré para ver lo que necesitaba de mí.

—Dime que no es cierto todo eso que le has dicho a Cameron hace unos minutos, porque lo voy a matar —me dijo jadeando, ya que había salido corriendo detrás de mí.

—Por desgracia para ti, no lo es. Al no estar especificado en el contrato el límite de gasto mensual, no podéis cortarle el grifo, puesto que os podríais enfrentar a una demanda millonaria, por incumplimiento de contrato —le

respondí—. Por lo menos, habéis dejado claro que la cesión es solo en usufructo, que no podrá legarla una vez que haya fallecido.

—Me cago en todo lo cagable. Si este hombre no estuviera más pendiente de llevar una guerra contigo que del trabajo en sí, nada de esto habría pasado.

—Por eso no te preocupes, porque será el primer y último contrato en el que estaré presente. Ya he enviado un montón de currículos a bastantes empresas, y alguna me llamará. No he puesto mi trabajo en vuestra empresa, por si piden referencias, ya que tengo la leve intuición de que tu amigo no las daría muy buenas —le contesté, intentando quitar un poco de hierro al asunto. Aunque, la verdad, es que había sido un irresponsable por no hacer las cosas tranquilamente. Había dado preferencial al tiempo que a la eficacia, quedaba claro que era una cuestión de egos entre el antiguo propietario, cuyas circunstancias le había obligado a vender, y Cameron, que quería quedar por encima del otro a como diera lugar.

—No digas eso, no quiero que te vayas de la empresa. Ese cenutrio lo único que tiene que hacer es dar su brazo a torcer, reconocer lo que siente y dejar atrás los fantasmas de su pasado.

—Eso no va a pasar, y en este viaje te lo voy a demostrar. Me apuesto lo que quieras a que, esta misma noche, acaba en su cama con cualquier mujer, aunque Anabel tiene todas las papeletas de ser la elegida. De esa manera me refregará por la cara que le importo una mierda. Antes del viernes, la villa se convertirá en la sede de la ONU, pasarán por allí mujeres de todas las

razas y nacionalidades —le contesté riendo, puesto que, aunque me dolía su actitud lo más grande, ya tenía asumido cómo era.

—No creo que eso ocurra, sería de tener muy mala baba por su parte —me contestó él, convencido de que no lo haría.

—Te ruego, por favor, que no le digas nada, él paga y tiene derecho a llevar allí a quien le dé la gana, me moleste o no. El sábado iré a la fiesta que dará su madre en el castillo, y allí me despediré de todos mis compañeros, puesto que a una juerga nunca se le debe decir que no.

»Ahora, si me disculpas, voy a ir a la villa a cambiarme y me voy a tirar al sol, como los filetes a la plancha, vuelta y vuelta, que quiero lucir bronceado en la fiesta, en la que todos estarán blancos, sino transparentes —dije entre risas, las mismas que Theo compartió conmigo, mientras me inclinaba y le daba un beso en la mejilla, puesto que se había convertido en un buen amigo, al que echaría de menos, eso seguro.

Al pasar por la recepción de camino a la villa, vi cómo Cameron estaba bromeando con Anabel, diciéndole que la invitaba a cenar para comentarle varias cositas. No voy a decir que no me puse celosa, puesto que estaría faltando a la verdad, e intenté disimularlo lo mejor que pude, saludando cortésmente al pasar, pero sin darle la oportunidad de que me siguiera humillando, puesto que ni siquiera me paré.

Me puse un bikini de los que me había comprado e intentaría pasar la estancia allí lo mejor posible. Así que, preparé mi bolso de esparto, ese que era de una firma famosa y que me lo había regalado mi amiga, en el que

metí una crema protectora, el tabaco, el móvil y mis auriculares, ya que no pretendía moverme de allí en todo el día.

Tal y como le dije a Theo, me tumbé en una hamaca cerca de la única piscina que contaba con servicio de barra dentro, porque las demás se habían quedado sin camareros. Por lo menos, hasta que Cameron decidiera contratarlos de nuevo, cuando lo vi pasar con Anabel tomada de su cintura. Menos mal que tenía las gafas de sol puestas y no se me veían los ojos, ya que una lágrima rodó por mis mejillas al ver la escena. Iban los dos riendo a carcajadas, mientras él le retiraba un mechón de pelo de la cara, para colocarlo detrás de su oreja, y aprovechó ese movimiento para asaltar sus labios.

Con todo el sitio que había, y tenía que hacerlo frente a mis narices, estaba claro que lo que pretendía era causarme dolor, así que cogí mis cascos, los conecté con el móvil, y me puse a escuchar una de mis listas de reproducción. Con la suerte de que empezó a sonar una canción de un artista de mi tierra que me encantaba, Antoñito Molina, y cuya canción tenía una letra que me llegó a lo más hondo, y me puse a cantarla bajito, para mí.

«Me prometo no olvidarme, de todos los días malos
De las veces que yo di por quien por mí no había dado
Me prometo carnavales y pasar noches en vela
Celebrando y no llorando que llegó la cosa buena…»

Y sí, me lo prometí a mí misma, iba a disfrutar, a buscar un nuevo camino para ser feliz, olvidándome de ese *Highlander* que me había traspasado el

corazón.

—Disculpe, señorita, ¿podría sentarme a su lado? —me dijo Theo, al que no había visto llegar.

—Como poder, claro que puede, lo que no sé es si le compensará, puesto que si las féminas lo ven a mi lado, lo mismo no le hacen caso y se queda usted a dos velas durante todo el viaje —le respondí, como si no lo conociera.

—Uy, no sabes lo que les atrae eso a las mujeres. Es verte con alguien, y se lanzan al cuello, como si quitarle la pareja a otra fuera un deporte y ellas quisieran ganar la medalla de oro —me dijo, y yo hice un gesto con la cara que le provocó una carcajada.

—Anda, vamos a tomarnos algo dentro de la piscina, pero en el extremo opuesto en el que está tu amiguito, por favor. No quiero tener que ser hipócrita, además de que no sé si me saldría bien disimular —le dije, y le señalé el lugar en el que estaban los dos comiéndose la boca como si no hubiera un mañana.

—Tenías razón, y lo siento. Si quieres, nos vamos a la villa, allí estaremos más tranquilos y no tendrás que aguantar nada de eso.

—En cuanto salgamos de aquí y pongamos un pie en la villa, te aseguro que llegarán ellos, directos, a su dormitorio. Pero si quieres, vámonos, igual se pierden por el camino —le dije, recogiendo mis cosas para marcharnos.

—Joder, Atenea, ¿de dónde has sacado este bikini? Por lo que tú más quieras, no te lo vuelvas a poner en mi presencia, o le tendré que partir la cara a más de cuatro, y tengo que dar una imagen.

—Qué exagerado eres, hijo mío. En vez de *Highlander*, pareces andaluz —le dije riendo, pero tenía razón, por muy feo que estuviera que yo lo dijera. El bikini en sí era muy sencillo, en tono metálico, con la braga brasileña, que me hacía un trasero, que quitaba el hipo, por no hablar de la parte superior, que me juntaba el pecho de una manera que, sin caer en lo vulgar, resultaba supersexi.

A pesar de estar pegándose el lote con la recepcionista, a quien tenía en mente convertir en gerente del complejo, no me quitaba el ojo de encima. Cuando vio que Theo me echaba el brazo por los hombros y me daba un beso en la mejilla, lo vi apretar la mandíbula de una manera más que evidente. Se lo comenté a mi amigo, quien no perdió la oportunidad de provocarlo aún más, dándome una palmada en el trasero y riéndose a carcajadas al ver mi mirada incendiaria.

Dicho y hecho, ni diez minutos llevábamos en la piscina de la villa, jugando a echarnos agua, cuando de repente aparecieron ellos dos, Anabel y él. Sin embargo, lejos de irse a su habitación, decidieron meterse en la piscina, donde siguieron dándose el lote, como si nosotros no estuviéramos allí. Ante esta situación, opté por salir y me dirigí a mi dormitorio, donde aproveché para llevarme algo de comida. Después de eso, pensé en ponerme a leer; ya estaba bien de aguantar humillaciones. Así que tomé la

decisión de marcharme, ya que mi trabajo allí había concluido y el tiempo que nos quedaba era solo para relajarnos. Comencé a preparar mi maleta y busqué un billete de regreso a Inverness para la mañana siguiente, planeando salir antes del amanecer.

Capítulo 28



Cameron

Me estaba comportando como un cabrón, y era consciente de ello, pero mi única intención era alejarla de mí, provocarle tantísimo dolor, que ni siquiera se planteara volver a tener sexo conmigo.

Cuando la vi marcharse con Theo hacia la villa, con ese bikini que me puso duro al instante, y mi amigo le dio esa nalgada, no sé cómo no se me salió el corazón por la boca, y Anabel se dio cuenta.

—Cameron, ¿te ocurre algo? Te ha dado un vuelco el corazón —me preguntó preocupada, pero no podía contarle lo que me ocurría, así que le di la vuelta al asunto, y contarle una media verdad.

—No me ocurre nada que no tenga remedio, preciosa, pero está en tus manos que se me pase o no —le dije, pegándola a mi cuerpo, para que se diera cuenta de lo que me ocurría. Aunque ella no era la culpable, le iba a

tocar ponerle remedio, puesto que a mi asistente no me iba a acercar ni de lejos.

—Estaré encantada de ayudarte, pero déjame decirte que no estaría bonito, que le pusiéramos remedio aquí, será mejor que nos marchemos a tu villa —me dijo, mientras me daba un lametón en el cuello.

Ni qué decir tiene, que vi el cielo abierto con su propuesta, puesto que terminaría de joderles a esos dos sus planes, y, en caso de que quisieran tener sexo entre ellos, ya me encargaría yo de que no ocurriera. Al llegar, los vimos en la piscina jugando, y nos metimos en ella. Para ello argumenté que mi socio y mi asistente se atraían, y que ni siquiera se darían cuenta de que estábamos allí.

La vi alejarse, mientras Theo me dirigía una mirada llena de rencor, esa que se estaba volviendo habitual cada vez que de Atenea se trataba. Sin embargo, decidí ignorar ambas cosas. Me centré en Anabel, que estaba justo frente a mí, completamente entregada, y sabía que me iba a regalar una noche inolvidable.

—Menos mal que nos han dejado solos, porque estaba deseando hacer esto —me dijo Anabel en cuanto se fueron, dirigiendo su mano a mi bañador, que ella bajó sin ningún tipo de pudor, y yo lo saqué por completo, dejando que flotara en la piscina.

—Vamos fuera mejor, estoy deseando probarte —le dije susurrando en su oído, haciendo que se estremeciera de antelación a lo que intuía que iba a

venir.

Salimos de la piscina, y la tumbé en una de las hamacas que había en esa zona. Antes, ya le había quitado la parte de arriba de su bikini, y en ese momento me lancé a deshacer los nudos que sujetaban la parte inferior.

Totalmente desnudos los dos, fue ella la que me empujó sobre la hamaca, en la que había sitio para ambos. Con un gesto atrevido, tomó mi miembro y comenzó a acariciarlo, y de repente, sin que lo esperara, me lamió de abajo hacia arriba, concentrándose en mi glande con su lengua. En esa posición, no me costó nada sujetarla por las caderas, lo que colocó su sexo justo a la altura de mi boca, y decidí hacer lo mismo que ella, disfrutando de su sabor con una lamida. Nos entregamos a lo que se conoce como un sesenta y nueve, dejándonos ir el uno en la boca del otro. Mentiría si dijera que no lo disfruté, porque lo hice, y mucho, aunque en mi mente, era Atenea quien estaba compartiendo ese momento conmigo.

—Vamos a la habitación, que quiero rematar la faena —le dije insinuante en cuanto terminamos, y ella respondió con una sonrisa, levantándose y cogiendo mi mano para que yo hiciera lo mismo. Al final, no le había comentado nada de lo del contrato, pero no quería que esa información la condicionara a pasar la noche conmigo, por lo que tomé la decisión de que ya lo haría a la mañana siguiente. Esta noche la necesitaba en mi cama, tenía la necesidad de estar entre sus piernas, y que me hiciera olvidar todo lo que Atenea me provocaba.

La noche fue apoteósica, lo que no sé es como Theo o Atenea no habían aporreado nuestra puerta para que no hiciéramos tanto ruido. Anabel tenía la costumbre de gritar cada vez que tenía un orgasmo, y a mí eso me ponía como una moto, por lo que nos llevamos así hasta que casi estaba amaneciendo, que fue cuando caímos rendidos. Ese día ella tenía turno de tarde, aunque cuando despertara le aclararía todo, con lo que no se tendría que incorporar a ese puesto nunca más.

—¡¡Cameron!! —gritaba Theo mientras aporreaba la puerta—. O sales ahora mismo, o entro yo, aunque tenga que echar la puerta abajo.

—¿Qué se está quemando, para que tengas tanta urgencia? —le respondí furioso, puesto que no eran ni las diez de la mañana, y no había descansado nada.

—Tus neuronas son las que se han quemado, pero para eso ya no hay remedio. Es Atenea, se ha marchado —me dijo enfadado, y yo lo miré sin comprender lo que me estaba diciendo.

—Estará en la piscina del complejo, o en el restaurante, desayunando, tío, yo qué sé. Conmigo no ha pasado la noche, así que, como comprenderás, no tengo ni idea de dónde se puede haber metido —le contesté, haciendo referencia a algo que era obvio.

—En un avión de vuelta, ahí es donde se ha metido. Me lo advirtió, ella me dijo lo que iba a pasar, pero me negué a creer que ibas a ser capaz de hacerle eso. En la vida pensé que pudieras ser tan cabrón. Yo también me

marcho, disfruta de la mierda de persona en la que te estás convirtiendo. Ahí tienes su renuncia —me dijo, tendiéndome un papel en el que solo me fijé que tenía la firma de Atenea, no supe cómo reaccionar.

—Espera, Theo, dame un par de horas que solucione el tema del contrato de Anabel y del resto de empleados que se tienen que incorporar, y me vuelvo contigo. Tengo que saber qué es lo que le ha pasado a Atenea —le dije, y mi amigo soltó una risa que dejaba entrever demasiada ironía.

—Eres gilipollas, como poco. ¿Qué le va a pasar? Que se ha hartado de tus humillaciones, de que juegues con ella y de que te importen una mierda sus sentimientos por ti. Por primera vez, tengo que darle la razón en que se vaya de la empresa, puesto que terminará sufriendo más de la cuenta. Ella no se lo merece, en absoluto. Todavía me estoy pensando qué hacer yo, que lo mismo me quedo solo como socio capitalista y me busco otro trabajo…

—¿Qué pasa con nuestra amistad? ¿Tan poco te importa que con solo llegar una tía que está buena me dejas por ir corriendo detrás de ella? —le interrumpí.

—Sigues creyéndote el ombligo del mundo, pero la verdad es que no eres ni la pelusa de ese ombligo. No va de que sea más o menos guapa, sino de que no tengo idea de dónde está mi amigo. Aunque tengas todo el derecho del mundo de acostarte con quien quieras o de no corresponder a sus sentimientos, cosa que dudo seriamente, el Cameron que era mi amigo no haría algo así frente a ella, al menos no de manera consciente para herirla.

»El Cameron que actúa así no es mi amigo, y no quiero que lo sea. No te preocupes, tómate el tiempo que quieras; yo ya he reservado un billete para el próximo vuelo a Inverness, que sale dentro de un rato, y ya tengo mi maleta preparada, solo venía a avisarte. Que tengas un buen día —me dijo, mientras cogía su maleta, que estaba a su lado, y de la que no me había dado ni cuenta, y se marchó, dejándome allí plantado, con dos palmos de narices, y preguntándome en qué estaba fallando para que todo el mundo me estuviera dando de lado.

—¿Problemas en el paraíso? —me preguntó Anabel desde el marco de la puerta, donde estaba parada, completamente desnuda. De pronto, se me pasaron todas las ganas de sexo. Verla allí así, a pesar de que tenía un cuerpo de escándalo, era como si viera una escopeta de feria, no me provocó ninguna reacción, solo quería terminar con todo y volver a mi casa, donde me refugiaría delante de la tele con una buena copa que me quitara el mal sabor de boca que llevaba.

—Vístete, por favor, te espero abajo para hablar del tema de tu contrato —le dije, entrando para ponerme unos pantalones cortos de deporte y coger la carpeta donde Atenea había dejado preparada toda la documentación. Tan solo había que rellenar los datos personales de cada nuevo empleado.

Capítulo 29



Atenea

¿Cómo podría calificar mi última noche en el resort? Sin ninguna duda, como la peor de mi vida. La humillación a la que me había visto sometida por parte de Cameron, quien se dedicó a pasarme por delante de mis ojos a su conquista, fue devastadora. Pero eso no fue todo, también el sonido ambiental de su noche de pasión, puesto que no tuvo la deferencia hacia mi persona de llevarla a otra parte, sino que la llevó a su dormitorio, pegadito al mío, por si no me había quedado claro que le importaban una mierda mis sentimientos.

Después de una hora, ya no podía aguantar más la situación, así que decidí preparar la documentación para mi dimisión. También redacté una carta explicativa para Theo, ya que no quería que se volviera loco buscándome y pensara que me había pasado algo grave. Luego, pedí un coche que me llevara hasta el aeropuerto.

«Querido Theo.

Cuando leas esto, ya estaré muy lejos de aquí. Sé que mi marcha no te va a sentar bien, pero necesito que me comprendas y te pongas en mi piel. Si ya ha sido duro ver cómo se estaba besando con esa mujer, no te puedes ni imaginar lo que ha sido escuchar cómo le hacía el amor.

Tengo claro que nunca me prometió nada, pero no veo justo por su parte que me someta a este grado de humillación constante, porque creo que no me lo merezco.

Te considero mi amigo, y a pesar de que en España te prejuzgué, tengo que reconocer que me equivoqué contigo, puesto que me has demostrado el enorme corazón que tienes. Me has ayudado y apoyado en todo, pero ya no puedo más, necesito poner distancia. Ya he perdido mi corazón, no quiero que me ocurra lo mismo con mi cordura ni con mi salud mental, y para ello es imprescindible que me vaya, que me aleje de todo lo que tenga relación con Cameron.

En el sobre adjunto está mi dimisión, esa que te ruego que le entregues en mano, y que tramitéis lo antes posible, puesto que me hará falta para encontrar un nuevo trabajo.

Sobre el ático, en cuanto llegue a Inverness me pondré con el traslado, y dejaré las llaves en el buzón, para que pases a recogerlas cuando quieras. Te echaré de menos, pero espero, al menos, poder quedarme en la ciudad, y que así no perdamos en contacto.

En cuanto esté instalada, te enviaré un mensaje con mi nuevo número de teléfono y con mi dirección, ya que tendré que comprarme un móvil, puesto que el de la empresa, así como todo lo demás, lo tienes en la caja que hay junto a la carta.

Un beso enorme.

Atenea Álvarez, tu amiga para siempre»

Cuando finalmente llegó el coche que había solicitado, mis ojos estaban inundados de lágrimas. No podía contener el llanto; una mezcla de dolor, rabia e impotencia me abrumaba de una manera que nunca había experimentado antes. Me había encargado de enviar muchísimos correos electrónicos a varias empresas que solicitaban personal, pero si en un par de meses no encontraba nada, tenía claro que me marcharía. No sabía si mi destino sería Suiza junto a Ana o si regresaría a España con mis padres y montaría algún tipo de negocio con el dinero que me había dejado mi abuela. Aún tenía tiempo para reflexionar sobre mi futuro y tomar una decisión con calma.

Me faltaban un par de horas para embarcar, así que aproveché para tomar algo en una de las cafeterías que estaban abiertas a esas horas. En cuanto llegara al aeropuerto de Inverness, me compraría un móvil nuevo y llamaría a mis padres para facilitarles el número. No quería que se asustaran pensando que me había ocurrido algo al no contestar al anterior, y les contaría lo que había pasado, ya que nunca existieron secretos entre nosotros.

En el avión, no podía parar de llorar, me sentía agotada física y mentalmente, así que decidí cerrar un poco los ojos, a ver si era posible que durmiera un rato.

—Perdona que te despierte, pero está pasando la azafata con el carrito. Sería buena idea que comieras algo y te tomaras, al menos, un refresco; te

ayudará a sentirte mejor —me dijo el chico que estaba sentado a mi lado, a quien, sinceramente, no le había prestado atención cuando subí al avión.

—Lamento, de verdad, si te he dado el viaje, pero no podía parar de llorar. Mi nombre es Atenea —le dije, ofreciéndole la mano, pero él me dio dos besos.

—Yo soy Elijah, y mis amigos dicen que soy bueno escuchando. ¿Mal de amores? —me preguntó, y entonces fue cuando levanté la cabeza para mirarlo. No sabía si mi subconsciente me estaba traicionando, pero me resultaba muy parecido a Cameron, tenía gestos que me recordaban a él.

—Se puede decir que un cúmulo de todo. Es una larga historia —le respondí con una sonrisa.

—Tengo todo el tiempo del mundo, bueno, todo no, pero tenemos un largo camino por delante. Así que, desahógate, a ti te servirá como terapia y a mí para saciar mi vena cotilla —me dijo, haciendo un gesto con la mano que me hizo reír.

—Pues nada, tú lo has querido. Resulta que conocí a un hombre en España este verano, porque, aunque no lo parezca, soy española, y tuvimos, digamos que un encuentro fugaz en el baño de una discoteca. Sabía que no iba a pasar de ahí, puesto que se largaba al día siguiente, pero el destino es muy cabrón y me tenía reservada una enorme sorpresa. —Empecé a relatarle.

—Pero cabrón que es, cuando termines, yo te contaré mi historia. Si vamos a llorar, lo haremos juntos, aunque deberíamos avisar a la azafata para que reparta manguitos a los pasajeros, porque vamos a inundar el avión, ya lo verás —me contestó, y provocó que soltara una carcajada con sus comentarios, no se podía tener más arte.

—Como te iba diciendo, solicité un puesto de asistente en una empresa, y para mi sorpresa, me lo dieron. Pero al llegar a Inverness, ¿quién era el jefe? Sí, ese mismo que estás pensando. Encima se había presentado con un nombre que no era el suyo real, e intentó desacreditarme con eso… —No sabía por qué le estaba contando todo a un desconocido, pero me dio la suficiente confianza para hacerlo. Quizás era mejor escuchar el consejo de alguien totalmente ajeno a cualquiera de las partes, ya que sería totalmente imparcial, así que le conté absolutamente todo.

»Y esta es mi historia, así que he perdido mi corazón y mi trabajo. Realmente espero encontrar algo allí, puesto que la ciudad me gusta, y ya he hecho algunas amistades. Si es lejos de mi casa y de mi familia, preferiría que fuera en Inverness, aunque no tengo claro si lo conseguiré o no.

—Pues estás de suerte, porque ahora me toca a mí relatarte mi historia, cuyo final te va a sorprender tanto como a mí el tuyo, pero nos ayudaremos mutuamente. Por si no te has dado cuenta, soy Elijah Spencer, el famoso modelo con cuya imagen en calzoncillos, se están inundando todas las marquesinas de medio mundo.

»Soy gay, pero absolutamente nadie lo sabe, ni mi madre, ni mi hermano siquiera, puesto que, aunque sé que me apoyarían, no estoy preparado para enfrentarme a la mirada de mi familia, sobre todo, a la de mi hermano, que

es un mujeriego sin remedio. Mi asistente, Marcus, era mi pareja, y nos llevábamos muy bien, hasta que hace unos días, en una de mis últimas campañas, lo noté raro.

»Me recriminaba que me pegaba mucho a la modelo que hacía la campaña junto a mí, y me hizo gracia que estuviera celoso. Pero, como tú bien dices, el destino es un cabrón, y la sorpresa fue que, llegué al camerino y me lo encontré follando con esa modelo, con la que llevaba liado más de cinco meses, a mis espaldas, por supuesto.

»Tal y como tú hiciste, no dije nada, ¿para qué? Si solo me iba a contar milongas, salí de allí, igual que entré, en completo silencio, y le envié un correo antes de subirme a este avión, con su despido y una copia de la transferencia con el dinero que le correspondía de indemnización, esa que me calculó mi abogado, y acto seguido lo bloqueé.

»Tan solo me ha escrito un correo diciéndome que tenemos que hablar, que seguro que habían ido con habladurías. Como soy un poquito desconfiado, y no me gusta que me nieguen lo evidente, antes de salir del camerino les tomé una foto, digamos que bastante explícita, donde se veían la cara de ambos, y la adjunté en el correo. Ya no me ha vuelto a molestar más.

—Es increíble, no sé por qué a la gente le gusta tanto jugar con los sentimientos de las personas. No quieres a alguien, pues cada uno por su lado, pero no le hagas daño —le contesté, ya que en Elijah había descubierto a una persona sensible, que también estaba sufriendo mucho.

—Así que, te voy a hacer la temida pregunta, y no es esa de si quieres casarte conmigo que, si fuera hetero, créeme que ya te hubiera tirado la

caña, pero lamentablemente, los dos tenemos los mismos gustos. Ay, que me desvío, a lo que iba, ¿quieres ser mi nueva asistente personal? —me preguntó.

—¡Sí, sí quiero! —le contesté como si me hubiera pedido matrimonio, y todos empezaron a aplaudir. Hasta la azafata nos trajo dos copas de champán para que pudiéramos brindar por eso. Lo que nos reímos fue poco, esta vez ambos llorábamos, pero de la risa.

Capítulo 30



Cameron

Me fui hacia la cocina, pero antes fui a buscar el portátil y la impresora de viaje que llevábamos siempre. Esperaba que Atenea no se la hubiera llevado, no por su valor, ya que carecía de él, sino por la pereza de tener que ir hasta el despacho del gerente para imprimir todo. Por suerte, allí estaba todo encima de su cama, esa que miré con nostalgia, pero había sido lo mejor para los dos, puesto que yo no podría ofrecerle nunca lo que ella necesitaba. De esa manera, me ahorraba los dolores de cabeza que me hubiera provocado tener esa relación tan estrecha que se necesita entre un jefe y su asistente. Tenía claro que el siguiente tendría que ser un hombre, así no habría problemas amorosos entre nosotros, ni celos por parte de la pareja de este.

—Buenos días, ya estoy aquí —dijo Anabel nada más entrar en la cocina, donde yo la estaba esperando con su nuevo contrato, así como con los de varios empleados más que subirían de categoría, para dar paso a otros nuevos. Me gustaba promocionar dentro de la empresa, y no darle un cargo más o menos importante a alguien que viniera de fuera.

—Siéntese, señorita Hernández —le dije, señalando una de las sillas que estaban frente a mí.

—Vaya, así que ahora soy la señorita Hernández. Parece que esa es tu forma de actuar. En cuanto se acuesta con una mujer a la que va a tener cerca por motivos laborales, pasa de llamarse por su nombre de pila, como hacías anoche mientras te comía la polla, a tratarla de usted. ¿Eso mismo le ocurrió con Atenea? —me dijo irónicamente, y es que no me había dado cuenta de que lo había vuelto a hacer, y eso hizo que me sonrojara.

—Perdona, Anabel, ha sido la costumbre. Pero antes de continuar, me gustaría hacer un inciso, lo que yo haya tenido con mi antigua asistente, no es de tu incumbencia —le respondí, tuteándola ya como era lo normal.

—¿Antigua asistente? Claro, no tuvo que ser plato de buen gusto para ella, escucharme gritar de placer toda la noche, especialmente sabiendo que el que me hacía sentir así era el hombre del que está enamorada. Demasiado te aguantó ayer, yo te hubiera mandado a la mierda desde el primer minuto —me soltó la muy descarada.

—Ayer ya quedó atrás y hoy es un nuevo día, así que vamos al grano porque tengo prisa por irme. Para empezar, y siguiendo la recomendación de Atenea, a partir de ahora, y si estás de acuerdo con todo lo que está reflejado en el contrato, pasarás de ser recepcionista a gerente del complejo.

»Tómate tu tiempo para leerlo y, si tienes alguna pregunta o si hay algo que no te convenza, házmelo saber para que podamos negociarlo. Si estás

de acuerdo con todo, simplemente firma en la línea de puntos, justo al lado de mi firma —le dije, extendiéndole el papel para que hiciera aquello que le había pedido.

Mientras ella lo leía, me levanté de la mesa y me acerqué a la ventana. Desde ahí se podía ver el mar, un mar que estaba en calma, y en el que se podían ver varias parejas paseando por la orilla, y sin poderlo evitar, Atenea regresó a mi mente.

—Todo perfecto, ya está firmado, pero me gustaría pedirte algo —me dijo en un tono mimoso, cuando se levantó y se puso a mi lado, acariciando mi pecho sin camiseta—. Hagámoslo de nuevo, solo una vez más; quiero sentirte dentro por última vez. No me mires así que no te estoy pidiendo amor eterno, de hecho, estoy casada y tengo dos hijos.

»Necesito experimentar de nuevo la pasión de esta noche, para acordarme cada vez que esté sola, puesto que mi marido está navegando y se pasa seis meses fuera. Si te preguntas si tenemos una relación abierta, la respuesta es que no del todo. Llegamos a un acuerdo en el que, durante esos seis meses que estamos separados, si alguno tiene la necesidad, y siempre que no haya sentimientos de por medio, tenemos carta blanca para hacer lo que queramos, y yo hacía mucho tiempo que no la usaba.

Pensaba en Atenea, con ese bikini que me volvió loco y que no hubiera dudado en destrozarlo, para que nadie más tuviera la oportunidad de verla con él puesto, y me puse duro al instante. Saqué un preservativo de mi cartera, me lo puse y penetré a Anabel de una fuerte embestida. No hubo preliminares, puesto que ella estaba más que preparada para acogerme, y así

lo hice. Fue un acto primario, de sexo duro, fuerte, sin miramientos por parte de ninguno de los dos, en el que quedarnos saciados como lo hicimos, y con cuyo clímax, los dos gritamos a placer.

Una vez los dos recompuestos, pasé a explicarle la segunda parte, de la que tendría que encargarse ella, puesto que yo había solicitado que estuviera listo mi avión en un par de horas. Teníamos prevista la salida y acordada con la torre de control para ese momento, y todavía tenía que recoger mis cosas y llegar hasta el aeropuerto.

—Ha sido un placer tratar contigo, Anabel. Aquí tienes mi tarjeta, con mi número de teléfono, por si te encuentras con algún problema que requiera de mi atención. Pasaré por aquí dos veces al año, pero quiero un informe de la situación del complejo cada dos meses en mi correo electrónico, no me defraudes —le dije, acercándome a ella, para darle un abrazo de despedida.

—El placer ha sido mío, nunca mejor dicho. Me hubiera gustado poder disfrutar de esto durante más tiempo, por lo menos, el que en un principio tenías programado, pero me quedaré con el recuerdo —me susurró al oído, dándome un breve beso en los labios, antes de salir por la puerta de la villa.

Una vez que terminé de recoger y empacar mis cosas, lo cual no me llevó más de veinte minutos porque no tenía mucho que llevar, me dirigí a la recepción del complejo. Allí me encontré con Anabel, quien estaba dando las instrucciones oportunas a una de las chicas que había sido ascendida, y que la escuchaba con mucha atención. Nos sonreímos, y me dijo dónde debía dejar las llaves. Además, me comentó que la semana siguiente me

enviaría un correo electrónico con todos los cambios realizados y la información sobre el nuevo personal que había sido contratado. Un coche me estaba esperando fuera, el mismo que me llevó hasta el aeropuerto, donde mi avión ya estaba listo con la tripulación a bordo, esperando mi llegada.

—Buenas tardes, señor McLeod —me dijo una de las azafatas en cuanto que me vio al pie de las escaleras de embarque al avión.

—Buenas tardes, Valerie. ¿Cuántas veces tengo que decirte que me llames Cameron? El señor McLeod era mi padre —le dije sonriendo, una vez más, ya que siempre que nos veíamos le tenía que repetir lo mismo.

—Como diría mi abuela, al menos una vez más, señor McLeod —me contestó, y negué con la cabeza. Valerie llevaba en la tripulación fija del avión cuatro años. Era la esposa del piloto, y una mujer que se hacía respetar, todo lo contrario que Summer, la otra azafata que venía algunas veces con nosotros, cuando ella estaba enferma o no podía por alguna razón, que era un «pendón desorejado», como decía Theo. No tenía ningún problema en pasar por la cama del avión con uno, con otro e incluso con los dos a la vez.

Me sentía raro, viajar solo no me gustaba y, realmente, en pocas ocasiones lo había hecho, puesto que Theo siempre venía conmigo. Tenía mucho que pensar, pues perder a mi socio y amigo por culpa de una mujer, no entraba en mis planes. Nunca nos había sucedido, y debería encontrar la manera de

solucionarlo. Serían muchas horas de vuelo como para trazar un plan, ese que llevar a cabo en cuanto pusiera un pie en Inverness.

Capítulo 31



Atenea

Mi encuentro con Elijah fue providencial, parecía que el destino no era tan cabrón, al fin y al cabo, ya que lo había puesto en mi camino para que me ayudara a llevar el vuelo de manera más liviana.

—Amor de mis amores, ten claro que ese vídeo va a estar en las televisiones en cero coma dos, así que, si tienes que avisar a alguien, hazlo ya. Incluso antes de salir de aeropuerto, porque me juego lo que quieras, a que en menos de diez minutos me están saltando notificaciones de las redes sociales, con titulares del tipo: «*El guapo modelo, Elijah Spencer, le pide matrimonio a una chica durante un vuelo», «¿Quién es la hermosa rubia que ha conquistado el corazón del modelo?»* —me soltó imitando las voces en *off* que aparecen en los vídeos de los programas del corazón.

—Pues difícil, lo veo, entre otras cosas, porque mi móvil era de empresa, y lo dejé allí, junto al portátil y demás. Pero mira, allí hay una tienda, así

que voy a entrar a comprar uno ahora mismo, ¿me acompañas? —le pregunté muy melosa, y el soltó una carcajada.

—Por favor, eso no se pregunta. No puedo dejar a mi prometida sola en el aeropuerto, para que se la coman los periodistas que estarán en la puerta —me dijo muy dramático, y volvimos a reírnos. Tenía la intuición de que me lo iba a pasar muy bien.

—Fíjate cómo está el dependiente, por favor. ¿Aquí no hay ningún hombre feo?

—Mi primo Leonard, que ya te presentaré el sábado en la fiesta que organiza mi madre, a la que acudirás conmigo en calidad de asistente y amiga, que lo sepas. Allí lo podrás comprobar de primera mano. Imagínate cómo será de feo, que el día que lo bautizaron, el cura lo hizo con una pistola de agua, para no acercarse al bicho.

—Exagerado, ya será menos.

—Sí, sí, lo que tú digas, y si ya hablamos de su hermana, eso ya es punto y aparte. Su propio padre la llamaba «Frankenstita», porque decía que era la versión *low cost* de Frankenstein, ya que tenía la cabeza cuadrada, y una frente en la que podía aterrizar en avión. A esa no te la podré presentar, a no ser que te lleve algún día al convento donde está —me respondió, y es que yo me tenía que reír con este hombre, sí o sí, no se podía tener más arte que él.

—¿En un convento? ¿Qué hace allí? —pregunté intrigada.

—Rezar y hacer magdalenas, hija mía, yo qué sé, lo que suelan hacer las monjas —me dijo y lo miré totalmente asombrada—. No me mires así, que tomó los hábitos con veinte años. Mi padre, que tenía mucha gracia para ser escocés, siempre decía que «se había casado con Dios porque no había Dios que se casara con ella».

—Calla, por favor, que al final me voy a hacer pis encima por tu culpa —le pedí doblada de la risa.

—Pues nada, después del móvil, pasamos a comprar bragas. Pero no te las vayas a comprar de cuello vuelto, por lo que tú más quieras, que seguro que hay alguien haciendo fotos y no quiero que mi reputación termine por los suelos.

Salimos de allí con un móvil nuevo, ya funcionando, por supuesto, y también con el número del dependiente, ya que mi nuevo amigo le había dicho que quizás su agencia podría contar con él para alguna que otra campaña de las firmas más pequeñas. En realidad, el único que quería contar con el muchacho era él, y no para hacer publicidad precisamente.

—A ver, reina mora, déjame que grabe tu número y te voy a dejar grabado el mío. Tengo que ir a mi casa, puesto que me gustaría hablar tranquilamente con mi abogado para que prepare tu documentación, pero mañana jueves recibirás noticias mías. ¿Te dejo en algún sitio?

—Será mejor que no, que salgamos cada uno, por un lado, ya que no quiero que la prensa me dé por saco tan pronto. Espero tu llamada —le dije, y me acerqué a dejarle un beso en la mejilla. A continuación, me dirigí a tomar un taxi que me llevara al ático, donde recogería todo para irme a mi nueva casa.

En cuanto entré allí, y puesto que apenas tenía nada, solo lo de la maleta que me llevé, empecé a recoger mis cosas. Estaba a punto de llamar a un taxi, cuando llamaron a la puerta. Fui a abrir, pensando que seguramente era algún vecino o compañero.

—¿Qué haces tú aquí, no estás en la República Dominicana? —le pregunté extrañada a Theo, que era el que aguardaba detrás de la puerta.

—Yo también me alegro de verte, preciosa —me respondió en tono irónico.

—No es eso, tonto, sabes que me da mucha alegría tenerte aquí. Aunque, no quiero que rompas tu amistad con Cameron, y si sigues a mi lado, ten por seguro que lo harás.

—Estoy donde quiero y con quien quiero. Si él no es capaz de ver más allá de sus narices, es su problema, no el mío. Vamos, dime qué es lo que tengo que coger, porque tengo el coche aparcado abajo. Así me llevo yo las llaves y no tienes que dejarlas en el buzón ni acercarte más por la empresa —me dijo, cogiendo la maleta y la caja que yo le había señalado.

—Eso, y así ves mi nueva casa y no tengo que enviarte la dirección. También tengo que darte mi número nuevo, pero te ruego que no se lo des a nadie, puesto que solo lo tendrán mis allegados —le dije, suplicante, y él asintió con la cabeza. Tampoco le dije nada del nuevo trabajo, no por desconfianza, sino porque no había firmado todavía ningún contrato, y no quería verbalizarlo, para que no se gafara.

Llevamos todo, y le enseñé la casita, que nada tenía que ver con aquel precioso ático, pero para mí tenía más que de sobra. Era un pequeño apartamento de dos habitaciones, con un baño completo en el pasillo, un salón que se abría a una cocina americana con una península que los separaba, y un bonito balcón. En ese espacio, tenía una mesita de mimbre y un par de sillones, perfectos para que pudiera disfrutar de mis desayunos y del devenir de las personas que paseaban por la calle.

—Es coqueto —me dijo Theo con una media sonrisa.

—Venga ya, no hace falta que finjas. Seguro que este apartamento entero cabe en el salón de tu casa, pero, para mí, es ideal —le contesté.

—En eso tengo que darte la razón, pero empiezo a plantearme que es demasiada casa para mí solo. Cuando llego del trabajo o de una noche de juerga, hay veces que tiene hasta eco —empezó a decirme, con una sonrisa triste en sus labios.

—¿No me digas que vas a sentar la cabeza? Porque si es así, yo tengo la persona ideal, esa que está loquita por tus huesos —le dije con sorna.

—Pues sí, ya estoy cansado de ir de flor en flor, y me planteo empezar una relación seria con alguien, a ver si tengo suerte, porque con la fama que me precede…

—Mira qué bien, tú vas de flor en flor y yo, de capullo en capullo —le contesté y ambos soltamos una carcajada—. Ahora, en serio, demuéstrale a la chica que sea cómo eres en realidad. Deja que conozca al verdadero Theo, a ese que te hace reír, pero que también es capaz de llorar contigo si hace falta, el que no duda ni un segundo en defender lo que cree que es injusto. Deja que ella misma lo compruebe, porque seguro que no te dejará escapar. Y ahora, mi vena cotilla sale a la luz. ¿Quién es la muchacha? ¿La conozco?

—¿Me prometes que no vas a decir nada? —me preguntó indeciso.

—Te lo juro por mi abuela, que es la persona que más he querido en el mundo, mis labios están sellados —le respondí, bastante seria, para que viera que era cierto.

—Llevo enamorado de Martha desde que entró en las oficinas. Después de ver cómo Cameron va a perder a la mujer de su vida por no dar su brazo a torcer, no quiero que a mí me pase lo mismo. Es imaginarme que viene alguien y la enamora, y me dan escalofríos, te lo prometo.

—Pues entonces, a por ella. Vas a ir con ventaja después de lo que te voy a contar, pero negaré hasta la saciedad, habértelo dicho, puesto que estaría

asumiendo la deslealtad a mi amiga. Ella también está enamorada de ti, pero no vayas a pensar que va a caer rendida a la primera de cambio, porque no lo hará. »Como tú bien has dicho, tu fama de mujeriego te precede, así que, tienes que armarte de paciencia, e ir haciendo que vaya confiando en ti, poco a poco. Por muchas negativas que te dé, no vayas a rendirte, demuéstrale que quieres ir en serio.

»La mayoría de las veces, las mujeres no queremos arriesgar nuestro corazón con hombres como tú, y no me lo tomes a mal, pero preferimos no estar con alguien cuando tenemos claro que solo seremos una muesca más en su cama.

Después de tener esta conversación tan intensa, donde intercambiamos consejos valiosos, decidimos pedir algo de comer. Nos acomodamos para disfrutar de la comida, regresando a las risas y las bromas de nuevo.

Capítulo 32



Atenea

Era viernes por la mañana, y estaba nerviosa por si recibía la llamada de Elijah, puesto que su oferta laboral me vendría de miedo, ahorrándome el tener que ponerme a buscar trabajo. Con ese pensamiento estaba, cuando, de pronto, sonó mi móvil.

—Buenos días, dígame —respondí al descolgar la llamada.

— Hola, amor. ¿Lista para empezar una nueva etapa en tu vida? —me contestó muy zalamero Elijah.

—Por supuesto, una mala experiencia en la ciudad, no me va a quitar las ganas, ya que en ella me siento como en mi propia casa.

—¡Esa es mi chica! —exclamó y, aunque no lo vi, estaba segura de que tendría una sonrisa dibujada en su cara. Ese hombre me había caído del cielo, lo tenía claro— Te espero en media hora en la cafetería que hay justo

en la esquina de tu casa, y allí ya te daré todas las indicaciones necesarias. Un beso, amor, nos vemos ahora.

Me levanté corriendo, me di una ducha rápida, ya que el pelo lo tenía limpio de la noche anterior, y me vestí con unos vaqueros, unas deportivas y una camiseta. Cogí una americana porque ya empezaba a refrescar como para ir en manga corta. Esa era una de las cosas que extrañaba de mi ciudad: su clima, que era tan agradable tanto en invierno como en verano. Cuando finalmente estuve lista, cogí mi bolso y me dirigí hasta el lugar en el que habíamos quedado.

Eché una visual, pero no lo vi, así que tomé asiento en una de las mesas que estaban en la terraza, puesto que lucía el sol y me apetecía estar allí, calentándome con sus rayos, aparte de que me vería nada más llegar.

—Perdón por la tardanza, pero justo antes de salir, recibí una llamada de mi agente para preguntarme por lo del avión, y por si quería que diera un comunicado desmintiéndolo —me contó, provocándome una sonrisa.

—Anda, que no va a dar de sí la bromita. ¿Qué le has dicho? Ya sabes que por mí no hay problema, mis padres y mi amiga saben que es mentira, lo que piensen los demás, me da exactamente lo mismo —le respondí sonriendo.

—Pues eso mismo le he dicho yo, que no desmienta ni afirme nada, que nunca se sabe si nos va a hacer falta esa coartada para algo. Nunca he hablado de mi vida privada, ni siquiera saben quién es mi familia, así que

no voy a empezar ahora. Estaría bueno que a estas alturas de mi vida, tuviera que enviar un comunicado cada vez que me relacionan con alguien; se extinguiría el papel como tal, y tendríamos que limpiarnos el culo con las hojas de las palmeras, y eso tiene que dejar aquello como los monos del parque. Quita, quita, ¡qué dolor! —me explicaba, gesticulando con la mano, lo que me hizo reír a carcajadas.

—Eres único, te lo prometo. Si jugaras en mi liga, la que te habría pedido matrimonio soy yo, tenlo claro —le respondí entre risas.

—Bueno, vamos al grano. Aquí tienes tu nuevo contrato, léelo y, si lo ves bien y no tienes ninguna duda, firma en la línea de puntos, justo al lado de la mía —me dijo, extendiendo una carpeta en la que ponía mi nombre, ya que antes de despedirnos en el aeropuerto, se llevó anotado todos mis datos para poder redactar el contrato.

Las condiciones no podían ser mejores, tanto en lo laboral como en lo económico, y así se lo hice saber, puesto que el sueldo me parecía demasiado elevado.

—Elijah, está todo perfecto, pero el sueldo, sumado a las dietas y demás gastos de los viajes, me resulta demasiado elevado. Si lo necesitas, podríamos bajarlo, a la mitad, incluso —le dije, y me miró con un gesto de sorpresa en la cara.

—Niña, ¿estás tonta? Eso de que un *Highlander* te haya partido el corazón, te ha afectado más de la cuenta. Todo el mundo pide un aumento

de sueldo, y ella me pide una reducción, hay que joderse. Pues que sepas que no se cambia, el sueldo es el que es, ya que el impresentable de mi ex cobraba eso, y no pienso quitar ni un céntimo. Ahora, mientras desayunamos, te cuento lo de la fiesta.

Cuando el camarero llegó, Elijah, que no daba puntada sin hilo, le soltó una de las suyas. La verdad es que era un hombre bastante atractivo, pero como he dicho antes, todavía no me había encontrado con ninguno feo. Esperaba conocer al primo de mi nuevo jefe, ese que decía que era la excepción que confirmaba la regla.

—Oye, cuéntame, ¿qué es eso de la fiesta que me ibas a explicar? —le pregunté mientras le daba un mordisco a mi tostada, que estaba deliciosa, ya que el pan se notaba que era recién horneado. Elijah había optado por un desayuno típico irlandés, pero yo no podía comer todo aquello. Ponían tanta cantidad que se podría dar de comer a todos los invitados de un bautizo.

—Es una fiesta típica escocesa, por lo que iremos todos ataviados con las vestimentas de nuestro clan. Los hombres usarán *kilt* y las mujeres llevarán vestidos de fiesta en el mismo color, preferiblemente con el cabello recogido. Las joyas son a la elección de cada una, al igual que el tema del calzado.

»Te recogeré mañana a las siete, dado que la celebración comenzará las siete y media, y ya deberemos estar allí, por lo menos la familia de la persona que la organiza. Los demás pueden llegar un poco más tarde, aunque, normalmente, a no ser que sea por causa mayor, los invitados suelen estar antes de que comience —me explicaba pacientemente.

—¿Cuál es el color de tu clan? Lo digo para ir buscando vestido, ya que no tengo absolutamente nada acorde con lo que me estás contando —le respondí, algo nerviosa, puesto que nunca había asistido a ninguna fiesta de tal magnitud.

—No te preocupes por eso, que ya le he dado tu talla a mi estilista de la agencia, y ella te hará llegar esta tarde el atuendo ideal. Créeme cuando te digo que esa chica vale un tesoro. No es que dude de tu capacidad para elegir tu propia ropa, para nada, simplemente considero innecesario gastar tanto dinero cuando en la agencia hay una gran variedad de vestidos que te pueden servir —me contó sonriendo, pero una duda me asaltó en ese momento.

—¿Qué ocurrirá si se mancha o se rompe? Porque no me gustaría tener que hacer frente al …

—Que te quedarás sin vestido, porque todo lo que te envíen, pasará a ser de tu propiedad en el mismo momento en el que entre por la puerta de tu casa. No seas tonta, y disfruta de la ropa que te llegue —me interrumpió, dejándome bastante más tranquila.

Después de charlar un rato, sobre todo del color de los clanes, algo que yo desconocía por completo, y de lo que íbamos a encontrarnos en la fiesta, que se hacía en homenaje a su padre y a su trabajo, nos despedimos hasta el día siguiente con un beso en la mejilla y un abrazo.

Antes de regresar a casa, decidí pasar por el salón de belleza que estaba justo al lado del portal de mi edificio. La verdad es que salí muy contenta del lugar al que me llevaron las chicas, pero todavía no era capaz de llegar hasta allí sola, y no quería molestar a nadie. Necesitaba unos días para poder explicarles todo lo que me había sucedido, pero antes tenía que asimilarlo yo. Me dieron cita para maquillarme y peinarme al día siguiente a las tres de la tarde, así que después de eso podría irme directamente a casa a cambiarme de ropa, evitando tener que estar demasiado tiempo arreglada hasta que Elijah viniera a recogerme.

A las cinco de la tarde, escuché el timbre de la puerta y al abrir, me encontré con un mensajero que traía una caja gigante. La recogí y firmé el albarán de entrega, entrando rápidamente de nuevo en casa para revisar su contenido. Al abrir la caja, me quedé boquiabierta al ver el vestido que me habían enviado; era una auténtica joya, como los que lucen las grandes estrellas de cine. Sin perder tiempo, corrí a probármelo y, para mi sorpresa, parecía que había sido confeccionado especialmente para mí.

El vestido era de un intenso color rojo *sangre de toro*, un color que se asocia comúnmente con el vino que lleva ese nombre, el cual presenta un color rojo rubí profundo que está a medio camino entre el corinto y el burdeos. Tenía un escote que llegaba hasta el ombligo, pero ambos lados estaban unidos por una gasa del mismo tono, al igual que la espalda, en cuyo centro tenía una botonadura de la misma seda que el vestido. Las mangas también eran de gasa y, al igual que la parte trasera, llevaba una botonadura en los puños, que eran de seda. Era entallado hasta la cintura y caía suavemente hasta el tobillo. Además, me había enviado unas elegantes

sandalias de tacón negro, que combinaban con el bolso. Estaba claro que, tal y como me dijo Elijah, esa chica era una joya.

Capítulo 33



Cameron

Acababa de llegar al castillo, solo, como últimamente me sentía, por muy rodeado de gente que estuviera. Me estaba colocando el *kilt*, ya que preferí no salir de mi casa con él puesto, pues siempre lo dejaba en casa de mi madre, el lugar habitual desde donde partíamos para las celebraciones, a menos que se hicieran allí. pero sabía que no tardaría mucho, porque era la persona más puntual que conocía. Así que, una vez vestido, salí al jardín donde en breve empezaría la fiesta, con la intención de tomarme una copa mientras esperaba que comenzara.

—Te veo muy solito, jefe —me dijo Megan, que llegaba de la mano de Brandon, formando una pareja cada vez más consolidada.

—Vaya por Dios, ya me rompieron la tranquilidad —le contesté riendo, dándome la vuelta para mirarlos a la cara.

—Amigo —se dirigió Brandon a mí—, por mucho que lo niegues, y pintes una sonrisa en tu cara, algo te ocurre. Tienes la mirada triste.

—Es solo un poco de cansancio, no te preocupes. Mañana descansaré y el lunes estaré mejor. —Le quité importancia a lo que me estaban notando todos, puesto que mi madre también había comentado lo mismo.

Continuamos conversando y disfrutando de unas copas, cuando vi que Theo se acercaba con Martha, con la que había coincidido unos pasos atrás. Seguía mirándome con desconfianza, pero decidí hacer caso omiso a esos gestos; no quería complicar más las cosas. Preferí esperar unos días antes de hablar con él, ya que no estaba dispuesto a renunciar a la amistad que teníamos, aunque eso significara tener que dar mi brazo a torcer.

—Hijo —me llamó mi madre—, ¿puedes venir un momento, por favor?

—El deber me reclama, chicos, ahora mismo vuelvo —dije dirigiéndome hacia donde estaba mi madre, no sin antes palmear el hombro de Theo, que me correspondió con un asentimiento de cabeza.

—Justo a tiempo, por ahí viene tu hermano. —Cuando me giré y me di cuenta de con quién venía, un sentimiento de rabia y de ira se apoderó de mí, y no me pude reprimir en lo que hice a continuación.

—¿Qué pasa, que como a mí no has podido conquistarme, te has lanzado a los brazos de mi hermano? Te daba igual uno que otro, el caso era tener a

un McLeod en tu cama, y así sacarte de toda la miseria en la que vives —le solté, cuando noté un fuerte tortazo en mi cara, y la vi salir corriendo.

—¡¡No me lo puedo creer!! ¿Tú eres el que…? —exclamó mi hermano, sin terminar la frase, y salió corriendo detrás de ella. En ese momento, noté la mano de mi madre agarrándome del brazo.

—Ahora ya sé lo que te pasa, pero no entiendes nada —me dijo mi madre, moviendo la cabeza en señal de negación.

—Ilústrame, ¿qué es eso que crees que no he entendido? Porque lo que yo veo es a una mujer ambiciosa que, para subir en la vida o satisfacer todos sus deseos, no le importa estar con uno o con otro de los hermanos —respondí con rabia, esperando la respuesta de mi madre.

—Lo que yo te diga, vives en tu mundo, y todo lo transformas a tu conveniencia. No sé quién te hizo tanto daño en el pasado, pero te puedo asegurar que no todas las mujeres somos iguales. Esa chica no me parece una interesada en ninguno de los aspectos, ni siquiera está fingiendo estar enamorada de tu hermano, que sería lo más lógico si la situación fuera como tú estás diciendo.

—¡Es alucinante! No sé qué coño tiene Atenea que os tiene a todos abducidos. Empezó con mi socio y amigo, quien no ha dudado en darme de lado por defenderla a ella. Luego mi hermano, que también ha caído en sus redes, y ahora mi propia madre. Creo que lo mejor será que me vaya, no puedo ni quiero soportar más su presencia —le dije de malas maneras, y

empecé a caminar, con la idea de llegar hasta mi coche, cuando mi madre me retuvo de nuevo.

—Cameron…

—¿Qué quieres, mamá? Habla claro o déjame marchar, no tengo la cabeza para acertijos —le dije, dándole un ultimátum.

—Como veo que sigues en Babia, te voy a poner las cosas claras. Para empezar, entre tu hermano y esa chica no puede haber una relación afectiva, a no ser que sea de amistad, dado que tu hermano es gay. Sí, no me mires así, lo sé desde hace muchos años, pero estoy esperando a que él se decida a contármelo, mientras, tanto tú como yo, mantendremos la boca cerrada.

—¿Estás insinuando que se están haciendo un favor mutuamente? ¿Que ella le proporciona una coartada a mi hermano para ocultar su homosexualidad a cambio de dinero? —pregunté, totalmente atónito.

—¿Ves cómo siempre le das la vuelta a todo para llevarlo a tu terreno? Te repito que son solo amigos o tienen una relación profesional, no hay nada de que esa chica esté sacando provecho. Tienes que dejar atrás tus fantasmas de una vez, o acabarás solo y amargado, saltando de cama en cama mientras tengas fuerzas y atractivo, porque llegará un momento en que todo eso se acabará.

»Entonces, te darás cuenta de que necesitas a una persona que te brinde su cariño y atención, y será en ese instante cuando te des cuenta de que has estado desperdiciando el tiempo —me soltó mi madre, y ya no pude más

que irme a un lugar apartado, lejos de todo el bullicio, para aislarme de todo y de todos.

Desde donde estaba, podía divisar cómo Atenea se refugiaba en los brazos de mi hermano, llorando desconsoladamente. En ese momento, noté que alguien se había sentado a mi lado; era mi mejor amigo, Theo, quien no iba a dejar que enfrentara esto solo.

—Cameron, busca ayuda, por favor. Necesitas que alguien te haga ver que estás equivocado y que puedes dejar atrás esos fantasmas que te han atormentado tanto tiempo, impidiéndote ser feliz —me dijo, mirándome a la cara. Entonces, yo también me derrumbé, pero no quería mostrarlo en público, así que me levanté y me di la vuelta, permitiendo que las lágrimas fluyeran sin control.

Theo me conocía bien y sabía que necesitaba un momento a solas para procesar mis emociones antes de hablar. Por eso, me dejó en paz hasta que encontré el valor para mirarlo a los ojos.

—Theo, siento que ella que me lo ha quitado todo: mis amigos, mi hermano, incluso mi madre está de su parte, y ya no aguanto más —le dije con dificultad, todavía con ese nudo en la garganta.

—¿Eso no te hace pensar que, quizás, el que estás equivocado eres tú?

—No estoy seguro, pero sé que no quiero que esté cerca, de ninguna forma. Tal vez tengas razón y necesite apoyo para superar esto, pero lejos

de Atenea.

—Eso que estás diciendo es una tontería, pero no soy quién para mandar en tus sentimientos ni en tus decisiones. Solo espero que no te arrepientas nunca, o que, cuando te des cuenta de que estás equivocado, no sea demasiado tarde.

—No tengo sentimientos hacia ella, al igual que tampoco los tengo hacia ninguna mujer que no sea mi madre. No puedo dejar que me vuelvan a hacer daño, pero parece que eso no le importa a nadie, solo que ella lo esté pasando mal —contesté bastante enfadado, y me levanté para irme.

—Alguien me dijo el otro día: «si estás enamorado de una persona, lánzate a por ella, no tengas miedo al fracaso, porque solo así vivirás, esa es la única manera de estar seguro de que encontraste al amor de tu vida. Si no es así y únicamente dura unos meses, pues eso que te has llevado en el cuerpo, pero si estás en lo cierto, vivirás una vida plena, en la que el cariño será el protagonista».

Diciéndome esto, Theo se levantó y se marchó, dejándome parado sin saber qué hacer ni a dónde ir. Fue entonces cuando noté que mi hermano tenía a Atenea abrazada por los hombros y le estaba dando un beso en la sien.

Capítulo 34



Atenea

Elijah estaba realmente espectacular con el *kilt*, y no sé por qué, me vino a la mente ese otro *Highlander* que, a pesar de hacerme tanto daño, me había robado el corazón.

—¡Toma ya! Voy a ser la envidia de toda la fiesta, estás verdaderamente preciosa. Veo que mi equipo de estilistas ha acertado de lleno —me dijo nada más verme salir del portal de mi apartamento.

—Tú tampoco estás nada mal —le respondí, sabiendo que diría una de las suyas.

—Nena, ve a revisarte la vista, porque decir que no estoy nada mal significa que necesitas unas buenas gafas, de culo de botella, por lo menos. Aunque de poco me va a servir, allí no puedo conquistar a nadie —me soltó riendo. Hicimos todo el camino hasta el lugar donde se celebraba el evento

entre bromas y risas, hasta que paró delante de un castillo espectacular, que hizo que me fuera imposible cerrar la boca del asombro.

—¿Aquí es donde vive tu madre? ¡Qué pasada! Es realmente hermoso. Si digo que es majestuoso, me quedo demasiado corta —expresé, totalmente sorprendida.

—Pues no te lo digo entonces, pero sí, vive aquí con Alastair, que es su actual pareja. En realidad, solo ha tenido dos relaciones: mi padre, que falleció hace ya bastante tiempo, y Alastair, a quien conoció dos años después de la muerte de mi padre. Es un tipo estupendo, ahora lo conocerás —me contestó con orgullo, dejando claro que para Elijah, su familia era muy importante.

—Tengo miedo de meter la pata, al no conocer a nadie…

—No digas sandeces, Atenea, me conoces a mí. En cuanto entremos, mi madre te aseguro que no te dejará sola en ningún momento de la noche, al igual que yo.

Dejamos el coche en la zona habilitada para ello, y nos bajamos, dispuestos a llegar hasta la parte del jardín donde se celebraría la fiesta conmemorativa. Desde lejos, ya podíamos ver las luces y oír las risas. Mientras observaba el entorno, de repente, escuché la voz de alguien a quien no esperaba para nada, y mucho menos lo que me dijo.

—¿Qué pasa, que como a mí no has podido conquistarme, te has lanzado a los brazos de mi hermano? Te daba igual uno que otro, el caso era tener a un McLeod en tu cama, y así sacarte de toda la miseria en la que vives —soltó sin ningún miramiento. No sé de qué manera, cuando quise darme cuenta, mi mano había impactado fuertemente en su mejilla, y salí corriendo.

Detrás se quedó Elijah hablando con Cameron, pero solo fueron unos segundos antes de que saliera corriendo detrás de mí, llamándome como si no hubiera un mañana. Sin embargo, yo tenía que salir de allí. También era mala suerte la mía, el destino parecía estar jugando conmigo otra vez. En otra vida, debí ser una muy mala persona, puesto que en esta me las estaba haciendo pasar putas. No había en todo Inverness otra persona con la que encontrarme y trabajar, que había tenido que dar con el hermano del hombre del que estaba enamorada.

—Atenea, espera —me dijo Elijah, y entonces frené mis pasos, ya estaba demasiado lejos de Cameron para permitirme el lujo de parar y que no me viera llorar—. No puedo creer que mi hermano haya sido el causante de tanto dolor, te prometo que me parece increíble. Me lancé a sus brazos, y lloré como un bebé, durante un buen rato, mientras que él se dedicaba a acariciarme la espalda, reconfortando mi dolor.

—Por lo poco que te conozco, sé que la familia es muy importante para ti, así que no hay problema en rescindir el contrato que he firmado esta mañana. Tal vez sea mejor que me marche de la ciudad; incluso me estoy planteando irme a Suiza con mi amiga Ana —le dije de corazón, ya que no

quería que le pasara lo mismo que a Theo, quien por seguir en contacto conmigo se había distanciado de su amigo de la infancia.

—El contrato no se rescindirá, y tú seguirás siendo mi asistente, tenlo claro. Que mi hermano sea gilipollas no es algo que haya adquirido por genética, te lo prometo —soltó y me hizo sonreír. Este hombre tenía el poder de hacer que se me olvidaran todas las penas, no me gustaría tener que alejarme de él.

—Vale, pero prométeme que, en caso de que tengas conflictos con tu hermano, me lo harás saber, y que me dejarás al margen de las celebraciones familiares —le dije, esperando que aceptara mi propuesta.

—Está bien, pero para la próxima, en esta fiesta te quedas. Eres mi acompañante, están aquí todos los de la empresa, y no voy a consentir que mi hermano nos amargue la velada. El problema lo tiene él, no nosotros, así que ahora, seca esas lágrimas, pon tu mejor sonrisa y disfrutemos de la noche como habíamos planeado.

»Recuerda que tengo que presentarte a mi primo Alfred, para que veas que también existen *Highlanders* feos, aunque gracias a Dios, no se han reproducido todavía —siguió con sus bromas, me echó el brazo por encima, y nos dirigimos a la fiesta de nuevo.

Durante el tiempo que estuvimos hablando, Elijah y yo, me fijé en cómo Cameron hablaba con su madre. Le estaría dando una imagen mía superbonita, solo esperaba que esa mujer no me juzgara sin conocerme, aunque estando su hijo por medio, lo dudaba bastante, la verdad.

—Pero si está aquí la segunda mujer más bonita de la empresa —me dijo Megan, dándome un abrazo—. Es que la primera, soy yo.

—Ven aquí, españolita, dame un abrazo de los tuyos —me dijo Theo, a quien Martha no le quitaba el ojo, poniendo un gesto de disgusto, y así se lo hice saber a mi amigo, que inmediatamente se volvió hacia ella—. Martha, ¿qué tal si tú y yo vamos por algo de beber?

—¿Para qué vamos a movernos, si por ahí viene el camarero? —dijo ella orgullosa. Tenía la intuición de que le iba a costar media vida conseguir que confiara en él, pero debía seguir en su empeño, sin ninguna duda.

—Pareces tonta, hija mía. El muchacho lo que quiere es estar contigo a solas, susurrarte cosas bonitas, bailar pegadito a ti —le soltó Megan, mientras Martha la miraba asustada y Theo asentía con la cabeza.

—Que siga soñando. Este lo que quiere es llevarme a la cama, y ni borracha lo va a conseguir, para que mañana me diga que ha sido el alcohol, que nunca se había liado con nadie del trabajo y que no volverá a suceder… Y al final, acabaré como Atenea, cambiando de trabajo y con el corazón hecho trizas —soltó Martha, mientras las dos copas que había tomado comenzaban a hacer efecto en su lengua.

—Martha, hija, eres una bocazas —la reprendió Brandon, al que ese comentario no le había hecho nada de gracia.

—No la riñas, tiene razón, he sido una tonta y eso no se puede revertir. Pero lo que sí se puede cambiar es la percepción que tiene ella de Theo, porque no todos los hombres son iguales. Con él, te estás perdiendo la oportunidad de conocer a alguien increíble —le dije, dirigiéndome a Martha en esta última parte de la conversación.

—Puedes decir lo que quieras, pero dos que duermen en el mismo colchón, se vuelven de la misma condición. Y estos dos, el colchón y las mujeres los han compartido muchas veces, hazme caso —me contestó ella. Justo cuando iba a contestarle, Elijah me tomó del brazo y me giró hacia donde estaba hablando con su madre, ni siquiera me había dado cuenta de que ella estaba allí.

—Atenea, déjame que te presente a mi madre, ella es Bonnie.

—Encantada de conocerla, señora, y le pido disculpas por el numerito de antes. No me esperaba la reacción que ha tenido Cameron —le dije, atreviéndome a dirigirme a él por su nombre de pila.

—El gusto es mío y, déjame decirte que yo le hubiera dado una patada en sus partes nobles a cualquiera que se hubiera atrevido a hacerme un comentario así. Por lo que, con ese tortazo, te has quedado corta, querida —me dijo, cuando me dio un abrazo, y entonces vi que él venía derecho hasta nosotros.

—Le pido, por favor, señorita Álvarez, que cuando se dirija hacia mi persona, lo haga como el señor McLeod, de ninguna manera por mi nombre

de pila, eso solo lo hacen mis amigos —me soltó el muy idiota.

Capítulo 35



Cameron

No me entendía ni yo mismo, acababa de decir que la quería lejos de mí, y justo me dirigía hasta donde estaba ella. Aunque a mi favor, debo decir que allí, también se encontraban mis amigos y mi familia, así que no era por ella, era por los demás. Intenté convencerme a mí mismo.

Cuando escuché que se dirigía a mí por nombre, un escalofrío recorrió mi cuerpo, puesto que eso me hacía recordar las dos veces que lo había gritado mientras que un brutal orgasmo nos atravesaba a los dos. No me pude resistir a decirle lo que le dije.

—Yo no soy la señorita Álvarez, soy Atenea. Tenga la seguridad de que no voy a nombrarlo más. A partir de este momento, está muerto y enterrado para mí, así que le pido que no se dirija a mí ni me incluya en ninguna conversación. Ahora, si me disculpa, continuaré hablando con Bonnie y Elijah —me soltó, dándose la vuelta y dejándome allí con dos pares de narices.

—Vente, hija, me gustaría enseñarte algo y presentarte a mi marido, Alastair —le dijo mi madre, ensartando su brazo con el de ella, y sin ni siquiera mirarme a la cara.

—Definitivamente, eres gilipollas, te lo prometo. No sé si es que de pequeño te resbalaste de los brazos de mamá y caíste de cabeza o es que ya venías así de nacimiento —me soltó mi hermano, haciendo reír a Theo, que estaba a nuestro lado, mientras los demás se habían ido a la pista a bailar.

—Me parece que me lo pegaste tú cuando naciste. Porque si yo soy gilipollas, tú tienes que ser idiota, principalmente por dejarte embaucar por esa mujer, que folla como una diosa, pero es mala como el diablo —le solté sin pudor, la verdad es que ni yo mismo me reconocía.

—No sé cómo folla, ni pienso comprobarlo…

—Ya sé que eres gay, no entiendo qué tratas de ganar ocultándolo —lo interrumpí. Cuando me di cuenta de lo que había soltado, me di cabezazos mentalmente.

—Es mi vida privada y no te concierne en absoluto. Pero ahora mismo, lo que me ha quedado claro es que, ya no tengo hermano; el mío, se murió justo después de soltar ese comentario hiriente, sin importarle mis sentimientos.

»Últimamente, se te da demasiado bien eso, hacerles daño a las personas y jugar con sus sentimientos. Solo espero que, en ese odio hacia las

mujeres, no incluyas a mamá, porque si no, este gay te partirá la cara sin ningún miramiento. Ahora soy yo quien te pide que te mantengas alejado de mí y de Atenea, a quien pienso proteger como si fuera mi hermana. —Dicho esto, se dirigió hacia donde estaban mi madre y ella, esa a la que cada vez odiaba más, puesto que me estaba alejando de todos mis seres queridos.

—Maldigo el día en el que esa mujer se cruzó en mi camino, la odio con todas mis fuerzas —dije en voz alta, y entonces fue Theo el que me respondió.

—Dilo muchas veces, que igual te lo terminas creyendo. Intentas darle la vuelta a lo que sientes por ella, que es tan intenso, que prefieres transformarlo en odio antes de reconocer que te has vuelto a enamorar —me contestó, insistiendo de nuevo en el mismo tema.

—¿Enamorado, yo? ¿De esa mujer? No me hagas reír, por favor. Estaría bueno que me enamorara de la única mujer que me está alejando de todos mis seres queridos, antes me meto a cura —le dije bastante enfadado.

—Piensa en el motivo por el que todos estamos de su lado, y no del tuyo. Otra no hubiera aguantado que te follaras a otra mujer delante de sus narices, que le tiraras la caña sin importarte lo que ella estuviera sintiendo en ese momento. A pesar de eso, ella no te abandonó hasta que el contrato no estuvo cerrado.

—Y me hará perder miles de libras por culpa de no hablar en el momento en el que tenía que hacerlo, igual que hizo antes con el mismo contrato —le

reproché, pero me lanzó una mirada de ironía, que sabía de antemano, que llevaría asociado un comentario en el mismo sentido.

—Sabes demasiado bien por qué no lo hizo, no te vayas a hacer ahora el tonto, que no te pega.

—Aun así…

—Mira, no me interesa nada seguir con esta conversación, así que me marcho. Prefiero dedicar mi tiempo a conquistar a la mujer de la que estoy enamorado desde hace mucho, antes de que, por mis gilipolleces, me pase como a ti, y la pierda definitivamente. Nos vemos el lunes en la oficina. —Me dejó con la palabra en la boca, y me sentí como un tonto, al que nadie le hace caso, así que me di media vuelta y me marché.

Estuve un buen rato sentado en el coche, esperando que alguien viniera a buscarme, pero todos estaban alrededor de ella, que parecía ser la estrella de la fiesta, aunque mi madre había visto cómo me iba. Daba igual, ahí estaba su hijo perfecto, el que no dudaba en visitarla todas las semanas durante el tiempo en el que no estaba fuera por el trabajo. Durante ese tiempo, lo que hacía era una videollamada los domingos a la hora de comer en nuestra ciudad, a pesar de que donde estuviera fueran las tantas de la madrugada, solo para comer con ella. Él sí la quería, yo no, yo, con mis ausencias prolongadas, en las que ni siquiera la llamaba por teléfono, anteponía meterme entre las piernas de una mujer antes que hablar con mi madre.

Con todos esos pensamientos dando vueltas en mi cabeza, arranqué el coche, y me dirigí hacia una de las muchas discotecas de mi propiedad. Allí planeaba disfrutar de unas copas y tratar de llevar a alguna mujer atractiva a la cama, aunque no en mi casa. Por eso elegí una que se encontraba en la planta baja de uno de mis hoteles, donde siempre tengo una *suite* lista para mí.

Aparqué en las inmediaciones del hotel, en una zona que estaba reservada para el gerente y demás, y me dirigí a la puerta de la discoteca, donde estaba el portero de siempre. Me saludó con mucha amabilidad, todo lo que tenía de grande e inflexible, cuando tenía que serlo, lo tenía de amable y buena persona.

—¡Cuánto tiempo sin verlo, Cameron! ¿Qué tal todo? —se interesó amablemente.

—Mucho trabajo, chaval. Pero ahora vengo decidido a quitarme el estrés, de la mejor manera que sé —le contesté, y soltó una carcajada, puesto que sabía a qué me estaba refiriendo.

—Antes, he visto entrar a una morena que seguro que sabe muy bien cómo hacerlo. No creo que tenga problemas en conseguir que caiga a sus pies —me dijo riendo.

—Eso, eso, una morena, que tengo a una rubia en mente, que tengo que sacarla como sea —le dije, antes de entrar definitivamente, e irme directo

hacia el reservado que tenía, dejando la cortina abierta, para ver el material, cuando entró una camarera a atenderme.

Juro por Dios que en mi vida me había liado con nadie que trabajaba para mí, a excepción de Anabel en la República Dominicana, pero con ella lo hice para alejar a Atenea de mi lado, ahora lo iba a hacer para saciar mi hambre.

—¿Qué desea, señor McLeod? —me preguntó con una sonrisa. Era morena, con un pecho abundante y unas piernas de escándalo.

—Si te digo ahora mismo lo que deseo, te ruborizarías. Además, llámame, Cameron. ¿Eres nueva? ¿Cuál es tu nombre? Porque no llevas la chapa identificativa que llevan todos tus compañeros —le dije, sin dejar de mirar sus pechos.

—Mi nombre es Lorna, y sí, he empezado hoy, por eso no llevo la chapa, todavía no ha llegado la mía. Soy una de las personas designadas a atender los reservados —me contestó sin apartarme la mirada. Esta iba a caer esta noche, lo tenía claro.

—Lorna, buen nombre para gritar cuando tienes un orgasmo. Olvídate de quién soy ahora mismo, piensa que soy un cliente más. ¿Te vendrías conmigo a la cama? —le pregunté directo, no quería perder más el tiempo, esta noche, cualquier mujer me valía, y si ella no estaba dispuesta, tendría que buscarme a otra.

—Sí, porque me gustan los hombres que van al grano, que no se andan por las ramas cuando quieren proponerme algo —me contestó, mirando mi paquete descaradamente, ese que se había puesto duro con su respuesta y su mirada pícara.

—Suelta esa bandeja, esta noche ya no trabajas más, ahora mismo aviso al encargado —le dije, mientras le enviaba un mensaje de voz al gerente de la discoteca, informándole que me la llevaba para que me atendiera en una fiesta privada en mi *suite*. Y vaya, sí que me iba a atender, porque no tenía intención de dejarla ir hasta que estuviera completamente saciado.

Capítulo 36



Atenea

—Vamos, hijo, le presentaremos a Atenea al resto de la familia, así ya no se sentirá desubicada en los siguientes eventos —le dijo Bonnie a Elijah, ignorando por completo la disputa que habíamos tenido Cameron y yo hacía tan solo unos instantes.

Nos estuvimos paseando durante un buen rato, durante el cual vimos a Cameron cómo se montaba en su coche y, tras pasar un tiempo, arrancó y se marchó de la fiesta. Llegamos hasta un grupo de personas, y Elijah me advirtió que, entre ellos, estaba su famoso primo Alfred.

—¿Qué tal primo? ¿Cómo va todo? —se dirigió a él Elijah, con mucha guasa. Cuando se dio la vuelta, para saludarnos a ambos, no pude evitar que me saliera una sonrisa. No tengo palabras para describir a esa persona, solo os puedo decir que tenía la cara muy rara. Era como si Golum, el del tesoro del *Señor de los Anillos*, y E.T. hubieran copulado juntos, y de esa unión hubiera nacido Alfred.

—Aquí, estoy, dispuesto a comérmelo todo —le respondió, alzando las cejas repetidamente, y tuve que hacer un esfuerzo titánico para no soltar una carcajada.

—Eso es bueno, sobrino, que vengas con apetito —le soltó Bonnie con mucho arte, intentando buscarle la lengua—. En aquella mesa de allí, hay un surtido de carnes exquisito.

—Tía, a ver cómo te lo explico sin sonar vulgar… Digamos que yo… no es ese tipo de comida a lo que me refiero, sino que más bien a mí me gustaría llevarme algo caliente a la cama —contestó, repitiendo el alzamiento de cejas, que en él, todavía se veía más ridículo.

—Uy, Alfred, cariño mío. Tengo la leve impresión de que lo único caliente que te vas a llevar a la cama va a ser la taza de leche con cacao que te tomas antes de dormir —le aclaró Bonnie, con todo el arte del mundo, y ahí ya sí que no pude resistir la carcajada que solté. Afortunadamente, todos rieron, incluido Alfred, que estaba doblado de la risa.

—Tía Bonnie, joder, que tan feo tampoco soy —le dijo él, y entonces las carcajadas todavía fueron más fuertes.

—Di que no, Alfred, que solo eres un poquito molesto para la vista —dijo Elijah, que tampoco tenía guasa ni nada.

—Mi belleza es picassiana, todo el mundo no sabe apreciarla. —Fue la respuesta de Alfred, que debía tener la autoestima por las nubes.

La velada terminó siendo fantástica, aunque en un momento de la noche, tanto Martha como Megan, vinieron a hablar conmigo, y les tuve que explicar todo lo que había pasado en la República Dominicana, y la decisión que tomé. Así como mi encuentro fortuito con Elijah en el avión, ese que me puso el destino en el asiento de al lado para hacer mi vida un poquito más fácil.

—¿Te lo has pasado bien, preciosa? —me preguntó Elijah en cuanto me monté en su coche de regreso a mi casa.

—Al final, fue un acierto el que me quedara. Tu madre es fantástica y tiene un amplio sentido del humor. Si fuera mi madre, no tendríamos el carácter tan parecido. Me ha caído genial —le contesté, dándole un beso en la mejilla.

—Mañana te dejo descansar, pero el lunes, estaré aquí a primera hora, antes de las nueve, casi con total seguridad. Tenemos que pasar por la oficina de la agencia a recoger unos documentos y conocer los detalles de la próxima campaña que empezará el miércoles. Así que, ves preparando una pequeña maleta con ropa para varios días —me dijo, y yo lo anoté mentalmente.

—¿Dónde será esta campaña? ¿Muy lejos de aquí? —pregunté, deseosa de saber a dónde viajaríamos.

—Vas a tener suerte, esta será por aquí, cerquita, creo que en los alrededores del lago Ness, pero el lunes lo confirmaremos todo —me contestó, y se bajó para ayudarme, puesto que se me podía enganchar un tacón en el vestido. Se despidió de mí con un abrazo y un beso en la mejilla, deseándonos buenas noches y un buen descanso.

Cuando entré por la porta de mi casa, lo primero que hice fue lanzar los zapatos lo más lejos posible, puesto que me dolían los pies una barbaridad. Me quité el vestido, deshice el peinado y me metí en la ducha. El agua calentita me vendría muy bien para desentumecer mis músculos, los que estaban agarrotados de la tensión de la noche.

Mientras que caía el agua, no podía dejar de pensar en la mala suerte que había tenido de que Elijah fuera el hermano de Cameron, y en cómo sus palabras fueron dardos envenenados, que lanzó directamente a mi corazón. No entendía cuáles eran las razones que tenía para tratarme así, puesto que en ningún momento había demostrado interés por su dinero o posición, mientras que él solo se había dedicado a humillarme y hacerme sentir mal. Sin poder remediarlo, las lágrimas acudieron de nuevo a mis ojos. Estaba empezando a plantearme volver a España con mis padres, puesto que aquí ya no pintaba nada, y necesitaba el cariño de los míos. Me daría una tregua de unos meses, y si todo seguía igual, volvería a mi casa.

El domingo lo pasé en casa, pero a la hora de comer, recibí una visita que me hizo muchísima ilusión, a pesar del acercamiento que había tenido con Cameron la noche de la fiesta.

—Traigo comida basura —dijo Theo al abrirle la puerta, enseñándome una bolsa de papel que llevaba en la mano.

—Justo lo que necesito tras un día de mierda como el de ayer —le dije, dejándole paso y cerrando la puerta tras él. La llevó al salón, donde nos sentamos alrededor de la mesita baja que tenía, encima de unos cojines.

—Sé que no quieres saber nada de él, pero esto tengo que hablarlo contigo, escúchame, por favor.

—No es que no quiera, es que me hace mucho daño, ya lo viste ayer. ¿Crees que me merecía esa sarta de insultos que me dedicó nada más llegar? Contesta sinceramente, te lo suplico, porque por muchas vueltas que le doy, sigo sin saber cuál es el motivo de tanto odio hacia mi persona.

»Verás, que yo no digo que tenga que quererme o enamorarse de mí, que en el corazón no se manda, pero tampoco que me humille nada más verme —le hablé, con mis ojos inundados de lágrimas, de nuevo, y eso que me había prometido a mí misma no volver a llorar por ese hombre.

—Como está claro que no te lo va a explicar, déjame que te lo cuente yo, pero antes, y contestando a esa pregunta que me has hecho, no, no te mereces el trato que te da, de ninguna de las maneras. Aunque, el motivo lo vas a entender ahora mismo —me contestó, limpiando con su pulgar las primeras lágrimas que empezaban a descender.

—Pues empieza de una vez, porque me voy a volver loca.

—Cameron, estando en la universidad, se enamoró locamente de una chica, y estuvieron juntos varios años. Él asumió todos los gastos, ya que ella contaba con una media beca debido a la situación económica de su familia y no podía sufragar los costes de sus estudios. Para poder cubrir sus estudios, se puso a trabajar como camarera y en cualquier empleo que le salía.

»Cuando conoció a Cameron, y empezaron a salir, ella le confesó que iba a tener que dejar la universidad porque necesitaban el dinero en su casa, y con lo que ella ganaba no le llegaba. le propuso que dejara de trabajar, asegurándole que él se encargaría de los gastos. Juntos buscaron un apartamento y se mudaron, con planes de casarse una vez que terminaran la carrera, ya que ambos se unirían al negocio familiar de los McLeod.

»Sin embargo, en el último año, a pocas semanas de finalizar el curso y de que ambos emprendieran la vida que habían planeado, Cameron regresó de clase y se encontró con que ella estaba saliendo, con sus maletas. Le dijo que lo dejaba, que el tiempo que habían estado juntos había sido fantástico, puesto que con él había follado y disfrutado de la vida como con nadie, pero que no estaba enamorada de él.

»Cameron se quedó en *shock*, analizando todo lo que le había dicho. Cuando le preguntó por sus planes, ella, con cinismo, le respondió que si iba a casarse sin amor, preferiría hacerlo con alguien realmente rico que la tratara como una reina, en lugar de con un hombre que la obligara a trabajar, aunque fuera en una oficina —me relató Theo.

—¿Se largó así, sin más, después de todo lo que había hecho por ella? —pregunté atónita, puesto que no me lo esperaba.

—Exactamente, eso hizo, pero ahí no quedó la cosa. Dos meses después, se casó con un compañero nuestro de la universidad, con el que al parecer, se acostaba mientras estaba con Cameron, y que tenía una fortuna amasada que no gastaría ni en diez vidas que viviera.

»Tuvieron un hijo, y al año de nacer, se separaron. Ella le dijo que si quería la custodia del niño, tenía que darle una manutención cuya cifra lleva muchos ceros, para poder seguir con el mismo tren de vida, y una casa acorde a su estatus, de cuyos gastos también tendría que hacerse cargo él.

»Y así vive, de rico en rico, sacándole el dinero a todo el que se cruza con ella, de un modo u otro. Cabe decir que no ha vuelto a ver a su hijo, que sigue con su padre, puesto que a él el dinero no le suponía nada y solo quería la felicidad del niño, y con su madre no la iba a tener.

Me quedé a cuadros con la historia, estaba claro que le había marcado, y mucho, pero no todas las mujeres éramos iguales, y eso tenía que entrarle en la cabeza, o no sería feliz en la vida.

Capítulo 37



Cameron

A pesar de que la chica que me llevé esa noche a mi *suite* del hotel era un bombón, mis pensamientos estaban completamente centrados en Atenea. Por esta razón, a pesar de mis esfuerzos por disfrutar de su compañía y de su físico, no logré hacerlo como solía hacerlo en otras ocasiones.

—Creo que será mejor que te vayas, me gusta dormir solo —le dije en cuanto terminamos el primer asalto, no me veía con fuerzas ni ganas de ir a por un segundo asalto.

—Pues sí que ha sido rápido, chico. Está bien, ya me voy. Por lo menos no tendré que volver a la discoteca a trabajar hasta mañana —me contestó, con mucha chulería.

—Te agradecería que te dirigieras a mí de una manera más educada. Que no se te olvide que, aunque sea de manera indirecta, sigo siendo tu jefe —le

dije, malhumorado, puesto que consideraba una falta de respeto la forma en la que me había hablado.

—¿Sabes qué es algo que realmente me repatea? Que las personas con dinero se sientan con el derecho de humillar a quienes no lo tienen. Si querías que me dirigiera a ti con respeto, no haberme tirado la caña desde el minuto uno que entré en ese reservado. Mirándome descaradamente el pecho y mostrándome lo duro que estabas. Para la próxima vez que vayas a liarte con una de tus empleadas, tenlo en cuenta antes. —Terminó de vestirse y se largó, dando un sonoro portazo.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué tenía ese desasosiego interior que me obligaba a tener esas actitudes tan chulescas? Empecé a plantearme seriamente solicitar ayuda psicológica, puesto que pensaba que Theo tenía razón y necesitaba ayuda, o mi vida se iba a convertir en un infierno.

Me levanté de la cama y me dirigí al baño, para disfrutar de una ducha calentita antes de dormir, ya que no pensaba volver a mi casa esa noche, no en este estado. No estaba en condiciones de conducir, y no pondría jamás ni mi vida ni la de los demás en peligro.

Mientras me duchaba, recordé todos los comentarios que me habían hecho mi madre y mi hermano, especialmente los de este último, quien no dudó en afirmar que estaba muerto para él después de que me pasara diez pueblos con mi contestación. Lo llamaría para comer con él y pedirle disculpas, así como para advertirle sobre la persona que había contratado

como asistente personal. Era crucial mantenerla alejada de mi familia, ya que, de lo contrario, podría convertir mi vida en un verdadero infierno.

Con ese pensamiento, me metí de nuevo en la cama completamente desnudo, pues nunca me había gustado dormir con ropa, ni siquiera la interior. Por eso, antes de entrar en el baño había avisado al servicio de habitaciones para que me cambiaran las sábanas, lo cual hicieron mientras estaba en la ducha.

Un nuevo día estaba naciendo, y ya llevaba yo un buen rato levantado. Me había cambiado de ropa, puesto que como la *suite* era mía, tenía varias prendas de cambio allí, por lo que pudiera pasar. Envié mi chaqueta y mi *kilt* al tinte. Hasta ahora no me había dado cuenta de que entré en la discoteca de esa guisa, madre mía, el ridículo que había hecho cuando la gente me debió ver vestido así.

«*Elijah, me gustaría hablar contigo y disculparme. ¿Podemos vernos?»,* le escribí un mensaje a mi hermano. No quería llamarlo por si acaso, todavía estaba dormido, pero me llamó al instante.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás enfermo? No es muy propio de ti llamar a nadie para ofrecerle una disculpa —me dijo nada más descolgar el teléfono, con toda la ironía del mundo, que, por otro lado, era muy característico de él.

—Estás muy gracioso, tú, ¿acaso has comido payaso para desayunar? —le contesté, bastante enfadado, por cierto, que era el estado de ánimo más

común en mí últimamente.

—Dime ya lo que quieres, Cameron, que no tengo ganas de perder el tiempo.

—Ya te lo he dicho en el mensaje, me gustaría que nos viéramos, en un lugar neutral. Ni tu casa ni la mía, tampoco en ningún lugar que tenga relación con ninguno de los dos —le contesté, bajando un poco el tono, o la cosa iba a terminar antes de empezar.

—Está bien, hay una cafetería a medio camino entre tu casa y la mía. Te mando la ubicación y nos vemos allí en media hora.

Colgó la llamada, y me envió los datos del lugar, tal y como me había dicho. Estaba a escasos veinte minutos andando desde donde me encontraba, y como necesitaba despejarme, dejé el coche aparcado en el hotel y me fui dando un paseo, ya volvería por él más tarde.

—Buenos días —me dijo mi hermano en cuanto llegó hasta donde yo me había sentado, puesto que llegué cinco minutos antes que él.

—Buenos días, Elijah, ¿qué te apetece tomar? —le pregunté en el tono más amable que me salió, cuando llegó el camarero.

—Un café con leche y un bollo —respondió. Yo ya tenía mi café en la mesa, puesto que lo pedí nada más llegar, y de comer no me entraba nada —. Pues, tú dirás para qué me has hecho venir.

—En primer lugar, me gustaría pedirte disculpas por lo de anoche. Mi comentario sobre tu inclinación sexual estaba totalmente fuera de lugar.

—¿Solo eso estuvo fuera de lugar? Vamos, Cameron, no me jodas. Sabes que te quiero con toda mi alma, que siempre has sido un referente para mí, pero últimamente no te conozco, no eres tú, y con Atenea te equivocas por completo —me contestó, sacando ese otro tema que quería hablar con él.

—No me estoy equivocando con ella, y te ruego que la apartes de tu vida. Está claro que, no pudiendo atarme a mí, se ha lanzado a ti de cabeza, y como tú no tienes maldad, la has creído al cien por cien.

—Asegúrame que todo lo que me ha contado es falso, y te creeré. Dime que no te acostaste con ella en el baño de una de tus discotecas en España, haciéndote pasar por otra persona. Dime que no intentaste dejarla por mentirosa cuando te reconoció, y que, después de librarte de una considerable pérdida económica, no le advertiste que no se extralimitara en sus funciones… ¿Sigo o ya tienes bastante? —me contestó, y me quedé blanco, puesto que todo lo que me había dicho era verdad.

—No puedo decirte lo contrario, porque es cierto, pero eso no quita que ella no sea la persona que piensas que es —respondí, agachando la cabeza, cuando por detrás de mí apareció la persona que menos me esperaba.

—Señor McLeod, estoy cansada de que hable mal de mí, cuando lo único que he hecho ha sido velar por sus intereses y por su empresa. He

aguantado humillaciones de todo tipo, y ahora parece que también le molesta que su hermano sea mi amigo. ¿Qué clase de persona soy yo, según su criterio? ¡Venga, tenga los santos cojones de decírmelo a la cara! —me gritó, con lágrimas de rabia e impotencia en sus ojos, y no fui capaz de articular una sola palabra.

»Me lo suponía, no lo puede decir nada porque no me conoce, no sabe cómo soy. Qué me gusta o qué me hace daño, ya que dos polvos mal echados no dan para tanto, pero no se preocupe, usted gana, me marcho de Inverness…

Capítulo 38



Atenea

Me llevaban los demonios, pero ya no estaba dispuesta a soportar más humillaciones; había alcanzado mi límite y no podía continuar así. Esa misma mañana había recibido una propuesta a una solicitud que envié antes de firmar con Elijah, y la iba a aceptar. Tenía plazo hasta mañana para responder, pero lo haría tan pronto como llegara a mi casa.

—Tú no te vas a marchar a ninguna parte —me dijo mi amigo, mirando a su hermano de una manera que daba hasta miedo.

—Lo siento, Elijah, pero no puedo consentir más humillaciones por su parte. Me marcho a Glasgow mañana mismo, me han hecho una oferta de trabajo allí. Necesito alejarme de él, de su toxicidad y de su misoginia —contesté llorando de la rabia que sentía.

—¿Me acabas de llamar misógino? Porque eso sí que no lo voy a consentir, de ninguna de las maneras. —Se levantó y se enfrentó a mí, pero

yo no me pensaba amilanar, ni mucho menos.

—Lo consientas o no, eso es lo que eres, o, por lo menos, lo que estás demostrando conmigo. No soy un pañuelo ni un juguete al que puedes tirar y destrozar cuando te dé la gana. Además, no estaba hablando contigo.

»Elijah, corazón mío, siempre voy a estar para cuando tú lo necesites, aunque sea con una llamada de teléfono, pero comprende que no puedo más, que esto me va a costar una enfermedad. Llevo varios días que no tengo fuerzas ni para levantarme de la cama.

»Lo siento de verdad, pero nuestro contrato se anula. —Le di un beso en la mejilla y me di la vuelta hasta mi casa. Mi paseo se había terminado, tenía que organizar una nueva mudanza.

Los dejé a los dos discutiendo, pero ni quería ni podía entrar más al trapo de Cameron, tenía una nueva vida por delante, lejos de él y de todo lo que lo rodeaba. Iba a llamar a Theo, para explicarle lo sucedido, y para ver si él me podía ayudar a buscar casa allí, puesto que había aceptado el puesto y tendría que estar en Glasgow a mediados de semana.

—Hola, preciosa, ¿ocurre algo? —me contestó como siempre que lo llamaba, se había convertido en un buen amigo que no quisiera perder.

—Hola, guapetón. ¿Puedes venir a mi casa? Me gustaría hablar contigo de una cosita y pedir tu ayuda.

—Dame media hora, aviso a Martha de que la recogeré más tarde, y voy para allá.

—No hace falta, recógela y venís juntos, así ella también se entera y me ahorro tenerlo que contar dos veces —le dije riendo, y quedamos en eso, en que pasaba a recoger a mi amiga y venían a mi casa.

Organicé la casa y comencé a guardar todo nuevamente en la maleta, así como en las cajas que había traído a esta casa que, afortunadamente, todavía estaban apiladas detrás del sofá, ya que no me había acordado de tirarlas.

Tenía todo listo, puesto que no me había dado tiempo de comprar nada desde que estaba allí, tan solo tenía lo que me había llevado de España y poco más, cuando llamaron a la puerta.

—Hola, preciosa mía —me dijo Martha, dándome un beso en la mejilla nada más que abrí la puerta.

—Hola, guapa, y guapo. —Esta vez me dirigí a Theo, que me miraba con una sonrisa.

—¿Qué tal va todo, bonita? —me habló, dándome un beso, igual que había hecho su chica momentos antes.

—De culo, así va. Pero sentaros y hablamos más tranquilos. Voy a por unas cervecitas y unas patatas chip para amenizar mi relato —solté sonriendo, y encaminé mis pasos hacia la cocina, desde donde los pude ver en actitud muy cariñosa el uno con el otro.

—¿Te echamos una mano?

—Ya estoy aquí, no hace falta —contesté poniendo todo en la mesa baja del salón, esa que echaría de menos cuando me marchara—. A ver por dónde empiezo…

—Tranquila, sabes que puedes contar conmigo para lo que sea —me dijo Theo, tomando mis manos entre las suyas.

—Esta mañana tuve un nuevo encontronazo con Cameron, bastante desagradable, por cierto, y me marcho. He encontrado un buen trabajo en Glasgow, y he decidido dejar todo atrás, porque os prometo que ya no puedo más.

—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó Martha, temerosa por si se había equivocado haciéndome esa pregunta— Perdona, si no quieres hablar de ello, estás en todo tu derecho.

—Si no quisiera hablar de ello, no os habría llamado. A ver, todo empezó cuando decidí bajar a dar un paseo, ya que la cabeza me iba a estallar. Había recibido una oferta laboral, esa que ya he aceptado, y necesitaba pensar qué hacer, puesto que, por otro lado, me daba mucha pena separarme de Elijah.

»Al llegar a una cafetería, no muy lejos de aquí, vi a Elijah y me acerqué a saludarlo, sin fijarme en quién estaba con él. Cuando estaba más cerca, me di cuenta de que era Cameron, y que volvía a lanzar mierda sobre mi persona, otra vez… —les conté a ambos la conversación, con pelos y señales, y la cara de asombro que mostraron era increíble.

—No sé qué coño le pasa a este hombre últimamente. Lleva una cara más agria que si le estuviera dando un lametazo a una tubería —dijo Martha, con incredulidad.

—El caso es que me marcho, pero no conozco nada ni a nadie en Glasgow, y necesito vuestra ayuda, para poder establecerme allí —les dije a ambos, pero principalmente a Theo, que podía ser mi salvador.

—No te preocupes por eso. El tema del alojamiento lo vas a tener solucionado, tengo una casa vacía allí, era de mis abuelos, y me la dejaron en herencia, pero no la he usado desde que fallecieron. Una señora va una vez a la semana para limpiarla y mantenerla, pero nada más, así que te la cedo. De este modo, podremos ir a visitarte a menudo y estará más cuidada contigo allí —me dijo Theo, dejándome totalmente asombrada.

—Vale, pero me la alquilas, así no me sentiré una okupa —le respondí, mientras él negaba riendo.

—De eso nada, tú solo te ocuparás de cambiar a tu cuenta los suministros, y de dar de alta la fibra allí, ya que mis abuelos no tenían y yo, como no voy, tampoco la he puesto, pensaba que era un gasto innecesario. Con eso, está más que pagado el alojamiento.

»No me repliques, porque no pienso ceder, así que ya sabes, vamos a montar las cosas en mi coche, que está abajo, y vamos tirando hacia allí, que es un trayecto un poco largo, más si paramos a comer por el camino,

que lo haremos —me dijo Theo, que se levantó para llevar los botellines a la basura y lavar el cuenco de las patatas chip.

—El casero me ha dicho que, si me marcho antes del lunes, me devuelve el mes y la fianza, puesto que solo he estado dos días aquí, pero que lo hará cuando compruebe que todo está en perfecto estado —les dije mientras dejaba las llaves en el buzón y avisaba al propietario.

Afortunadamente, el coche de Theo era grande, lo que permitió que todo se acomodara sin dificultad en el maletero, evitando así la necesidad de hacer múltiples viajes. De no haber sido así, habría optado por llevar la maleta y enviar el resto por mensajería. A mis padres también les avisé del cambio de planes; menos mal que todavía no habían ido a enviar lo que dejé empaquetado, que lo harían la semana siguiente, en cuanto me hubiera asentado en Glasgow.

Fueron casi cinco horas de viaje porque, aunque Glasgow está a poco más de tres horas de Inverness, paramos en uno de los pueblos que encontramos de camino para comer, y en una gasolinera a llenar el depósito y pasar por el servicio. Pero ya estábamos allí, delante de esa preciosa casita.

La casa estaba situada en Merchant City, muy cerca de George Street, y era realmente una preciosidad. De una sola planta, y contaba con un pequeño jardín delantero, al que se accedía a través de una verja. En la entrada había un porche cubierto, que sería las delicias de todo el que viniera, sobre todo en invierno, en donde se podría ver el transcurrir de las personas sin pasar frío. La cocina era amplia y se abría hacia el salón y un

comedor informal, todo decorado en tonos blancos y grises que aportaban una luminosidad espectacular. A lo largo del pasillo, había tres puertas: una conducía al dormitorio principal, que incluía un vestidor y un baño; otra era un baño pequeño para invitados, y la tercera era un despacho que podía transformarse en un cuarto de invitados, ya que contaba con un sofá cama.

—Es preciosa, Theo, y se nota que la habéis reformado hace poco —le dije a mi amigo, dándole un beso en la mejilla y un abrazo.

—Eh, tú, que corra el aire —me dijo Martha sonriendo, pero se puso roja como un tomate cuando se dio cuenta de lo que había dicho.

—Solo te quiero a ti, preciosa, así que no temas por ninguna otra —le dijo Theo, que le dio un breve beso en los labios, ese que mi amiga no se esperaba y que fue el primero entre los dos.

Se quedaron a pasar la noche allí, ya que era demasiado tarde para regresar cuando terminamos de colocar todo. Antes no habían querido marcharse, así que lo harían a la mañana siguiente, puesto que Theo ya había avisado a Cameron de que habían tenido que hacer un viaje urgente y que no volverían hasta pasadas las diez, a lo que su socio no dijo absolutamente nada.

Capítulo 39



Cameron

Sus palabras me llegaron al alma, sobre todo después de escuchar lo que le dijo a mi hermano, ese que seguía a mi lado, mirándome con cara de pocos amigos.

—¿Vas a continuar así? —me preguntó después de estar unos minutos en silencio, recordando sus palabras una a una.

—No sé a qué te refieres, si es a mantenerme en silencio, estoy esperando a que tú empieces con tu perorata sobre lo equivocado que estoy con esa mujer.

—En silencio te puedes quedar el resto de tu vida, para lo que dices, más vale que te mantengas callado —me respondió con rabia —Solo dices sandeces, una detrás de otra. ¿Dónde has escondido al sabio de mi hermano? Ese que siempre tenía la palabra correcta y era educado con todo el mundo, ¿dónde lo tienes?

—Soy el mismo, solo que no dejo que ninguna mujer entre en mi corazón, sobre todo cuando son como ella, una trepa que solo quiere mi dinero.

—Dame un solo argumento que me demuestre eso que me estás diciendo, uno solo, y te juro por mi vida que no te volveré a hablar más del tema. ¿Te ha sugerido que le compres o le pagues algo que no te correspondía como jefe? ¿Ha hecho alguna referencia a que quiere comprar una joya o algo de elevado valor y que no puede hacerle frente? ¡Dime algo, joder! —Me increpaba, porque a todo le decía que no con la cabeza.

—No puedo decirte a nada que sí, porque estaría mintiendo. Pero no son sus palabras, son sus actitudes ante determinadas cosas las que me ponen en alerta.

—Bueno, pues dime qué actitudes, porque yo lo único que veo es a una persona que se ha enamorado de ti, y que ha hecho lo que ninguna otra había hecho hasta ahora, luchar a tu lado por la empresa que le ha dado trabajo. —Me volvió a decir, aunque esta vez había bajado el tono bastante, intentando comprenderme.

—Eso mismo, ¿qué persona, en su sano juicio, se enamoraría de otra al instante? ¿Quién lucharía por una empresa que no es suya si no es porque intentará en un futuro sacar tajada de ella? —le dije, como el que da algo por hecho, que todos los que están a su lado lo tendrían que ver igual de claro que él.

—Una persona luchadora, Cameron, que no se conforma con hacer su trabajo medianamente bien, sino que quiere llegar a la perfección, a la excelencia, ni más ni menos. Y en cuanto a enamorarse de repente, existe el flechazo, el amor a primera vista, y lo sé porque yo lo he sufrido en mis carnes.

—Eso son tonterías, no está demostrado científicamente, así que no me lo creo.

—Tú estás tan enamorado de ella como ella de ti…

—Estás loco si piensas eso, no la quiero cerca de mí ni de los míos —respondí de nuevo, bastante enfadado porque todos lo daban por supuesto, cuando no era verdad.

—Te voy a pedir que hagas una cosa por mí, solo una. Ven conmigo a una terapia con mi psicóloga, asiste a una sola sesión. Si no te convence, no vayas más, pero necesitas ayuda, y a ser posible, pronto —me suplicó, cogiéndome las manos.

—Está bien, pero antes dime cuál es el motivo por el que asistes tú a esa consulta psicológica, porque tengo que decirte que me has dejado preocupado con esa afirmación. A no ser que lo hayas hecho para que vaya yo, y lo tuyo sea mentira. —Y otra vez volvía mi lado más mezquino a salir a la luz.

—Créeme cuando te digo que nada más lejos de la realidad, puesto que llevo asistiendo a terapia más de dos años, aunque no lo sabe nadie, ni siquiera mi agente —me contestó.

—Sigo sin saber el motivo, y estoy esperando a que me lo cuentes. —Seguía insistiendo en el tema, y es que necesitaba saberlo. Tenía que ponerme en la piel de mi hermano y comprender cuáles eran sus razones.

—Cuando descubrí mi homosexualidad, lo pasé bastante mal, puesto que, en mi mundo, digamos que no está muy bien visto, y me negaba a aceptarlo. Por eso no se lo he dicho a nadie, ni siquiera a mamá, por miedo a defraudaros. Papá se marchó de este mundo sin saberlo, y no sé si alegrarme por ello o no.

»Tengo la intención de hablar con mamá sobre esto en un futuro cercano. La psicóloga me ha ayudado a entender que no hay nada de malo en lo que siento: de hecho es todo lo contrario. Me ha hecho ver que no todas las personas son homogéneas, ni en sus virtudes, ni en sus defectos. —Mientras me lo contaba, no pudo evitar que se le escapara alguna lágrima.

—Eso es una tontería, Elijah, somos tu familia y te vamos a querer y a apoyar siempre. Que pienses en lo de papá, ya no tiene sentido, porque ya no está y no hay manera de dar marcha atrás. En cuanto a mamá, ella lo sabe, fue la que me lo dijo a mí, solo está esperando a que tengas las fuerzas necesarias para abrirte a ella.

—Cuando me pasó lo de mi asistente, también lo pasé muy mal, y en Atenea había encontrado a mi persona vitamina, pero me he vuelto a quedar

solo.

—¿Quieres contarme lo que pasó? Si no eres capaz, no pasa nada, hazlo cuando te sientas preparado.

—No tengo problema en contártelo, ahora ya no. Era mi pareja, además de mi asistente. Tuvo un episodio de celos con una de las modelos con la que trabajaba, e iluso de mí, pensé que era por mi parte. Cuando fui a decirle que no tenía de qué preocuparse, me los encontré follando.

»Él es bisexual, y había estado conmigo por dinero, ya que luego me di cuenta de muchas cosas más, pero no lo hablé con él. Me callé y me di la vuelta, enviándole un correo para decirle que se había terminado todo entre nosotros. Tanto la relación personal como la laboral, adjuntándole también una foto del momento, y lo bloqueé.

—Joder, Elijah, no tenía ni idea de nada. —Salió de mi corazón darle un abrazo.

—En el avión de vuelta de la última campaña, mi asiento estaba junto al de Atenea, que no paraba de llorar. Me contó su historia contigo, y como se había sentido humillada por tus actos, sin saber que yo era tu hermano ni yo que se estaba refiriendo a ti. Yo le conté la mía, os pusimos verdes, y cambiamos las lágrimas por las risas.

»La voy a echar mucho de menos, espero que me permita mantener el contacto, aunque sea telefónico, pero la comprendo. Me pongo en sus zapatos y no sé si hubiera tenido el valor de aguantar tantos desprecios del

hombre del que estoy enamorado, es normal que intente poner tierra de por medio.

»Mañana la llamaré para ver si podemos quedar para comer juntos y así despedirme de ella en condiciones, quiero hacerle un regalo. Como puedes comprobar, también hay hombres interesados, y a mí me tocó uno, pero no por eso voy a dejar de confiar en el amor ni buscar a la persona que me complemente —me contestó, y no supe qué decir, tan solo me limité a darle un fuerte abrazo y un beso en la coronilla, había crecido, pero siempre seguiría siendo mi hermano pequeño.

—Está bien, voy a asistir a terapia con un psicólogo, solo te pido que sea un hombre, y por lo que me has contado, la tuya es una mujer. No quiero caer en la tentación de tener relaciones sexuales con ella, y echar a perder todo —le dije, bastante serio, pero él se echó a reír.

—Ah, si es por eso, no te preocupes, es lesbiana. Pero su hermano también trabaja en la consulta, si quieres, puedo hablar con él y decírselo.

—Te lo agradecería, me sentiría más cómodo abriendo mi corazón y sacando mi lado misógino con un hombre, de otra forma, me sentiría demasiado cohibido. En cuanto a Atenea, no te voy a decir que te alejes de ella si no lo sientes así, pero te agradecería que no me hablaras nada de ella. La necesito fuera de mi vida en todos los sentidos, y el oír, solo su nombre, me crea desasosiego interior —le pedí, tenía que aprender a dejar que los demás cometieran sus propios errores.

Nos despedimos con un abrazo y otro beso, y me marché de nuevo al hotel, para recoger mi coche. Esta vez me iría directamente a mi casa. Cuando estuviera mejor iría a hablar con mi madre, pero necesitaba mi tiempo y mi espacio.

Capítulo 40



Atenea

Llevaba ya dos meses en Glasgow y, por primera vez en mucho tiempo, era feliz. Mantenía el contacto con Theo y Elijah, lo que me permitía seguir en comunicación con el resto del grupo. Además, continuaba hablando semanalmente con mi amiga Ana. Mi trabajo consistía en ser la asistente y secretaria del dueño de un concesionario de coches de lujo. A diferencia de lo que habría hecho con Cameron, no tenía que viajar, pero me gustaba. Mis compañeros no podían ser mejores, y mi jefe, un viejito de carácter algo gruñón, como yo le decía, se reía mucho de mis ocurrencias, lo que hacía que el ambiente laboral fuera aún mejor.

Archie Murray, que así se llamaba mi jefe, tenía sesenta y siete años, de los cuales, llevaba cuarenta casado con Blair, su esposa, pero no habían tenido hijos. Ambos eran hijos únicos, así que no tenían más familia que el uno al otro. Eran adorables, aunque Archie, ya que no me dejaba que le llamara señor Murray, era un poquito cascarrabias, pero le había cogido mucho cariño. No eran pocas las noches que tanto él como su mujer me invitaban a su casa a comer, donde yo acudía encantada.

—¿Te pasa algo, Atenea? Te has puesto blanca en un instante —me dijo mi jefe, en cuanto me vio, y es que me había levantado un poco revuelta esa mañana.

—La verdad es que no me encuentro muy bien, Archie, creo que… —No me dio tiempo a terminar la frase, porque tuve que salir corriendo al primer baño que encontré, vomitando hasta la primera papilla que me dio mi madre.

—Ahora mismo nos vamos al médico, voy a llamar al chófer, y no acepto un no por respuesta —me dijo Archie, cogiendo el móvil para hacer esa llamada, pero tampoco rechisté, primero porque no me encontraba con las suficientes fuerzas, y segundo porque sabía que sería inútil, cuando a este hombre se le metía algo en la cabeza, no cejaba en su empeño hasta conseguirlo.

—Gracias. —Fue lo único que pude pronunciar, dado que otra arcada me vino a la boca, vomitando de nuevo.

—No digas paparruchas, niña, que sabes que te quiero como si fueras mi nieta. Venga, vamos, que ya he llamado a Blair para que nos dé encuentro en el hospital.

El trayecto hasta el hospital lo hice con la cabeza casi por fuera de la ventanilla del coche, con el aire dándome en la cara. Afortunadamente, no duró más de diez minutos, puesto que, en cuanto me bajé del coche, volví a

vomitar de nuevo. Me estaba quedando sin fuerzas, por eso Archie se apresuró a buscar una silla de ruedas, esa que traía un enfermero.

—Ay, mi niña, ¿qué te ocurre? —me dijo Blair en cuanto que me vio.

—Llevo desde ayer así, Blair, pero hoy es todavía peor, no paro de vomitar y ya no me encuentro con fuerzas —contesté a media voz.

—Sabes lo que te digo, que en cuanto que salgas de aquí, te vienes con nosotros a casa, no te vamos a dejar en tu casa sola para que te pase algo, de eso nada.

—Está bien, pero solo hasta que me encuentre mejor, unos días —le dije sonriendo.

—Bueno, bueno, ya lo veremos. Lo principal es que te vea un médico y que tengamos un diagnóstico. Cuando te lo den, hablaremos de nuevo —dijo ella sin dar su brazo a torcer.

Estuvimos un buen rato allí, donde me realizaron todo tipo de pruebas. Al parecer, ya tenían un diagnóstico que darme, y no parecía ser algo grave, ya que el médico venía con una sonrisa en el rostro. Con un gesto, nos invitó a Blair y a mí a entrar en su consulta, puesto que ella no se había separado de mi lado desde que habíamos llegado. Archie, por su parte, había vuelto al trabajo, puesto que tenía una reunión importante, dejándole encargado a su esposa que lo llamara en cuanto que supiéramos lo que tenía, aunque lo interrumpieran en la reunión.

—¿Qué tiene mi niña, doctor? ¿Es grave? —preguntó Blair preocupada.

—Para nada, señora Murray. La señorita Álvarez lo único que tiene es que va a ser mamá, exactamente en veintiocho semanas. Así que, lo más conveniente, es que ahora mismo la derivemos a obstetricia, donde le llevarán todo el tema del embarazo. Allí le podrán recetar algo para las náuseas, que remitirán con el tiempo, pero para que le sea más liviano —dijo el doctor, y yo por poco me caigo en redondo.

—¡Ay, mi niña, que me va a hacer bisabuela! —exclamaba Blair muy emocionada.

—¿Qué voy a hacer yo ahora? —me pregunté en voz alta, aunque la interrogante era más para mí que para cualquier otra persona. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas, y en ese momento, agradecí que solo estuviéramos Blair y yo en la sala de espera de Ginecología. Donde no puedo explicar cómo llegué, puesto que no me había dado ni cuenta.

—Decidas lo que decidas, te vamos a apoyar. Pero quiero que sepas que no estarás sola —me dijo, cogiéndome la mano—. Medítalo bien, no hagas nada a lo loco, de lo que luego te puedas arrepentir.

—No voy a abortar, a no ser que sea estrictamente necesario, por mi salud o la suya, eso lo tengo claro. Su padre no sabrá nada, no quiero que me vuelva a tachar de lo que no soy. Así que solo me tendrá a mí, y a mi

familia, por supuesto, así que creo que tendré que volver a España —dije, pensando en alto.

—Eso no va a ser necesario, porque también nos tendrá a nosotros. Aquí tienes un buen trabajo, y yo te ayudaré con su cuidado. Todavía estoy muy ágil para correr detrás de un bichito —me contestó, y era verdad, porque a sus sesenta y cinco años parecía una mujer de cincuenta. Por mucho que ellos me dijeran que veían como a una nieta, podría pasar por su hija.

—Pero vosotros no tenéis la obligación de nada, y no quisiera cargaros con mis problemas.

—No es una carga, fíjate lo que os queremos a los dos, que Archie ha suspendido la reunión y viene para acá corriendo como un loco. Ha dado un grito de alegría en cuanto se lo he contado que por poco me deja sorda.

En ese momento, vimos a un hombre correr por el pasillo, mirando para todos los lados, hasta que posó su mirada en nosotros, y entonces corrió más todavía.

—Me has dado la mayor alegría que me podían dar a mis años, Atenea —me dijo mientras que me abrazaba, y lloramos los dos, puesto que en mi vida me imaginaba que iba a encontrar tanto amor en alguien que no tuviera mi sangre.

—Te lo he dicho, ni a ti ni a esa criatura os va a faltar nunca de nada, de eso nos encargamos nosotros. Si no quieres decirle nada a su padre, eso ya

es cosa tuya, pero yo no dudaría en informarle. De todas formas, piénsatelo bien, como te he dicho antes, no te vayas a arrepentir luego —me dijo Blair, sujetando mis manos.

Estaba de poco más de tres meses, así que todavía era muy pronto para saber el sexo, pero lo que sí escuchamos fue el latido de su corazón, ese que era fuerte. Le pedí a Archie que lo grabara con mi móvil, ya que se lo iba a enviar a mis padres y a Ana. También haría una videollamada a mis amigos más tarde, pero, aunque se lo contaría, les diría que no le dijeran nada a Cameron, no quería que lo supiera. Por lo menos de momento, no era capaz de enfrentarme a él si decidiera tener una batalla jurídica por su custodia.

Me recetaron unas vitaminas y unas pastillas para las náuseas, así como el ácido fólico que se les prescribe a todas las embarazadas. Me citaron para cuatro semanas después, puesto que todo marchaba a las mil maravillas.

No hubo forma de que me dejaran regresar a mi casa, aquella que pertenecía a Theo y que él me había ofrecido con generosidad. Sin embargo, les dejé en claro que mi estancia sería únicamente por esa noche, asegurándoles que al día siguiente me iría, al menos hasta que estuviera cerca de dar a luz.

—Mamá, papá, tengo que contaros algo —les dije a mis padres por videollamada. No me iba a andar con rodeos, lo mejor era quitar la tirita de golpe—. Estoy embarazada, su padre es Cameron, pero por el momento, no quiero que se entere.

Más de una hora estuvimos hablando, en la que los señores Murray los tranquilizaron, dejándoles claro que no iban a dejarme sola, que ellos habían visto en mí a esa nieta que nunca tuvieron, y que ese niño sería uno más de la familia Murray.

Capítulo 41



Atenea

—Hola, chicos —les dije cuando todos contestaron a esa videollamada grupal que había hecho, en la que se encontraban Elijah, Theo, Brandon, Martha y Megan, ya que Peyton puso un mensaje que no podía contestar, puesto que estaba en una reunión de trabajo.

—Ey, preciosa, ¿qué tal todo? —Theo fue el primero en dirigirse a mí, y le siguieron todos los demás.

—Quiero contaros algo importante, pero me gustaría hacerlo cara a cara. ¿Podríais venir a Glasgow esta tarde? Sé que es viernes, y que ya tendréis planes, pero os prometo que no es una tontería —les dije con un tono de melancolía que no era normal.

—Estoy a punto de llegar. Se suponía que era una sorpresa, puesto que voy con mi madre, quien tiene unas ganas enormes de abrazarte. ¿Te parece bien que ella esté presente? —me dijo Elijah, enfocando a Bonnie con la

cámara de su teléfono. Ella saludó con la mano, puesto que era la que estaba al volante. Según me había contado mi amigo, no consentía subirse a ningún coche a menos que ella misma estuviera conduciendo.

—Para nada, casi es mejor que haya venido contigo, puesto que también es parte interesada. ¿Cuánto tiempo os queda para llegar?

—Pues el tiempo de aparcar el coche, ya que estamos delante de la casa.

—Nosotros salimos ahora mismo para allá, nos vemos a la hora de comer, ve reservando un buen restaurante, que yo invito —dijo Theo, y los demás asintieron con la cabeza. Por lo visto en Inverness era festivo ese día, así que saldrían de inmediato.

—Gracias, chicos, no sabéis lo importantes que sois para mí. A pesar de que nos separan tres horas de viaje, os siento como si estuvierais a tiro de piedra, os lo agradezco, de verdad —le contesté antes de terminar la llamada, y salí hacia el porche, donde ya podía ver a Elijah y su madre junto a la verja.

Al sentir la cercanía de mi amigo, me lancé a sus brazos. No sabía cuánto necesitaba ese abrazo hasta que me lo dio, y en ese instante, ya no pude resistir mis lágrimas ni un minuto más. Qué fácil hubiera sido si el padre de mi bebé fuera él en vez de su hermano.

—Me estás asustando, Atenea. ¿Tan malo es eso que tienes que contarnos? ¿Acaso estás enferma? —me preguntó asustado, y negué con la

cabeza.

—Atenea, cariño, no tienes muy buen aspecto, dinos ya lo que te ocurre o me voy a caer en redondo. Sabes que puedes contar con nosotros para todo lo que necesites —me dijo Bonnie, tras otro abrazo y un beso en la mejilla.

—Será mejor que pasemos dentro, que ya hace frío aquí fuera. Traeré algo calentito de beber en un momento, poneros cómodos —les dije, señalando el porche cerrado para que se acomodaran.

Fui a la cocina, donde ya tenía una cafetera preparada y calentita, así que solo tuve que ponerla en una bandeja con tres tazas, y algunos bollos y pastas para comer. Me había dado por el dulce.

—Es descafeinado, espero que no os importe —les dije poniendo la bandeja encima de la mesa.

—Yo también lo tomo así, que luego no duermo y mi Alastair se pone muy nervioso —me contestó Bonnie con una sonrisa.

La noche anterior, y tras pensarlo mucho, decidí llamar a Cameron para informarle de mi embarazo, pero me llevé la sorpresa de que me había bloqueado por todas partes. Así que solo me quedó la opción de enviarle un correo electrónico, con acuse de recibo, para saber cuándo lo había abierto. Pero la aplicación me informó que había sido borrado sin abrir, así que ya no insistí más. Estaba claro que no quería saber nada más de mí, seguramente habría rehecho su vida. Si llegado el momento, me reprochaba

algo, tenía todas las pruebas de que lo había intentado, lo único que no haría sería ir a buscarlo, a eso me negaba por completo. A mi bebé no le iba a faltar de nada.

—Voy a ir al grano, sin anestesia, como se suele decir. —Empecé a hablar, primero se lo diría a ellos, que eran su sangre, ya luego se lo contaría a los demás.

—Venga, por tu madre de tu alma, que al final me va a dar un yuyu y me voy a quedar tontito. Tú serás la culpable de que nadie me quiera y tendrás que cargar conmigo para el resto de tus días —me dijo Elijah, muy *drama Queen*, tal y como nos tenía acostumbrados.

—Estoy embarazada, de poco más de tres meses, así que, supongo que ya habéis deducido quién es el padre. Y para que lo sepáis, no he estado con ningún otro hombre desde que lo conocí —les explicaba, tratando de justificarme ante ellos.

—Hija, no tienes que darnos explicaciones. Si después de mi hijo te has acostado con uno o con mil, eso solo es asunto tuyo. Ahora, dame un abrazo, que me has dado la mayor de las alegrías. ¡Un nieto! —exclamó Bonnie, que se levantó para darme el abrazo que tanto necesitaba, puesto que con él me estaban diciendo que habían aceptado a mi bebé.

—¿Mi hermano lo sabe? —me contestó Elijah muy serio. Quizás no esperaba esa reacción de él.

—He intentado contactar con él, pero me ha bloqueado. Le he enviado un correo electrónico, y lo ha borrado, sin leerlo. Así que queda claro que no quiere saber nada de mí ni de lo que me ocurra. Preferiría que no se lo dijerais, os lo pido, por favor.

»No quiero nada para este bebé del apellido McLeod que no sea el cariño de su tío y de su abuela —le dije a Elijah, bastante decepcionada con él por la forma en la que había actuado, sin darme siquiera la enhorabuena.

—No es justo, él también es su padre —me contestó enfadado.

—¿Qué quieres, que me presente en su oficina para decirle que va a ser padre y me vuelva a tachar de interesada? ¿Qué me vuelva a humillar diciendo que no quiere saber nada de este bebé? Porque, déjame decirte, que por ahí no voy a pasar.

»Lo que me ha hecho a mí, lo he dejado en el pasado, pero lo que le haga a mi hijo no lo voy a perdonar nunca. Prefiero quedarme con el que hubiera pasado si lo hubiese sabido, a tener la certeza de que lo va a despreciar.

—Mi hermano no es un ogro, ¿sabes? Él también lo ha pasado mal, muy mal, y está en proceso de sanación. No puedes obligar a nadie a que te quiera —me contestó, y entonces ya no pude aguantar más sus reproches.

—Entiendo que es tu hermano, ¿pero que pasa conmigo? ¿Tengo que dejarme pisotear cada vez que quiera? Tú no estabas ahí cuando algún otro hombre me miraba o me decía un piropo y a él se le cambiaba el gesto. Tú no estabas ahí cuando intimamos y me decía que no iba a ser de nadie más,

tú no estabas para recoger mis lágrimas cuando se acostaba con la otra en la habitación de al lado para hacerme daño.

»Si Cameron lo ha pasado mal, yo también, pero ya no estoy sola, ahora tengo un motivo por el que levantarme cada día, por el que luchar, y no voy a consentir que nadie lo desprecie ni lo pisotee, a él no —le grité y me fui a la cocina a llorar, cuando me quise dar cuenta, Bonnie estaba detrás de mí.

—Tranquilízate, Atenea, esto no es bueno para el bebé. Yo, que soy madre, lo entiendo perfectamente, y estás en todo tu derecho. Has intentado contárselo, y él no ha dado la talla, ni como hombre, ni como pareja, por muy hijo mío que sea —me dijo Bonnie, cogiéndome del brazo para que volviera al porche con ella, y me sentara.

—Perdóname, amiga, no he estado a la altura. Olvida todo lo que te he dicho y dame un abrazo que, a mi sobrina, porque estoy seguro de que será una niña, tan bonita como su madre, solo espero que no nazca con las orejas como yo de bebé —me dijo, dándome un abrazo.

—¿Qué es eso de las orejas? Pero si las tienes preciosas, pequeñas y pegaditas —le pregunté intrigada.

—Ay, hija, eso es ahora, después de que le hiciéramos una operación cuando tenía dos o tres años. Cuando nació, las tenía como dos palmeras de huevo —me respondió Bonnie, sacándome una carcajada.

—Amiga, mi cabeza era como un coche con las dos puertas delanteras abiertas. Digamos que, cuando yo las movía en verano, se acababa el calor.

Menos mal que mi niña no va a tener las orejas, así —me decía muy convencido, lo que me provocaba la risa todavía más intensa.

Capítulo 42



Cameron

Casi cuatro meses habían pasado desde que se desató el tsunami, y tengo que decir que, tanto mi hermano como Theo, tenían razón, necesitaba ayuda. Todo en mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados, y era gracias a mi psicólogo.

Mi relación con todos volvió a ser la de antes, e incluso mejor, puesto que ya apenas cargaba con el resentimiento hacia las mujeres que me provocó aquella novia de universidad. Todavía no estaba preparado al cien por cien para tener una relación seria, ni siquiera para enfrentarme cara a cara con Atenea. Philip, mi psicólogo, me había repetido hasta la saciedad que todo requiere su tiempo, que el camino es largo y que no todo se puede conseguir de la noche a la mañana, lo que también me estaba ayudando a recuperar esa paciencia que parecía haberse esfumado de mi ser.

A Atenea la tenía bloqueada de todas partes, y no consentía que nadie me hablara de ella. En cuanto alguien de mi círculo cercano la nombraba, lo

mandaba callar de inmediato. Esa mañana me apeteció ir a ver a mi madre, a la que ahora visitaba una vez a la semana, por lo menos. La terapia me hizo ver que, ni siquiera a ella, fui capaz de dejarla apartada de mi resentimiento.

—Cameron, hijo, qué sorpresa —me dijo Alastair en cuanto me vio bajar del coche, dándome un abrazo—. Tu madre está en el salón, mirando no sé qué por Internet.

—Pues voy a saludarla, enseguida vuelvo —le dije, dándole un apretón en el hombro.

—Hola, hijo, qué sorpresa. Pero me viene de lujo que hayas venido, puesto que te iba a llamar esta tarde para tomar un café —me dijo ella, cerrando el portátil de pronto, como si no quisiera que viera lo que estaba mirando. Seguramente sería algún regalo que iba a hacernos, puesto que se acercaba nuestro cumpleaños. Sí, digo nuestro, porque mi madre tuvo la puntería de darnos a luz a mi hermano y a mí el mismo día, pero con algunos años de diferencia.

—A esta hora, mejor una cerveza, mamá —le respondí, y es que eran pasadas las doce de la mañana.

—¿Te quedas a comer?

—No, he quedado con mi hermano en su casa, tenía algo que mostrarme, me lo dijo anoche, cuando me hablamos —le dije. Mi madre empezó a

negar con la cabeza, y se marchó a la cocina a por dos cervezas, una para ella y otra para mí. A pesar de que tenía servicio, puesto que el castillo era enorme, mi madre no era la típica señora adinerada a la que le gustaba que se lo pusieran todo por delante, sino que ella misma se movía a traer y llevar todo lo que se le antojara.

—Hijo, sé que no quieres ni oír hablar de esa chica, de Atenea, pero considero que tendrías que saber una cosa muy importante, que ella misma ha tratado de contarte, pero que no ha tenido manera —empezó a decirme mi madre, pero la frené de inmediato.

—Efectivamente, no quiero saber nada que tenga que ver con ella. Ahora mismo, debo centrarme en mi recuperación, y no pienso dejar que nada ni nadie me lo impida. Si tan importante era, podría haber venido a la oficina a decírmelo. Si no lo ha hecho, es que no lo será. Ahora, si me disculpas, me voy a casa de mi hermano, que me estará esperando —le dije, dándole un beso en la mejilla y levantándome para salir.

—Te estás equivocando de nuevo, a lo mejor no ha ido por el miedo a que la eches de allí, y vuelvas a humillarla.

—Si tiene ese miedo, por algo será. —Con ese comentario, salí del castillo, me monté en el coche y salí pitando de allí. A ver si una charla con mi hermano podía tranquilizarme un poco.

En el trayecto hacia el domicilio de Elijah, dejé mi mente en blanco, centrándome en la carretera, ya que no quería que nada me distrajera y tener

un accidente. Puse música y fui cantando hasta que llegué, por eso que dicen que la música amansa a las fieras, por lo menos a mí me había servido para amansar mi fiera interior, esa que, algunos meses atrás, no hubiera dudado en pararse en medio del camino y dedicarse a darle patadas a todo lo que se hubiera encontrado.

—Hola, hermanito, ¿qué has cocinado que huele tan bien? —le dije nada más entrar, pero la cara de Elijah no presagiaba nada bueno.

—Antes de que te sientes, necesito decirte algo importante. Sé que acabas de salir de casa de mamá y que te has ido corriendo en cuanto mencionó a Atenea. Yo te he citado por el mismo motivo, pero si no quieres escucharme ni ver lo que tengo que mostrarte, no lo haré, ni insistiré más.

»Solo quiero que sepas que, cuando te enteres de todo, no quiero que me eches en cara nada. Tanto Atenea como mamá y yo hemos intentado hablar contigo, y si no estás dispuesto a escucharnos a ninguno de los tres, lo respeto, pero eso es todo. Al final, tendré que darle la razón a ella, por mucho que lo he negado —me dijo muy serio.

—No quiero ni puedo saber nada de ella, todavía no estoy sanado del todo, y no me encuentro preparado para enfrentarme a cualquier cosa que tenga que ver con Atenea. Por lo tanto, te agradezco que respetes mi decisión —le contesté, esperando a su réplica, esa que no tardaría en llegar.

—Está bien, de acuerdo. Sin embargo, ten en cuenta que cuando finalmente decidas que es el momento correcto, puede que ya sea demasiado tarde y te habrás perdido momentos que no podrás recuperar

nunca. Además, quiero que sepas que tu decisión no nos va a condicionar ni a mamá ni a mí, tenlo claro.

—Por supuesto, lo que yo haga no tiene nada que ver con vosotros, así que podéis seguir teniendo el contacto que queráis con ella. No pienso involucrarme en eso, así que aquí lo dejo —le dije a mi hermano, y ahí se terminó el tema.

Pasé la tarde en su casa, pues después de comer nos acomodamos en el sofá para ver una película, algo que no hacíamos desde hace mucho tiempo. Con un bol de palomitas y un refresco en mano, puesto que tenía que conducir y prefería evitar el alcohol en esas circunstancias.

—Yo me marcho ya, porque quiero salir a tomar algo esta noche. ¿Te apuntas? Venga, será divertido, como en los viejos tiempos —le dije a mi hermano, que negaba con la cabeza.

—No puedo ni quiero, verás, el lunes tengo una sesión de fotos y necesito tener la piel descansada. Si salgo contigo, mañana me voy a ver fatal, y tendré que reprogramar la sesión, lo que significaría un gasto extra y un esfuerzo adicional. ¿Por qué no sales con los chicos?

—Porque, tanto Brandon como Theo están con sus chicas, y no me gusta ir de aguantavelas. No te preocupes, últimamente siempre salgo solo, me tomo algo, y si ligo y me gusta, aprovecho y si no, me vuelvo a casa —le dije a mi hermano, explicándole cómo solían ser mis fines de semana desde

que los chicos tenían pareja. Me levanté, cogí mi chaqueta y me despedí de él, saliendo de su casa rumbo a la mía.

Por el camino, no dejaba de pensar si había hecho lo correcto, impidiendo que, tanto mi madre como mi hermano, me contaran aquello que decían que era importante y que tenía que ver con Atenea. Así que decidí que, en cuanto llegara a casa, llamaría a Philip para que me diera su punto de vista. Aparte de mi psicólogo, se había convertido en un buen amigo. Yo diría que el mejor, puesto que era el único que conocía todos mis secretos.

—Dime, Cameron, ¿puedo ayudarte en algo? —me dijo nada más descolgar la llamada, y es que tenía mi número grabado en la agenda.

—No quisiera importunarte, Philip, pero tengo algo dentro que no me deja estar tranquilo, y quisiera comentártelo.

—¿Quieres hacerlo por teléfono o necesitas que vaya a alguna parte? —me dijo, y la verdad es que no iba a hacer que el pobre se tuviera que trasladar para eso, que no era nada grave.

—Por teléfono, está bien —le dije

—Pues adelante, soy todo oídos.

—Verás, esta mañana fui a ver a mi madre, y quiso contarme algo relacionado con Atenea, diciéndome que era importante que lo supiera, pero

me negué, y lo mismo me ha ocurrido con mi hermano hace unas horas. No sé si he hecho bien en no dejar que me lo cuenten.

—Cameron, como te he comentado en varias ocasiones, no dejes que nada ni nadie te influya en este tema. Eres tú quien debe decidir si estás listo para hablar de ello o no. Si todavía sientes el dolor por la forma en que actuaste y si estás dispuesto a enfrentarlo ya.

»Pero ten en cuenta que, en algún momento, tendrás que hacerlo y deberás darle muchas explicaciones, incluyendo las razones por las que la distanciaste de tu vida. Valora también que, a lo mejor, cuando te decidas a enfrentar tus fantasmas, es posible que ella ya haya encontrado su camino y esté en otra etapa de su vida.

—Muchas gracias, Philip, aunque no lo creas, me has servido de gran ayuda. Tengo en cuenta todo lo que me has dicho, pero todavía necesito mi tiempo para poder ponerme frente a Atenea —le dije y, tras colgar la llamada, supe que había hecho lo correcto. Ya me enteraría cuando hablara con ella.

Capítulo 43



Atenea

Los meses fueron pasando, y me sentía más cuidada que nunca. Estaba a pocas semanas de dar a luz, y sí, tal y como me dijo su tío, sería una niña, a la que llamaría Olivia. Había buscado un nombre que tuviera la misma pronunciación tanto en Escocia como en España, ya que, aunque me encontraba muy a gusto en Glasgow, aún no estaba segura de si me quedaría allí de forma permanente.

Decidí dejar la casa de Theo, porque Blair y Archie me habían sorprendido con un regalo: una vivienda justo al lado de la suya, que compraron en cuanto se enteraron de que estaba en venta. Hice algunas reformas y había quedado ideal. No hubo manera de convencerlos para que me cogieran el dinero; ni siquiera me dejaron hablar. Me dijeron que ese dinero lo ingresara en una cuenta para la niña, argumentando que ellos no tenían a nadie más en el mundo y que mi llegada había traído la felicidad que les hacía falta.

Ese fin de semana teníamos planeada la inauguración de la casa, aprovechando que el clima era más benévolo. Se notaba que el verano estaba a la vuelta de la esquina. La idea era hacer una barbacoa y disfrutar de la compañía de mis amigos, quienes eran ya parte de mi familia, aunque no compartiéramos la misma sangre. Ana también se unió a nosotros, ya que había finalizado su contrato en Suiza y se encontraba en busca de nuevas oportunidades laborales. Archie tenía en mente una propuesta interesante para ella, lo que hacía que la reunión fuera aún más especial.

—Ana, querida, me gustaría hablar contigo de un tema laboral, ¿me acompañas al despacho? —le dijo Archie a mi amiga, muy ceremonioso, mientras esperábamos que llegaran los demás.

—Archie, corazón, salvo que sea una proposición indecente, no me importa que me digas lo que me tengas que decir delante de mi amiga. Así me ahorras el tener que contárselo, luego —le respondió en su tono de guasa habitual.

—En fin, dado que no es nada de lo que tú dices, que yo estoy muy enamorado de mi Blair, te lo digo aquí. Me gustaría que empezaras a trabajar con nosotros, como asistente de dirección —soltó, y yo lo miré extrañada, ya que esa era la labor que yo estaba desempeñando. Pero continuó con su explicación—. No me mires así, que ahora os cuento mis planes, los cuales, a pesar de tu negativa, seguirán siendo los mismos.

—Ya estás tardando en explicarte, porque yo, en cuanto termine la baja maternal, estoy trabajando de nuevo. Me da igual lo que digas, eso no tiene

discusión —le dije, medio enfadada, ya que las hormonas, últimamente, me hacían cambiar de estado de ánimo en dos segundos.

—En cuanto tú te incorpores de tu baja maternal, me voy a jubilar, dejándote a ti a cargo del concesionario, pero como propietaria, no como encargada. Así que, nadie mejor que Ana para que esté a tu lado —dijo, mientras Blair sonreía y yo negaba con la cabeza.

—Estás loco si piensas que voy a aceptar eso —le dije levantándome de mi asiento, en el que ya casi ni cabía.

—La que estás loca eres tú —me dijo Blair—. Eres la nieta que nunca llegamos a tener, y serás nuestra única heredera. Así que, ya que vas a trabajar en él, será para tu propio beneficio, porque nosotros tenemos ya el suficiente dinero para disfrutar de nuestra compañía y de la de mi pequeña, quien será la consentida de sus bisabuelos.

—No me merezco tanto, de verdad que no. Yo solo he cumplido con mi trabajo —les dije, llorando, puesto que ese gesto que habían tenido conmigo y con mi bebé, no lo iba a olvidar nunca.

—Has hecho mucho más que eso, Atenea. A lo largo de este tiempo, han pasado por mi oficina diversas asistentes, aquellas que, al llegar la hora de salida, recogían sus cosas y se marchaban sin siquiera preguntar si necesitaba algo.

»Tú has sido la única que te has ofrecido a acompañar a Blair al médico cuando yo no podía, sin necesidad de pedírtelo. Has venido a cenar con

nosotros, dos viejos, uno de ellos un poco gruñón, para que no se sintieran solos, y has traído la alegría que tanto necesitábamos.

»Por todo esto, no puedo imaginar a alguien más adecuado para heredar mi legado, porque sé que sabrás cumplir con tus obligaciones y llevar el negocio más arriba, si cabe —me dijo Archie, quien también tenía las lágrimas saltadas, y me acerqué a él para darle un abrazo enorme.

Todos fueron llegando, salvo mis padres, quienes lo harían unos días antes de que cumpliera las cuarenta semanas. En ese momento, todavía me encontraba en la semana treinta y ocho, ya que ellos no podían tomar vacaciones en esos días. Habían reservado los días de asuntos propios para juntarlos con los que les pertenecían por ingreso de familiar directo en el extranjero, lo que les permitiría estar conmigo durante dos semanas. Posteriormente, regresarían todo el mes de agosto, por el hecho de que la empresa donde trabajaban cerraba ese mes.

—¿Cómo está mi huevo kínder favorito? —me preguntó Elijah, que había empezado a llamarme así desde que había empezado a engordar.

—Deseando soltar ya la sorpresa. Solo espero que la niña salga tal y como se ve en la ecografía, con las orejas de su padre y no de su tío, o tendrán que darme más puntos en los muslos que en el chichi. —Le seguí la broma, y todos estallaron a carcajadas.

—No te preocupes por eso, que las orejas se pliegan bien, lo malo sería que lo tuvieras que volver a meter para dentro, en ese caso sí haría palanca a

la entrada —soltó Bonnie, a la que tampoco le gustaba un cachondeo, qué va.

—Mamá, eres perversa —le respondió su hijo, señalándose los ojos con dos dedos, como si la estuviera vigilando.

—Por lo menos tenemos la tranquilidad de que es muy bonita, que en la ecografía 4D que le han hecho a Atenea, se veía perfectamente. Porque, imagínate, por un casual, que se parece a Alfred o a su hermana. —Ahí sí que ya no pudimos parar de reír, porque realmente no entendíamos de dónde habían salido esos dos, ya que en la familia no había nadie que pudiera haberles transmitido esos genes, considerando que todos los demás son sumamente atractivos.

—Porque hay documentos gráficos del parto, ya que de otro modo, pensaría que los dieron a luz dos murciélagos —dijo Elijah, y más nos reíamos.

Estábamos todos preparando la barbacoa y sacando las bebidas y demás, a excepción de Theo, quien aún no había llegado. Martha había venido con Brandon y Megan, mientras que Peyton estaba fuera de Escocia debido a su reciente ascenso en la entidad bancaria donde trabajaba, y ahora estaba poco tiempo en Inverness, porque viajaba por toda Europa.

Mis amigos me habían dicho que Theo llegaría un poco más tarde, prácticamente a la hora de la comida, para la que aún faltaban un par de

ellas, puesto que había tenido que asistir a una reunión importante que le había surgido en el último momento, prácticamente.

Mientras Archie, Elijah y Brandon preparaban la barbacoa y comenzaban a colocar las primeras piezas de carne, Megan y Martha se unieron a Bonnie y a mí. Antes de sentarse, sacaron del coche una gran caja envuelta en papel de regalo y me la entregaron, pidiéndome que la abriera.

—No nos hemos podido resistir, nuestra sobrina tiene que ir cómoda y segura, pero también a la última moda —me dijeron ambas al ver mi cara de asombro. Le habían traído a la niña un cochecito de paseo, de una firma muy prestigiosa de moda, en un tono rosa pastel, con los ositos en un tono más oscuro, y me sacaron de nuevo las lagrimitas.

—Es precioso, chicas, no tendríais que haberos gastado tanto —les dije, dándoles un beso a cada una.

—Ahora que tenemos novios con dinero, y que no gastamos nada, porque no nos dejan, hemos ahorrado un piquito —dijo Megan, guiñándome un ojo.

—Uy, ten cuidado de mencionar eso frente a tu jefe, porque podría despedirte sin pensarlo, considerándote una persona interesada, y eso podría llevar a consecuencias aún peores —le dije riendo, ya que había aprendido a que ya no me dolieran esos comentarios que eran tan habituales en él.

—He cambiado mucho, preciosa. —Escuché su voz detrás de mí, y pensaba que estaba soñando. Cuando me di la vuelta, se quedó tan sorprendido como yo.

—Cameron…

—Veo que he llegado tarde —me dijo señalando mi enorme barriga, ya que de espaldas no se me notaba el embarazo. Entonces entendí que nadie le había contado nada, tal y como les pedí, y que había supuesto que había rehecho mi vida—. Pero, aun así, me gustaría hablar contigo, explicarte todos mis motivos, ya luego me tocará sanar otro tipo de heridas…

—Llegas justo a tiempo, ya que todavía no ha nacido, pero creo que está a punto de hacerlo —le contesté mientras notaba que algo resbalaba entre mis piernas, había roto aguas—. Ya hablaremos luego, ahora solo te pido que no vayas de mi lado.

Capítulo 44



Cameron

Estábamos saliendo de una reunión que nos había surgido a última hora, puesto que, en el resort de la República Dominicana, Anabel, su gerente, había descubierto ciertas anomalías en los presupuestos del anterior propietario, y los números no cuadraban.

—Vamos a tener que ir hasta allí, esto se nos ha ido de las manos —le dije a Theo, mientras dejábamos todo cerrado en la oficina.

—Cameron, hasta ahora he respetado tu decisión de no querer saber nada de Atenea, pero pienso que ya es hora de que te enfrentes a todo, y creo que debe ser antes de hacer ese viaje, en el que puedes cometer una tontería —me dijo Theo.

—Ayer mismo estuve hablando de ello en la terapia con Philip, y por primera vez, reconocí que estaba preparado para ello. No entiendo por qué me dices que tendría que hacerlo antes de ese viaje. Si te refieres a que me

acueste con Anabel, te aseguro que entre ella y yo solo ha habido sexo, nada más —le contesté.

—Me da igual que solo sea sexo, si te vuelves a acostar con ella sin hablar antes con Atenea, te vas a arrepentir toda tu vida, te lo garantizo.

—¿Pretendes que me plante en Glasgow y le diga: «Hola, Atenea»? Para empezar, no tengo ni la más remota idea de dónde vive, y para terminar, no creo que ni que me abra la puerta, después de todo el daño que le hice —le contesté muy apenado.

—¿Has admitido ya tus sentimientos? Porque si no es así, entonces déjala que viva feliz, con su entorno, que la quiere y la protege al máximo. Pero si admites que estás enamorado de ella, lucha, no dejes las cosas como están, porque entonces el infeliz serás tú, lo que te resta de vida, además.

—La quiero como nunca pensé que volvería a querer, pero mis fantasmas no me dejaban admitirlo. Pesaba más mi pasado que mis sentimientos. Sé que me equivoqué con ella, pero no tenía otra forma de protegerme, mi dolor no me dejaba actuar de otra manera —le respondí, abriéndome a él como nunca lo había hecho.

—Entonces, sube a ese coche conmigo, dile todo esto cara a cara y mata a esos fantasmas de una puñetera vez. Lo que te vas a encontrar, te va a impactar, no te lo niego, pero a la vez te hará la persona más feliz y fuerte del planeta.

»Antes de que me preguntes, lo siento, pero le prometí que no te lo diría, después de todos los intentos que hicieron otras personas para que te enteraras, así que, como comprenderás, no voy a faltar a mi promesa. Tienes tres horas para preparar tu discurso, y para abrirle tu corazón —me dijo mientras arrancaba el coche, y no le repliqué.

Mi cabeza no paraba de darle vueltas a esas palabras que me había dicho Theo. ¿Y si estaba o había estado enferma y yo no había estado a su lado? ¿Qué era eso que, tanto mi hermano como mi madre, habían tratado de decirme y yo no se lo había permitido? O llegábamos pronto, o me iba a volver loco.

Mi amigo paró ante una casita preciosa, en uno de los mejores barrios de la ciudad. Sí que había prosperado en estos meses que no estuvo a mi lado. Ahora mi pregunta era otra, ¿se habría casado con alguien pudiente? ¿Era eso lo que querían decirme, que la iba a perder para siempre?

—No le des más vueltas, vamos a entrar. Te voy a dar un consejo, antes de cerrarte en banda con lo que vas a ver, déjala hablar, no saques conclusiones precipitadas. Abandona al antiguo Cameron aquí, que la persona que entre sea el nuevo tú, porque si no, no vas a comprender nada y volverás al principio —me aconsejó Theo, y eso iba a hacer.

Entramos en la casa, ya que la verja estaba medio abierta, y pasamos al jardín trasero, que era donde se escuchaban las risas y las voces de los demás. Pude reconocer, entre ellas, la de mi hermano y la de mi madre. ¿Qué hacían ellos aquí? ¿Qué se estaba celebrando? Tenía que ser algo muy

importante, quizás la recuperación de la salud de Atenea, si eso era así, no me lo iba a perdonar en la vida. Si había estado enferma y no había contado con mi apoyo, iba a ser una losa para mi recién estrenada recuperación mental. Menos mal que mantenía el contacto con Philip, porque me daba la impresión de que lo tendría que llamar en breve.

Casi sin darme cuenta, estaba allí y la tenía delante de mí, estaba de espaldas, haciendo bromas sobre lo que yo diría ante el comentario que había hecho una de las chicas, por eso no se había percatado de mi presencia, así que ya era hora de hacerme notar.

—He cambiado mucho, preciosa —le dije, haciendo que se diera la vuelta al escuchar mi voz y, si sorprendida, se quedó ella con mi presencia, que solo pudo decir mi nombre. Más sorprendido me quedé yo al verla, pues lucía preciosa con un embarazo. Todo indicaba que había rehecho su vida, pero, aunque así fuera, tenía que hablar con ella, dejarle claro el motivo de mi actitud, y luego la dejaría ser feliz.

—Cameron…

—Veo que he llegado tarde. Pero, aun así, me gustaría hablar contigo, explicarte todos mis motivos, ya luego me tocará sanar otro tipo de heridas… —le dije, señalando su evidente embarazo.

—Llegas justo a tiempo, ya que todavía no ha nacido, pero creo que está a punto de hacerlo. Ya hablaremos luego, ahora solo te pido que no vayas de mi lado —me contestó. Yo no entendía nada de lo que me decía, ¿justo a

tiempo para qué? ¿Por qué no quería que me fuera de su lado? ¿Dónde estaba el padre de la criatura? Porque, me parecía una crueldad que me dijera eso, tanto para el padre como para mí. A él, porque no le estaba dando su lugar, y a mí, porque era retorcido que utilizara eso para su venganza.

—Recuerda lo que te acabo de decir antes de entrar, no vayas a sacar tus propias conclusiones, déjala que hable —me susurró Theo en el oído al pasar por mi lado.

—¡Hija! Vamos, que alguien coja alguno de los coches para llevarla al hospital, que no me da tiempo de llamar al chófer —gritaba un señor mayor que estaba allí, sujetándola por la espalda. ¿Ese era el padre? No me podía creer que hubiera caído tan bajo como para estar con un hombre así por dinero. Otra vez mi puta cabeza hablando por mí, Dios, esto era una tortura en toda regla, no saber nada. Ahora me arrepentía de no dejar que me hablaran de ella, puesto que no sabía cómo actuar.

—¡Ay, que ya va a nacer mi nietecita! —Escuché a mi madre decir, y salí de todo pensamiento que me había aislado por completo.

—¿Qué has dicho, mamá?

—¡Que va a nacer mi nieta! No puedo estar más feliz —exclamaba mi madre gritando, mientras yo me iba directamente hasta mi hermano.

—¿Tú no eras gay? —le pregunté sin pensar en lo que estaba diciendo.

—Sí, ¿por qué? —me contestó muy serio cuando, de repente, abrió los ojos como platos, totalmente sorprendido y soltó una carcajada que lo dobló por la mitad.

—¿De qué os reís? —preguntó Theo, que se encontraba a nuestro lado, para buscar su chaqueta y coger el coche. A Atenea ya la habían montado y las chicas estaban recogiendo la bolsa del bebé.

—Yo de nada, y este imbécil no lo sé —respondí muy seco, cada vez me estaba cabreando más.

—Mi hermano… que se ha pensado… que yo soy el padre… —Intercalaba Elijah sus palabras con las risas, que le había soltado hasta las lágrimas.

—Corre al coche y deja de sacar conclusiones precipitadas, te lo he dicho mil veces ya, que no vas a aprender en tu puta vida —me gritaba Theo, y eso hice, correr y sentarme al lado de Atenea, que me cogió la mano nada más me vio llegar.

—Jamás pensé que iba a estar en esta situación —me dijo ella con una sonrisa.

—Digo yo que el bebé tendría que salir en algún momento, no creo que se quedara ahí hasta que le toque hacer la comunión, entre otras cosas porque te iba a resultar un poco incómodo —le respondí bromeando.

—No, tonto, eso sucederá más pronto que tarde; me refiero a que daré a luz con el padre de mi hija a mi lado —me dijo con la misma naturalidad con la que alguien menciona que irá conmigo al parque, dejándome completamente en *shock*.

Capítulo 45



Atenea

Darme la vuelta, y ver a Cameron allí, me dejó totalmente impresionada, hasta tal punto que rompí aguas. Ahora nos encontrábamos de camino al hospital. No había vuelto a articular palabra desde que le había dicho que él era el padre. Entiendo que se lo dije de sopetón, pero pensaba que Theo se lo había contado, y que por eso había venido.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté, entre contracción y contracción. Como no me contestaba, seguí hablando— Entiendo que tengas dudas, pero si quieres, ahora, cuando ya esté en el mundo, puedes pedir una prueba de paternidad. No estás obligado a nada, no te voy a reclamar absolutamente nada. »Con lo que yo tengo, tenemos suficiente para vivir las dos, pero tampoco te voy a prohibir que veas a tu hija… —Se lanzó a mi boca y me besó. Sí, así me calló, estampando sus labios en los míos, con un beso desesperado, de alguien que lleva mucho tiempo soñando con ello y se le había hecho realidad ese sueño.

—No quiero escucharte decir más estupideces como esa. Ya tendremos tiempo de hablar, porque no pienso apartarme de vuestro lado nunca más. ¿Está claro? —me respondió, cuando me llegó una contracción que me atravesó el cuerpo en todas las direcciones. Pegué un grito que seguro, lo dejé totalmente sordo.

—Theo, por tu padre, acelera que como cojas un bache, siento a la niña en el regazo de Martha. —Que era quien estaba sentada en el asiento del copiloto.

—Ya llegamos, preciosa, este semáforo y ya estarás en el hospital —me contestó mi amigo, mientras Cameron no me soltaba de la mano, y me la iba acariciando para tranquilizarme.

En la entrada del hospital, me esperaban con una silla de ruedas para trasladarme a la sala de obstetricia, donde Archie había reservado una habitación, dado que recibiría atención en una clínica privada que había sido donde habían seguido todo mi embarazo.

Entre Cameron y Theo me ayudaron a salir, puesto que no era capaz de mantenerme sola de pie, ya que las contracciones iban a más. Cuando me di cuenta de que algo no iba bien, porque noté un dolor demasiado extremo, que no era como los que había notado antes.

—¡¡Algo no va bien, algo no va bien!! —exclamé llorando, y mi ginecólogo salió corriendo en mi dirección.

—Rápido, a quirófano. ¡Ya! —gritó, dejando a todos desconcertados.

—Voy con ella, soy su marido —dijo Cameron al doctor, pero este negaba con la cabeza.

—Que todos permanezcan en la sala designada, yo saldré a informarles tan pronto como tenga novedades. Ahora mismo, la prioridad es ella y el bebé. En el quirófano no está permitido el acceso a nadie que no sea personal médico autorizado —le dijo mientras salía corriendo en la misma dirección en la que me llevaban a mí en la silla de ruedas.

No me podía estar pasando esto, ahora no. Recé a todos los santos que conocía, y a los que no, también, implorando para que mi hija estuviera a salvo y naciera en perfectas condiciones. La idea de que pudiera ocurrirle algo me llenaba de una tristeza insoportable. Me llevaron a una de las salas del quirófano, donde el médico hizo un esfuerzo por calmarme y ofrecerme algo de consuelo en medio de la angustia que me invadía.

—Atenea, escúchame. Esto es muy normal en algunas embarazadas y tú, por suerte, ya estabas aquí en el hospital. La placenta se ha desprendido, por lo que es crucial que saquemos a la niña de inmediato. Te vamos a sedar, así que te quedarás dormida, y cuando despiertes, tendrás a tu hermosa bebé contigo, sana y perfecta.

»Tómate un momento para relajarte, todo va a salir bien. Realizaremos una cesárea para que ninguna de las dos sufra, ¿de acuerdo? —me explicó el médico, mientras yo asentía con la cabeza.

—De acuerdo, por favor, que no le pase nada a mi niña —le respondí llorando a moco tendido, mientras notaba cómo me ponían algo en el brazo, que resultó ser la anestesia, y poco a poco me quedé dormida.

No sé el tiempo que me mantuve dormida, pero cuando desperté, ya estaba en una habitación y tenía ante mis ojos la estampa más bonita que podía imaginar. Cameron estaba de pie, junto a la ventana, con la niña acurrucada entre sus brazos, y la estaba meciendo, a la vez que ella agarraba su dedo y lo miraba fijamente.

—Ni en sueños podía pensar que vería esta estampa —le dije, sacándolo de sus pensamientos.

—Ya has vuelto al mundo real —me dijo con una sonrisa—. La enfermera ha venido a preguntarme el nombre de la niña, para su identificación. Mi madre me ha dicho que habías decidido llamarla Olivia, para que fuera igual en los dos idiomas.

—En este momento, me hubiera dado igual que lo cambiaras, como si le hubieras puesto Petronila, que me parecería fantástico —le respondí, y Cameron soltó una carcajada.

—Si le llego a poner ese nombre, me hubiera costado más que me perdonara que lo que tardarás tú en hacerlo por todo el daño que te hice —me contestó. Aunque en su cara se dibujaba una sonrisa, esta no le llegaba a los ojos.

—Tienes razón, habrá tiempo para discutir eso y muchas otras cosas. Por ahora, lo que realmente deseo es disfrutar del presente, de mi familia. Aunque tú decidas que no quieres que forme parte de tu vida, siempre seremos familia, ya que nuestra hija nos tendrá a los dos, a su papá y a su mamá —le dije, con la esperanza de que quisiera involucrarse en la crianza de nuestra pequeña y que pudiera ser testigo de su crecimiento, aunque no fuésemos pareja.

—Desde el primer instante en que te vi en aquel restaurante de la playa, supe que ya eras parte de mi vida, preciosa, por mucho que me lo quisiera negar a mí mismo. Me enamoré de ti al instante y, al mismo tiempo, me obligaste a enfrentar todos esos fantasmas que me atormentaban del pasado.

»Pero ya hablaremos de ello en casa, ahora lo que importa es disfrutar de nuestra pequeña, el hermoso fruto de nuestro amor —me dijo, poniendo a la pequeña en mis brazos y dándome un beso en los labios—. Olivia, ella es mamá, la que ha estado cuidando de ti mientras el imbécil de tu padre no se centraba. A partir de ahora, seremos un equipo, porque no pienso separarme de vosotras ni un solo instante.

—¿Se puede? —Escuchamos la voz de Archie y Blair, que venían acompañados de Elijah, que cargaba con una cesta enorme de productos y ropa de bebé, todos ellos de grandes firmas.

—¿Dónde vas, con tantas cosas, loco? —le pregunté entre risas.

—Ya ves, he ido a la agencia a decir que ya soy tío, y los encargados de las firmas, en menos de media hora, me han preparado todo esto para ella. Mi regalo es otro, ya os lo daré cuando estéis en casa —me dijo Elijah, como si no fuera nada importante, y ambos nos reímos.

—Nosotros también le traemos regalitos a la niña —decían Blair y Archie, que venían detrás, cargados con un oso enorme y otra cesta de productos.

—Archie, tenga cuidado, no se vaya a caer con ese tremendo peluche que lleva —le dijo Cameron a mi viejito gruñón sonriendo, mientras este negaba con la cabeza.

—No soy tan viejo, chaval. Y no me hables de usted, te lo he repetido ya mil veces, no hagas que empiece a cabrearme tan temprano —le contestó él, y a mí me salió una carcajada.

—Es la primera vez que te veo reír de verdad desde que llegaste a Glasgow, y es el sonido que quiero escuchar siempre —me dijo Blair, mientras se acercaba a mí, viendo como Elijah tenía a la niña en brazos, y no paraba de mirarle la cabeza.

—¿Lo ocurre algo a mi niña en la cabecita, hermano? —le preguntó Cameron, con un tono de preocupación evidente.

—Sí, que no ha sacado mis orejas, gracias al cielo. Las suyas son pequeñitas y pegaditas —le contestó, y su hermano le dio una colleja que

resonó en toda la habitación.

—Imbécil, que me has dado un susto de muerte —le contestó el otro, que resoplaba de alivio.

Durante el rato que estuvieron en la habitación, se sucedieron los momentos de risa con la emoción, ya que mi cuñado, creo que ya me puedo dirigir a él así, no podía tener más arte diciendo las cosas.

—Me parece que aquí hay mucha gente —dijo mi ginecólogo, que había venido a comprobar cómo estaba todo—. Pero lo voy a pasar por alto, puesto que veo que son familia de Elijah Spencer, y me encanta —soltó sin darse cuenta de que él estaba detrás del oso, que había cogido para sentarlo en la ventana y quitarlo así de en medio de la habitación.

—Aquí estoy, así que aclárame eso de que te encanto —le dijo, sacando la cabeza por detrás del peluche.

Capítulo 46



Cameron

Ya estaba mi hermano haciendo de las suyas, era enterarse de que le gustaba a alguien, y perdía toda la vergüenza. Si seguía así, estaba claro que encontraría al amor de su vida, aunque solo fuera por insistencia.

—Ya va a empezar a tirarle los tejos, como sea heterosexual, se va a pegar un batacazo de campeonato —le susurré a mi mujer sentado a un lado de la cama. Sí, sé que he dicho «mi mujer» y no estábamos siquiera juntos, todavía. Pero iba a hacer todo lo posible para convencerla, porque después de todo, yo ya la sentía así.

—Por eso no hay problema, también es gay, pero si descarado es uno, más descarado el otro, ya lo comprobarás —me respondió ella con una sonrisa, la que no pude evitar besar.

—Técnicamente, no he dicho eso, mis palabras literales han sido que me encantas, y es así, no hay más. —Escuchamos que le contestaba el doctor.

—¿Hasta qué punto te encanto? —respondió mi hermano, se estaba jugando un corte por lo sano, y eso le iba a doler.

—Si quieres saberlo, invítame a cenar esta noche, y así lo compruebas —¡Toma ya! El doctorcito también se las traía, esto se ponía interesante.

—A las ocho paso a recogerte por aquí, a no ser que prefieras que cenemos en la intimidad de mi casa, que en ese caso te pasaría por WhatsApp la ubicación.

—Esa idea me parece mejor, así estaremos lejos de miradas indiscretas, que todavía me acuerdo del disgusto que cogí cuando le pediste matrimonio a ella en el avión.

—No le pedí matrimonio, porque ella estaba enamorada de mi hermano. Además, soy gay, algo que ya es un secreto a voces porque estaba harto de esconderme en el armario; la verdad es que ya empezaba a oler a alcanfor —soltó Elijah, y todos reímos a carcajadas.

—Dame tu teléfono, que te anoto mi número, y espero la ubicación pronto. Si en diez minutos no la tengo, la buscaré por el centro de la tierra, si hace falta, pero no pienso desperdiciar la oportunidad de conocerte en profundidad. Esto último, tómatelo en el sentido que más te guste —dijo el otro, como si estuvieran hablando del tiempo, y a todo esto, nuestras miradas iban del uno al otro, como si estuviéramos en un partido de tenis.

—¡Gracias diosito! Voy a salir de aquí con una sobrina y un novio, estás escuchando mis plegarias —dijo mi hermano como la dramática que era. Si hubiera nacido en España, en estos momentos sería la folclórica más aclamada del país.

Pasado un rato, salieron todos y nos dejaron solos a los tres. Atenea necesitaba descansar y ellos lo entendieron perfectamente, puesto que el parto había sido más complicado de lo que se esperaba.

Unas horas antes, en la sala de espera…

—Dios, ¿por qué tardan tanto en decirnos algo? —decía al aire, más bien como una pregunta retórica.

—Hijo, esto no es un huevo que se echa a freír, todo lleva su tiempo. Lo importante es que las dos estén bien —me decía mi madre, cuando noté que aquel señor que estaba en el jardín se acercaba a mí.

—¿Podemos hablar un momento, de hombre a hombre? —me preguntó y asentí con la cabeza, dirigiéndonos a un lateral de la sala, buscando un poco más de intimidad.

—Usted dirá, ¿en qué puedo ayudarle?

—Por lo que he podido deducir, dado que no ha habido tiempo de presentaciones, eres el padre de ese bebé. Voy a hablarte claro y espero que me respondas con sinceridad. He visto a mi niña llorar mucho, durante

mucho tiempo, y no voy a consentir que derrame ni una lágrima más por alguien que no la valora. No es mi sangre, pero lo siento como tal, como aquella nieta que nunca pude tener, puesto que la vida no nos premió con el regalo de ser padres.

»Ahora mismo, no necesita a nadie, absolutamente para nada, ya que mi negocio, un concesionario de coches de alta gama que funciona a la perfección, así como todas mis posesiones, son de su propiedad, o lo serán en cuanto nos despidamos de este mundo. Con ello no quiero dar a entender que ella nos ha pedido nada, de hecho, ha sido un verdadero desafío que acepte esta situación, pero no puedo imaginar a alguien más adecuado para llevar adelante mi legado.

—No lo dudo, sabe ganarse el corazón de la gente que la rodea, conmigo también lo hizo, aunque me costó media vida darme cuenta. No me perdonaré nunca no haber estado a su lado durante el embarazo.

—Por tu cabezonería, puesto que me consta que ella intentó ponerse en contacto contigo por todos los medios, incluso te escribió un correo electrónico para informarte, el cual borraste sin ni siquiera leerlo —me contestó, a modo de reproche, y no pude llevarle la contraria, ya que tenía razón.

—Sé que tengo que darle muchas explicaciones, y no pienso cejar en mi empeño de que me deje mantenerme a su lado, ahora que soy capaz de reconocer mis errores.

—Me consta que ella te ama profundamente, pero ahora hay alguien más que os necesita a los dos, y es preferible que tenga dos padres cariñosos, aunque estén separados, que juntos, pero viviendo entre discusiones. Llevo cuarenta años casado con Blair, y si te digo que no hemos discutido, mentiría, porque todas las parejas discuten, aunque sea por tonterías.

»Lo que realmente puedo decirte es que, jamás, a lo largo de todos estos años, nos hemos ido a la cama sin solucionar nuestros problemas, porque luego los problemas se agravan y se vuelven mucho más difíciles de solucionar.

—Lo único que puedo decirle es que mi amor por ella es más intenso de lo que jamás imaginé, y no tengo intención de decepcionarla, ni a ella, ni a usted, ni a nadie —le contesté con los ojos llenos de lágrimas—. Solo necesito que salga el doctor por esa puerta y me diga que las dos están bien, porque solo así podré respirar tranquilo.

—Si eso es así, solo me queda darte un abrazo y la bienvenida a la familia, y no me hables más de usted, soy Archie, tu abuelo postizo —me dijo el hombre, sacándome una sonrisa y apretándome entre sus brazos, donde me sentí como en casa.

Me senté alejado de todos, necesitaba un momento de soledad, para poner en orden todos mis pensamientos. Habían sido muchas la noticias que había recibido de golpe, y por ello estaba abrumado, y si a eso le sumaba la incertidumbre de no saber lo que estaba pasando en ese maldito quirófano, me estaban matando. Solo me había pedido que no me separara de ella, y aquí estaba yo, incapaz de cumplir su deseo, aunque fuera en contra de mi

voluntad. Al alzar la vista, vi que el médico salía por esa maldita puerta, luciendo una sonrisa en su rostro.

—¿Cómo están mis chicas, doctor? —preguntó Archie, ya que a mí no me salían ni las palabras.

—Ha sido más complicado de lo que esperábamos, porque Atenea ha sufrido una hemorragia que no teníamos forma de controlar, lo que llevó a que necesitara una transfusión de sangre. Sin embargo, afortunadamente, todo ha quedado en un gran susto y ambas se encuentran bien. —En ese instante, me desplomé de rodillas en el suelo, llorando como un niño, porque por un momento temí haberlas perdido a las dos.

»En un rato las subiremos a planta, la mamá todavía está bajo los efectos de la anestesia y tardará un poco en despertar. Como no sabíamos exactamente a qué nos enfrentaríamos, le administramos una dosis más alta para poder trabajar con tranquilidad. Una persona tendrá que permanecer en la habitación con ella, para hacerse cargo de la bebé, principalmente.

—Yo me quedaré, para algo son mi mujer y mi hija —dije, no dejando margen a discusiones, y todos asintieron conformes.

—Voy a llamar a sus padres. No quería avisarles hasta que Olivia ya hubiera nacido, para que no tuvieran que preocuparse por no estar presentes y por no saber lo que estaba sucediendo —dijo Ana, cogiendo el teléfono.

—¿Olivia? ¿Ese es el nombre que ha decidido ponerle? —pregunté a mi madre, y ella asintió con la cabeza—. Me parece un nombre precioso. Ana,

cuando los tengas en línea, pásamelos, por favor, que me gustaría hablar con ellos.

—Toma, ya están informados del nacimiento de la niña, y de que las dos están bien, a pesar de las complicaciones —me contestó Ana, entregándome el teléfono.

—Buenas tardes, señores Álvarez, soy Cameron, su yerno —les dije, aclarando principalmente mi rol en la familia.

—¿Cómo que nuestro yerno, si tú no la querías? Vas a tener que darnos muchas explicaciones, chaval, mi hija no está sola en el mundo, y no voy a consentir que juegues más con ella —me espetó su madre, con toda la razón del mundo.

—Estaré encantado de dárselas en cuanto los tenga delante. Por eso, les pido que preparen su equipaje, ya que voy a enviar mi avión privado para que los recoja. Necesitarán estar en el aeropuerto en tres horas. Ana les enviará un mensaje con todos los datos del vuelo en cuanto los tengamos. Los esperamos aquí, un abrazo. —Así me despedí de ellos. Ahora estábamos esperando su llegada al hospital. Aunque aterrizaron de madrugada, su hija todavía estaba bajo los efectos de la anestesia. No pudieron hablar con ella, pero sí tuvieron la oportunidad de conocer a la niña. Tuvimos una larga conversación en la que les conté todo lo que necesitaban saber, y terminamos ese encuentro con un beso y un fuerte abrazo.

Capítulo 47



Atenea

Prácticamente, acababa de amanecer cuando mi pequeña Olivia comenzó a llorar con tanta fuerza que parecía que el mundo se acababa. No tuve ni un segundo para reaccionar, y cuando me di cuenta, su papá ya la tenía en brazos, actuando con rapidez. Había llamado al puesto de enfermería para que le trajeran un biberón, ya que el día anterior el médico me había advertido que, probablemente, mi leche no sería adecuada. Así que tomamos la decisión de no arriesgarnos y evitar cualquier intento.

—Adelante —dijo Cameron cuando llamaron a la puerta, y lo que me encontré en cuanto abrieron, hizo que llorara casi más que mi hija.

—Mamá, papá. ¿Cuándo habéis llegado? —dije sin poder parar mis lágrimas.

—Llegamos anoche, de madrugada, pero tú todavía no te habías recuperado de la anestesia. A la que sí conocimos fue a la pequeña Olivia

que, dicho, sea de paso, es un clon de su padre. Hija, de ti solo ha sacado el carácter, que menudos pulmones tiene, desde el ascensor la oíamos llorar —dijo mi padre mientras se acercaba a mí para darme un abrazo.

—Cameron fue tan amable de enviarnos su avión privado para recogernos, y aquí estamos, aunque solo podamos quedarnos unos días. Regresaremos en agosto, tal como habíamos hablado, cuando tengamos las vacaciones —explicó mi madre. Quería hablar con ellos, para proponerles que se trasladaran aquí. Ellos ya podían solicitar la jubilación anticipada, porque el resto, hasta el cien por cien de su sueldo, se lo iba a dar yo, pero hablaría con ellos en cuanto estuviera en casa, que seguramente fuera esta tarde o mañana, a más tardar.

—Cameron, no sé cómo te voy a agradecer lo que has hecho —le dije, y él me sonrió, mientras le daba el biberón a la niña, pero mi madre se acercó a él y le pidió permiso para continuar ella, y su padre no tuvo ningún inconveniente.

—Con que aceptes convertirte en mi pareja, me doy por pagado —contestó dándome un beso en los labios.

—Antes tenemos mucho de lo que hablar, ¿no te parece?

—Como tenéis una conversación pendiente y, una vez que estéis en casa, será casi imposible encontrar un momento, al menos en los primeros días. Tu madre y yo llevaremos a la pequeña a que le den su baño, que ya ha avisado la enfermera. De esta manera, vosotros podréis hablar

tranquilamente —dijo mi padre, que le dio un pequeño empujoncito a mi madre, que ya iba encaminada hacia la puerta.

—Atenea… —me llamó Cameron, a la vez que me cogía de las manos— Antes que nada, quiero pedirte, o más bien suplicarte, que me perdones por todo el daño que te he hecho. No solo a ti, sino también a mí mismo, porque he perdido la oportunidad de ver crecer a nuestra hija en el vientre de la mujer que amo, a quien he querido desde el primer instante en que la vi. No supe valorar tu trabajo, que era impecable. De hecho, en lugar de buscar a alguien que te reemplazara, decidimos ascender a Martha y contratar a un chico como secretario.

—No tengo que perdonarte nada, no soy quién para hacerlo. Pero sí me gustaría que me dieras un motivo, una explicación de por qué lo hiciste —le dije, con curiosidad por saber qué tenía que decirme.

—En la universidad, me enamoré como un tonto de quien no debía. Ella me utilizó para no tener que trabajar, pidiéndome que cubriera sus gastos, desde la matrícula hasta sus caprichos. Teníamos planes de un futuro, que incluían una boda y trabajar juntos en la empresa familiar, pero todo eso se desmoronó cuando decidió marcharse con otro chico que tenía más dinero y le prometió una vida de lujos sin esfuerzo.

»Curiosamente, hoy en día somos buenos amigos, ya que él también ha sido víctima de su manipulación, y lo sigue haciendo de vez en cuando, amenazándolo con algo que sabemos que no va a llevar a cabo nunca, pero que, de no ceder, no sabemos hasta dónde puede ser capaz de llegar.

»La herida que me dejó fue tan profunda que me hice una promesa: nunca más confiaría en una mujer, incluso llegué a desconfiar de mi propia madre, lo que me llevó a evitarla. He asistido a terapia para enfrentar y superar esos fantasmas del pasado. Yo también he sufrido lo mío, puesto que me dolía pensarte con otra persona, pero al mismo tiempo, no podía soportar que alguien hablara de ti o que estuvieras cerca.

»En un momento de desesperación, llegué a amenazar a mi familia, dándoles a elegir entre tú y yo, pero afortunadamente, eso fue al principio y nadie me tomó en serio.

—Intenté ponerme en contacto contigo por todos los medios, pero no iba a ir hasta tu oficina y arriesgarme a que me tacharas de lo que no era. No por mí, que ya tenía asumido la imagen que te habías creado de mi persona, sino por el bebé. El saber que podrías negarlo o despreciarlo me dolía en el alma.

—Si te soy sincero, y miro hacia detrás, no sé cómo hubiera reaccionado. Es posible que hubiera querido hasta la custodia completa, con eso te lo digo todo. Pero ya no, ya no soy la misma persona, ahora solo quiero teneros cerca, a las dos, y formar nuestra propia familia.

—Pues si quieres tenernos cerca, te toca cambiar de ciudad. Archie me ha legado el concesionario de coches, y nos compró la casita en la que vivimos para poder disfrutar de la niña y ayudarme en su crianza, así que no pienso moverme de aquí. Si lo hiciera, sería una desagradecida, y no soy así. Los quiero como si fueran mis abuelos, y haré todo lo posible para evitarles cualquier sufrimiento, por mínimo que sea.

—No tengo ningún problema, delegaré en Theo, y ascenderé a Brandon, ya va siendo hora de que me tome las cosas con más tranquilidad. Tan solo viajaré cuando sea necesario, y, por supuesto, acompañado de vosotras dos. Tenemos que ir al resort de la República Dominicana, pero lo haremos cuando estés repuesta de la cesárea, y con nuestra Olivia por delante, para que no haya malentendidos entre nosotros.

—Por supuesto, ahora me dirás que me extrañabas tanto que decidiste no tener relaciones con nadie durante todo este tiempo. Si tuviera que alejarme de cada persona con la que has estado, ni siquiera en España podría encontrar un lugar seguro —le respondí, y la verdad es que mi paciencia comenzaba a agotarse.

—No he dicho eso en ningún momento, y además, esas mujeres ya no cuentan. A partir de ahora, solo seremos tú y yo, nadie más —me comentó, mientras me daba un beso que fue mucho más que un simple roce de labios, sino que profundizó mucho más. Justo en ese instante, escuchamos un carraspeo. Era mi doctor quien venía a revisar la herida y a darme el alta si estaba todo como el día anterior.

—Que seamos cuñados no significa que vaya a dejar que calientes a mi paciente para luego dejarla con las ganas. Hasta que no le quitemos los puntos dentro de diez días, no podrá darle marcha al cuerpo —soltó como el que dice que va a llover.

—Explícame ahora mismo qué es eso de que sois cuñados —le exigí, mientras él se ponía unos guantes de látex para revisar mi herida.

—Hija, pues no hay que ser Ingeniero Técnico para entender la frase. Su hermano y yo, anoche, bueno, y esta mañana también… Pues eso, que le hemos dado una alegría al cuerpo y hemos decidido darnos una oportunidad como pareja. Ahora, que ya se lo he dicho, como se le ocurra ponerme los cuernos, lo saco en todas las televisiones —dijo, y nosotros soltamos una carcajada.

—¿Y cómo lo vais a hacer, viviendo tú aquí y él en Inverness? —le preguntó mi chico.

—Ah, pero ¿no lo sabes? Pues más vale que hables con tu familia, chato, porque como te vayas, vas a estar muy solito en Inverness —le dijo riendo, y Cameron se extrañó bastante. Por lo que tenía claro que, en cuanto nos quedáramos solos, iba a hacer esa llamada.

Capítulo 48



Cameron

Lo que me había dicho el supuesto novio de mi hermano, del que todavía no sabía ni el nombre, me había puesto la mosca detrás de la oreja. Así que, como nos habían dado el alta, mientras mi suegro preparaba a la niña y su mujer ayudaba a Atenea, salí para llamar a mi madre.

—¿Me puedes explicar por qué me tengo que enterar de vuestros planes por la conquista de una noche de mi hermano? —Ni hola ni nada, directo al grano, no estaba para tonterías.

—Hola, a ti también, hijo mío. He pasado una noche estupenda, gracias por tu interés —me contestó ella, tan irónica como siempre.

—Déjate de estupideces, mamá, y haz el favor de contestarme.

—Te lo íbamos a decir luego, ya que fue algo que decidimos ayer mismo, y como no nos hemos visto desde entonces, preferimos hablarlo contigo

cara a cara. En un rato estaremos por el hospital, y allí hablaremos tranquilamente.

—No vengáis, a nosotros nos han dado el alta, así que mejor nos reunimos en casa. Espero que tengas una buena explicación al respecto, o verás a un Cameron enfurecido.

—Ni que no lo hubiera hecho ya, soy tu madre, que no se te olvide. Te he visto en todas las facetas de tu personalidad, hasta desnudo —me contestó y colgó la llamada. Cada día me exasperaba más esta mujer.

—Estamos listos para marcharnos, abajo nos está esperando un taxi —dijo Pablo, el padre de Atenea, que ya salía con la niña en brazos. Me apresuré a cogerla, puesto que me hacía una ilusión enorme salir del hospital con ella entre mis brazos.

Atenea venía cogida del brazo de su madre, y me sonrió nada más verme, mientras mi niña empezaba a protestar porque se le había caído el chupete.

—Tenemos que parar en la farmacia antes de llegar a casa, que llevo ahí anotada la leche de lactancia que hay que comprar y los biberones. Lo demás ya está en su habitación —dijo Atenea al llegar a mi altura.

—Id vosotros en el taxi que está abajo y dame la receta que te ha dado el doctor. Nosotros lo compramos y cogemos otro para volver, así llegarás antes, y podrás ponerte cómoda —dijo María, su madre, y lo vimos una buena idea.

Nos montamos en aquel taxi, mientras veíamos cómo sus padres se dirigían a la farmacia que estaba justo frente al hospital, y en la que había bastante gente esperando su turno. Atenea dejó caer su cabeza en mi hombro, y con la mano que tenía libre, le eché el brazo por detrás, no podía estar más feliz, puesto que llevaba a mis dos chicas conmigo, ya no necesitaba más.

—Te quiero —le dije, dándole un beso en la cabeza, que ella correspondió con otro en los labios.

—No puedo ser más feliz, te lo prometo, solo espero que nada ni nadie enturbie mi felicidad —me dijo, y sus palabras me provocaron un nudo en mi garganta. En cierto modo, me consideraba responsable por todo lo que había pasado entre nosotros.

—Por mi parte, puedes estar tranquila, ya que vosotras dos sois toda mi vida.

y en el jardín nos esperaban mi madre con su pareja y mi hermano, acompañados de Archie y Blair. Nuestros amigos ya se habían marchado a Inverness por motivos laborales, pero no sin antes hacer una parada para conocer a la pequeña.

—Cameron, dentro está la caja con el cochecito de Olivia, será mejor que lo montes cuando puedas, ya que ella estará más cómoda allí que de brazo en brazo —me dijo, puesto que nos habíamos dado cuenta de que no le

gustaba estar en los brazos de nadie, como no fueran los de su padre, es decir, los míos.

—Llegas tarde, cuñada. Alastair y yo lo hemos montado mientras os estábamos esperando —dijo Elijah, sacándolo de dentro de la casa, así que Atenea me la quitó y la depositó en él, puesto que se había quedado dormida.

—Es verdad lo que dice tu madre, es un clon de mi hijo cuando nació. Esperemos que no te dé tantos quebraderos de cabeza como me dio a mí de pequeño —le dijo mi madre a Atenea, que la miraba sonriendo.

—Ya hemos cubierto el cupo, Bonnie, a ti te los ha dado de pequeño, y a mí de mayor —soltó, y todos rieron, menos yo, que no le veía la gracia.

Pasaron todo el día con nosotros y se ocuparon absolutamente de todo, incluso dejaron a la niña lista y bañada. Sin embargo, ya teníamos ganas de quedarnos a solas, de vivir en la intimidad nuestra recién estrenada paternidad. Justo en ese instante, recibí una llamada de teléfono, así que decidí salir al jardín para atenderla.

—¿Qué sucede, que aún no tienes planes de venir? ¿Te importa un comino que el complejo se vaya a pique? —Fueron las primeras palabras que escuché al descolgar la llamada. Era Anabel, que me estaba reclamando como si fuera ella la dueña.

—En primer lugar, si voy o no voy es problema mío, no tuyo, que para eso es mi dinero. Y en segundo lugar, si me vuelves a hablar así, tienes el despido en tu correo a los dos minutos, ¿te ha quedado claro? —¿Quién coño se había creído esa mujer para actuar así? Lo mismo que la había puesto, la quitaba sin dudarlo.

—Si haces eso, te prometo que te demando por acoso, por no querer ceder a tus deseos sexuales. ¿Sabes que tengo el encuentro sexual que mantuvimos en la cocina grabado?

—¿Cómo? ¿Se puede saber qué estás diciendo? —le pregunté, totalmente incrédulo de lo que estaba escuchando.

—Escucha bien, ahora estás en mis manos y vas a hacer lo que a mí me dé la gana. Así que quiero que estés aquí mañana por la tarde, a más tardar, y espero que estés presto y solícito, porque quiero una ración generosa de sexo contigo. Además, quiero que pongas la mitad del resort a mi nombre; solo así accederé a borrar el vídeo. —Estaba a punto de contestar, cuando Atenea, que estaba detrás de mí escuchando sin que me diera cuenta, me quitó el teléfono de las manos.

—Haz lo que te plazca, porque tienes los días contados en ese puesto, y no tardarás en tener que salir de allí. Me voy a encargar de que nadie te contrate jamás. Mi marido no va a ir a ningún sitio, y mucho menos para lo que tú pretendes; ¿acaso crees que somos tontos? Ni tienes vídeo ni nada que respalde tus palabras, por eso quieres que vaya, para grabar algo que no existe.

»Y en cuanto a la mitad del resort, ni lo sueñes. No toques ni un simple botellín de cerveza para llevártelo, porque te prometo que no tendrás un solo lugar donde esconderte. Y ahora, si nos disculpas, estamos disfrutando de nuestra baja por paternidad. —Y colgó, sonriéndome antes de entrar, dejándome con una cara de tonto que no podía ocultar.

¿Cómo sabía ella que todo era mentira? ¿La había investigado? Me estaba volviendo loco, pero eso no se iba a quedar así.

—¡Atenea! —le grité, puesto que la niña estaba en la habitación y desde allí no podría despertarla.

—¿Que se está quemando para que me llames con tanta urgencia? —me contestó, y juro por lo más sagrado, que me entraron ganas de cogerla de un tirón y llevármela a la cama, pero todavía no podía, estaba deseando que le quitaran los puntos, porque entonces mandaría a la niña veinticuatro horas con las abuelas, y serían mía por ese tiempo.

—Estoy hasta los huevos de que todo el mundo tenga más información que yo. ¿Cómo sabías lo de Anabel?

—Uy, tú tienes una tensión sexual que, sintiéndolo mucho, te vas a tener que aguantar, que la cesárea no me deja hacer esfuerzos.

—Déjate ya de tonterías, y contéstame, por favor, porque últimamente estoy cogiendo complejo de sordo, no me entero de nada.

—Cuando me fui del resort, vi un movimiento que no me gustó nada, puesto que estaba en el jardín hablando con alguien. Seguramente te dejó dormido y agotado con tanto sexo, y ella aprovechó la oportunidad. Le comentaba a otra persona que ya había logrado deshacerse del antiguo director y que tú estabas completamente en sus manos; solo necesitaba unos meses para que pudieran disfrutar de todo.

»Cuando Theo llegó, se lo conté, y decidimos investigarla sin decirte nada, por supuesto, porque sabíamos que no nos creerías. Te he enviado un informe detallado a tu correo electrónico en cuanto me di cuenta de quién era la persona que te estaba llamando —me dijo mientras acariciaba mi rostro. A pesar de todo el daño que le había causado, seguía preocupándose por mis intereses. No podía creer la suerte que tenía de tenerla a mi lado.

Capítulo 49



Cameron

Leí a fondo el informe que me había enviado. Era una copia de lo que habían recibido del investigador privado, y me di cuenta de que Anabel me la había colado, pero bien.

En resumidas cuentas, era una estafadora de manual; ni estaba casada, ni tenía hijos ni nada que se le parezca. Su *modus operandi* consistía en identificar los resorts que estaban al borde de la quiebra y solicitar un empleo allí, diciendo que tenía grandes ideas para reflotarlo y trabajando por la mitad del sueldo de un trabajador normal. Una vez dentro, comenzaba a criticar la gestión del anterior gerente, manipulando datos y creando pruebas falsas para desacreditarlo ante los nuevos propietarios, mientras ella se llevaba todos los méritos. Además, seducía al nuevo dueño, haciendo que pasara por su cama, y después de unos meses, le decía que necesitaba su ayuda en el complejo por un problema urgente. En ese momento, le revelaba que estaba embarazada, una mentira más, y lo amenazaba con hacer pública la noticia si no le entregaba una considerable suma de dinero para poder vivir mientras supuestamente no podía trabajar

por su «embarazo» y «lactancia». Luego, desaparecía de la zona o del país, lista para comenzar de nuevo con su engaño.

—Nos la ha colado, la *Anabelita* de los cojones —me dijo, sentándose a mi lado, puesto que había ido a por la niña para darle el biberón y cambiarle el pañal.

—Y a base de bien, sí, señor. Pero esto no se va a quedar así, ni mucho menos. Tengo un amigo que es policía en esa zona, y se encargará de que reciba lo que merece, que no es otra cosa que la cárcel. Además, cuento con todas las pruebas necesarias. En este momento le voy a enviar el informe y todos los datos que tengo, para que actúe antes de que tenga la oportunidad de escapar de allí —le dije mientras le reenviaba toda la documentación que poseía.

—Bueno, vamos a olvidarnos de eso ahora, tenemos una vida por organizar —me dijo sonriente.

—Está todo organizado, no entiendo a qué te refieres.

—He pensado en proponerles a mis padres que se queden aquí. Con sus pensiones de prejubilación y el ingreso que obtendrán del alquiler de su casa en España, sumado a lo que tengo en el banco, herencia de mi abuela, podrán vivir perfectamente aquí —me comentó, y yo asentí con la cabeza.

—Mi familia también se vendrá a vivir aquí. Han cedido el castillo a la empresa familiar, de modo que lo vamos a transformar en un hotel con

encanto. Se van a comprar una casa aquí, en Glasgow, ya que ninguno quiere estar lejos de la niña. Podríamos hablar con las dos familias que son las propietarias de los terrenos que hay justo ahí detrás, y que edifiquen allí sus casas —les dije, y ella empezó a sonreír.

—Pues lo vamos a tener fácil, porque son de Blair y de Archie. Voy a llamarlos y decirles que vengan, que todavía es temprano, y así cenamos todos juntos y hablamos del tema.

Tan pronto como recibieron la llamada, ya estaban tocando el timbre. Traían una fuente de lasaña de olía de maravilla, ya que Atenea les había comentado que, a pesar de ser escocés, la comida italiana era mi debilidad, era mi talón de Aquiles.

En cuanto terminamos de cenar, quisimos plantear el tema, pues quería dejar todo zanjado para llamar a la constructora que trabajaba con la empresa y empezar cuanto antes. Mientras tanto, tendrían que alquilar algo o vivir en la *suite* de alguno de mis hoteles, aunque mi madre odiaba eso.

—Archie, queríamos preguntarte algo —le dije nada más echarnos esa copa que me había pedido, ya que era su costumbre, tomar una cuando terminaba de cenar, bien charlando si tenía invitados, o bien viendo la televisión.

—Pues dispara, chaval, no me dejes con la intriga.

—Verás, tanto mi familia como la de Atenea quieren venirse a vivir a Glasgow, y no queremos que haya mucha distancia entre las casas, por nuestra tranquilidad y por si en algún momento lo necesitamos. —Empecé a relatar, pero mi chica siguió por mí.

—Queremos que nos vendas las tierras que quedan detrás de estas casas, para que puedan edificar allí las suyas —le dijo, y Archie empezó a reír a carcajadas.

—No puedo venderte nada porque todo te pertenece. En mi casa están las escrituras, Blair y yo solo tenemos el usufructo de todo, así como el dinero que tenemos en el banco, en la cuenta personal. La del negocio también es tuya, ya que vas a ser tú quien lo lleve a partir de ahora —nos dijo, dejándonos totalmente anonadados—. Lo que realmente quiero es pediros un favor: ¿qué os parece si hacemos una pequeña urbanización entre nosotros? Dejadme que os explique.

—Sé lo que quieres decir, Archie. Quieres que, entre todas las casas, no haya barreras arquitectónicas, sino que la verja se haga alrededor de todas —le expliqué, y él asentía con la cabeza.

—Podemos construir también una piscina y un parque infantil, así no tendríamos que ir muy lejos. Sería el lugar perfecto para que Olivia invite a sus amiguitos cuando crezca, con la total tranquilidad para sus padres, ya que el acceso sería restringido —sugirió Atenea, y a todos nos pareció una idea fantástica.

—Mañana mismo llamo al constructor, mientras tanto que se alojen en la *suite* de alguno de mis hoteles —les informé.

—Paparruchas, mientras no se construyen las casas, en la mía hay habitaciones de sobra. Además, podríais aprovechar para ampliar la vuestra, por si vienen más niños, entre otras cosas. Esta estaba diseñada para Atenea y su bebé, sin pensar en que aparecieras tú —soltó por esa boquita Archie, que me había dado cuenta de que no tenía pelos en la lengua.

Cerramos todo en cuanto que se fueron Archie y Blair, y nos fuimos a la cama. Sería la primera vez que durmiéramos juntos, y eso me inquietaba un poco, ya que no sabía si haría movimientos bruscos que pudieran lastimarla. La cunita de la niña estaba en el lado en el que ella dormía, que casualmente era el contrario a donde lo hacía yo habitualmente.

—¿Qué te ocurre? Te noto muy pensativo —me preguntó, puesto que se había dado cuenta de mi cambio de actitud, y decidí contárselo. Habíamos dicho que nada de secretos entre nosotros a partir de entonces.

—Es la primera vez que vamos a dormir juntos, y me da miedo hacer algún movimiento que consiga lastimarte.

—Anda ya, tonto, ven a la cama y abrázame, que es todo lo que necesito en este momento —me dijo, y eso hice, no sin antes desnudarme del todo, puesto que no soportaba dormir con ropa, en mi vida lo había hecho, solo de pequeño y porque mi madre me obligaba.

—Me está usted tentando, señor McLeod, y todavía no puedo hacer nada.

—No sabes las ganas que tengo de que te quiten esos puntos, y hacerte el amor en condiciones, me muero por estar dentro de ti, y por recorrer tu cuerpo con mis manos y con mi lengua —le dije para provocarla todavía más, y ella solo se abanicaba con la mano, lo que me provocó una carcajada.

Me acomodé en la cama y rodeé sus hombros con mi brazo, atrayéndola hacia mi pecho. En ese instante, por primera vez en mucho tiempo, experimenté una sensación de plenitud y felicidad. Cualquier cambio en mi vida merecía la pena por tener a mis chicas a mi lado.

Salvo las dos veces que Olivia se despertó pidiendo comida, el resto de la noche se portó como una bendita, así que pudimos descansar. Atenea más que yo, ya que en esos momentos en que la pequeña se despertó, decidí dejarla dormir y fui yo quien atendió a Olivia. Ella había pasado por mucho y realmente necesitaba esas horas de sueño más que yo.

Mientras me ocupaba de la niña, me perdí en pensamientos sobre cómo mi vida había dado un giro radical gracias a ella. La oportunidad de conocer a mi hija y asumir el rol de padre era algo que nunca imaginé que experimentaría. Reflexionando, me daba cuenta de la grandeza de su corazón; cualquier otra persona, después de tantas humillaciones y falta de aprecio, habría optado por alejarse. Ahora me daba cuenta de que ella me había querido desde el principio, y que de interesada no tenía absolutamente nada, más bien todo lo contrario. Era una mujer altruista, guiada por su

corazón, y a la que todo el mundo quería en cuanto la conocía. Muestra de ello era el cariño que le tenían Archie y Blair, quienes habían dejado todo su legado en sus manos, para que ella hiciera y deshiciera a su antojo. De lo que estaba seguro es de que lo iba a gestionar mejor que nadie, puesto que en los negocios era una crac.

Epílogo



Diez años después…

Atenea

Hoy era nuestro noveno aniversario de bodas, y habíamos dejado a los niños a cargo de los abuelos, esos que se desvivían por ellos. Sí, he dicho, niños, en plural, porque teníamos tres, pero mejor será que os lo cuente desde el principio.

Nos casamos en el castillo cuando nuestra niña tenía nueve meses, justo antes de que se pudieran alojar los huéspedes, ya que la obra estaba terminada. Se había convertido en un precioso hotel. Para la celebración, decidimos montar una carpa en los jardines traseros y contratar un servicio de cáterin, puesto que no queríamos que nadie trabajara ese día. Solo invitamos a nuestros seres más cercanos: amigos, familiares y algunos trabajadores más cercanos. No queríamos una boda multitudinaria, llena de personas desconocidas que solo asistían por obligación.

Después de haber disfrutado de un día increíble, nos marchamos de luna de miel. Al principio, teníamos la intención de llevar a la niña con nosotros, pero los abuelos se opusieron, argumentando que necesitábamos un poco de tiempo a solas. Y vaya si lo disfrutamos, tanto que regresamos con una sorpresa: estábamos embarazados de mellizos, Anna y Keith, que ya tenían ocho años y eran completamente diferentes entre sí, como el día y la noche.

Teníamos tres hijos y, curiosamente, ninguno de ellos se parecía entre sí. Olivia era un clon de su padre, morena y de ojos azules, preciosa por dentro y por fuera. Anna, por otro lado, era la viva imagen de su abuela paterna, una pelirroja de ojos verdes que parecían dos esmeraldas; era curiosa por naturaleza, y se pasaba el día preguntando cualquier duda que tuviera. Y luego estaba Keith, que era un calco de su tío Elijah, absolutamente en todo, tanto en apariencia como en su sentido del humor irónico, no daba puntada sin hilo; teníamos claro que nos daría más de un quebradero de cabeza. Lo curioso es que, a pesar de sus diferencias, los tres compartían un rasgo en común: los genes McLeod habían prevalecido sobre los Álvarez, ya que ninguno de ellos se parecía a nosotros. Mi padre solía bromear con Cameron, diciendo que el destino había hecho las cosas así para que no hubiera lugar a dudas sobre su paternidad.

De Archie y Blair, poco tengo que decir, tan solo que seguían igual de sanos y de guapos, con setenta y cinco años y disfrutando de sus niños, como ellos decían, no dudando en tirarse al suelo cuando el juego lo requería. Cualquier día tendríamos que llamar a una grúa para levantarlos.

Siguiendo nuestro plan inicial, creamos nuestra propia urbanización, que se amplió con cuatro casas más. La primera de ellas fue ocupada por Bonnie

y Alastair; se trataba de una acogedora vivienda de dos plantas. En la planta superior, había tres dormitorios y dos baños, mientras que en la planta baja se disponía de un espacio abierto, donde encontrábamos la cocina, el salón y un pequeño aseo, además de un cuarto de lavado. Desde el salón de todas y cada una de ellas, se podía acceder directamente al jardín.

Mis padres recibieron la segunda casa, que era idéntica a la de mis suegros, quienes no dudaron ni un instante en dejar todo atrás en España para venirse a Glasgow. Decían que allí estarían mejor, ya que así no se perderían nada de su nieta. Al final, terminaron vendiendo la casa, por el hecho de que si alguna vez decidíamos ir de vacaciones a España, tendríamos los hoteles de mi esposo donde podríamos alojarnos.

Esa tercera casa, la ocuparon mi cuñado Elijah y su chico. Sí, lo sé, contra todo pronóstico, puesto que los dos eran igual de locos, seguía con mi doctor, quien me había llevado y atendido en los dos partos. El segundo también fue por cesárea, pero esta vez programada, para no llevarnos el susto de la primera vez. Antes de que Oliver, que así se llama, me la practicara, dejé firmado el consentimiento para que me hiciera una ligadura de trompas. Con tres hijos íbamos en coche de caballos, por mucho que mi marido me insistiera en uno más, en eso no nos pusimos de acuerdo. Aunque, viendo la infancia que nos estaba dando Keith, que más travieso no podía ser, casi que me dio las gracias por la decisión que había tomado.

La última fue un regalo nuestro para Ana, que vivía allí sola, ya que hacía poco tiempo que había empezado una relación con otro de mis empleados, Leo, que era uno de los agentes comerciales con más ventas. Leo no perdió tiempo en usar su encanto para invitar a mi amiga a salir. Hasta ese

momento, Ana había llevado una vida bastante libre, guiada por sus instintos. Sin embargo, ahora decía que quería sentar la cabeza, pero con calma y sin precipitarse, por eso todavía no se habían ido a vivir juntos.

En lo que respecta a nuestros amigos, todos continuaban residiendo en Inverness, aunque Theo y Martha solían hacer alguna que otra escapada a Glasgow con su hijo. Allí mantenían la casa donde yo me quedé al llegar por primera vez. Ellos no se habían casado, ya que ambos eran escépticos sobre el matrimonio, pero formaban una de las parejas más sólidas que conocíamos. Su hijo Theodore, que compartía el nombre con su padre, había llegado al mundo hace cinco años. A pesar de los intentos de Theo por evitarlo, no pudo hacer nada para cambiar la decisión de su pareja, y al final, mi amiga logró que su hijo llevara el mismo nombre que él.

Megan y Brandon sí se habían casado y eran padres de dos pequeñas, Valerie y Megan, de cuatro y seis años, respectivamente, pero se habían separado hacía unos meses. Según nos contó mi amiga, había sorprendido a su marido con las manos en la masa, mandándose mensajes con una chica que había conocido en una despedida de soltero de su primo, y que dejaban claro que esa noche había pasado algo entre ellos. Por otro lado, Brandon tenía una versión completamente diferente; admitía que había estado en contacto con esa chica, que era diez años más joven que él, y reconocía que hubo un coqueteo, pero insistía en que no pasó nada más allá de eso, ni siquiera un beso. Megan, por su parte, le dejó claro que no iba a permitir que la tomara por tonta, argumentando que si había coqueteado con otra, era porque ya no sentía amor por ella. Así que no iba a estar con nadie por costumbre, que ella valía mucho y que encontraría a alguien que la valorara como tal.

—¿Qué tal sigues, amigo? —le dijo mi marido a Brandon, ya que habíamos organizado una comida para todos en el amplio jardín de la urbanización.

—Jodido, sigue sin creerme, y me muero poco a poco por no tenerla a mi lado —le respondió.

—Eso te sucede por no apreciar a la mujer que tenías a tu lado y dejarte deslumbrar por un físico llamativo. Pero no te engañes, porque esa belleza también se desvanecerá con el tiempo, y ni hablemos de lo que pasará cuando tenga que amamantar a un par de niños. Qué básicos son algunos hombres —comentó Megan mientras pasaba detrás de él con sus hijas, quienes corrieron a abrazar a su padre.

—No seas tan dura, amiga, que lo mismo tiene razón y no ha habido nada entre ellos —le dije, dándole un poco de cuartelillo al pobre.

—No lo dudo, pero para mí, el mero hecho de coquetear ya es una traición hacia mí y hacia mi familia. ¿Quién me garantiza que en unos meses no volverá a repetirlo? Antes va a tener que pagar por ello, te lo aseguro. Este va a ver que una mujer le habla, y se va a hacer el ciego, te lo digo yo —me soltó, y ambas nos reímos, mientras Brandon nos miraba con carita de cordero degollado.

—Hermano, cuñada, necesito hablar con vosotros, por favor —nos dijo Elijah, que ya había llegado de su último viaje, había soltado la maleta y

había salido al jardín sin ni siquiera cambiarse.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? —Ese fue mi marido, a quien los dramas de su hermano lo desesperaban.

—A mí, ninguna, pero a vosotros quizás sí. Voy directo al grano, que no me gusta perder el tiempo. Como sabéis, tengo una foto de Keith en la pantalla de mi móvil, y resulta que una de las marcas con las que colaboro está a punto de lanzar una línea de ropa infantil. Quieren que la campaña la haga vuestro hijo, en realidad será un proyecto conjunto, así que, técnicamente, la haremos los dos.

»La sesión de fotos será el mes que viene, así que el niño estará de vacaciones y no le afectará en el colegio. Además, se llevará a cabo en París, en el parque de Disney, lo que le dará la oportunidad de disfrutar del parque durante unas horas solo para nosotros —soltó de carrerilla.

Cameron y yo nos miramos, sabiendo que cuando Elijah se propone algo, no hay forma de detenerlo. Así que no ahorramos que nos diera el coñazo, y le dijimos que sí, pero con una condición: el niño no recibiría ni un céntimo. Todo el dinero que tendría que cobrar, se iba a donar a alguna asociación que luchara por los derechos infantiles, para ayudar a los niños enfermos o sin recursos. Para él, sería una experiencia divertida, pero no queríamos que el dinero influyera en su actitud.

Estábamos cómodamente instalados bajo una de las sombrillas, observando cómo toda nuestra familia se divertía a nuestro alrededor. En un momento, nuestras miradas se encontraron y, sin necesidad de hablar,

entendimos todo lo que sentíamos. En esos ojos se reflejaba una verdad innegable: mi esposo había superado los fantasmas de su pasado y juntos habíamos formado un bonito equipo.

FIN